



PUDO SER LA CAMPAÑA MÁS IMPRESIONANTE
DE ALEJANDRO MAGNO

ALEXANDER COLE
COLOSO

Lectulandia

Babilonia, 323 a. C., Alejandro Magno estaba buscando más territorios para conquistar y Cartago era uno de ellos. Coloso es la historia de una campaña que nunca existió. Pero también es la historia de Gajendra, el joven domador que entrena al elefante Coloso en los preparativos de la batalla. Y la de Mara, la hija del general cartaginés Hannón, que tras perder a su hijo y a su marido ya no tiene ganas de vivir.

Cátaro, el sirviente más leal de Hannón, cuidará de ella tras la batalla y le cortará el pelo para que parezca un muchacho. Cuando ambos son hechos prisioneros por las tropas griegas, las vidas de Mara y Gajendra, el adiestrador de elefantes, acabarán cruzándose.

Lectulandia

Alexander Cole

Coloso

ePub r1.0

Titivillus 01.03.15

Título original: *Colossus*
Alexander Cole, 2014
Traducción: Valentina Reyes

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Esta novela es en su totalidad una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes que aparecen en ella son fruto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con acontecimientos o lugares auténticos es pura coincidencia.

Esto es para mi querida mami. Resulta más que apropiado, pues las últimas páginas de *Coloso* las terminé acampado junto al lecho donde ella se pasó durmiendo la última semana de sus noventa y dos años de edad. Gracias por todo tu amor y todo tu apoyo durante tu buena y larga vida. Dondequiera que estés ahora —en el cielo como te mereces, o en unos Campos Elíseos llenos de música y risas, con los demás jugadores de cartas y bebedores de jerez— ésta es para ti.

RIP Doris Bowles 1920-2012

Capítulo 1

Babilonia

—¡Matadlo! ¡Matad enseguida al monstruo!

Coloso ha hecho que se disperse todo el mundo. Ha arrancado la estaca del suelo y ahora arrastra la pesada cadena de hierro detrás de las patas traseras, ligera como una guirnalda de flores, rebotando acá y allá. Ha derribado un pequeño edificio situado al borde del recinto tras embestir contra él con la cabeza y la paletilla. Un *mahavat* yace herido en el suelo.

Alguien lo ha asustado. Está gritando de cólera.

Coge a otro *mahavat* con la trompa y lo aplasta como a una mosca. El hombre rueda por el suelo como una canica de barro y se estampa con ruido sordo en un muro de adobe. Coloso encuentra un carretón cargado de paja y lo pisotea hasta dejarlo hecho astillas. El capitán de los elefantes ha perdido su hermoso turbante y su fanfarronería. Es presa del pánico y tiene el rostro cubierto de tierra y de sudor.

El capitán está decidiendo dónde coloca su lanza, pero no resulta fácil matar a un elefante adulto. Hace falta un ejército y un bosque de dardos. Incluso sin armadura, no hay muchos sitios donde un hombre alcance de una lanzada y haga mucho daño a un elefante, por no hablar de matarlo. De algún modo debe meterse por debajo del animal, esquivar los colmillos y las patas y golpear hacia arriba. Para hacerlo la bestia ha de estar distraída, y Coloso no parece dispuesto a apartar sus fríos ojos rojos del capitán de los elefantes ni un momento siquiera.

El imbécil intenta correr en torno a él, pero adondequiera que se vuelve, Coloso se vuelve también. Ahora está claro que él es el objetivo de la furia del animal. Gajendra supone que de nuevo ha estado golpeándolo con el *ankus*. ¿Cuántas veces le ha dicho que no lo haga?

Coloso pasa por encima de varias tiendas de campaña y vuelca otro carretón. Se arma un auténtico pandemónium. Los demás elefantes están inquietos ya, y como alguien no haga algo saldrán en desbandada. A Gajendra no le gusta el capitán y le encantaría verlo aplastado como un escarabajo, pero alguien debe ayudarlo por el bien de todo el regimiento.

De modo que se pone delante de Coloso.

El mundo se detiene. Ahora Gajendra sólo oye dos cosas: el pulso de su propia sangre en los oídos y al tío Ravi gritándole que se quite de allí. Oye caballos al galope en el camino, ve un halcón remontar el vuelo allá en lo alto.

Está delante del gran macho y Coloso brama, con la trompa levantada y las orejas desplegadas. Los colmillos son aterradores. Una vez vio a un hombre al que uno de

esos colmillos había destripado y casi partido en dos. Aún recuerda su grito inhumano mientras el macho intentaba sacudírselo.

Olvídate de los colmillos, tú observa lo que hace. Los colmillos son lo que menos debe preocuparte. Te pisoteará si quiere, y dejará sólo una mancha roja y unas cuantas míseras fibras como una nuez de betel.

Coloso balancea una pata delantera, señal inequívoca de que va a atacar. Empieza a andar al paso, con la trompa enroscada. El suelo tiembla bajo sus patas. El capitán de los elefantes grita y trata de correr, pero con las prisas tropieza y cae de bruces en el polvo.

Mantente firme ahora. Dobla una rodilla como te enseñó Ravi. No dejes que vea que tienes miedo, aunque estés a punto de orinarte. Recuerda lo que dijo: «Con una rodilla en tierra, y señala al suelo».

—*Hida, hida!* ¡Échate!

El resultado es espectacular. Las orejas se repliegan y Coloso desenrolla la trompa. Sacude la enorme cabeza, envolviendo a Gajendra en una nube de arena, y retrocede unos pasos.

Impresionante. Sólo ha visto una vez un elefante cortar un ataque a toda velocidad. En aquella ocasión era Ravi quien estaba delante del animal.

—*Hida!*

Coloso se lo toma con calma, pero lo hace, hasta arrellanarse en la tierra.

El capitán se adelanta corriendo con la lanza. Gajendra ve lo que pretende hacer y se le echa encima, lo golpea en la cintura, dejándolo sin aliento, y lo hace rodar por el suelo. La lanza rebota en el polvo. Coloso vuelve a levantarse, la coge con la trompa y la tira con aire despreocupado por encima de su gigantesca paletilla. No ve dónde cae. En Grecia quizá.



Después de todo el barritar y de los gritos el silencio es sobrecogedor. Una sombra cae sobre la cara de Gajendra, que oye un tintineo de arcos y se da cuenta de que un caballo y su jinete se han acercado hasta él. El jinete está de espaldas al sol y Gajendra ha de protegerse los ojos para mirarlo.

—Vaya, eso ha estado muy bien hecho —dice el recién llegado.

Monta un blanco y enorme garañón árabe. El capitán de los elefantes se pone precipitadamente en pie y, casi al instante, vuelve a meter la cabeza en el polvo, esta vez sin ayuda de uno de sus elefantes.

El jinete hace avanzar a su caballo y mira al oficial que tiene al lado.

—Yo hago arrodillarse a un oriental, pero éste hace que un elefante enfurecido se arrastre. ¿Cuál de nosotros crees que es más grande?

El jinete se desliza desde la silla y se queda de pie, con las piernas abiertas, contemplando el panorama. Gajendra se da cuenta por fin de quién es, lanza un grito

ahogado y cae de rodillas detrás del capitán.

—Venga, no te preocupes por todo eso ahora —dice Alejandro, y lo agarra por la túnica y vuelve a ponerlo en pie de un tirón.

Gajendra se sorprende al ver que el gran Alejandro es más bajo que él. Achaparrado, rubio y fornido, tiene las piernas arqueadas de pasarse toda la vida en la silla de un caballo. Y, sin embargo, le parece estar junto a un gigante. Había oído leyendas de su general mucho antes de que lo reclutaran en el ejército de Alejandro. Es como estar junto al sol. Cómo emana de él una ardiente energía.

Alejandro le da un pequeño empujón con el pie al capitán de los elefantes.

—¿Cómo te llamas?

Tiene la voz aguda este señor de la guerra, ataca los nervios.

—Oxatres, señor —responde el capitán sin levantar el rostro de la tierra.

—Pues podrías lamerle las botas ya que estás ahí abajo —dice el teniente de Alejandro, y luego se ríe a carcajadas cuando Oxatres se pone a hacerlo.

Por lo visto sólo era una broma.

—Eres un imbécil, Oxatres. ¿Qué eres?

—Un imbécil, señor.

Alejandro concluye pegándole una fuerte patada en las costillas y luego mira a Gajendra y le pregunta cómo se llama.

—Gajendra... —repite Alejandro cuando oye el nombre—. Se parece un poco a mi nombre. ¡Gajendra Magno! —exclama, y sus tenientes se ríen.

Gajendra supone que para eso los lleva.

Con la bota, Alejandro empuja un poco al capitán de los elefantes por segunda vez, como si fuera algo que se hubiera cruzado en su camino y no estuviese muy seguro de lo que era.

—Tú eres el que manda aquí, ¿estoy en lo cierto? ¿Cómo ha ocurrido esto?

El capitán contesta:

—Perdón, mi general, pero esa bestia está loca. Habría que matarlo inmediatamente. —Se seca el sudor de la cara y alza la mirada hacia su general con una desagradable sonrisa, algo parecido a una mueca—. Ese animal es un peligro y no se le puede adiestrar como es debido.

Alejandro rompe a reír. Echa atrás la cabeza y ríe a carcajadas. Incluso Oxatres empieza a reírse, aunque sin terminar de entender su propia broma. Ahora los tenientes a caballo ríen también. Hasta uno de los caballos parece burlarse disimuladamente. Entonces Alejandro echa hacia atrás la bota y vuelve a darle una patada a Oxatres en las costillas. Es un espectáculo escalofriante porque Alejandro sigue riendo mientras lo hace.

—¿Quién te nombró capitán de estas bestias?

Patada.

—¿Fui yo?

Patada.

—Tendré que arrestarme a mí mismo por incompetente. ¿En qué estaba pensando? ¡Debía de estar borracho!

Patada, patada, patada.

El capitán de los elefantes se echa a llorar. Él no tiene la culpa, gruñe mientras le acarician las costillas. Aquella bestia no es normal. No quiere someterse al mando. Perdonadme. Soy el más leal soldado de Alejandro. Os seguiría hasta el fin del mundo.

—¿Sólo hasta el fin del mundo? —responde Alejandro—. Pero si ya he estado allí. ¡Necesito marchar hacia un sitio que suponga un desafío mayor!

De pronto pierde interés por su capitán de los elefantes. Por lo visto se distrae tan fácilmente como un niño.

—Vaya, mira esto —dice, y se acerca a Coloso y se queda delante de él con las manos en jarras.

Gajendra mira a Coloso atentamente. La imperceptible sacudida de la rosada punta de su trompa, el lento parpadeo de su ojo. Nada de movimientos bruscos por favor, señor, piensa, o iréis tras la lanza del capitán hasta el otro lado de ese muro.

—¿Cómo se llama?

—Fateh Gaj... significa Elefante Victorioso. Pero vuestros soldados le han dado un nombre distinto.

—¿Y cuál es?

—Coloso, señor.

Alejandro se ríe.

—Sí. Coloso. Le va bien.

Gajendra se acerca para poder interponerse en caso de que Coloso se ofenda por la conducta de su general. Coloso alarga la trompa y roza la cabeza y la cara de Gajendra. Mientras lo hace, deja oír un grave ronroneo en el vientre.

—Es la bestia más grande que he visto nunca. Ni siquiera en Gaugamela los vi así —dice Alejandro—. ¿Cómo lo has domesticado?

—Le hablaba.

Alejandro camina en torno a la gris montaña de curtida carne. Coloso tiene mechones de pelo grisáceo por todo el cuerpo y las orejas grandes como un hombre. Alejandro se cruza de brazos y frunce el ceño.

—No me digas que esta bestia sabe hablar.

—No, pero entiende.

—¿Y qué lengua usas?

—Es la lengua de los elefantes, señor.

No puede explicarle que es la lengua que el tío Ravi hablaba de niño.

Alejandro le dirige una mirada de pena.

—¿Y por qué esa lengua especial es tan importante?

—Está adiestrado para obedecer ciertas órdenes, y ésa es la única lengua que comprende.

—¿Ese imbécil... —el general señala a Oxatres con una desdeñosa inclinación de cabeza—... lo sabe?

—He intentado decírselo, pero no me hace caso.

—¿Eres indio? No pareces indio. Pareces griego.

—Mi madre era persa.

—¿Qué hacía tu padre con una persa? ¿Aparte de hacerte a ti?

—El rajá se la dio. Como regalo, por sus hazañas en combate. Decía que era el mejor *mahavat* de todo el ejército. Pero lo hirieron y ya no pudo volver a ser soldado. Se dedicó a la agricultura.

—¡El hijo de un héroe!

—Eso creo.

—¿Así que estás diciéndome que eres el único que sabe cómo controlar a este animal?

—Eso parece.

—Pues si eres el único de aquí que sabe controlar a esa bestia, ¿por qué ha hecho todo esto?

Le echa un vistazo al recinto. Dos hombres yacen inmóviles en la tierra, dos pequeños edificios están arrasados en parte y tres carretones sólo sirven ya para leña.

—Creo que el capitán de los elefantes le ha dado con una aguijada. A él no le gustan las aguijadas.

—¿Dónde estabas tú?

—Estaba limpiando la paja.

—Pero ¿no es tu elefante?

—A mí no me da un elefante. Dice que soy demasiado joven.

Alejandro suspira, hinchando las mejillas con gesto teatral. Se acerca a Oxatres, que sigue hecho un ovillo en el suelo, agarrándose las costillas. No lleva un buen día, y la cosa está a punto de empeorar. Alejandro lo agarra por el pelo y le da una bofetada fuerte en las orejas.

—Eres tonto. Dilo. Venga. Te sentirás mejor cuando lo hayas dicho.

—Soy tonto —dice el capitán de los elefantes entre sollozos.

—¿Por qué eres tonto?

—No lo sé.

—Eres tonto porque no sabes utilizar tus recursos para sacarles el mejor partido. —Lo coge por el cuello de la túnica y vuelve a dejarlo caer en el polvo. Le da una patada de nuevo, mucho más fuerte que antes—. De ahora en adelante este muchacho... ¿cómo decías que te llamabas?

—Gajendra, señor.

—Gajendra es el *mahavat* de este animal. Y no quiero más problemas. —Le hace una señal con la cabeza a su teniente—. Dale al chico cinco de esas monedas nuevas que mandé acuñar ayer.

Hasta el teniente parece sorprenderse.

—¿Tanto?

—Dáselas.

El teniente le indica con un gesto que se acerque. Gajendra se queda boquiabierto. Es el dinero que ganaría en un año.

Alejandro da media vuelta y lanza una última mirada a Coloso, que continúa arrodillado, soplando la tierra con la trompa en actitud juguetona, tranquilo como un gatito. Alejandro menea la cabeza.

Luego mira a Gajendra y hace una mueca de repugnancia.

—Estás cubierto de mocos de elefante —dice.

Gajendra se mira la túnica. Sí que está cubierto de baba, una jarra de babas donde Coloso ha dejado las muestras de su afecto.

—Hace mucho que nos conocemos. Me tiene cariño.

—A mí no me gustaría que nada me tuviera tanto cariño —responde Alejandro, y luego monta en su caballo y parte, acompañado de sus tenientes.

El capitán de los elefantes se levanta. Le sangra la oreja. Intenta enderezarse, pero las costillas no se lo consienten. Mira a Coloso y luego a Gajendra. Lo señala con un dedo.

—Estás muerto, chico —dice, y se aleja tambaleándose.

Por encima del hombro, Gajendra mira a su elefante. En él no queda ni rastro de locura. Agita las orejas y prueba el aire con la trompa. Ahora que Oxatres se ha marchado, parece perfectamente a gusto.

—Mira la que has formado —le dice Gajendra.

Le da un suave golpe de *ankus* detrás de la cola, y Coloso hace lo que le pide y cruza el recinto tras él, dejando que los aguadores lo pongan todo en orden.

Capítulo 2

La luna titubea: aparece y desaparece, furtiva, entre las oscuras nubes. El viento nocturno junta las hojas caídas y se las lleva susurrando por el sendero que serpentea a lo largo de la Hilera de los Elefantes.

Gajendra no puede dormir esta noche, después de todo lo que ha sucedido. No es sólo la emoción. También se pregunta si tal vez Oxatres le rebanará el cuello en la oscuridad.

Se levanta para ver si todo va bien. Unos cuantos elefantes están dormidos, otros se mecen en las tinieblas, despiertos aún; Gajendra nota en los pies descalzos el retumbo de sus vientres. Un solitario aguador anda ocupado con sus tareas.

Lleva con los elefantes desde que tenía nueve años. El tío Ravi le encargó que hablara con ellos, que les frotara los hirsutos pellejos y la suave parte trasera de las orejas, y luego, que les diera de comer melones y les susurrara que algún día crecerían y se hablaría de ellos comparándolos con el mismísimo Ganesha.

Las antorchas desprenden chispas. Gajendra retrocede en el recuerdo hasta que tenía nueve años, cuando entró por primera vez en el campamento del rajá con la mano de Ravi en el hombro; los demás *mahavats*, serios, lo miraban con el ceño fruncido. Ravi dice: es mi nuevo aguador. Así, sin más. De la noche a la mañana, pasa de ser el niño que llama llorando a su madre cuando se cae en el río a ser soldado del ejército del rajá.

Gajendra lleva un *ankus* en la mano derecha. El *ankus* tiene un pequeño gancho romo. Algunos *mahavats* afilaban el gancho hasta aguzarlo pero Ravi le dijo que un buen adiestrador nunca haría eso.

—Sólo es para guiarlo —dijo, al tiempo que le daba palmaditas a Coloso en la hirsuta pata delantera—. Un buen *mahavat* consigue con la voz que su elefante haga lo que él quiera. El elefante debe obedecerte porque te ama, no porque te teme.

Una silueta gigantesca surge de la oscuridad y los ronroneos se hacen más graves. Parece un terremoto. Gajendra oye el tintineo de la campanilla que Coloso lleva al cuello. Todos tienen una. Cuando se trabaja con animales del tamaño de una casa tienes que saber dónde están todo el tiempo. En particular éste. Un hombre tendría que subirse a los hombros de otro sólo para llegarle a la parte superior de la cabeza. Ravi pasaría por debajo sin tocarle la panza siquiera.

Coloso lo encuentra con la trompa y le explora la cabeza y el pecho. La trompa tiene pelos aquí y allá, y la punta está mojada; Gajendra no tarda en estar cubierto de baba. Intenta apartarlo a un lado, pero no sirve de nada. Ahora tendrá que bañarse en

el río antes de acostarse o dormir solo entre la paja.

Busca un melón con el pie y se lo acerca rodando, lo coge y se lo echa a las grandes fauces rosadas. Míralo: juguetero como un gatito. Pero por su culpa dos hombres gimen en la tienda hospital.

—¿Se puede saber qué hacías hoy? Tienes que controlar ese genio tuyo. Has de ser listo con estas cosas. Sé que el capitán es un perro, sé que te ha pegado con el gancho. Pero aprende a esperar la hora propicia. Aguarda la ocasión, devuélvesela justo cuando no se lo esperen.

Encuentra las marcas de pinchazos que el malnacido del capitán le ha hecho con el *ankus*, en las rodillas, en la base de la trompa. No debería hacer eso: el gancho se prueba en el dedo, y si saca sangre es que está demasiado afilado. El capitán debe de haber estado afilando el suyo.

Ahora que Coloso ha acabado con el melón intenta encontrar a Gajendra con la trompa otra vez. Parece cariño, pero Gajendra supone que sólo quiere algo más de comer. Coloso le estornuda en el pelo. Gajendra se queda cubierto de porquería, una buena mezcla de melón y mocos grises. El ronroneo se vuelve más fuerte.

Bueno, ahora sí que Ravi y los demás no dejarán que se les acerque, así no. Gajendra encuentra algo de paja junto a Coloso y se acomoda en ella. Se está más seguro aquí de todos modos, nadie va a clavarle un cuchillo con el grandullón montando guardia. Además, a veces prefiere el olor a elefante al olor a otros hombres. Al menos con los colmilludos uno sabe a qué atenerse.

Coloso sigue insistiendo con la trompa, le pide más melones, pero por fin se rinde y lo deja dormir. Gajendra duerme profundamente. Sabe que Coloso no lo pisará en la oscuridad. Hasta los colmilludos más grandes son así de raros. Nunca le hacen daño a nadie sin querer.

Pero cuando se proponen hacer daño, más vale que un hombre vaya con cuidado.

El día siguiente lleva a Coloso al río, lo observa mientras se echa agua por encima con la trompa. Hay una cesta de manzanas en la orilla. Coloso se decide por una y se la mete en la boca con gran delicadeza, como un cortesano que seleccionara una uva. Balancea la trompa de un lado a otro. Parece contento.

Nada como un buen fregoteo. Gajendra usa el *ankus* para rasparle el barro de la espalda. No deja de hablarle todo el rato. Está tan absorto que no ve al tío Ravi hasta que éste está casi a su lado.

Lo llama tío, aunque no están emparentados. Tenía nueve años cuando el viejo *mahavat* le salvó la vida y lo llevó al campamento. Desde entonces lo ha cuidado y le ha enseñado todo lo que se puede saber sobre los elefantes.

No tiene ni idea de la edad de Ravi. El mismo Ravi no lo sabe. Siempre ha tenido el mismo aspecto: duro, enjuto y moreno como una nuez. Dice que es del sur, pero se marchó de allí hace tanto que ni siquiera recuerda el nombre de la aldea. Sólo tiene un brazo, el izquierdo lo perdió a la altura del codo en una batalla hace mucho

tiempo.

—¡Tío! No te había oído.

—Llevo un rato mirando. —Se rasca la cabeza—. ¿Te fías de él? —pregunta en un susurro.

Todos los *mahavats*, hasta Ravi, hablan en susurros en presencia de Coloso.

—Me fío más de él que del capitán de los elefantes. Por lo menos éste es completamente previsible. Si le pegas con un gancho, te mata; si no, no. Le gustan las manzanas que le has buscado.

—Come como un regimiento todos los días.

Coloso vuelve a meter la trompa en la cesta de manzanas y aparta unas cuantas hasta que encuentra una que le gusta. Luego alarga la trompa y la echa a los pies de Gajendra.

—¿Has visto? —dice Ravi—. Te da una manzana.

—Se le ha caído. No me da nada.

—No, Gaji. Tú y él tenéis el mismo espíritu. Tú eres medio elefante y él es medio humano. Toma, te he traído una cosa para celebrar tu ascenso. Ahora eres uno de nosotros.

Es una aguijada hecha de raíz de teca, larga como el brazo de un hombre. El remate forma dos puntas romas, una recta y otra curvada hacia atrás, hacia el mango. Tiene adornos de plata y cobre, y en el astil lleva incrustados unos elefantes tallados en plata. Hay una serie de iniciales grabadas, de los *mahavats* a quienes ha pertenecido antes.

—Pero si éste es tu *ankus* —dice Gajendra, perplejo.

—Y ahora es tuyo. Algún día se lo pasarás a alguien, igual que yo estoy haciendo hoy.

—No puedo aceptarlo.

—Pues tendrás que aceptarlo, porque yo ya no lo quiero. No hay nadie que maneje a este elefante, tú eres el único. Te has ganado el derecho a tenerlo.

Gajendra se ríe, sorprendido. Se lo enseña a Coloso.

—Mira, soy tu nuevo *mahavat* —le dice—. Ahora soy el jefe.

Coloso mira a Gajendra con ojos bordeados de mocos y escoge otra manzana de la cesta. Gajendra sabe lo que está pensando. Si tú eres el jefe, ¿por qué eres el que me rasca el barro del trasero con las manos?

El capitán de los elefantes aparece en la orilla. Guarda las distancias. Coloso ve la aguijada al costado del capitán y sus ojos se vuelven fríos.

Oxatres no puede gritar porque las costillas aún le duelen. ¿Por qué vuelve a acercarse a Coloso con una aguijada en la mano? Su estupidez es preocupante.

—Llévalo al *maidan* —dice Oxatres en un graznido—. Tenemos instrucción.

Se tarda mucho tiempo en preparar a los elefantes, incluso sin la pintura y sin las puntas de espada en los colmillos que necesitarían en una batalla de verdad. Primero

la armadura: una funda metálica para la trompa y la cabeza. Luego hay que poner una manta de pelo de camello sobre el lomo del animal antes de que el pesado *howdah* de madera quede montado en su sitio con ayuda de unas anchas correas de cáñamo trenzado. Coloso lo aguanta pero no le gusta. Brama y se revuelve.

Es un proceso largo y agotador, y hoy está tardando muchísimo.

—¡Daos prisa! —grita Gajendra a los cuidadores.

Su voz suena chillona, hasta a él mismo le suena así. Los aguadores no están acostumbrados a que les dé órdenes alguien tan joven, y se quejan de ello.

No es culpa de Coloso que sea el último en estar preparado. Aún están asegurándole el *howdah* de madera al lomo cuando los demás ya salen en fila hacia el *maidan*.

Oxatres se acerca con paso decidido, dando golpecitos con la aguijada en el suelo; es evidente que quiere aporrear a alguien con ella y no le importa a quién, aunque preferiría que fuera a estos dos. Tiene la cara cárdena. Esto es lo que quería, lleva deseándolo desde que despertó esta mañana con las costillas doloridas.

—¿Por qué no estáis preparados? Todos los demás están listos para la instrucción.

¿Qué puede responderle Gajendra? Tal vez tenga autoridad sobre el elefante, pero los demás no están acostumbrados a sus órdenes. Se muestran hoscos ya, y de parte del capitán.

—Casi hemos terminado —contesta.

—¿De qué sirve «casi terminado» en el combate? ¡No estás preparado para ser *mahavat*!

—Alejandro cree que sí.

Al oír el nombre de Alejandro, Oxatres pierde los estribos. Le grita al que está atando las cuerdas del *howdah*, le grita a Gajendra y después, por añadidura, le grita a Coloso y le da un golpe de refilón con la aguijada en los cuartos traseros.

Se cree que está sacudiendo una alfombra. ¿No se da cuenta de lo que hace?

Coloso grita, con los ojos rojos de cólera, y se pone pesadamente en pie. Los chicos se dispersan. Esto es lo que sucedió la última vez, era de esperar que Oxatres aprendiera. Se puede ser imbécil o se puede ser cruel, pero ser ambas cosas es algo que Gajendra no entiende.

Amarrada a una estaca de hierro hincada en el suelo hay una cadena, y, en teoría, tiene que sujetar a Coloso. Lo sujeta cuando está tranquilo, pero cuando se enfada Coloso se olvida de que está atado, se olvida de todo. Se vuelve rápidamente y la estaca salta por el polvo como una ramita. Golpea en las piernas a uno de los chicos, que cae dando alaridos.

Gajendra se arroja sobre Oxatres y lo derriba en el suelo. La aguijada rebota en la tierra. Gajendra se levanta de un salto, la lanza lo más lejos que puede y se da la vuelta.

—*Hida! Hida!*

Coloso menea la cabeza, con las orejas completamente separadas, los ojos color

rosa, muy abiertos, aterrador.

—HIDA!

Oxatres se pone de pie tambaleándose.

—¡Has atacado a tu superior!

—Te he salvado la vida.

—¡Mandaré que te azoten! —grita.

Pero Gajendra no opina así. No si Alejandro se entera de lo que ha ocurrido.

—No puedes pegarle. A éste no. Tienes que hablar con él.

—¡Está descontrolado!

—No, yo lo controlo.

Coloso se cierne sobre ambos, quieto, sin mover la trompa siquiera. Éste no es como ningún elefante que yo haya visto nunca, piensa Gajendra. Mientras yo esté aquí, se refrena. Un elefante furioso de verdad nos habría pasado por encima a los dos. Ahora mismo parece estar haciendo algo que un animal salvaje no hace nunca.

Está reflexionando.

—Ese elefante es un peligro y una amenaza.

Oxatres mira la aguijada que está en el polvo.

Gajendra sigue su mirada.

—Como la recojas nos estampará en el *maidan*. ¿Es eso lo que quieres?

El capitán vacila. El chico de la pierna rota sigue dando alaridos. Todos los demás miran fijamente, no saben si reír o echar a correr. Al capitán de los elefantes ya lo han humillado dos veces en dos días.

Esto no puede acabar bien.

Oxatres está tan colorado que parece que va a estallarle la cabeza.

—Lleva a tu elefante a la instrucción —dice, y se va.

Coloso está al lado de Gajendra.

Gajendra nota que se relaja. Una trompa gomosa le da un empujoncito en la espalda, haciéndolo perder el equilibrio. Mira por encima del hombro a una montaña de carne gris. Coloso coge un poco de tierra con la trompa y se la echa por el lomo.

De nuevo está tranquilo como un perrillo faldero.

Los chicos terminan de amarrar el *howdah*. Se han llevado al de la pierna rota.

Gajendra se sube al cuello de Coloso.

—Estamos acabados, tú y yo —le dice—. Lo sabes, ¿verdad? Antes o después ese perro de Oxatres nos matará a los dos.

Coloso alza la trompa y brama. Todo el mundo se dispersa, pensando que ha enloquecido otra vez, pero entonces echa a andar a paso lento, con el *howdah* bamboleándose violentamente encima. Parece como si comprendiera.

El objetivo de la instrucción de combate es sencillo: hacer que los elefantes se acostumbren a los caballos y que los caballos se acostumbren a los elefantes. Los

caballos desprecian a los elefantes, y hacen falta muchos meses de paciente adiestramiento para que se acerquen a uno de ellos.

Los elefantes, por su parte, han de habituarse a los ruidos de la batalla. La mayoría de los colmilludos proceden de la India, del rajá de Taxila, y sólo unos pocos, como Coloso, han estado en una batalla. Son como los hombres: cada uno tiene su propio temperamento. Al principio algunos echan a correr, mientras que otros se meten de lleno en la lucha.

La infantería ha formado en filas, con la caballería a cada flanco. Son de los mejores jinetes del mundo. Los caballos son hermosos, de un gris acero, pero están agitados y se encabritan, nerviosos, con los elefantes por allí. Llevan ya meses trabajando con los elefantes, y aún se muestran asustadizos si se aproximan demasiado.

Gajendra reconoce al comandante. Es Nearco, el teniente que estaba con Alejandro el día que Coloso se puso hecho una furia, el que le dio las cinco monedas de plata. Qué aspecto tan espléndido tiene con su manto rojo, arrogante, mientras bromea con la fila delantera de la infantería.

Lleva a su rucio, dando pasos de lado, hacia ellos por la hilera de elefantes; controla al garañón con las rodillas, las manos apoyadas en la cruz. Grita sus órdenes, pero entre los bramidos de los demás machos y el ruido del viento Gajendra no oye ni una palabra de lo que dice. Le ha entrado tierra en los ojos. Sólo desea acabar de una vez.

Los jinetes van de dos en dos hacia el ala de los héroes, a la izquierda de Gajendra. Los soldados de infantería se ponen los cascos, cogen escudos y armas y se preparan para la instrucción. Los colmilludos que rodean a Gajendra olfatean el aire con las trompas, separan las orejas y barritan, asustados por el ruido y la confusión. Sólo Coloso está completamente quieto.

Gajendra se pregunta si es así como sucede en el combate de verdad. Decían que en cualquier batalla los indios eran los primeros en morir. Si matas al *mahavat*, matas al elefante. Pero yo no voy a morir, se dice Gajendra. Voy a luchar buscando la gloria.

Le enseñaré a Alejandro lo que pueden hacer los elefantes, ése es mi destino.

El asistente de Nearco agita en la brisa una bandera de corta asta y la caballería lanza una carga por la llanura. Incluso encima del cuello de Coloso, Gajendra siente la vibración de los cascos. La infantería avanza también, golpeando las espadas contra los escudos para hacer el mayor ruido posible; dan el grito de combate al unísono, y es como si no quedara más aire para respirar.

Los jinetes se acercan primero, entre la parda niebla del polvo que levantan los caballos. Ponen las lanzas a la funerala y se acercan, apiñados, dando empujones y golpeando a los colmilludos en las patas y los flancos. Algunos caballos han huido, pero la mayoría de los rucios mantienen el ataque. Gajendra siente que Coloso se tensa, nervioso. Le da una patada detrás de la oreja para que eche a andar. Recibirán la carga de frente. Les grita a los arqueros que están en el *howdah* que se agarren. No

es que puedan hacer otra cosa.

Algunos elefantes han escapado ya y la caballería los persigue, dando gritos, hasta el río. Uno se cae, aplastando al *mahavat* y mandando al suelo el *howdah* con sus arqueros. Sólo porque estén en un ejercicio de instrucción eso no significa que no se pueda morir.

Coloso enrolla la trompa y despliega las orejas. Tiene ganas de lucha y carga contra la falange. Pero los soldados no quieren lidiar con él ni siquiera en la instrucción. Lo han visto en el *maidan* y saben lo que es capaz de hacer.

Los arqueros del suelo apuntan sin flechas. Gajendra ve que uno de ellos le hace señas con la mano, avisándolo de que, si fuera de verdad, ahora mismo tendría una flecha en el cuello. Se vuelve a mirar a los hombres del *howdah*. Serían inútiles en la contienda, con Coloso corriendo a toda velocidad. Lo único que pueden hacer es agarrarse de los lados para evitar salir despedidos.

Gajendra no ve nada. El polvo que levantan caballos y elefantes lo oculta todo. Un jinete se cae justo delante de él y se apresura a montar de nuevo en cuanto su caballo árabe vuelve a levantarse. Coloso los ensartaría con los colmillos a los dos, pero Gajendra le da una fuerte patada detrás de las orejas para impedirselo.

Oye el estruendo de un tambor, la señal para que termine la maniobra.

El corazón le late con fuerza, está cubierto de sudor. No tiene ni idea de dónde se encuentra el resto de su escuadrón. Todos los planes de combate se han olvidado en medio del caos.

¿Así es como será una batalla de verdad?

Gajendra llama a gritos a los chicos que llevan los odres de vino. A medida que la nube de polvo se despeja, ve que de los veinte elefantes sólo quedan cinco; los demás han escapado al río.

Nearco atraviesa cabalgando las líneas, con una lanza en alto, en posición horizontal, para indicar que los dos bandos deben retirarse. Los soldados tiran las armas y se dejan caer para descansar.

Gajendra conduce a Coloso hacia el río, encuentra a los aguadores con los melones y los odres. Coloso lo baja y se mete detrás de él en el agua.

Oxatres aparece, vociferando otra vez. ¿Qué creen que están haciendo todos? Nearco está muy descontento. Si esto fuera la caballería árabe o nómada, todos estarían muertos.

Os quedaréis aquí al sol hasta que consigáis mantener un mínimo de orden.

Gajendra y Oxatres se miran. A pesar de toda su palabrería, al capitán de los elefantes le hubiera encantado que Coloso fuera uno de los colmilludos que salió corriendo. Coloso hace caso omiso de él, al tiempo que, alegremente, se rocía agua por el lomo.

Los sonidos de las trompetas, los caballos y los tambores no lo han asustado en absoluto. Gajendra ve a los otros *mahavats* pelearse por los odres de vino, pero se

queda en el río con Coloso, dándole palmaditas en la trompa y diciéndole que su madre habría estado orgullosa de él. Coloso tal vez no entienda las palabras, pero sabe lo que está diciendo. Gajendra está seguro de eso. Le echa otra sandía. Esperan el siguiente ejercicio de instrucción.

La trompa y la testera del elefante están manchadas de pulpa de sandía. Sus ojos brillan detrás de la máscara de hierro. Es como si te leyera la mente.

Capítulo 3

Cartago, año 323 a. C.

—Debes echar el bebé al hoyo.

Mara está delante del pozo, meciéndose levemente. Sus ojos miran hacia un lado, pero sin ver. En realidad ve el pasado, una época en que el bebé estaba vivo y tibio entre sus brazos. Se tambalea. Un suave empujón y caerá en el olvido también.

El bebé tiene manchas y está gris. Una niña. Está envuelta en una mortaja, pero Mara ha apartado los pliegues para mirarle por última vez la cara. Una lágrima cae sobre la fría mejilla.

Inspira hondo y suspira. Arregla con esmero el lienzo en torno a la cara de la pequeña para que no la moleste de muerta. Quiere que tenga un aspecto inmejorable en el más allá, pulcra y bien atendida.

—No —murmura, aunque dentro de su cabeza la palabra suena como un gemido.

La sacerdotisa lanza una ojeada al padre. ¿Qué hago?, pregunta la mirada. No podemos quedarnos aquí, así, para siempre. Él se encoge mínimamente de hombros como si dijera: soy un soldado no un devoto. Esto es problema tuyo.

La sacerdotisa pone una mano en el hombro a Mara como para animarla a la acción, pero Mara no se mueve.

Mientras la tenga en brazos, su hija vive aún. Tira de un pliegue de la mortaja, saca la mano de la pequeña y coge los deditos. Cuando se haya ido no quedará nada. Por ahora basta esto. Si la abrazo así siempre, no se irá. El viento ruge dentro del pozo. Tal vez la diosa se impacienta. De un momento a otro subirá a llevarse ella misma a la niña.

La sacerdotisa le hace una seña con la cabeza.

—Mira, hija, la diosa quiere llevársela ya. Con ella estará segura. Es buena madre y cariñosa. Allá abajo no hay dolor.

Mara se adelanta arrastrando los pies, medio paso, otro medio. Sus brazos están rígidos y no puede enderezarlos. Acaricia la mejilla de su bebé. Imagina lo fríos que se sentirán sus pechos cuando ya no esté. ¿Qué es una madre sin un hijo? ¿Quién mamará la leche? ¿Quién oír el susurro de su canción?

—Tienes que soltarla ya.

Mara baja la cara hasta la mortaja. Ya no huele a su pequeña. ¿Cómo olía? Trata de recordar. Antes la niña era toda leche cuajada y calor. Comienza a temblar. La sacerdotisa la guía otro paso hacia delante.

Oye que su padre dice: «Suéltala».

Siguiendo la orden, deja caer al bebé en el pozo. Luego da un grito y cae de

rodillas. Su padre la agarra. El dolor la envuelve, y Mara grita durante horas hasta que se queda sin voz.

Capítulo 4

Alejandro ha ordenado que su lujosa tienda la guarden elefantes con la armadura de combate completa. Hay doscientos elefantes y trabajan en turnos durante las horas de luz, con toldos para resguardarlos del sol abrasador. No es necesario. Un aspirante a asesino no necesita más elemento disuasorio que un puñado de guardaespaldas que sepan su oficio. Gajendra supone que lo hace para intimidar a los visitantes por la vista y el olfato.

Pero así es como Gajendra ve por primera vez a Zahara.

Alejandro sale de su cuartel general para hacer un sacrificio en el templo de Marduk. Toda su corte va con él. Tiene más lameculos que nadie que Gajendra haya conocido. Quizá lo rodean para barrer sus excrementos tras él, como los aguadores con los elefantes.

A Gajendra le parece conocerlo ya, y casi espera que le haga un alegre saludo con la mano. Alejandro viste con todas las insignias, y el sol brilla tanto en su bruñida coraza de gala que Gajendra ha de protegerse los ojos.

Va cubierto de oro, ribeteado de plata. Está sentado con las piernas flexionadas en la silla de montar, desenvuelto y sonriente. Nearco cabalga justo tras él, con Ptolomeo, Pérdicas y los demás a quienes llama sus Compañeros. Dicen que si Alejandro muere (algo improbable, dados sus antecedentes), uno de éstos será ungido como su sucesor. Su guardia personal cabalga detrás, toda plumas de avestruz y hierro, entre el tintinear de los arreos.

El harén de Alejandro lo acompaña, la mayoría princesas y concubinas persas. Dicen que no le sirven para mucho, que las emplea sólo para impresionar y como soborno. Reparte mujeres como si fueran fichas de juego: toma una, esto es un favor, así que ahora estás en deuda conmigo. Gajendra ha oído que Alejandro prefiere beber o combatir a follar, y que incluso entonces prefiere los muchachos a las muchachas, como casi todos estos macedonios... los *maces*.

Las mujeres se cubren con velos que las protegen del sol y del polvo tanto como de las ávidas miradas de los hombres. Pero el viento le arrebató el pañuelo a una de ellas y Gajendra vislumbra a la mujer más hermosa que ha visto nunca. En ese momento comprende lo que son los celos.

La procesión pasa, y él se queda mirando hasta que la muchacha desaparece de su vista, una mancha color violeta perdida en el polvo que levanta la retaguardia. Cierra los ojos y se aprende de memoria los ojos negros, el aire altivo, el concepto de la perfección.

—¿La viste? —le pregunta a Ravi horas después, cuando ya los han relevado y están lavando a Coloso y a Ran Bagha en el río.

Ran Bagha es el elefante de Ravi, más pequeño que Coloso y con un solo colmillo. A los maces les parece graciosísimo: un *mahavat* manco con un elefante medio descolmillado.

—¿Y ahora qué estás diciendo?

—¿Viste a aquella muchacha que iba detrás de Alejandro? ¿Te imaginas gozar a una mujer así?

—¿Qué mujer?

—La de los ojos oscuros.

—Son persas. ¡Todas tienen los ojos oscuros!

—¿Viste cómo me miró? ¡Algún día voy a gozarla!

Ravi menea la cabeza, compadeciéndose de él.

—¿Por qué piensas siquiera una cosa así? Alejandro está casando a su harén con sus oficiales. ¡No son para la gente como tú!

—¿Por qué las regala?

—Recompensa por los servicios prestados. Para evitar que los maces se amotinen.

—¿Que se amotinen?

—¿Es que nunca escuchas lo que dice nadie? ¡Los elefantes están más al tanto de lo que pasa que tú!

—¿Por qué iba a querer el ejército amotinarse contra Alejandro? Es el general más grande del mundo.

—El ejército no... sólo los macedonios, que son justo de quienes más depende en el combate. Están hartos, Gaji. Algunos son viejos ya. Llevan años haciendo campaña. Quieren volver a su patria.

Gajendra no lo comprende; claro que él no tiene patria a la que volver. Le parece que los macedonios son temibles en el campo de batalla, leales al grupo y durísimos como ellos solos. Pero también son unos amargados cuando no tienen a nadie contra quien luchar, se sientan con sus cicatrices y su silencio, odiando a todos con la mirada. Son gente de montaña, criados en altos valles que llaman pliegues, de los que hablan como si fueran los jardines de recreo de un rajá, cuando a él le da la impresión de que lo que de verdad echan de menos es revolcarse en el barro y copular con los cerdos.

Se quejan continuamente de que ahora hay demasiados extranjeros en el ejército.

Extranjeros como yo, supone Gajendra.

Pues si eso es lo que valen, Alejandro está mejor con la gente exótica: chavales fuertes y morenos con ganas de comerse el mundo y dispuestos a hacerlo, no estos cabreados jamelgos viejos.

—Alejandro quiere marchar sobre Cartago.

Gajendra se pregunta cómo Ravi se entera de estas cosas tan rápido. Tiene espías por todas partes.

—¿Cómo lo sabes?

Un encogimiento de hombros.

—Pensaba que lo sabía todo el mundo.

—Yo creía que nos dirigíamos hacia Arabia.

—Tiene que mantener a los maces contentos. Cartago es su solución intermedia. Les ha dicho que regresarán si, por el camino, lo ayudan a tomar Cartago. Los embarcará de vuelta desde Sicilia. Les dice que será tarea fácil y que hay ganancias en ello.

—¿Eso es verdad?

—No lo creo, pero ya sabes cómo es. No se detendrá hasta que no haya ido a los dos extremos del mundo y haya vuelto, y luego empezará a pensar en conquistar el cielo.

—Pues yo quiero ir con él.

—¡Ten cuidado con lo que desees! ¡Como subas demasiado alto los dioses te tirarán al suelo!

Emprenden el camino de regreso hacia la Hilera de los Elefantes con Coloso y Ran Bagha detrás.

—A los dioses les agrada el hombre que cree en sí mismo. Como Alejandro. Si crees que todo puede hacerse, consigues cuanto quieras.

—Me das miedo, Gaji. Me asusta pensar qué será de ti si sigues hablando así.

—¿Recuerdas en Taxila? Aquel arquero... ¿Cómo se llamaba?

—Mohandes. Y no era arquero, era oficial de la caballería.

—Le salvó la vida al rajá en el paso del río. Como recompensa le dio a la muchacha más hermosa de su harén.

—¡Y mira de qué le sirvió! Al cabo de tres meses le dieron un flechazo en el muslo y murió gritándoles a los fantasmas. El karma es el karma. No puede cambiarse.

—Yo me construiré mi propio karma, Ravi. Eso es lo que hace un hombre de verdad.

Pero ¿y si no lo consigues?, piensa. ¿Y si terminas tus días como elefantero, o mueres en la próxima batalla?

Bueno, morir es mejor que vivir con temor.

Cualquier cosa es mejor que vivir con temor.

Esa noche duermen entre la paja. Gajendra escucha a los elefantes y se pregunta cómo será dormir junto a una princesa. Se imagina apartando una vaporosa túnica de un hombro desnudo, el tacto de una piel de satén, una mujer que huele a jazmín y a ungüentos.

Luego se imagina montando un caballo blanco como hace Nearco, moviéndose con rapidez e intención, no bamboleándose en lo alto de un elefante. Piensa en tener una espada en la mano, llevar coraza y un manto rojo; piensa en tener un aspecto

admirable, decidido.

Un oficial, un león.

Con los ojos muy abiertos, mira fijamente las estrellas y piensa en el niño que dejó atrás hace casi un decenio. Se imagina que los *dacoits* lo dejaron vivo porque aquello les hizo más gracia que dejarlo muerto. No hay otra explicación. No siente especial compasión por el que era de pequeño, sólo una especie de amarga impaciencia.

Sólo cuando revive el recuerdo de su padre moribundo, tiritando y gritándoles a los espectros, experimenta una hueca ansiedad. Acaso Ravi tenga razón: un hombre tiene su karma y no hay nada que hacer. Así funciona el mundo. Atrapas una fiebre, te quedas indefenso cuando llegan los bandidos, te casas con una princesa o duermes en la paja. La suerte, el designio de las estrellas.

Pero ¿cómo va a sentirse seguro un hombre en un mundo donde los dioses lo controlan todo? Entonces piensa: mira a Alejandro. Él gobierna el mundo y se construye su propia suerte. Él se ha convertido a sí mismo en dios. Ése es el único modo de detener este tremendo pavor, la única forma en que puedes librarte de él.

Hacerte tú mismo divino.

Gajendra recuerda cómo su madre alargaba la mano hacia él cuando moría. El bandido que la había violado aún estaba tendido entre sus piernas cuando le clavó el cuchillo. «Ayúdame», le dijo moviendo mudamente los labios. «Ayúdame».

Se vuelve de costado e intenta dormir. En sus sueños crucifica a los hombres que hicieron aquello, ve cómo ennegrecen al sol y mueren poco a poco. En la realidad supone que aún siguen por ahí, en algún sitio, riéndose en torno a los rojos leños de una fogata.

Las estrellas ruedan encima de él, lanzadas por el cielo como esquirlas de diamantes hacia Cartago; hacia el templo de Tanit y hacia la hija del general, la de los ojos tristes. Él y la mujer esperan que llegue Alejandro, pues si algo saben es que sólo un dios puede romper el hechizo que los tiene embrujados a todos.

Capítulo 5

Cartago

Horas después, días después, semanas después. Mara está recostada en cojines en su lecho. Hannón, su padre, está de pie en la puerta con las manos en jarras. Lo acompañan dos de sus sargentos. Está meneando la cabeza.

—¿Tú te has visto?

—Márchate.

Hannón llama gritando a las criadas, le da una bofetada por su negligencia a la primera que llega.

—¿Por qué no me has mandado llamar antes? ¿Qué clase de animal eres?

Mara sabe qué aspecto debe de tener por el modo en que la mira fijamente. Pone esa misma cara cuando vuelve de una campaña o de una ejecución.

Agarra por la oreja al chambelán de su hija.

—Mírala. ¿Habéis estado bañándola, dándole de comer? Parece un cadáver tirado en la calle. ¿Por qué no me has mandado llamar?

—¡Me lo prohibió! —protesta el anciano.

Pero Hannón no lo oye porque lo ha echado de una patada.

—Ya es hora de que vuelvas a levantarte —dice, y abre de par en par las persianas.

Ella se estremece al ver la luz.

El padre ordena a la criada que vaya a por agua y luego se vuelve de espaldas mientras la lava. Se cruza de brazos y da instrucciones. *Vas a hacer esto, vas a hacer aquello.*

Me da igual, piensa Mara. Me daría igual aunque las Sombras se alzarán ahora mismo y me arrastraran consigo. No tengo fuerzas para nada.

¿Cuánto hace que está así?, le pregunta Hannón a la criada.

Ni siquiera Mara lo sabe. Quiere decirle que no es culpa de la sirvienta. Cada vez que entraban yo las insultaba a gritos y les decía que salieran. Le tiré un orinal a una de ellas, y estaba lleno.

Ahora la única diferencia es que te tienen más miedo a ti que a mí. De todos modos no es culpa suya, sino tuya. Tú te fuiste a Lilibeo el día después de que yo le entregara a Tanit el último pedazo que me quedaba de mi vida. Si quieres chillarle y gritarle a alguien, busca un pozo hondo y échate una ojeada. Piensas más en Cartago que en mí.

Por otro lado, sabe que su padre también se culpa a sí mismo por el estado en que ella se encuentra. Pero no puede ignorar las exigencias de sus patronos. Aunque sea

un general, pueden muy bien volverse contra él. Vive tan en el filo de la espada como cualquiera de los enemigos de la ciudad.

La muchacha la saca de la cama y carga con ella hasta la tina, ya calentada con agua perfumada. Le sorprende que la levante con tanta facilidad. Es una chica robusta pero no muy fuerte. ¿Tan flaca estoy que hasta una mujer puede llevarme en brazos? Apoya la mano en el hombro de la chica. Le cuesta respirar. Se echa a llorar, y la joven le frota la espalda e intenta consolarla. Le gustaría apoyar la cabeza en el pecho de su criada, como una niña pequeña.

Cuando termina, la sirvienta la envuelve en una larga toalla y el padre la coge en brazos. Sigue enfadado y no quiere mirarla. Esto es lo que se le da bien: estar enfadado y hacerse cargo de las cosas.

—¿Adónde vamos? —pregunta ella.

—Vendrás a vivir conmigo. Me aseguraré de que te cuidan.

—¿Por qué no me dejas en paz?

—Porque eres mi hija. No tengo intención de quedarme de brazos cruzados mientras te haces esto.

Una litera y sus portadores esperan en el patio.

—No hay necesidad —añade Hannón—. Amarás de nuevo. Eres joven. Antes llamabas la atención de los hombres. Volverás a hacerlo. No pienso dejar que renuncies a tu vida.

¿Fue así como superó la muerte de la madre? Se sacudió el polvo de las manos y se alisó la túnica una vez que se enfrió. Mara no lo ha visto nunca llorar por nadie.

El chambelán corre tras ellos por el patio, llamándola. Lleva en las manos un anillo y una mantita. Se los da y ella los acepta, agradecida.

—¿Qué es eso? —pregunta el padre.

Mara no contesta, de modo que ahora se lo pregunta al chambelán.

—La manta es la que usó para envolver a sus niños cuando nacieron. El anillo se lo dio su esposo antes de zarpar hacia Panormo con su hijo.

El padre da un tirón de la manta y la arroja a la arena. El anillo ya se lo ha puesto Mara en el dedo. Forcejea con ella y se lo quita. Está tan flaca que no le ajusta. Hannón lo tira lejos. Ella solloza.

—¡No hace falta que te recuerden continuamente el pasado! ¡Déjalo ir!

En silencio, Mara recurre al chambelán, pero éste se encoge de hombros en un gesto de impotencia y no se mueve. Cree que si hace algo el padre lo matará, y acaso tenga razón.

—No tiene sentido este constante duelo. ¡Se han ido y no van a volver! ¡Tenemos que vivir y seguir adelante!

Ve que una de las criadas busca apresuradamente el anillo en la arena.

—¿Qué haces, muchacha? —le grita, irritado.

—Querrá tenerlo otra vez, señor.

—¡Déjalo donde está! Mi hija no va a recuperarlo nunca. ¡Escuchadme todos! Ya

no se necesitan vuestros servicios. Os buscaré nuevos amos. Me habéis fallado y le habéis fallado a ella. ¡Idos enseguida! ¡Salid de aquí, todos!

Las opulentas zonas residenciales de las afueras de Megara están al otro lado de la gran muralla triple de la ciudad. Dan a millas de viñedos y granjas, donde las cabras se ponen a la negra sombra de los olivos y la roja agua borbotea entre palmeras.

El padre le lleva un caldo y se lo da él mismo. Mara cierra los ojos para no tener que verle los suyos.

Hannón se pone a repasar el futuro de su hija: un nuevo esposo, nuevos hijos. Él va a barrer a escobazos su pena. Va a recogerla y a atribuirle al capricho de los dioses. Ella lo oye formular su filosofía, y por un instante siente ganas de rebuscarse en las entrañas y traspasarle un poco de su dolor, verlo encogerse y consumirse también, como si de repente hubiera metido la mano en la lumbre. Pero el esfuerzo de enfrentarse a él es demasiado agotador. Asiente con la cabeza como si aprobara sus conclusiones sobre la vida, el destino y la pérdida.

Su corazón está hecho pedazos, y es más fácil así.

—Tienes mejor aspecto —dice él tras darle el caldo.

Se pone de pie, satisfecho. Mara se siente como uno de sus soldados. De acuerdo, has perdido un brazo, una pierna y tu virilidad, pero no te preocupes. Un poco de descanso y un poco de mi estupenda sopa y estarás como nuevo.

Se lleva una mano al pecho. Deberían estar hinchados de leche nueva. Se siente marchita como una vieja.

—No puedes darte por vencida sin más —dice él de nuevo.

Pero no añade un motivo. ¿Por qué no puedo darme por vencida sin más? Mis hijos no están, mi esposo tampoco. Acaso mi hermana me consolara, si los dioses no hubieran estado ansiosos de su compañía también.

Ojalá tuviera el sólido valor de su padre. El modo en que forma sus tropas, reorganiza el frente después de cada cruenta derrota, ordena las líneas, crea una nueva estrategia. La vida lo tiene rodeado con mejor posición táctica y él la desafía a gritos y carga contra sus flancos.

Yo no soy como él. Prefiero morir aquí en el terreno intermedio, y esperar la estocada definitiva con los demás mutilados y heridos.

Él sigue ahí, tan grande y sin poder hacer nada. Tiene el cabello entrecano de un superviviente, y quedan bastante pocos entre los generales de Cartago. A diferencia de él, yo no tengo sentido de la retirada táctica. He confiado todas mis tropas a un hombre que se ha perdido en el fondo del océano con toda la tripulación, que se ha ido junto con los hijos que me dio. Un buen soldado jamás se encontraría aislado así, sin forma alguna de batirse en retirada.

—Mañana te llevaré a dar un paseo por el jardín —dice el padre, y se le quiebra la voz.

Eso la sobresalta.

El momento pasa. Hannón se endereza, le dirige una sonrisa como un grito de guerra.

—Sí, un paseo por el jardín hará que te sientas mejor —dice, y sale con paso resuelto antes de romper filas y echarse a llorar.

Los pavos reales llaman desde la oscuridad, más allá del plateado césped; el sonido de las cigarras es ensordecedor. Mara está tendida sobre una fresca sábana de hilo en un lecho desconocido.

Las criadas de su padre le dan de comer y la lavan mientras él va dando vueltas, preocupado porque aún está demasiado flaca. Le envía músicos para que toquen melodías, la lleva a dar largos paseos en el jardín, siempre aburridamente jovial.

Ella lo oye reprender a las criadas: ¿no sabes prepararle algo más apetitoso? ¡No entres ahí con ese ceño fruncido! ¡Sonríe, muéstrate alegre! A Mara le sorprende que no regañe a los pájaros que están al otro lado de la ventana por no cantar lo bastante fuerte. Árbol, ¿no sabes dar mejores flores?

Nota los brazos vacíos. Piensa en los soldados que ha visto mendigar en la calle sin brazos o sin piernas. ¿Se sienten así?

Las criadas hablan de ella entre cuchicheos. Se ha vuelto loca, oye que le dice la doncella a una joven sirvienta. En unos pocos meses perdió a su esposo, a sus hijos y a su hermana, y eso la ha desquiciado.

¿Has visto lo flaca que está?, susurra la otra. Parece un esqueleto. ¡Y qué pálida! El cocinero dice que vomita toda la comida.

¡Y dicen que antes era una auténtica belleza! Ojalá mejore o se muera, porque así está volviendo loco al pobre señor. ¡Y nosotras somos las que lo pagamos!



El césped de la villa de su padre baja hasta el rompeolas, donde los gordos troncos de las palmeras se dejan caer en la arena como ancianas que hubieran salido a tomar el aire marino. Desde su lecho Mara observa a una esclava podar un acebo. Tiene los brazos negros y brillan al sol.

Decide bajar y darle una sorpresa a su padre mientras desayuna. Al verla, el rostro de Hannón muestra asombro, luego deleite. Cree que su hija está mejor, y que la larga campaña mantenida contra el destino funesto se ha ganado.

—Vaya, qué buen aspecto tienes. Sí que me parece que has puesto algo de peso. Mara se sienta.

—Gracias por todo lo que has hecho.

Él deja de masticar y arroja el gran trozo de pan en la mesa. Advierte por el tono que se avecina una declaración, y no le gustan las declaraciones.

—No estás lista para marcharte, ni mucho menos.

—He decidido lo que voy a hacer.

—Soy tu padre. Eso lo decidiré yo.

Mara meneaba la cabeza.

—¿Qué quiere decir eso?

—Voy a dedicar mi vida al servicio de Tanit.

Él se echaba a reír, luego ve que habla en serio.

—No pienso permitirlo.

—Pues dejaré de comer.

Hannón deja caer los hombros. Con su fuerza de voluntad ha aguantado combates y reuniones del Consejo, pero no puede vencer a las esperanzas hechas añicos.

Es demasiado pronto para decidir las cosas, dice. Tiene una casa grande y todos estos criados. ¿Por qué no se limita a descansar, a reposar en el jardín y escuchar al laudista, y reza por el éxito de su padre cuando vaya a Sicilia a combatir contra los condenados griegos en Siracusa?

—Deberíamos pensarlo.

—Llevo semanas sin hacer nada más que pensar. La decisión está tomada.

—Pero las sacerdotisas son todas mujeres sin esperanzas.

—Igual que yo.

—Te encontraré otro esposo.

—No quiero otro esposo. Si los dioses quisieran que yo tuviese marido, no se habrían llevado al que tenía. Jamás encontraré uno mejor, de manera que no le veo ningún sentido.

—No puedes darte por vencida sin más.

—No estoy dándome por vencida.

Él da en la mesa un manotazo que la sobresalta.

—Muy bien, así que a ver si lo entendemos. Los dioses juegan con mi hija, le arrancan el corazón y le arrebatan todo aquello por lo que vive, y por eso, después de volver a duras penas al reino de los vivos, ¿ella dice que quiere ir a encenderles el incienso todos los días, a limpiarles las estatuas y a rezarles oraciones?

—No podemos luchar contra los dioses.

—¿Que no? Ya verás —refunfuña él, ladeando el mentón.

Mara se lleva la mano a la tripa. Está tan vacía... Echa de menos las pataditas de su pequeña. Le gustaba ponerse la mano allí e imaginar que sentía el corazón de su hija latir a través de la piel.

Una vez pensó en subir a la azotea y saltar desde allí, pero hasta para morir hace falta cierta fuerza que ella ya no posee. ¿Y si la azotea no tuviera suficiente altura? No soportaría morir poco a poco. Entonces piensa: eso es lo que pasa con los pusilánimes. Los cobardes aguantan más dolor que los valientes.

El padre le oculta el rostro. Está pidiendo refuerzos que no tiene. Mara comprende cuánto la ama, pero no basta. Ella sólo quiere lo que tenía antes.

En verdad él ha perdido tanto como ella. Mara imagina la vida que su padre también debería haber tenido: niños corriendo en torno a sus rodillas, una gran

familia reunida alrededor de su larga mesa, montones de pan y humeante carne, vocerío y risas, él en el centro de todo.

En lugar de eso aquí está, a la cabecera de una mesa vacía, con pan recién horneado del que no tiene apetito, discutiendo con una hija contumaz que no piensa acompañarlo en la barricada de su lucha en retaguardia contra las circunstancias.

Con gesto inexpresivo, el padre se pone de pie. Apoya los nudillos en la mesa.

—¿Por qué? ¿Por qué haces esto? Ha habido viudas antes y habrá viudas de nuevo.

Mara piensa en la pregunta. ¿Por qué echa tanto de menos a su esposo? Recuerda que, después de que su hermana muriera, él le tomó la cabeza entre las manos y le dio un beso en el pelo sin decir nada. Su silencio la tranquilizó como una palabra de consuelo. A diferencia de su padre, él no intentaba quitarle la tristeza, sólo darle otra forma.

Aquel día ella había apoyado la cabeza en el pecho de su esposo con los brazos a los costados. Sentirse triste con alguien a quien se ama era la mayor fuerza imaginable. Él le recordaba las palmeras que había en el camino del puerto: con cada soplo de la brisa todas se doblaban para no quebrarse jamás.

Se preguntaba si su esposo habría luchado cuando zozobró la nave. Más bien se figuraba que se limitaría a encogerse de hombros al ver alzarse el mar y que se deslizó dentro sin un chapoteo siquiera. Las olas se quedarían decepcionadas con él.

—Hablaremos más de esto. No estás en tu sano juicio.

—Gracias por lo que has hecho por mí. Lamento haberte causado tanto dolor.

—Se te pasará, ya verás. Sólo necesitas tiempo. A veces la vida nos lleva por vericuetos extraños y dolorosos para ayudarnos a encontrar las cosas que necesitamos, aunque no sean las que queremos.

Ella inclina la cabeza y no responde. Aquello no tiene sentido. Ella sabe lo que va a ocurrir. Será ordenada en el templo. Al principio el padre la echará de menos y entonces estará enfadado. Después se unirá a su ejército de nuevo. Seguirá adelante.

—¿Qué te ha hecho pensar en Tanit?

—La diosa tiene a mi pequeña. Si estoy en el templo todos los días, estaré cerca de ella.

—Tu pequeña ha muerto.

Mara niega con la cabeza.

—A veces por la noche, cuando todo está en silencio, aún oigo latir su corazón. ¿Te acuerdas de lo grandes que tenía los ojos?

—¡No pienso permitir que lo hagas! —responde él a gritos, sin hacerle ningún caso, y sale como un huracán—. Volveremos a hablar de esto.

Mara suspira. Ahora que su futuro está decidido se siente mejor. La diosa sabrá qué hacer con ella. Lo difícil es debatirse en la lucha. Una vez que aceptas que no tendrás lo que anhelas, la vida se vuelve muchísimo más fácil de soportar.

En el templo, al menos, estará a salvo de la vida.

Capítulo 6

Babilonia

Para otoño Alejandro está preparado. Van a marchar en dirección noroeste hacia Tiro, luego bajarán hacia Egipto y seguirán la costa hasta Cartago. A los hombres no les gusta la idea. Las quejas de que Ravi ha hablado a Gajendra ya no son secretas. Los hombres gritan su descontento a Alejandro cuando pasa a caballo.

Alejandro parece tranquilo al dirigirse a ellos. No hay ciudad ni Estado que haya dejado sin conquistar, batalla que no haya ganado. Se dice que no estará contento hasta que no tenga todo el Mediterráneo en sus fauces.

Gajendra le dice a Ravi:

—Allá donde vamos no han visto elefantes jamás. ¡Triunfaremos en todas partes, y algún día seré capitán de los elefantes!

Ravi parece alarmarse.

—Que decidan los dioses, Gaji.

En público los generales de Alejandro son todo sonrisas mientras cabalgan tras él como pavos reales. Pero corre la voz de que ha habido discusiones provocadas por el alcohol en la lujosa tienda de Alejandro, se dice que se ha lanzado comida, que se han sacado dagas. Todo el mundo sabe que una vez Alejandro cogió una lanza que tenía a mano y mató a uno de sus mejores amigos cuando éste se atrevió a ponerle reparos. Es peligroso cuando está sobrio. Borracho es como si hostigaras a un tigre.

Lo peor, dicen los macedonios, es que su gran rey se ha vuelto un nativo.

¿Se han tomado la molestia de derrotar a estos maricas de persas sólo para que ellos se adueñen de su ejército? Ya hay persas hasta en la propia Caballería de los Compañeros. ¿Y qué falta les hacen barberos y maestros de baño, sumilleres y pasteleros? Ahora Alejandro tiene hasta un portero de noche. Y mirad a todos estos petimetres de aceitados tirabuzones y barbas perfumadas que rondan por el patio: parece que Alejandro está tomándole gusto a toda su obsequiosidad.

¿Qué pensarían de nosotros allá en la patria si nos vieran?

Para atajar el problema Alejandro ha enviado a algunos de los macedonios más desafectos de vuelta a la patria con Crátero. Cuando llegue allí, Crátero debe asumir la regencia tras relevar a Antípatro, que en la actualidad gobierna en Macedonia en lugar de Alejandro. A Antípatro le han ordenado que acuda junto a Alejandro con tropas de refresco para ayudarlo en la presente campaña. Todo el mundo sabe lo que significa eso: poco después de que llegue, Antípatro acabará en una cruz ennegreciéndose al sol. Nadie sabe lo que ha hecho para ofender a Alejandro. Tal vez volverse demasiado eficiente. Ningún rey puede permitirse el lujo de que haya

príncipes capaces en épocas de descontento, aunque por la edad pudieran ser su padre.

Dos de los hijos de Antípatro ya están en Babilonia. Yolas ahora es el copero de Alejandro y el otro, Casandro, llegó hace apenas unas semanas para interceder por su padre. Por lo visto la audiencia no fue bien. Casandro salió de la tienda con la cara manchada de sangre.

Ravi parece compungido cuando le cuenta los planes de Alejandro.

—No se puede llevar los elefantes por el desierto. Morirán todos y la mayoría de nosotros con ellos. ¡Está loco!

—Todos los dioses están locos —contesta Gajendra.

—Los maces dicen que ya están hartos.

—¿Hartos de qué? ¿Hartos de ganar batallas?

—Dices eso porque tú nunca has estado en una batalla. Algunos de estos viejos verdes llevan años con él, desde que llegó a Persia. ¿Qué sentido tiene ganar todo este botín si no vives para gastártelo?

Pero las palabras de Ravi no tienen sentido para Gajendra. Él no concibe vivir sin el tufo de los elefantes, sin la expectación de la próxima ciudad. Llevan un año en Babilonia y le parece que está allí desde el principio de la Historia.

—He oído decir que hay una conjura contra Alejandro —dice en susurros Ravi.

Gajendra se le acerca.

—¿Contra Alejandro? ¿Qué has oído?

—Uno de los maces me dijo que Alejandro jamás saldrá de Babilonia.

Es más probable que saquen a Zeus del cielo a tirones y lo maten a patadas. Qué idea tan estrafalaria.

—Alejandro es inmortal —responde Gajendra.

—Igual que todos los reyes. Hasta que muera.

Ravi le cuenta lo que han dicho otros. El país llamado Egipto en tiempos lo gobernaba una raza de reyes llamados faraones. En lugar de ellos Alejandro ha colocado a su sátrapa, y le ha puesto su propio nombre a una nueva capital. Es un lugar siniestro, dice Ravi. La gente se come los cerebros de los muertos y guarda sus tripas en tarros. Luego los envuelven en sábanas y los meten en ataúdes que parecen mujeres.

Y para llegar a Cartago deben hacer una larga marcha a través del desierto. Sólo se llevarán un puñado de elefantes, porque no hay agua suficiente. La ciudad está protegida por tres murallas, altas como diez hombres y casi igual de gruesas. Los maces dicen que Alejandro morirá allí.

Gajendra menea la cabeza. Un soldado abre la boca y el viento le zarandea la lengua.

—Yo no me he alistado en este ejército para hacer marchar a los elefantes arriba y abajo por el *maidan*. Ningún soldado ha encontrado nunca su destino en tiempo de paz.

Esa noche, cuando duerme, vuelve a su hogar. Su madre está fuera con sus hermanas machacando el arroz, oye el rítmico golpeteo mientras trabajan al unísono. Charlan y sueltan risillas como hacen las muchachas, su madre las reprende por su lentitud.

Oye hombres que se acercan a caballo y corre afuera. Se recortan en un sol de cobre. Siente la tierra vibrar bajo los pies.

Entonces se despierta. El sudor le ha brotado en la piel como una fría grasa. Incapaz de dormirse, inspecciona las rondas de la Hilera de los Elefantes.

Encuentra a Coloso en la paja. No quiere levantarse por mucho que lo reprende. Es temprano y los muchachos aún duermen. Coloso yace allí como una palpitante montaña gris. Su trompa toquetea lánguidamente la tierra. A Gajendra se le ocurre que los caballos que creyó oír en el sueño en realidad era Coloso, esforzándose por respirar.

—¿De modo que ahora tenemos que ir a buscar a un médico de elefantes? —dice el capitán a la mañana siguiente, absolutamente radiante de satisfacción.

Ravi y los chicos rondan por allí, sin poder hacer nada. Le traen a Coloso agua y manzanas, que son su comida favorita, pero nada lo tienta a levantarse o mostrar interés. De su cuerpo sale una diarrea. El animal hiede.

Gajendra cae de rodillas. ¿Cómo ha podido ocurrir esto?

—¿Y los otros elefantes? —le pregunta a Ravi.

—Todos los demás están bien. Sólo es Coloso.

Gajendra nota que Coloso lo mira con su ojuelo sin vida. Parece perplejo y traicionado. Pero un elefante no siente esas cosas. Sólo son imaginaciones suyas.

Gajendra no duerme la noche siguiente. Habla con su elefante. Le dice que va a ponerse bien, le dice que algún día le construirán una estatua en plena plaza principal de Cartago, y luego otra en Alejandría, y en Atenas, y en Macedonia; que será el elefante más famoso del mundo entero.

Le parece que Coloso lo entiende, aunque no es más que un animal. Su ojo lo sigue cuando anda, aunque no puede mover la enorme cabeza. La muerte sale a borbotones de él en una oscura mancha parda. Las moscas lo atormentan. Gajendra lo abanica con una hoja de palmera, espantándolas como puede. Imagina que presienten un gran banquete dentro de uno o dos días.

Intenta recordar las cosas que su tío le ha enseñado sobre los elefantes y sus enfermedades, pero no ha oído hablar de nada parecido a esto.

Ravi despierta temprano y acude a sentarse a su lado. Ven que el gran animal sufre. Ravi desgaja una ramita de un árbol cercano y la coloca dentro de la trompa para mantenerle las vías respiratorias abiertas.

—Ojalá estuviera aquí mi tío. Él sabría qué hacer.

Ha probado con el amigo del soldado: pétalos de milenrama secos, que se emplean para detener la hemorragia y para la fiebre. Pero ¿qué cantidad se le da a un

colmilludo del tamaño de una casa? Pone un puñado en un cubo de agua caliente, pero hacer que Coloso beba el preparado es una tarea que le ocupa la mitad del día. No sirve de nada de todos modos.

Buscan a uno de los médicos de Alejandro. Él sabe algo de animales y fríe las hojas y flores de la planta Beni Kai. Fabrica una especie de pócima e intenta que Coloso la beba, pero al estar tumbado de costado se le sale, y Coloso está demasiado débil para ponerse de pie y bebérsela, aunque tuviera ganas de hacerlo.

Gajendra se imagina el enorme mecanismo interior, los pulmones parecidos a un fuelle, grandes como un hombre, afanándose por empujar aquel gigantesco pecho arriba y abajo; un corazón del tamaño de un carro de guerra marcando a martillazos los latidos como el tambor de un esclavo, pero haciéndose más lento a cada golpe.

Vuelve al médico de Alejandro en busca de otro remedio. Está esto, le contesta. Lo traje de Taxila, me lo dio uno de los médicos del rajá, pero la dosis no es segura. Por cierto, si se le da demasiado a un hombre, lo mata.

—¿Cuánto se le da a un elefante? —le pregunta Gajendra.

El otro se limita a encogerse de hombros, le da los polvos y le dice que lo mezcle con agua templada.

Gajendra lo huele y hace una mueca.

—Pero ¿cómo hago que se beba esto? Es repugnante.

—No es para beberlo —responde el viejo matasanos con una amplia sonrisa—. Tienes que encontrar otro modo de metérselo dentro. ¡Desnúdate y ponte a trabajar!

De manera que aquí está, metido hasta el codo en mierda de elefante, pálido y agotado por falta de sueño, y en ese momento entra Oxatres. Le echa una ojeada a Coloso y frunce el ceño como si se preguntara: ¿por qué no ha muerto aún?

—Nos ponemos en marcha pronto, con o sin él. Órdenes de Alejandro. Si está demasiado enfermo pondré en su lugar a Asaman Shukoh.

—No podemos dejarlo.

—Me parece que no hay más remedio. Las demás bestias están en mejores condiciones que ésta.

—Es el mejor elefante guerrero que tenemos.

—Ya no, no —contesta Oxatres. Arruga la nariz—. ¿Te gusta meterle la mano por el culo a un elefante, chaval? —pregunta, y vuelve a salir, riendo.

—No le hagas caso. No dejaré que te mueras —promete Gajendra—. No permitiré que te dejen aquí.

De vez en cuando Coloso brama, con un sonido lastimero que hace que todos se tapen las orejas.

—Está muriéndose —dice Ravi—. Está deshaciéndose por dentro. Hay algo en sus tripas. Algo que ha comido. ¿Qué podemos hacer?

—Mientras nos quede aliento, seguimos adelante. Y él también.

Se imagina a su padre sentado con él mientras vela a Coloso esa noche.

—La resina lo asentará —le dice—. Si sobrevive a esta noche, tu querido

colmilludo se pondrá bien.

Capítulo 7

Gajendra despierta con una sombra delante de la luna. Coloso está de pie. Agita la trompa débilmente de un lado a otro.

Mira, creías que estaba acabado, ¿verdad?

Gajendra siente ganas de reír a carcajadas. En lugar de eso va corriendo al río. Lo importante ahora es el agua. Despierta a patadas a los muchachos, les ordena que vayan a por cubos de manzanas. Dentro de pocos días tendrán que marchar, y para entonces Coloso tiene que recuperar las fuerzas. Lo que parecía imposible ahora es difícil, nada más.

La mañana siguiente llega un joven oficial macedonio a caballo, engreído y sudoroso. Alejandro en persona va a venir a hacer una visita. Le preocupa lo que han estado contándole. ¿Va a perder a su mejor elefante?

Gajendra manda a los muchachos que limpien a Coloso con trapos para quitarle las manchas de los cuartos traseros. A otros los pone a pintarlo con henna para darle aspecto de fiereza. No tarda en estar limpio como un recién nacido y engualdrapado de rojo y ocre.

El propio Gajendra se pone delante del animal y les da nuevas instrucciones. ¡Quiero que parezca listo para el ataque!, les dice a sus chicos. Dadle al marfil, pintad las puntas de colorado. ¡Trenzadle la cola!

Coloso tiene un aire hosco.

—No me mires así. Si ve que te tambaleas te dejará aquí o te descuartizará para comerte. Míralo bramando. Patalea. No dejes que te vea débil. Él desprecia la debilidad. ¡Una vez libró una batalla con una flecha hincada en el pecho!

Alejandro entra dando fuertes zancadas, vestido con su dorada coraza.

—He oído decir que la bestia había muerto —dice.

—Como veis, señor, los rumores de su muerte eran muy exagerados.

Oxatres está detrás del rey. Parece de lo más descontento.

—No quiero perderlo. No tienen de éstos allá adonde vamos.

—Él solo matará a diez mil de vuestros enemigos —responde Gajendra.

Observa a Coloso, que oscila peligrosamente como un árbol a punto de venirse abajo. Sus ojos se encuentran. Juraría que el animal le hace un guiño.

Alejandro mira a su capitán de los elefantes.

—Me temo que has ascendido por encima de tu capacidad —le dice, y sale.

Ya está. La audiencia ha terminado. Se van todos a Cartago.

Gajendra busca un melón. Coloso abre la boca rosa. Gajendra se lo tira dentro y se ríe a carcajadas. Le entran ganas de abrazarlo.

La expresión del rostro de Oxatres.

Capítulo 8

A todas las muchachas de Babilonia, una vez en la vida, se les exige que se ofrezcan a la diosa. Es una señal de gran devoción ofrecerle la virginidad a Milita.

De manera que el templo del patio siempre está atestado de mujeres sentadas en melancólicas filas, separadas entre sí por cordones colorados. El primero en tirarle una moneda de plata al regazo a una la goza, y ella está obligada con la diosa a no negarse.

Ninguna mujer es demasiado refinada como para pasar por alto su deber. Ningún hombre es tan bajo como para que lo rechacen. Las princesas se sientan en cojines de seda, transpirando con exquisita delicadeza, mientras sus esclavas se quedan a su lado y las abanicán; junto a ellas las muchachas campesinas de manos callosas y rostros curtidos por el sol se sientan tristes y solas en el ardiente mármol.

Los hombres pasean entre ellas como si estuvieran en una feria de caballos. Hoy podrían muy bien encontrar a una dama o a la hija de un granjero. Todo está allí para el que lo quiera.

Algunas de las muchachas menos agraciadas se pasan días enteros allí sentadas, esperando. Una belleza tal vez no llegue a estar ni el tiempo suficiente para calentar la piedra.

Gajendra tiene las monedas de plata de Alejandro y piensa emplearlas bien para su primera vez. Dentro de pocos días se dirigirán a Cartago. ¿Quién sabe si la primera vez no será también la última?

Llega al templo justo después del amanecer, esperando evitar la multitud. Desea hacer esto con dignidad, no meterse en un combate a empujones con un barquero borracho para aclarar quién vio primero a quién. Pasea por las hileras tratando de esquivar las manos extendidas. Lo halaga estar tan cotizado. Supone que al ser joven y mejor parecido que la mayoría, las muchachas lo prefieren a él antes que a algún peón de dientes cariados que se dedica a cavar zanjas.

De pronto se detiene para recobrar el aliento. Es *ella*, la muchacha que vio cabalgando detrás de Nearco en el cortejo de Alejandro. Está igual de bella ahora que cuando la vislumbró desdibujada entre el polvo, por encima de las cabezas de los demás observadores boquiabiertos. Tiene un aire irreal vestida con una larga y diáfana túnica blanca. Lleva un ancho cinturón colorado con una cadena de oro colgando de la hebilla. El pelo, de un negro azulado, le cae en una trenza por la espalda.

Acaba de llegar. La acompañan dos esclavas, una que escoge el lugar perfecto para que se pose un trasero tan delicado y otra para espantarle las moscas. Las demás muchachas la observan con rencor, celosas de su hermosura y su riqueza. Se arma un alboroto por todas partes. Pasará un rato hasta que la joven se acomode. ¡Como si creyera que va a estar mucho tiempo allí!

Gajendra siente un ramalazo de pánico. Ha de llegar antes de que la vea ningún otro. Está de espaldas a él, espera a que su esclava termine de limpiar el polvo del mármol y disponga los cojines.

Saca de la bolsa de cuero los siclos de plata de Alejandro, se acerca deprisa y se los alarga.

—Que Milita te favorezca.

Ella alza apenas los ojos. Son de un deslumbrante color violeta, y su ojeada lo deja mirándola boquiabierto como un aldeano. Ella ahueca las manos para recibir las monedas y se las pasa a una de sus esclavas. Después se las ofrecerá a la diosa, y su deber para con el templo habrá terminado.

Da un pequeño y tembloroso suspiro y tiende la mano.

Gajendra la conduce por el templo, dejando atrás las miradas feroces de las menos agraciadas.

—¡Ni siquiera ha tenido que sentarse! —oye que dice una de las muchachas con voz crispada cuando pasan.

Ella camina con los ojos bajos, pero en su actitud no hay ni rastro de humildad. Podría estar dirigiéndose a su coronación. Su orgullo lo excita.

—Me llamo Gajendra —le dice.

Ni siquiera una inclinación de cabeza. Es como si no lo hubiera oído.

—¿Cómo te llamas?

—Has pagado mi virginidad, no mi conversación —contesta ella.

Y esa altiva respuesta es la causa de que Gajendra cambie de opinión y haga lo que hace.

La joven sigue mirando al suelo cuando están en el bosquecillo. Un par de peludas nalgas se contorsionan delante de ellos, un carretero que ensarta a una pobre chica contra una higuera. Casi tropiezan con otro apareamiento en el suelo. Ella no hace ningún comentario. Tiene las manos frías en el calor de la mañana.

Por allá un hombre está en plena faena como un perro. Ha elegido ir por detrás, y emite un sonido que recuerda mucho a los aullidos. Gajendra está asqueado. Busca un sitio tranquilo y encuentra un poco de sombra, separada por los arbustos.

Le suelta la mano. Ella da otro paciente suspiro y espera.

Él le coge la barbilla y le inclina el rostro para que lo mire.

—Escúchame, hay una cosa que tengo que decirte.

Ella sigue pareciendo ligeramente aburrida.

—Me llamo Gajendra. Recuerda mi nombre y mi cara. Gajendra. Ahora sólo soy

mahavat del ejército de Alejandro, pero algún día me contaré entre sus mejores oficiales. Nada me impedirá lograr ese objetivo, nada.

Sigue sin haber respuesta.

—Sé que jamás poseería a una mujer como tú siendo quien soy. Pero yo no quiero un momento de placer de pie contra un árbol, no te he elegido por eso. Lo que quiero de ti no es algo que pueda comprar por unas pocas monedas de plata. Te quiero para mí solo, para siempre.

Los ojos de la joven se abren un poco más. Ahora no parece aburrida, sólo asustada.

—Así que puedes salir del bosquecillo con tu deber para con la diosa cumplido y tu doncellez aún intacta.

Ella frunce el ceño, sin acabar de comprender.

—Acuérdate de mí Gajendra. *Gajendra*. Algún día serás mía por derecho y para siempre.

Y luego da media vuelta y se aleja de ella. Durante un instante experimenta una sensación de pura euforia. Y enseguida, al caer en lo que ha hecho, casi se dobla de horror. Le entran ganas de darse un cabezazo contra un árbol.

—¡So idiota! —exclama entre dientes al darse plena cuenta de lo que se ha perdido—. ¡So idiota!

Acaba de renunciar a la oportunidad de gozar a la mujer de sus sueños. ¿En qué estaba pensando?

Sin embargo otra parte de él permanece tranquila y firme. Ha decidido arriesgarse. Ya ha dado peso a su sueño, lo ha declarado en voz alta delante de los dioses. Ahora sólo es preciso llevar a cabo lo imposible, como ha hecho Alejandro. Conquistar el mundo, casarse con una princesa... Primero un hombre ha de creer firmemente que puede hacerse. Ha de acercarse lo suficiente como para tocar su sueño, como para notar el dulce aliento de la joven en la mejilla. Moverá cielos y tierra para volver a tenerla así de cerca.

Algún día ella dirá su nombre. *Gajendra*. *Gajendra*.

Y lo dirá suspirando.

Que los dioses sean testigos.

El campamento es como un pequeño pueblo y el chismorreo circula rápido: Alejandro ha decidido retrasar la marcha para darle a Coloso tiempo de recuperarse. Nunca había hecho algo así. Bueno, eso no es del todo cierto; una vez amenazó con asolar todo un país después de que le robaran el caballo, aunque era un animal viejo y casi cojo de una pata. Lloró como un niño cuando los miembros de la tribu que lo habían cogido se lo devolvieron.

La mañana transcurre ruidosamente. Los hombres juegan a los dados. Un entorchocar de espadas llega del patio de entrenamiento. Los chicos limpian el corral donde tienen a las bestias. Coloso balancea la trompa mientras echa un vistazo al

barril de las manzanas, y barrita fuerte. Hace dos días no se tenía en pie siquiera.

Gajendra le ha puesto vigilancia. *Que nadie le dé de comer a menos que yo esté delante*, les ha dicho. ¡*Nadie!*

Hace un sol calinoso. Los árboles son de un verde chillón, el viento levanta un polvo arenoso que irrita los ojos y se pega a la garganta, todo huele al estiércol que los habitantes de la zona emplean como abono. Gajendra estará encantado de irse de aquí.

—Sé quién lo hizo —le dice a Ravi.

—¿Quién hizo qué?

—Sé quién envenenó a Coloso.

—No sabes si fue veneno. Se puso malo igual que se pone malo un hombre. Un humor infecto lo abatió.

Gajendra menea la cabeza y luego suelta un juramento por lo bajo al ver pasar al capitán de la guardia.

—¿Y si lo hiciera ahora? Meterle un cuchillo entre las costillas aquí mismo, en el corral. ¿Qué crees que me haría Alejandro?

—Tú sabes lo que te haría. Déjalo estar. En vez de eso hazle un favor a tu amigo Ravi.

—¿Necesitas dinero?

—Te lo devolveré.

—¿Por qué necesitas dinero para pagar a otras personas cuando me debes tanto? ¿O no haces nada en todo el día sino pasear por ahí pidiendo dinero a todo el mundo?

—Sólo dos siclos.

—¡Dos siclos! ¿Tanto pierdes a los dados?

—No es tanto. Vi que el teniente de Alejandro te daba *cinco* de su bolsa.

—Me lo he gastado.

Sus palabras despiertan el interés de Ravi.

—¿En qué? ¿En una ramera? ¿Qué furcia pide tanto?

Gajendra no contesta.

—¿Entonces era una virgen? Debía de ser bonita. ¿Cómo te fue?

—Estuvo bien.

—¿Bien?

—Bien.

Ravi pega la cara a la de Gajendra.

—¿Bien? ¿Te haces a una muchacha por fin y eso es todo, *bien*?

—¿Qué quieres que diga?

Su tío entorna los ojos.

—No lo hiciste, ¿verdad?

Gajendra aparta la mirada.

—Y entonces, ¿dónde está el dinero?

—Ya te lo he dicho, no lo tengo.

—¿No se te empinó y aun así dejaste que se quedara con el dinero?
—Se me empina.
—No te creo.
—Me da igual lo que te creas. No es asunto tuyo. Tengo que ir a la ciudad.
—No puedes. Hay instrucción.
—Coloso todavía no está bien del todo para la instrucción. Luego vuelvo.
—¿Adónde vas?
Gajendra no responde. Se marcha mientras Ravi lo mira fijamente, perplejo.

Babilonia significa Puerta de Dios. Decían que las negras murallas las había construido un rey llamado Nabucodonosor cuando los antepasados de Alejandro aún vivían en cavernas y se comían unos a otros. Parecen acantilados y tienen más de un centenar de puertas de bronce macizo. Un hombre tardaría dos días en rodearlas y volver al lugar de donde había salido.

Hace un viento caliente y seco, ideal para hacer volar cometas. Aquí a la gente le encantan las cometas, o cualquier cosa que se agite al viento. Cada casa noble tiene sus propios estandartes, en los cobertizos de riego ondean montones de banderas, hasta el último edificio de la ciudad tiene alguna clase de banderín. Allá en los *maidans* los maestros cometeros hacen volar lujosas creaciones de lino prensado, teñido de colores deslumbrantes y de todas las formas imaginables: golondrinas, mariposas y carpas. Cuantas más cometas tenga un hombre, más alto es su rango. Aquello resulta un gran espectáculo, aunque no fue de mucha ayuda en Gaugamela.

Se entra por la puerta de Ishtar, toda oro y lapislázuli, después de haberle pagado la moneda al barquero para que te lleve al otro lado del Eúfrates, apiñado en la barca con los amantes, los mercaderes y los vendedores ambulantes. Gajendra alza la mirada hacia las torres de ladrillo cocido y betún, tan altas que se funden con el cielo. Dicen que desde arriba se ve hasta la misma Macedonia.

Dentro de las puertas apesta a incienso. Aquí a la gente le gustan muchísimo sus dioses. Y también les gusta muchísimo la vegetación: la ciudad es un derroche de follaje, todo el mundo tiene una azotea con flores y plantas. Es una ciudad cocida en un horno de cerámica y vidriada en colores, donde se parlotea en sumerio pero te quitan el dinero en el idioma que tú elijas.

Las tiendas de la ciudad satisfacen todo tipo de depravación. Los persas prefieren follar a luchar, o eso dice Ravi, pero Gajendra no está tan seguro después de ver aquello. Se queda boquiabierto como un peón del campo. ¿Necesitan estas fustas y estos falos entre el anochecer y el amanecer? Supone que quizá cuando el apetito se hastíe, aunque no se imagina que alguna vez llegue a ser tan viejo como para necesitar un pene de madera de olivo.

Pregunta a una prostituta de nariz ganchuda por un boticario. Hay dos dignos de tal nombre, le responde. Tarda toda la mañana en encontrar al primero, pero cuando le cuenta lo que precisa, el hombre se ríe de él y contesta que eso es imposible.

La segunda tienda no es más que un agujero en la pared. Dentro hay repisas llenas de tarros y redomas. Un cocodrilo lo mira abriendo mucho las mandíbulas, aterrador aunque lleve muerto mucho tiempo. Hay calaveras de difuntos, un alambique, una balanza. Huele como una tumba.

El tendero se muestra cauto. Tiene un aire extraño. Si no es culpable del crimen contra su elefante, es culpable de muchas otras cosas, Gajendra lo sabe sólo con mirarlo.

Cuando le dice que quiere eléboro blanco, el boticario de repente desconfía.

—¿Por qué quieres eso?

—Pero ¿puedes conseguirlo?

—Será difícil.

—Venga, no me digas que no puedes. ¡Se lo conseguiste a mi capitán!

Los ojos del boticario se dirigen al suelo. Echa una ojeada por la habitación, bien buscando un arma o una ruta de huida.

—No sé de qué me hablas.

Gajendra lo agarra por el cuello y lo empuja contra la pared. El boticario quisiera gritar pero no le llega el aire.

—Ahora escucha —dice Gajendra, y le da un rodillazo en la ingle para aumentar su concentración—, lo único que quiero de ti es la verdad. Si no, te haré rebanadas y te pondré en un bote allí arriba con los excrementos de serpiente.

Los ojos del hombre se someten. Gajendra afloja el agarrón del cuello, aunque sólo un poco.

—Dime lo que pasó.

—Yo sólo suministro. No es culpa mía lo que un hombre haga con esas cosas.

—¿No le preguntaste para qué era?

—Dijo que lo quería como purga. Le dije que tuviera cuidado, que no debía usar más de una pizca cada mañana. ¿Ha matado con él?

—Lo ha intentado.

Gajendra lo suelta, pero las piernas no lo sostienen y el hombre se desploma en el suelo.

Así que fue Oxatres, justo como creía.

Mete la mano en el cinturón del boticario y saca la bolsa. Coge cinco monedas de plata y vuelve a dejársela en el regazo. Luego pasa por encima de él y va hacia la puerta.

—¡Espera! ¿Me robas? ¿Todo era para esto?

—Acepto un préstamo en términos muy favorables. Si alguna vez te veo en la calle, te corto el pescuezo.

Y se marcha.

Ahora le toca al capitán de los elefantes.

Capítulo 9

Gajendra está en el puerto, entre el ajetreo de los vendedores ambulantes, los timadores, los rateros, los comerciantes y los proxenetas. Huele a espetones de carne asada y a pan horneándose, y le suena el estómago, pero no puede comer. Siente demasiado odio en su interior.

Tengo que hacer algo. Ahora es o él o yo.

Pero cuando regresa a la Hilera de los Elefantes no encuentra al capitán. Los aguadores dicen que desapareció después de la instrucción esa mañana y que desde entonces no lo han visto. Casi anochece cuando alguien lo señala con el dedo: está saliendo del campamento. Gajendra va detrás.

Oxatres tiene un aire furtivo y Gajendra pone especial cuidado en que no lo vea. Un oficial macedonio espera a Oxatres cerca de un olivar, y algo en la forma en que hablan hace que Gajendra se muestre cauteloso. Luego siguen una de las acequias hasta una cabaña que utilizan los funcionarios del Gobierno encargados de inspeccionar el complejo sistema de canales. Entran y los oye atrancar la puerta.

Se quita las sandalias y, por la escala de madera puesta en la parte posterior de la cabaña, sube a la azotea. Hay un agujero para el humo de la lumbre, y si se tumba junto a él los oye hablar abajo.

—Parece como si tuvieras disentería —dice una voz masculina—. Domínate, hombre, o jamás acabaremos de hacer esto.

Luego Oxatres. Reconocería aquel áspero lloriqueo en cualquier parte.

—Señor, no comprendes el riesgo que corro.

—¿Crees que el peligro es menor para mí? Moriré contigo si nos descubren.

—Yo no te traicionaré.

—Claro que me traicionarías, si su torturador te trabajara con los cuchillos y los hierros.

¿Muerte? ¿Tortura? Mal asunto, éste de que hablan. Los dioses han sacudido el árbol y han dejado caer al capitán de los elefantes en el regazo de Gajendra. Ya no se trata de elefantes. Oxatres tiene pensado algo más que asesinar a Coloso. Se pregunta si allá abajo oirán los latidos de su corazón. A él le suenan demasiado alto. De un momento a otro mirarán hacia arriba y se preguntarán quién está aporreando el tejado con una duela.

Va anocheciendo y el sol baja por detrás de la ciudad. Con el crepúsculo salen y se arremolinan los mosquitos. Gajendra no se atreve a intentar aplastarlos de un manotazo. Le zumban con descaro al oído como si supieran de su aprieto. Mírame:

voy a picarte en el ojo y no puedes hacer nada por evitarlo.

—¿Tienes el veneno?

—Mandé a un boticario de la ciudad que me lo preparara.

—¿Y lo has probado?

—De sobra.

—Ha de ser lento. Si muere rápidamente levantará sospechas y dará motivo a sus amigos para acusarme.

—Dicen que se parece a una fiebre, como la que tuvo en la India. Cuando se apodera de un hombre, éste muere despacio, desde el interior.

—Más vale que estés en lo cierto. No podemos fallar en esto.

—¿Tienes manera de dárselo?

—Mi hermano es el copero de Alejandro. ¿A ti qué te parece?

El picor en las piernas desnudas es insoportable. Sin embargo debe aguantarlo. Como ahora empieza a repartirles tortazos a estos enanos, al instante los dos estarán aquí arriba con las espadas desenvainadas para hacerlo pedazos. Ya han dicho bastante, pero Gajendra desea que digan algo más. Tiene suficiente para la acusación pero no para las pruebas.

Las primeras estrellas parpadean sobre el desierto.

—Es duro matarlo así.

—Prefiero que muera echando espumarajos a que me lleve a rastras por ese condenado desierto otra campaña más. Nuestros hombres nos alabarán como sus salvadores. Quieren volver a la patria.

Han encendido una vela en la habitación. Gajendra resiste el impulso de asomarse por el agujero. Recuerda muy bien al compañero de conjura del capitán: pelo rojizo, anchos hombros con un manto rojo, el porte de un general. Le parece haberlo visto antes, en un cortejo. Es Casandro, el hijo y enviado de Antípatro, que gobierna Grecia en ausencia de Alejandro.

—¿Te acordarás de mí cuando todo haya acabado? —pregunta Oxatres.

—Tendrás tu recompensa, no lo dudes.

Se marchan por separado y Gajendra escucha hasta que se desvanecen sus pasos antes de atreverse a echar un fugaz vistazo por encima del pretil. Sus siluetas se recortan en la tarde. Van en distintas direcciones y a pie. Por lo menos puede vengarse en los minúsculos mosquitos, uno tan gordo de su sangre que cuando lo mata parece como si le hubieran acuchillado la pierna.

Casi es de noche. Encima de él las estrellas cruzan un cielo cada vez más oscuro. Sólo los dioses que van en ellas conocen lo que prometen para el futuro. Si regresa vivo al campamento, Gajendra sabe al menos lo que le auguran a él mismo y al capitán.

Alejandro ya no duerme al lado de sus hombres. Gajendra es de un lugar donde no se esperaría menos de un rajá, pero los maces están irritadísimos. Al parecer hoy día el

general no hace nada sin que la falange se ponga a rezongar y a maldecir en voz baja.

Una sensación de paranoia sobrecoge al gran Alejandro, que ha abandonado la imponente tienda de campaña que conquistó a Darío, el rey persa. Tiene el tamaño de una plaza de armas, en ella se podría acomodar caballos, pero ahora prefiere el palacio y deja que sus soldados duerman al otro lado del río. Teme a los asesinos, dicen algunos. Otros piensan que, como ahora se considera un dios, cree que debe vivir como tal.

Los perros guardianes chillan y gruñen tras las puertas de palacio. Un centinela mira a Gajendra de arriba abajo y se ríe de él cuando pide entrar.

—¿Qué leches te has hecho? —le pregunta el guardia—. ¿Qué te pasa en la cara?

—Me han picado los mosquitos.

—Parece que hubieras estado en una pelea.

—Tengo que ver a Alejandro.

—¿Quién diablos eres?

—Me llamo Gajendra, soy *mahavat* del escuadrón de elefantes.

—Bueno, pues mira, Gajendra: lárgate de aquí.

—Pero si tengo que ver a Alejandro.

—Déjale una solicitud al escriba mañana por la mañana.

La puerta de la casa del portero se cierra de un portazo.

Gajendra la aporrea con el puño. El guardia sale de nuevo, le pide a otro guardia que le sujete la lanza y después lleva a patadas a Gajendra al otro lado de la calle.

—Oye, mira, chaval, no pienso consentir esto. Si vuelves a hacerlo, te agarro el tobillo y te estrello contra la muralla como a un gato. Fuera de aquí ya.

Pero el alboroto ha despertado al capitán de la guardia. Entra soltando pestes en el círculo de luz de la antorcha, aún abrochándose la túnica; estaba echando un polvo a una criada y el jaleo lo ha distraído.

—¿Qué pasa aquí fuera?

El guardia amaga un rápido saludo militar.

—Aquí tenemos a este canijillo, un desharrapado. Quiere ver a Alejandro y se niega a largarse cuando se le dice.

—Yo no soy un desharrapado. Soy *mahavat* de los elefantes, el mejor.

La cara del capitán es un poema. Lo único que sus hombres tienen que hacer es guardar la puerta y abrirla sólo cuando les den el santo y seña, no meterse en peleas con los elefanteros. Parece una tarea bastante sencilla.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta a Gajendra, acabando de abrocharse el cinto de la espada.

—Tengo que ver a Alejandro. Hay una conjura contra él.

—¿Qué tiene que ver un chiquillo como tú con esas maquinaciones?

—He oído a dos hombres que hablaban. Conozco a uno de ellos, lo he visto desfilar a caballo con Alejandro. Planea envenenarlo.

El capitán se queda allí, pensando. Gajendra nota que unas gotas de sangre le

corren por la frente, donde el guardia le ha pegado.

—¿Cómo te ha llegado esta información?

Ah, ya sabes, por casualidad. Andaba por ahí buscando al capitán de los elefantes, planeando partirle los sesos con mi *ankus*, echarlo a una cuneta y confiar en que nadie se diera cuenta, y mira por dónde ahí estaba, conspirando para matar a nuestro rey.

—Lo he oído sin querer. La conjura es de verdad. Tiene la firme intención de hacerlo.

El capitán agarra al guardia por la túnica y lo aparta de un empujón. Su dilema se le refleja en la cara: en esto hay un ascenso o una tanda de fustazos.

—Más vale que vengas conmigo —le dice a Gajendra.

Se internan en lo hondo del palacio y las sandalias de suela claveteada del capitán resuenan en la piedra. Llamean las antorchas en los soportes de las paredes. Gajendra cuenta seis puertas hasta que llegan a la definitiva. Antes lo único que había entre Alejandro y su ejército era una tira de lona y el saludo de un guardia.

A Gajendra lo sorprende el cambio que ha experimentado el Rey de Asia, como se hace llamar ahora. Alejandro está despatarrado en un diván, rodeado de sus generales. Viste una túnica larga y un fajín blancos, con la púrpura real en la cenefa; incluso lleva una diadema azul y blanca. Un noble persa sólo parecería un petimetre, que es lo que son la mayoría, a juicio de Gajendra. A Alejandro semejante ropa le queda ridícula.

Hasta algunos de sus Compañeros visten igual.

Alejandro no muestra la energía de costumbre. Bosteza y está agotado. Gajendra echa un vistazo a la copa de plata que está sobre la mesa. Espera que no lo hayan envenenado ya. Sería fácil hacerlo cuando se encuentra en este estado. Lanza una ojeada a los hombres que rondan en torno a él. Me pregunto cuál de vosotros es el asesino.

Sólo Alejandro sonrío al ver acercarse al capitán. El silencio y las duras miradas de los otros le infunden terror.

—¿Quién es éste? —pregunta Alejandro al capitán.

La mirada brillante y la húmeda mueca no son lo que ve el ejército.

—Este hombre ha venido a la puerta diciendo que necesita veros con urgencia. Afirma que tiene información sobre una conjura contra vuestra vida.

—¿Otra? —dice en tono desdeñoso uno de los generales.

Es Nearco.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta Alejandro.

—Gajendra. Soy *mahavat* en la brigada de los elefantes.

—Un follaelefantes —refunfuña otro—. ¿Qué hace aquí?

Alejandro despierta de su estupor. Baja las piernas y le hace una señal al capitán para que se marche. El hombre parece decepcionado. Había esperado una distinción.

No consigue nada.

—Ya he visto a éste en acción, ¿verdad? Les habla a los elefantes. Y ellos parecen comprenderlo.

—¿Les barrita con la verga? —pregunta Nearco—. Eso me gustaría verlo.

A los otros Compañeros les divierte su uso procaz del lenguaje. Sólo Alejandro no se ríe.

—¿Qué dicen de mí entre la tropa? —le pregunta a Gajendra.

Gajendra no contaba con esto. No se esperaba que lo interrogaran sobre la moral de los soldados. Están poniéndolo a prueba antes de que haya tenido ocasión de dar la noticia siquiera.

—No presto atención a los rumores.

—Pues deberías. Un hombre que no presta atención a los rumores que oye a su alrededor no puede utilizarlos en beneficio propio.

¿Ves? ¡Ahí lo tienes!, piensa Gajendra. Sabías que era una prueba. Quiere ver lo que vales lejos de los elefantes. Esa mirada brillante está clavada en ti y más vale que digas lo que piensas, no tiene sentido andarte con rodeos delante de esta gente.

—Algunos os adoran y os seguirían hasta el final de la tierra. Pero esto ya lo sabéis. Otros dicen que habéis ido demasiado lejos y que la conquista se os ha subido a la cabeza, que habéis olvidado vuestro pliegue. Perdonadme, pero soy de Taxila. No tengo ni idea de lo que significa eso.

Una mueca a la luz de las antorchas.

—Un pliegue es como llamamos al valle donde nos hemos criado. Pretenden decir que he olvidado a mi gente. ¿Qué más dicen?

—Que estáis loco.

Se oye claramente un silbido cuando todos contienen el aliento. Alejandro se limita a sonreír. Sigue teniendo cara de muchacho.

—La locura es divina —responde—. Todos los dioses están locos. ¿No lo sabías? —Se pone de pie. No se tambalea, aunque el vino se vierte por la mesa y penetra como una mancha de sangre en la madera—. ¿Y tú qué opinas? ¿Me crees loco?

—Yo creo que sois todo lo que a mí me gustaría ser.

Ha hablado sin pensar. Se produce un instante de silencio, y luego Alejandro echa atrás la cabeza y ríe a carcajadas. Le clava a Gajendra el índice en el pecho.

—¿Quién es este cachorro? Decidme otra vez por qué está aquí.

Gajendra se dirige directamente a Alejandro.

—He oído por casualidad a dos hombres maquinando contra vos. Os pondrán veneno en el vino.

—¿Qué hombres?

—Uno es Oxatres, el capitán de los elefantes.

—Hombre, claro —grita Nearco—. Este cabroncillo con el culo hecho jirones busca su propio ascenso. Como empieces a escuchar todas las calumnias que te cuenten con zalamería a la oreja tendremos al ejército entero saldando cuentas a

modo de promoción. —Se vuelve hacia Gajendra—. Míralo. Entra aquí apestando a elefante, con otro cuento de envenenadores... —Alarga la mano y lo agarra por la mandíbula—. Ni siquiera se afeita aún.

—Hace un número maravilloso con un elefante enfadado.

Nearco está cerca y Gajendra huele el vino en su aliento.

—¿Le has vendido el culo ya a un cabo? Con lo guapito que eres, debe de haber algo de calderilla de por medio. —Mira a sus compañeros—. Todos lo hacen, estos indios. ¿Luchaste contra nosotros en el río Hidaspes?

La calumnia zumba en los oídos de Gajendra. Aquella hipocresía —que lo acuse de sodomía uno de estos griegos narigudos— es más de lo que puede soportar. Pero se las arregla para responder sin perder las formas.

—Yo no le vendería el culo a un cabo —dice, al tiempo que endereza los hombros—. Como mínimo, a un capitán de caballería, gracias. Aunque casi todos están ya comprometidos.

Alejandro se ríe. Se divierte con esto. Hasta ahora se aburría con sus invitados.

Nearco se enfada.

—¿Quién es éste?

—Lo gané a él y a sus compañeros como parte de la tregua con Poro. Pedí una muestra escogida de sus elefantes de guerra y los adiestradores para manejarlos.

—Pues éste no te sirve. No tiene pelo en las pelotas todavía.

Gajendra se estremece de nuevo ante estos insultos pero no aparta los ojos de Alejandro.

—Ya has oído lo que ha dicho. Defiéndete.

—Precisamente estaba pensando que soy mayor que vos cuando combatisteis contra los tracios, y que estaréis encantado de oler a mis elefantes cuando tengáis un escuadrón de caballería enemiga a la derecha y en el centro y vuestra propia línea esté a punto de romperse. —Se revuelve contra Nearco—. Veremos si entonces mis elefantes no te huelen tan bien como el pachulí.

De pronto Nearco parece tener demasiado calor con la ropa. Tiene el rostro colorado de beber y está de mal humor. Alejandro decide intervenir. En otro momento tal vez hubiera dejado que su general lo ensartara por su insolencia, pero esta noche se queda impresionado con las agallas del chaval.

—No le hagas caso —le dice a Gajendra—. Perdió a su sobrino en Gaugamela, lo mató un elefante.

Le pone una mano en el hombro y lo aparta de los demás.

—Y bien, háblame de estos hombres que conspiran contra mí. Uno era el capitán de los elefantes. ¿Reconociste al otro?

—Sí. Está sentado ahí mismo.

Señala uno de los divanes, pero ahora está vacío. Uno de los invitados se ha escabullido durante las discusiones.

—¡Casandro! —exclama con voz crispada Nearco.

Yolas, el copero de Alejandro, da un salto hacia delante y agarra a Gajendra por el cuello, lo llama cobista y serpiente. Alejandro lo aparta y les dice a los otros que busquen a Casandro. Ahora lo creen, hasta Nearco, que estaba de mejor humor cuando lo creía un embustero.

Se levanta un alboroto general, sólo Alejandro está encantado.

—Despertad al torturador. Decidle que el capitán de los elefantes necesita que lo estiren y lo retuerzan un poco. Si hay algo de verdad en esta historia, lo sabremos por él.

La reunión se deshace. Al final sólo queda Alejandro con Nearco y Gajendra. Se sienta y se sirve vino de un frasco en la copa. Deja ver una amplia sonrisa. Tiene vino tinto en los dientes, parecen manchados de sangre.

—Bueno, ¿podemos preguntarte cómo has conseguido esta información?

—Estaba siguiendo al capitán.

—¿Con qué propósito?

Gajendra considera la posibilidad de responder con una mentira, pero un instinto le dice que la verdad le conviene más, aunque sea incriminatoria.

—Estaba resuelto a romperle la crisma y dejarlo en una cuneta.

—¿Ves? —dice Nearco—. Esto es sólo venganza, no información.

—Tal vez estuviese de acuerdo contigo —contesta Alejandro— si no fuese por el sitio vacío que hay al final de la mesa. Pronto llegaremos al fondo de esto. —Vuelve a repantigarse en el diván y observa a Gajendra con una amplia y perezosa sonrisa—. Bueno. ¡Qué chaval tan versátil estás resultando ser!

Cuando regresa a la paja parece que ya el ejército entero sabe lo que ha ocurrido. Las noticias viajan más rápido aquí que el fuego por la hierba de verano. Ravi se acerca corriendo a él con el rostro crispado de preocupación.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué dice la gente?

—A Oxatres lo han detenido. Unos dicen que tú formabas parte de la conjura y que van a crucificarte por la mañana. Otros, que fuiste tú quien lo denunció, que Alejandro te ha ascendido a general y que te ha dado un palacio y un harén.

¿Quién pondrá en marcha semejantes rumores?, se pregunta Gajendra.

—La verdad está en un lugar intermedio.

—Tenía miedo por ti —dice Ravi.

Gajendra pone una mano en el brazo de su tío.

—Yo tenía miedo por mí también.

Algo le pega fuerte en el lado de la cabeza. Alza la mirada. Coloso ha cogido una manzana del barril y se la ha tirado usando la trompa. Ravi menea la cabeza.

Gajendra acaricia la cabeza del colmilludo. Éste se apacigua, pero sólo después de que Gajendra le haya dado una sandía.

Ravi menea la cabeza de nuevo.

—Te juro que algunas veces es casi humano —dice.



Durante las semanas siguientes las historias circulan, abundantes y rápido. Es como un ejército de viejas, todas reunidas junto al pozo. A Gajendra le divierte oír las versiones repetidas que le llegan de distintas formas: que Casandro le pagó a Oxatres para que éste hiciera que Coloso se descontrolara, lo destrozara todo a su paso en el *maidan* y pisoteara a Alejandro; que Oxatres hizo un veneno de bilis de elefante siguiendo órdenes del general para que Casandro se hiciera cargo del ejército; que todos los macedonios de Alejandro se habían vuelto contra él y se preparaban para rebelarse en cuanto cayera enfermo, y que Oxatres iba a dirigir una carga con los elefantes contra el palacio.

Cuando se sabe la verdad, las mentiras parecen increíbles.

—Casi me da pena tu amigo Oxatres —dice Ravi—. Deberías haberlo visto cuando se lo llevaron a la fuerza. Iba llorando y babeando, y ni siquiera le habían hecho nada todavía.

A Gajendra tal vez le daría pena también, pero entonces recuerda que Oxatres no dudó en atormentar a Coloso con el garfio y después con el veneno.

—Casandro lo planeó todo —prosigue Ravi—. Lo encontraron a mitad de camino de Sidón y han vuelto a traerlo a rastras para que se enfrente a Alejandro.

Tres días después hay ejecuciones. El capitán de los elefantes va primero. Hace una fría mañana y los hombres esperan apiñados y tiritando, animados por la perspectiva de oír gritar a alguien. Alejandro sale dando zancadas de la tienda vestido con su coraza dorada, monta en su caballo y se pasea delante de ellos. No habla. Cabalga de un lado a otro de las líneas, mientras el caballo, nervioso, sacude la cola y tuerce la cabeza.

Después sacan arrastrando a Oxatres, o algo que Gajendra cree que es Oxatres. Lo han tratado mal. No se tiene en pie, bien por el miedo o por efecto de las torturas. Los guardias lo arrastran hacia la cruz que ya se ha dispuesto. Un cordón de babas le sale de la boca. Está gritando pero sin palabras, sólo es un agudo lamento.

No lleva puesta más que la túnica, y tiene la barba apelmazada de sangre. Escuchadlo, dice alguien, está pidiendo piedad a gritos. Pero nadie entiende de verdad lo que dice.

Dos de los hombres que están detrás de Gajendra hacen una apuesta. Uno dice que habrá muerto antes de que llegue la mañana, el otro se juega un siclo a que seguirá gimiendo cuando los cuervos le arranquen los ojos.

Un hombre que está detrás de Gajendra se inclina hacia delante y le aprieta el hombro.

—Éste debe de ser un buen día para ti —dice.

¿Un buen día? Hace cuatro días deseaba pulverizar a este hombre a puñetazos y

patadas, pero eso era distinto. Quería matarlo, pero no esto.

—¿Qué le han hecho? —le pregunta a Ravi.

—Hierro al rojo y una vuelta en la rueda. Dicen que lo contó todo antes de que empezaran, pero que Alejandro insistió en que lo hicieran gritar de todos modos, dijo que eso lo ayudaría a hacer la digestión.

Lo desnudan. Tiene lesiones por todo el cuerpo. Gajendra traga el regusto ácido que nota en el fondo de la garganta.

—Yo lo odiaba —le dice a Ravi—. Pero no lo odiaba tanto.

—¿Por qué vas a preocuparte? Él solo se lo ha hecho.

Los verdugos son expertos, no es la primera vez que realizan esta tarea. Lo sujetan en la cruz mientras hincan los clavos, primero en los huesos de las muñecas y después en los tobillos por separado, con las piernas clavadas a ambos lados del poste.

Han cavado un hoyo en el suelo, listo para plantar la base de la cruz, y van levantando a Oxatres. No queda a mucha altura del suelo, el caballo de Alejandro podría mirarlo directamente a los ojos. Gajendra se estremece y tiene que apartar la vista. ¿No podían matarlo ya y acabar con esto?

Oír gritar así a un hombre en el silencio de una plaza de armas donde sólo se escucha el arrastrar de pies da que pensar. Para sentirse mejor Gajendra intenta recordar a Oxatres fustigando a Coloso con la aguijada.

Sacan al siguiente desgraciado, Yolas, el copero de Alejandro. Está todo lo bien que puede estar un chaval a quien han desollado a fustazos. A Gajendra le parece que en ese momento Alejandro lo mira fijamente, pero eso es imposible porque ni siquiera el gran rey distinguiría un rostro en los millares de caras de esta multitud.

Al muchacho lo preparan de forma parecida y lo alzan. Se tarda más tiempo porque se desmaya cuando meten a martillazos los clavos, y Alejandro insiste en que lo despierten con cubos de agua para que disfrute más de la experiencia.

Gajendra se figura que nadie de los que están aquí esta mañana tendrá mucha prisa por ser el siguiente que intente matar al Rey de Asia.

Alejandro quiere dejar las cosas bien claras. Espolea al caballo hacia la fila delantera de soldados hasta que está tan cerca que sienten el aliento del animal en las caras. Entonces, despacio, cabalga alrededor de toda la plaza de armas, como si estuviera mirando a cada hombre, uno detrás de otro, hasta que completa una vuelta entera a su ejército.

El sol se eleva sobre las colinas orientales. Va a ser un día caluroso. El hombre que está detrás de Gajendra vuelve a darle un golpecito en el hombro.

—Buen día para estar al sol. La piel la tendrá negra para el ocaso. Dos siclos.

Gajendra niega con la cabeza, rechazando la apuesta.

Al final del todo le toca a Casandro. Gajendra se pregunta cómo habrían salido las cosas si Casandro hubiera mantenido la calma aquella noche y hubiera salvado la situación con un engaño. ¿Habría creído Alejandro sus palabras si el hijo de

Antípatro lo hubiera mirado a los ojos y lo hubiera negado todo?

Cuando lo sacan se levanta un murmullo entre los macedonios. Alejandro da un rápido y leve tirón de las riendas y vuelve el caballo para mirarlos. Luego lleva, dando pasos de lado, a su corcel árabe hasta la primera fila. El murmullo se disuelve en el silencio.

A diferencia de los otros, Casandro camina con la cabeza erguida. Tras él va un escuadrón de arqueros, una docena, marchando en fila india.

Lo encadenan a un poste, de cara a la tropa macedonia. Está claro que Alejandro quiere que todos lo vean bien. Casandro les echa una mirada a sus dos compañeros de conjura que respiran con dificultad en sus maderos. Esboza un gesto desdeñoso. Me habéis fallado, parece decir su expresión.

—Mira las caras —dice Ravi—. Los maces no adoran a Alejandro como antes.

—Él los convencerá —dice otro—. Siempre lo hace. Cuando tome Cartago, se pelearán entre sí por besarle el culo.

Los arqueros se disponen en una fila, frente al poste y a unos veinte pasos de él. Alejandro acerca el caballo a ellos y, con ademán grandilocuente, saca su espada de la vaina. Cada arquero escoge una flecha y todos alzan los arcos al unísono.

Gajendra contiene el aliento. Casandro empieza a pronunciar un discurso y Alejandro le pega en la cabeza con la espada de plano. Casandro se desploma encadenado.

—He decidido ser clemente —dice Alejandro—. Desatadlo. —Mira a Oxatres y a Yolas—. A esos dos no.

Oxatres empieza a llorar otra vez. Gajendra se figura que no de dolor, sino de envidia por la suerte del otro. El transcurso de un solo día no es nada cuando se está en una lujosa tienda junto al río, comiendo semillas de sésamo con miel. Cuando estás colgado en una cruz al sol del desierto es como si durase cien veces cien días.

A los soldados les dan permiso para irse y vuelven arrastrando los pies al campamento, insólitamente silenciosos. Gajendra mira a Ravi.

—¿Alguna vez has hecho una cosa y después no estás seguro de si estaba bien o mal?

—No.

Gajendra mira fijamente a los dos hombres de las cruces. El copero está temblando pero Oxatres está completamente inmóvil, y Gajendra piensa que a lo mejor, por un milagro, ha muerto. Pero entonces Oxatres levanta su peso tirando con las ensartadas muñecas e inspira una larga y trémula boqueada antes de combarse para volver a colgar, flácido, de los clavos. Gajendra se pregunta cuántas veces hará eso antes de que se le agoten las fuerzas y la voluntad. Confía en que el hombre que apostó a que aún estaría vivo cuando llegara la mañana pierda todo su dinero.

—¿Crees que Alejandro les dará una hora o dos y luego ordenará que los maten? No dejará que cuelguen ahí todo el día, ¿verdad?

Ravi se encoge de hombros.

—¿Qué crees tú?

—Me parece improbable.

—A mí también. Maquinaban matarlo. Tú has visto la expresión de su cara. Hazme un favor, Gajendra.

—¿Qué?

—Si alguna vez subes tan alto que te vuelves igual que él, y yo intento matarte por ello, no me cuelgues de una cruz.

Gajendra se ríe, indeciso.

Pero Ravi está muy serio.

—Eso no pasará —dice Gajendra.

—Oh, nunca se sabe —responde Ravi.

—Debes llevarlos otra vez a hacer instrucción —le dice Nearco—. No podemos tener otro descalabro como la última vez. Si no fuera por tu gran colmilludo habría sido un desastre.

Por lo visto Gajendra ha ascendido de desharrapado a segundo de Nearco, aunque no se ha anunciado nada.

—¿Puedes hacerlo?

—Debería ser Ravi. Él es el que tiene más experiencia. Yo sólo soy su aprendiz.

—¿Cuál es Ravi? No me sé los nombres de todos estos condenados indios. No pareces un aprendiz. A ti te escuchan. Ese elefante tuyo es el mejor que tenemos. Haz lo que te digo.

—Muy bien.

A Gajendra lo premian con el puesto de Oxatres como capitán de los elefantes. Incluso le han ofrecido un lugar en el círculo más alejado de Alejandro. Participa de un banquete en la larga mesa con los demás oficiales subalternos del ejército. El general hace saber que Nearco ha ascendido a elefantarca. Se trata de un nuevo cargo, inventado sólo para él; es la primera vez que un general macedonio estará al mando de un escuadrón de elefantes.

Eso demuestra a todo el mundo la importancia que el general les otorga a sus nuevas armas de guerra.

Gajendra intenta cruzar una mirada con Alejandro. Ha sentido un vínculo sobrenatural con él desde aquel primer día en el patio, cuando Coloso se puso hecho una furia. ¿O son imaginaciones tuyas? No es más que otro elefantero, un lacayo y un extranjero, y todos los maces salvo Alejandro odian a los extranjeros.

Lo ve abrazar a Nearco. Algún día ése seré yo. Por ahora que brille el sol sobre su general favorito, pero pronto brillará sobre mí, y entonces deslumbraré a todo este ejército con mi brillantez y mi valentía.

Jamás volveré a ser un don nadie.

Capítulo 10

Cartago, año 322 a. C. Templo de Tanit

Lo sorprende el cambio que ve en ella. Hannón siempre la había considerado una niña, como hacen todos los padres. No es tanto un cambio físico, aunque está hermosa de nuevo. Claro que siempre estuvo hermosa, incluso a las puertas de la muerte, pero ahora en ella vuelve a haber una luz. No un violento incendio, desde luego, pero después de tanto tiempo hasta la luz de una vela sirve.

Lo trata con respeto solemne, como quien lleva la casa y presenta el informe de la semana. Hannón no se atrevería a reprenderla ahora. Su serenidad resulta intimidante. Mientras pasean por los jardines del templo ella habla de profecías y de la ruina de la ciudad, le dice que lo ha pronosticado el oráculo y que sucederá con o sin la intervención del ejército.

Él no cree en profecías salvo con fines políticos. El oráculo sólo dice lo que todos ellos temen: que no serán los primeros en detener a Alejandro. La noticia de su avance por la costa llegó hace meses.

Alejandro marcha hacia el oeste desde su nueva ciudad de Alejandría, en Egipto, y construye una carretera a medida que avanza. Podría haber venido por mar y desembarcar en el cabo Bon, si hubiera querido hacerse el invasor. Ha preparado una inmensa flota, de un millar de buques de guerra, en Cilicia y Fenicia, pero en lugar de eso está trazando una carretera transafricana.

Al parecer llega para colonizar y está tomándose su tiempo.

Pero a Hannón sus mensajeros le dicen que no todo va bien en el imperio de Alejandro. Antípatro instiga a la rebelión en Macedonia y ha encontrado un voluntarioso aliado en Antígono el Tuerto, el sátrapa de Frigia. Para ocuparse del asunto Alejandro ha enviado desde Babilonia a uno de sus favoritos, Crátero, junto con diez mil de sus veteranos. Corren rumores de que los dos ejércitos están concentrándose en Tarso.

En realidad Antípatro no ha tenido otra opción. Alejandro crucificó a uno de sus hijos y mantiene prisionero al otro por una nueva conjura de envenenamiento. Hannón se alegra de no ser macedonio. Por allí la gente no debe de atreverse a comer nada, a menos que lo arranque fresco del árbol o lo estrangule y lo guise uno mismo.

Una cosa es estar advertido de las intenciones de Alejandro y otra, evitarlas. Alejandro es una enorme tormenta que crece en el horizonte. También es imposible contener una tormenta.

Sus espías le cuentan que el ejército de Alejandro no es el mismo que utilizó

contra Persia.

Hay debilidades, o detalles que se consideran debilidades, al menos. En su caballería tiene escitas y bactrianos, miembros de tribus salvajes con el rostro tatuado que montan engalanados caballos de poca alzada; sus arqueros son indios, sus lanceros son partos y sirios, su infantería ligera, griegos y macedonios novatos, recién llegados que nunca han visto una batalla. Le cuentan que tiene otros doce mil egipcios y persas adiestrándose con las sarissas. Una falange de infantería es exclusivamente persa.

Por primera vez hay discordias en el ejército de Alejandro. También tendrá que dejar a unos quince mil soldados estacionados en Babilonia con Meleagro para proteger la retaguardia y hacer respetar su dominio allí. Hannón calcula que, para cuando llegue, Alejandro contará con unos cinco mil jinetes y poco más de veinticinco mil infantes. El ejército de Cartago será muy superior en número, desde luego. Pero ¿cuándo ha preocupado eso nunca a Alejandro?

Los macedonios no son ni siquiera la mitad del resto de su ejército. Sin embargo el núcleo de su fuerza sigue estando allí. Tiene a sus lanzadores de jabalina agrianos: salvajes que combaten con perros y le sacan un ojo a una lagartija a un centenar de pasos. Algunos llegaron con sus abuelos. Sigue teniendo su Caballería de los Compañeros, aunque ésa también se ha reforzado con persas y sirios. Lo más revelador de todo es que aún conserva veteranos, veteranos de cincuenta o sesenta años que ya libraban batallas cuando la mayor parte de la población de Cartago aún mamaba en las tetas de sus madres. Éstos son los hombres que decidirán las cosas, curtidos por años de hacer campaña, con una disciplina férrea y expertos en armas y tácticas. Son los mejores soldados del mundo.

—Se te ha confiado la defensa de la ciudad —le ha dicho el Consejo a Hannón—. Tienes superioridad numérica. Él estará agotado después de una larga marcha. Ese Alejandro no es invencible.

No es invencible. ¿De veras? Muchos piensan que lo es. Ser invencible no tiene nada que ver con los números. Tiene que ver con la actitud, con la astucia y con la suerte. Pero ¿qué era la suerte sino la mano invisible de los dioses? Hannón sospecha que su hija, enterada de los secretos murmullos de la divinidad, ahora sabe más de la vida que él.

—Hemos de sacarte de aquí.

—Mi sitio está aquí, al servicio de la diosa. No puedo marcharme.

—No es una petición. Es mi orden expresa.

—Tú no me ordenas, padre. Mi única autoridad ahora es la propia diosa.

Habla sin alzar la voz y sin rencor. Expone datos, y el hecho de que se muestre tan sensata hace que el padre se indigne.

—¿Qué harás si la ciudad cae y te convierten en esclava?

—Aceptarlo.

—¡Una hija mía no puede aceptar semejante destino! Te ordeno que salgas de la

ciudad.

Ella sonríe, algo que únicamente lo enfurece más.

Antes se le habría enfrentado, ahora Mara se le desliza por los lados, como las olas en torno a un escollo. Hannón entiende ya cómo ha cambiado.

—¿Por qué debo irme yo si tú vas a defender la ciudad por nosotros? ¿No crees que puedas ganar?

—Deseo asegurarme de que estés a salvo en cualquier eventualidad.

La voz ha corrido por toda la costa. Dicen que Alejandro trae elefantes que ha adiestrado como guerreros. Posee doscientos, dicen sus espías, lo cual parece un número imposible, una exageración cierta. Pero sólo ha traído sesenta, pues los rigores de la carretera del desierto a través de Libia pondrían a prueba hasta a un camello.

¿Cómo lucha un soldado contra un elefante?

Los miembros del Consejo han discutido entre sí: ¿deberían enfrentarse con él en el llano o prepararse para un asedio? Un asedio sería mejor. Alejandro siempre será más astuto que tú en una planicie llana.

El Consejo elige el llano. Hannón sospecha que tendrán buques esperando por si la lucha se vuelve en su contra. Dicen que en Hispania hace mejor tiempo en esta época del año.

Mara responde:

—No tengo intención de romper el voto que le hice a la diosa. Me quedaré aquí.

Hannón se acerca a ella. Nunca le ha dicho a esta brizna, a este frágil milagro, cuánto la ama. Un tendón se le crispera en la mejilla. Piensa en organizar quizá un secuestro, en enviarla a Lilibeo.

—Hazlo por mí.

Es la primera vez que le pide algo.

La serenidad de Mara se resquebraja.

—Padre, no puedo. Tú tienes tu deber. Déjame tener el mío.

Una vez, de niño, Hannón encontró un cachorrillo al que su madre había abandonado. Aún no había abierto los ojos y se retorció caliente en su mano. Lo puso en un cojín en su cuarto e intentó darle leche de burra con una cuchara. Incluso había dormido junto a él aquella noche, murmurando palabras de ánimo. Le echó el aliento en la cara y le habló en susurros de las ratas que cazarían juntos cuando fuera mayor.

Por la mañana el cachorrillo estaba muerto. Así eran las cosas. Hacías todo lo posible por amar algo, pero Mara tenía razón: al final eran los dioses los que decidían.

Capítulo 11

Un cielo como el peltre, un aire tan denso que Gajendra apenas puede respirar. El sudor cae lentamente por su cuerpo. Sin embargo Alejandro parece lozano y animado. Podría ser una mañana cubierta de rocío en las montañas.

Los generales están allí, Lisímaco, Ptolomeo y los demás. Nearco permanece en el rincón con los brazos cruzados, como un depredador, preguntándose a cuál de los presentes le gustaría reducir a cenizas. Sus ojos se deciden por Gajendra.

Le gruñe a todo el que le pregunta. Estos condenados indios, estos niños bonitos extranjeros. Siempre con las mismas hipocresías. Él es macedonio, como Alejandro, cree que la lucha en el barro con cerdos en su juventud es señal de aristocracia. A Gajendra le parece que todos los príncipes de aquel país se tiran a una cabra cuando cumplen doce años y lo consideran una conquista sexual.

A los generales les molestan estos príncipes persas que ahora componen la mitad de los Compañeros del Rey. Les molesta haber conquistado medio imperio y no poder volver a la patria de nuevo para verla desmoronarse. Les molesta tener elefantes pero verse obligados a emplear a los hombres del rajá para montarlos, aunque tal vez les hagan ganar la próxima batalla.

Alejandro bate palmas y se ríe como si estuvieran a punto de abrir un nuevo frasco de vino o de ir a un burdel. Mira a sus generales, sus generales lo miran. Está vestido con la coraza completa, el oro pulido como un espejo, y lleva grebas en las piernas. Sus muslos son del tamaño de ramas de árbol y parecen casi igual de duros.

Su altura no es obstáculo para la fuerza de su personalidad.

—Y bien —dice—, ¿estamos preparados para tomar Cartago?

Aún no ha amanecido y la tienda de Alejandro está llena de generales, mariscales y comandantes de brigada, así como jefes de tribus de aspecto salvaje con gorras de piel de zorro. Hieden a perro muerto. Se palpa el miedo, aunque nadie quiere mostrarlo. El viento ha arreciado, y el ruido de las puertas de la tienda es ensordecedor.

Alejandro lleva puesta la coraza que dicen que en tiempos perteneció a Hércules, con el metal casi verde por los años, y un manto de leopardo encima. Bajo el brazo tiene un casco de oro con las alas de un pájaro montadas en oro blanco a ambos lados. El alba brilla en la seda púrpura de la tienda del general y los tiñe a todos de sangre.

Hay un pergamino sobre la mesa, sujeto con piedras en las cuatro esquinas.

Alejandro señala las defensas del enemigo. Hannón tiene el mar a la izquierda y el lago a la derecha.

—Cuentan con sesenta mil infantes y seis mil jinetes. Su infantería, sin embargo, se compone de reclutas que no saben por qué extremo se coge la lanza, y de mercenarios de Galia, Grecia e Iberia. Tienen algunos jinetes nómadas, desharrapados en pelotas que llevan pieles de leopardo. Como un macedonio vale por diez bárbaros, ¡calcula que somos cinco veces más que ellos!

Los generales ríen. Los persas se miran con el ceño fruncido.

—Hannón ha adoptado una posición defensiva con la infantería en el centro y la caballería en las alas. Está mostrándonos lo que cree que son sus puntos fuertes: su infantería concentrada, una ala izquierda de flanco. De modo que ya tenemos ventaja. Nosotros podemos cambiar nuestros planes como creamos conveniente. Él ya ha indicado su intención.

Y la intención de Hannón está clara. Hay empalizadas de aguzados maderos delante de su infantería. Quiere librar la batalla en las alas. Nunca se han enfrentado a los elefantes, y por su despliegue es evidente lo mucho que los teme. Ha situado al Batallón Sagrado, los soldados no regulares de la propia ciudad, detrás del ejército principal, en reserva.

Alejandro les cuenta cómo ganarán. Su filosofía es sencilla: para ganar una batalla no es preciso imponerse en todas las posiciones estratégicas, ni siquiera en la mayoría; un ejército sólo necesita ganar en el punto más decisivo. En todos los casos, eso significa ignorar las extremidades e ir al corazón.

—Con cada uno de nuestros golpes debemos preguntarnos cómo responderá el enemigo —les dice—. Todas nuestras tácticas procurarán provocar una penetración en su línea.

Mira a Nearco. Como elefantarca, ahora tiene la responsabilidad del elemento más imprevisible de su ejército: los elefantes.

—Los hipnotizaremos con nuestros colmilludos. Los agitaremos ante sus caras como una cobra mientras atacamos en otro lugar. Todos están bien entrenados y descansados tras nuestra expedición desde Egipto. El efecto será aterrador.

Los persas se miran. A ellos también los aterrorizan los elefantes. Los llaman *ahrima*, demonios, y se niegan a acercárseles.

Alejandro debería recurrir a mí para esto, piensa Gajendra. Yo seré quien vaya en el cuello de Coloso. Si Coloso permanece firme, los demás también lo harán.

Este plan es uno que Alejandro ya utilizó antes, en el río Gránico. Hannón tiene superioridad numérica en cuanto a la caballería y tratará de explotarla, de modo que Alejandro empleará contra él a los lanzadores de jabalina especialmente adiestrados a los que llama *aguijones*. A Pérdicas se le han confiado varios escuadrones de caballería para guardar el flanco izquierdo.

Los elefantes atacarán el centro de la línea de Hannón. La primera vez que un hombre se enfrenta a un elefante en combate está tentado de echar a correr. Hasta los

Escudos de Plata se estremecen aún cuando hablan del Hidaspes. En algún momento la línea se romperá, y Alejandro lo aprovechará.

—No es cuestión de número —les recuerda—. Se trata de llevar suma violencia a su punto más vulnerable con la mayor velocidad. La velocidad es la clave de cualquier éxito marcial.

Gajendra vuelve a la Hilera de los Elefantes y escucha a las bestias barritar entre sí mientras los aguadores les pintan círculos rojos en torno a los ojos para que parezcan feroces. Esa noche ni un solo elefante duerme. Gajendra observa el agua de los abrevaderos, que los retumbos de los animales hacen ondular. Están hablándose. Es como si lo supieran.

Capítulo 12

La batalla de Cartago, año 322 a. C.

Es la primera vez que Gajendra está en una batalla.

Mientras pasa con Coloso a través de la falange, ve que uno de los jóvenes reclutas se vomita en las botas. A los veteranos les hace mucha gracia. El sargento vuelve a meter a la fuerza al chico en la línea y ordena a los demás que se callen.

La llanura resuena con el entrecocar de las corazas de cuero mientras los regimientos trotan hasta colocarse en posición. Hace bochorno esta mañana, el aire es como melaza. Los estandartes del ejército tienen un color apagado. Al nublado de ayer lo ha sustituido un intenso sol amarillo y un cielo candente. Las corazas arden al tacto. Los hombres están deseando entrar en faena. Cualquier cosa antes que quedarse esperando con este calor.

Gajendra va sentado a horacajadas en el cuello de Coloso, el sudor le cae por la cara desde debajo de la cinta que lleva en la cabeza. Los músculos del brazo le duelen de agarrar el carcaj de las jabalinas y el escudo.

Los elefantes no aguantarán mucho. No les gusta quedarse al sol. Visten con gruesas armaduras acolchadas, están a punto de estallar. Coloso se abanica con las orejas y expresa barritando su desaprobación. Gajendra le echa una oreja sobre el ojo para protegérselo del sol abrasador. «No falta mucho», le dice, aunque lo cierto es que no sabe cuánto tardará Alejandro en iniciar el ataque. Llegan muchachos con odres de agua del río y la vierten en los cacharros puestos entre cada par de elefantes. El agua desaparece rápidamente y los chicos vuelven a toda velocidad tras las líneas a por más.

Las enseñas flamean al viento. Una ventolera brinca en el llano. Una oscuridad color de arena impide ver el horizonte y ocultará nuestros amagos. Por lo visto los dioses están de parte de Alejandro una vez más.

Gajendra confía en ser valiente. Éste es el momento que esperaba, la breve oportunidad de obtener gloria delante de Alejandro. Está en el centro de la línea. Cada elefante tiene un escuadrón de honderos persas, con arqueros entre ellos, que lo protegen.

Hay más infantería para guardar las patas de Coloso.

Los agrianios están allí delante. No llevan armadura ni casco, lo único que tienen es un manto, un escudo y su férreo valor. Luchan de dos en dos, padre e hijo, hermano con hermano, con un lebrél para protegerlos si caen. Es hermoso y escalofriante verlos arrojar una jabalina tan recta, atravesando el viento. Se necesitan años de práctica, o eso dicen; han de utilizar una dactilera, aprender a darle el efecto

adecuado al astil. El de más edad siempre es el lanzador. El más joven localiza los blancos y pasa las jabalinas.

Gajendra se sorprende rezando. *Ganesha, que sea audaz, valiente y afortunado hoy.*

Alejandro sale a caballo. Tiene la espada en la mano derecha, y con el sol abrasador dándole en la coraza parece un dios. El casco está en el hueco del otro brazo.

Tras él sus generales esperan en un grupo compacto, con los caballos inquietos de agitación. Están impacientes por acabar con esto. Sólo Alejandro parece tranquilo.

Lleva su gigantesco corcel árabe a lo largo de la línea.

—¡Hombres de Macedonia! No quieren que entremos en Cartago. ¿Sabéis por qué? Porque la ciudad es una mina. Tienen toda la riqueza de Iberia y del Africano allí dentro. ¡Riquezas que pronto serán vuestras! Vamos camino de la patria, hermanos, pero no volveremos con las manos vacías. Todo lo que hemos ganado hasta ahora parecerá simples baratijas comparado con lo que encontraremos cuando entremos a caballo en Cartago. ¡Dejasteis el pliegue como hombres y regresaréis como dioses!

El ejército lo vitorea, aunque sólo los maces comprenden lo que ha dicho. Su grito de guerra iba dirigido únicamente a los veteranos, pues Alejandro dependerá de ellos cuando la batalla alcance su cima. Éstos son los hombres que no romperán filas, que siempre se mantendrán en sus líneas.

Está de pie en los estribos, espada en alto, y un clamor se extiende por la llanura. Lo oirán en Cartago.

Alguien ha traído un carnero. Alejandro salta del caballo y le corta el cuello con pericia. Lo sacrifica y ofrece su corazón aún palpitante a los dioses, mientras la sangre le cae por el brazo. El ejército ruga. Van a seguir al hijo de Zeus en la batalla. ¿Cómo pueden perder?

Hannón ve llegar al ejército. Parece demasiado pequeño. La batalla se desarrolla como había imaginado. Esto parece demasiado fácil.

Alejandro ha avanzado en oblicuo, tratando de apartar las fuerzas de Hannón del centro y de sus elefantes de combate. Él mismo está cruzando hacia el centro. Hannón ha visto el centelleo de su dorada coraza, el ondeante estandarte.

Ese ejército es demasiado pequeño para superar al de Cartago... si Cartago se mantiene en línea. Pero los generales están llenos de pánico por los elefantes. ¿Y si los hoplitas no lo consiguen?

En el otro flanco Cartago cuenta con ventaja. Un audaz golpe de la caballería pesada y tendrán rodeado al ejército de Alejandro. Éste parece estar invitándolos a hacerlo. Por eso Hannón vacila.

Uno tras otro, sus generales lo instan a atacar. Ahora los elefantes comienzan a adelantarse. El polvo se amontona sobre la llanura y no tarda en ocultarlo todo. Los

oye venir pero no ve nada. La imaginación puede masacrarte o darte el triunfo, según de qué lado sople el viento. Hannón no para de moverse en la silla de montar y espera a que sus batidores vuelvan y le digan qué está ocurriendo.

Los generales le gritan que se dé prisa. *Si perdemos esta oportunidad y esas bestias del diablo rompen nuestra línea, estamos acabados.*

Los caballos se muestran tan agitados que apenas es posible contenerlos. ¿Cómo dirige un hombre semejante confusión? ¿Dónde está Alejandro ahora? ¿A qué distancia de las líneas están los elefantes? ¿Se han abierto paso entre nuestros nubes o han encontrado una inesperada resistencia?

Ojalá alguien le dijera qué está pasando.

Debemos hacerlo ya, le gritan. Envía a nuestra caballería al flanco derecho.

Hazlo ya.

Debemos hacerlo ya.

No, les responde. Esperad. Si nos mantenemos en línea, lo contendremos.

Pero si atacamos ya lo aplastaremos.

Hannón mira a su alrededor buscando una voz discrepante. El viento les llena las caras de polvo. Ojalá viera lo que pasa.

Un batidor entra corriendo. El enemigo está debilitado en el flanco izquierdo. El capitán pide permiso para atacar.

Ninguno de ellos se ha enfrentado nunca a los elefantes. Hannón no sabe qué esperar. Su instinto le dice que mantenga a la caballería en reserva. Sin embargo tiene superioridad numérica, de modo que el movimiento lógico es atacar la izquierda de Alejandro. Pero si Alejandro te invita a atacarlo por un punto concreto, ¿no será más prudente no hacerlo?

Mira a un capitán.

—Parece demasiado sencillo.

—¡Deberíamos aprovechar la oportunidad ya!

—Había esperado algo más... complicado.

Por fin da la orden y el mensajero se aleja galopando, al tiempo que manda al ala derecha que ataque.

Lo invade una ola de recelo. Trata de no pensar en su hija. Millares de muertos en el campo de batalla si se equivoca, tal vez incluso una gran ciudad en ruinas y saqueada. Con todo, lo que más le preocupa es pensar en el mal que pueda venirle a Mara.

Se sorprende rezando a sus dioses: ¿no ha sufrido bastante en vuestras manos? Ha perdido a un esposo, a un hijo y a una hija, todo en el lapso de un año. Pero, si ganamos esta batalla, acaso yo todavía encuentre el modo de convencerla para que deje el templo y vuelva a la vida para la que nació. Aún es joven. Tendrá más hijos. Eso si vosotros, los dioses, la dejáis en paz y compensáis lo que le habéis hecho a ella y a nosotros. Dadme esta victoria hoy y veremos lo que es preciso hacer.

Gajendra escupe el polvo de la boca. Ravi está señalando a la izquierda, por donde los jinetes nómadas avanzan, casi desnudos, con el único toque de color de las capas de leopardo que llevan cruzadas por los hombros como un fajín. La mejor caballería del mundo, aparte de la nuestra.

La línea es muy fina a la izquierda. Si entran por detrás de ellos, los dejarán aislados.

Gajendra tiembla tanto que le parece que va a dejar caer el *ankus*. Qué no daría por un frasco de agua ahora mismo. La línea de Cartago brilla al sol, una leve raya plateada extendida por el horizonte. Coloso alza rápidamente la trompa y brama de nuevo, se tambalea hacia un lado, haciendo que se bambolee el *howdah*. Los soldados le gritan maldiciones. No es su culpa, tiene calor, necesita moverse o quitarse del sol.

Silencio, sólo el viento que les llena de arena los rostros, el sordo clamor del combate allá lejos en el flanco izquierdo. El polvo lo oculta todo, y eso es peor que ver una huida en desbandada. Gajendra mira por encima del hombro buscando un jinete, esperando la orden de retirarse. Los arqueros del *howdah* se bajarían y echarían a correr si no estuvieran tan lejos del suelo.

Coloso está ansioso ya, con el ardiente sol en la armadura; la testera de bronce y el enorme peto protector se recalientan, y vuelve a bramar en señal de protesta.

Los comandantes de brigada han acudido junto al estandarte para recibir instrucciones. Tras ellos los sargentos mayores reordenan la línea. La orden llega por fin: adelante. Comienzan a tocar vigorosamente el tambor con un mazo para marcar el ritmo mientras los sargentos vociferan órdenes.

Coloso enrosca la trompa y sacude las orejas mientras avanza pesadamente, ganando velocidad a cada zancada. Gajendra vuelve a mirar por encima del hombro. La peculiar naturaleza del paso del elefante convierte el ir en el *howdah* en una experiencia desazonadora. Un elefante sólo levanta una pata del suelo cada vez, y la baja antes de alzar la siguiente. Los que van en el lomo reciben cuatro sacudidas distintas en cada tranco, y cuando eso pasa a gran velocidad, como ahora, un hombre apenas puede evitar caerse desde lo alto.

La infantería va detrás, un espectáculo aterrador. Han adoptado una formación rectangular y marchan en filas cerradas. Las sarissas están rectas, veinte pies en el aire, con los astiles oscilando; una erizada y apretada hilera de puntas de acero.

Luego el polvo los oculta a ellos también.

Llueven las flechas desde el otro lado de la estacada. Gajendra sujeta el escudo por encima de la cabeza y las flechas se clavan una tras otra. Las ve rebotar en los petos delanteros de Coloso. El elefante hace caso omiso de ellas y se pone a trabajar arrancando los palos que tiene delante. Si resulta herido o tiene miedo, únicamente conoce una forma de reaccionar, y si atraviesa esta desesperada línea, alguien va a pagarlo.

El ruido hace daño en los oídos. Las trompas, los tambores, los gritos de los heridos. Ya la armadura de Coloso está erizada de flechas. Gajendra ve que los agrianios vuelven corriendo hacia sus líneas porque han gastado toda la munición.

Lo que en el campo de instrucción era fácil ahora se vuelve borroso. Cuesta hasta pensar. Todo es instinto. Gajendra se agacha detrás del escudo, reza, hace avanzar a Coloso. Está convencido de que está a punto de morir.

Capítulo 13

—*Deri, deri!* —grita Gajendra.

Coloso no necesita que lo animen mucho. Echa a un lado los postes de la empalizada como si arrancara ramas de un árbol. No tarda en abrir una brecha y arremete a través de ella, seguido de los hoplitas. Unos pocos valientes salen corriendo a enfrentarse con ellos pero carecen de experiencia. Acaso uno de los maces podría haberles dicho cómo hacerlo. Claro que ellos habían aprendido por las malas en Gaugamela y en el río Hidaspes.

Lo mejor es atacar al *mahavat*. Pero no pueden acercarse lo suficiente: los guardias que rodean las patas de Coloso los mantienen a raya, y sus grandes colmillos los tienen tan ocupados defendiéndose que olvidan que sin mí está sordo y ciego.

Gajendra ve que dos hombres se acercan a toda velocidad, ambos parecidos al propio Zeus. Llevan escudos dorados y sus cascos tienen carrilleras labradas con estilizados rizos. Su aspecto es absolutamente magnífico durante unos instantes, hasta que de pronto desaparecen sin aspaviento bajo el avance de Coloso. Un hierro muy afilado reviste sus colmillos. Es difícil oponerle resistencia.

Cuando los hombres de Cartago ven a varios más de los suyos lanzados al aire como hojas secas o destripados como cabras por el colmillo de hierro de un elefante a la carga, todos pierden las ganas de luchar. Una cosa es ver a tu camarada caer de un flechazo. Otra, ver sus miembros arrancados por una bestia salvaje. Para defenderse contra tipos como Coloso hace falta disciplina y un gélido valor, y el compañero que está junto a ti ha de mantenerse firme también.

Estos muchachos no están formados para eso y echan a correr.

La línea se estremece y se rompe. Lo que comienza como deserción no tarda en convertirse en desbandada.

El instinto de Gajendra es ir detrás, y ése es el instinto de Coloso también. Pero sin la infantería un elefante es demasiado vulnerable, así que le hace a Coloso una señal para que se detenga, aunque el animal está furioso.

Con gran estrépito, Alejandro pasa por delante de ellos con su coraza dorada, seguido de su guardia personal a caballo. Es justo el momento que esperaba. Golpeará en el centro del ejército cartaginés y abrirá un agujero en él.

Cuando llega la falange, Alejandro ya se ha perdido, envuelto en el polvo. Los ataques y contraataques han terminado.

Es entonces cuando aparece Nearco. Atraviesa cabalgando nuestro frente, sosteniendo la lanza en posición horizontal para indicar que nuestro ataque se ha

detenido. Más jinetes pasan con estruendo, con los Escudos de Plata detrás.

Gajendra y su elefante son como estrellas de mar que hubiera dejado la marea. La batalla sigue extendiéndose más allá de ellos. La oye proseguir con furia a ambos lados pero no ve nada. Debajo de él siente que Coloso tiembla y, luego, levanta la trompa en alto en señal de victoria.

A medida que las tinieblas se disipan, Gajendra ve que a su lado sólo hay una docena de elefantes; los demás han corrido hacia la retaguardia. Clava la mirada en el desordenado revoltijo de cuerpos y experimenta alivio al no ser uno de ellos. Por fin es un soldado. Se siente más bien un dios.

Nota un sabor repugnante en la boca. Se da cuenta con cierta sorpresa de que tiene una flecha clavada en el brazo. ¿Cuánto tiempo lleva allí? La mira fijamente, asombrado.

En cierta ocasión oyó a uno de los maces hablar de las heridas. Decía que toda herida que no te mataba ni te mutilaba era un motivo de orgullo. Ravi se pone junto a él, sobre Ran Bagha. «Mira», dice Gajendra dejando ver una amplia sonrisa, y le enseña la flecha del hombro. Y en ese momento se desmaya y se derrumba por el cuello de Coloso. Si el animal no llega a notar que se caía, y a arrodillarse inmediatamente, tal vez Gajendra se hubiera roto el cuello.

Capítulo 14

Dos meses después

Cartago es un horno. En Megara una palmera está tumbada donde ha caído, sobre una escalera de piedra. Las lagartijas toman el sol en las secas fuentes, y desde la ventana Hannón lee las obscenidades garabateadas con excrementos secos en las paredes de la villa de su vecino. Todos se culpan unos a otros de esto.

En el Consejo los Cien se gritan, aullando como perros por encima de la vara del orador. Dignatarios de aceitadas barbas y largos tirabuzones se maldicen por idiotas. Los milicianos dormitan bajo improvisados toldos.

Están fabricando espadas en los templos. De noche Hannón se queda en el lecho despierto y escucha los martillos. Ha preparado el cajón de los uniformes de gala, listo para marcharse. En su biblioteca, antes tan bien ordenada que en cierta ocasión un matemático llegado de fuera lo había felicitado, ahora hay montones de cartas, mapas y comunicados desechados.

El Consejo se cree seguro detrás de sus tres murallas, incluso después de la derrota del ejército. Pero Alejandro ni siquiera ha intentado abrir una brecha en ellas. Ha montado su campamento, al tiempo que cortaba la ruta de salida por tierra, y crucifica a todo el que trata de romper el asedio. Pero en lugar de intentar atravesar lo infranqueable, tras proteger el istmo por el sur ha empezado a construir un espigón para bloquear la bocana del puerto.

Al principio parecía imposible. Los ciudadanos se ponían en las murallas y se mofaban de sus esfuerzos por llenar el mar. Hay cien, doscientos pasos desde la playa hasta los muros del puerto. Allí las galeras tirias se cruzaban pasando una al lado de la otra. El canal es demasiado profundo, demasiado ancho para vadearlo. Los matemáticos de Cartago calcularon que se tardaría diez años, veinte años en llenarlo.

Al cabo de seis semanas Alejandro tiene la tarea medio hecha. Al parecer no conoce la palabra *imposible*, o nunca se la han traducido bien en ningún idioma, desde el Indo hasta África.

Semillas de hierbas flotan por el puerto interior donde una herrumbrosa cadena de hierro se refleja en la negra agua. La basura se acumula en enormes montículos por los muelles. Un verde cieno se ha pegado al agua del mar.

Antes era el puerto más concurrido de todo el mundo: un bosque de mástiles, con barcos de trigo surtos en filas de tres en fondo. Ahora mira lo que ha hecho un solo hombre.

El último de los que burlaron el bloqueo ha desaparecido, hundido por los buques

de guerra de Alejandro o naufragado al dar con la cadena que éste ha tendido hasta el otro lado de la bocana del puerto del Cotón. Los mástiles y codastes de las naves hundidas se alzan por encima del agua. Hasta los pescadores se han ido. Les resulta más seguro venderles el pescado a los soldados de los campamentos de Alejandro, en la otra orilla.

Con el espejismo del calor da la impresión de que la armada de Alejandro flota en el cielo. Otro milagro. Ese hombre tiene uno para cada día de la semana.

Una hilera de carros tirados por bueyes, cargados de piedra, sale lenta y ruidosamente hacia el canal de aguas profundas. Otra carga cae con estrépito al agua. Alejandro casi ha terminado la calzada elevada por la que trae tropas y equipo de asedio para bombardear las fortificaciones del puerto.

Enormes torres de madera asoman poco a poco, más altas que las murallas de la ciudad. Si levantas un casco puesto en un palo por encima del muro del parapeto, lo recibe una lluvia de piedras y flechas que lanzan sus honderos y sus arqueros. El casco irá dando vueltas por la barbacana entre un montón de chispas, destrozado y sin arreglo posible.

Los onagros —enormes máquinas lanzadoras de piedras— han reducido el antiguo faro de madera a una ruina desparramada por el suelo. Por todas partes hay proyectiles de artillería, piedras redondas del tamaño de un hombre; una enorme roca redondeada está incrustada en el empedrado frente al almacén de trigo, con un pobre desgraciado que rezuma por debajo.

Las rodantes torres de asedio se ciernen más grandes cada día. Por ellas gatean hombres como si fueran hormigas. Por las murallas han empezado a arrojar pez hirviente.

La ciudad está abarrotada de refugiados que llegan en masa desde el campo. Alejandro está quemando todos los pueblos costeros, matando a medida que avanza.

Ese hombre es despiadado. El mundo entero no es suficiente para él.

Cátaro entra y se queda allí, mirando a su alrededor como si esperase una pelea. A primera vista no tiene mucho aspecto de pendenciero, porque apenas es más alto que un niño. Sólo al examinarlo en detalle adquiere un aspecto aterrador. Parece que unos chiquillos se hubieran divertido dándole patadas a su cabeza de acá para allá en el patio de la escuela. Cuando lo conoce, la gente cree que es negro; son los tatuajes de su cara. El único trozo de rostro libre de tinta son los globos oculares.

Espera órdenes. Trae una cabra del mercado, estrangula a alguien; para él todo es lo mismo.

Hannón se acerca a la ventana. Los que pudieron salir ya se han marchado, varios miembros del consistorio entre ellos, justo después de expresar absoluta confianza en su capacidad para salvar Cartago. ¡Te organizaremos una espléndida ceremonia, un gran homenaje! Y a continuación: ¿dónde está mi esclavo con el equipaje y dónde están los barcos?

Hace muchos años ya que Cátaro es el títere de Hannón. Todos los generales necesitan hombres así, alguien al margen de la cadena de mando a quien confiarle los detalles sucios. Es de una lealtad desconcertante. Algo muy difícil de encontrar en cualquier época.

Cátaro escudriña el mapa desplegado sobre la mesa.

—¿Éste es tu plan de batalla?

De haber sido otra persona, Hannón habría mandado que lo amarraran a una rueda de carro y lo azotaran por su insolencia. En lugar de eso acude junto a él a la mesa.

—¿Qué es esto? —pregunta Cátaro—. ¿Y esto? ¿Y esto?

—Esto es el ejército de Alejandro. Esto es el istmo. Esto es Cartago. Aquí está el Cotón, el puerto militar, allá el puerto exterior. Esto se llama mapa. Lo que verías si fueras un pájaro y volaras por encima.

—Si fuera un pájaro, me cagaría en la cabeza de Alejandro.

Hannón se ríe.

—Me gustaría verlo. Pero ahora necesitamos algo más que una cagada de pájaro para salvarnos.

—Ahí está el templo. Ahí está la sede del Consejo. —Cátaro disfruta como un niño al encontrar cosas solo—. ¿Qué es este cuadrado de aquí? —pregunta por último.

—Sus elefantes de combate.

—¿De dónde saca elefantes?

—De la India. Ha traído un escuadrón. He oído decir que ha estado adiestrándolos todo el invierno pasado en Babilonia.

—Nunca he combatido contra elefantes.

—Y tampoco lo harás ahora. Tengo otro encargo para ti. Uno que es mucho más importante.

Apoya una mano en el hombro de Cátaro. Rara vez toca a sus hombres. Esto es un honor.

—Este encargo requerirá todo tu ingenio. Tiene que ver con mi hija, Mara.

—Se ha hecho sacerdotisa.

—Sí, ha dedicado su vida a la diosa Tanit. Se niega a salir del templo, aunque le he dicho que allí no está segura.

—¿Quieres que yo la saque?

—Tienes que ir allí y velar por ella. Acaso la suerte me sonría y encuentre una forma de salir de este desastre. ¿Quién sabe? Si no, debes salvarle la vida del modo que sea. Nadie ni nada debe detenerte.

—Así se hará.

Otros hombres tal vez habrían puesto objeciones. Pero es que entonces estaré profanando el templo. Pero ¿cómo lo haré si Alejandro te vence y decide asolar la ciudad? ¿Y si ella rechaza mi amparo? Éste no.

—Tal vez no volvamos a vernos.

—¿Cuándo concluyen mis órdenes?

—Cuando tu último aliento abandone tu cuerpo. Hasta entonces te confío su vida.

Le da una bolsa de monedas que contiene una fortuna en oro. Suficiente para que Cátaro se compre una casa y se establezca como prestamista en Siracusa.

No se dicen nada más. Cátaro se inclina y se marcha. Claro que lo hará, piensa Hannón. Otro hombre tal vez esperara a ver por dónde sopla el viento antes de decidir si arriesga la vida y el dinero. Éste no.

Capítulo 15

No hay raza en el mundo que beba como estos macedonios. Chapotean en la tienda de Alejandro metidos en vino hasta el tobillo. A Gajendra le recuerdan a los colmilludos, de pie en el río rociándose agua unos a otros, barritando y empujando a todos los demás a un lado.

Cuando está borracho, Alejandro no parece el conquistador del mundo. Salvo, piensa Gajendra, porque siempre hay una feroz astucia en aquella mirada mate que nunca descansa. Cuando ríe, su risa provoca un escalofrío en la habitación entera.

Mató a uno de sus amigos de la infancia, Clito el Negro, en una reunión como ésta. Decían que cogió una lanza de uno de los guardias, eh, ¿me la prestas?, e inmediatamente se la clavó en las tripas. Estaba desolado a la mañana siguiente. Pero, a pesar de todos sus lamentos, Clito el Negro no volvió a la vida.

A Gajendra le gusta el modo en que todos lo temen.

Sus compañeros se apiñan en torno a él, riendo demasiado fuerte, derramando vino, contando historias de guerra. Pero, a pesar de toda aquella animación, hay una sombra en la reunión de esta noche. Han llegado noticias de Grecia: Antípatro ha hecho un tratado con Atenas, ahora tiene a los griegos y a sus armadas combatiendo por él. Les ha ofrecido autonomía si lo ayudan a impedir que Crátero entre en Macedonia y a asegurarse el trono. Ahora también hablan de Corinto. Alejandro parece indiferente, incluso jovial. ¿Mis propios compatriotas se han rebelado contra mí? Ah, bueno, da igual, ya iré a invadirlos. Cuando tenga un momento libre.

Los soldados que en teoría Antípatro iba a mandar a Alejandro, ahora los ha reclutado para su propio ejército. Asimismo, está atrayendo con promesas de autonomía a los tiranos de las ciudades-estado griegas; si éstos deciden apoyar a Antípatro, los maces no tardarán en luchar en dos frentes.

Alejandro se recuesta en el centro de un semicírculo de divanes de patas plateadas. Extiende el brazo y un atemorizado copero le pasa otra copa. Luego se pone de pie y le declara a Nearco amistad de por vida y gratitud por su valentía en Cartago. Gajendra está furioso. ¿Qué hizo Nearco? Nos dijo cuándo atacar y cuándo retirarnos. Se pasó la batalla a horcajadas sobre el caballo, en algún lugar por detrás de nosotros.

Yo dirigí la carga.

Todo el mundo ríe y se da palmadas en la espalda, pero Gajendra ve las miradas cada vez que uno de los persas se acerca al rey. A los maces no les gusta cuando se prosternan y le hacen una reverencia. Imagina lo que piensan: si ya no es Rey de

Macedonia, ¿para qué estamos combatiendo?

Los veteranos no quieren saber nada de aquello, siguen llamándolo Alejandro y ni se les ocurre adoptar ese echarse al suelo, sea rey de reyes o no. Alejandro lo soporta, pero se ve que empieza a agradarle toda esta adulación servil. Quiere discrepar de los viejos. Prudentemente, los caballeros de la guardia personal se han llevado la espada de Alejandro.

Gajendra se escabulle sin que nadie se dé cuenta. El vino lo hace tambalearse. Huele un rastro de perfume en el viento. Alejandro ha llevado consigo la gran tienda que antes perteneciera a Darío, y usa parte de ella para alojar a su harén. Zahara estará por allí.

Siluetas de soldados se recortan en los montones de basura que arden en la playa. El viento nocturno arrastra ráfagas de chispas.

Oye a dos guardias quejarse. Tienen frío y están cansados, y esperan que llegue el relevo. Custodian una jaula y al principio, por el olor, Gajendra cree que es algún animal salvaje lo que tienen allí. Está demasiado oscuro para verlo.

—¿Qué tenéis ahí dentro? —les pregunta.

—Más vale que no lo preguntes —gruñe uno de los hombres.

Es toda la respuesta que Gajendra necesita. Alejandro ha traído a Casandro desde la misma Babilonia en aquella jaula. No puede creer que aún esté vivo. ¿Cuántas torturas le hará sufrir hasta que sea suficiente?

Encuentra a Coloso, una gigantesca presencia en la oscuridad. Las heridas van curando bien. Una flecha logró introducirse por la acolchada armadura y se le alojó en la paletilla.

—¡Hasta vuestras heridas son iguales! —había gritado Ravi.

—¿Cómo estás, viejo amigo?

Coloso se mueve en la oscuridad, se oyen los habituales ronroneos y chirridos. Gajendra siente el dolor del brazo. En el campo de batalla no le había dolido mucho, pero cada noche, desde entonces, lo deja empapado en sudor. La articulación se le ha agarrotado y no puede levantar la mano por encima del hombro. No se lo ha contado a nadie por miedo a que no vuelvan a dejarlo luchar.

Más tarde encuentra a Ravi hecho un ovillo junto al fuego. Aún está despierto.

—¿Así que todavía duermes con nosotros, los simples mortales, general?

—No te burles de mí, Ravi. Nunca pensaste que llegaría a ser capitán, ¿verdad? A lo mejor sí que seré general algún día.

Ravi suelta una risilla.

—Esta noche no se ha hablado más que de Nearco y de que fue el héroe de Cartago. ¡Y yo fui quien dirigió la carga!

—No, fue Coloso. Tanto podrían nombrar nuevo elefantarca a Coloso como a ti. Mira, Gaji, Nearco es uno de ellos. Tú sólo eres un elefantero. ¿Qué te esperabas?

—Te diré lo que me espero. Espero ser tan bueno como cualquiera de ellos. Ojalá

los dioses nos concedan buenas batallas para que pueda demostrarlo. Yo tal vez no tenga un hermoso garañón árabe, pero tengo a Coloso y tengo valor y voluntad. ¡Una buena batalla, y me pondré junto a Alejandro en el próximo banquete y él me elogiará!

—¿Una buena batalla? ¡Ya has tenido una buena batalla! Una buena batalla es una a la que sobrevives y de la que no sales sin un ojo o sin un brazo o sin las pelotas. Puedes ser valiente como un tigre, pero son los generales quienes se llevan el mérito. Así son las cosas.

—Yo no seré un don nadie toda la vida.

Ravi suspira y se da la vuelta. No tarda en estar roncando pero Gajendra sigue despierto, mirando fijamente las estrellas. Intenta no pensar en Zahara, intenta olvidar el perfume a pachulí y aquellos insondables ojos negros.

El templo ha sido ultrajado y a Alejandro todavía no se le ve desde las murallas. La suma sacerdotisa le dice:

—Tu padre es un bárbaro.

Mara está encendiendo olíbano a los pies de la diosa como parte de sus obligaciones matinales. No tiene ni idea de lo que habla.

—¿Mi padre?

—A los hombres no se les permite entrar aquí.

—¿Está *aquí*?

—Ha mandado a uno de sus villanos.

Mara se pone de pie y sale tras ella hasta el patio.

Enormes pilastras flanquean la entrada. El patio está dividido por un altar levantado sobre un poyo. Allí hay una pequeña estatua de Tanit, tallada en ónice negro. Sus ojos de zafiro son de un llamativo azul. Parpadean las lamparillas en pequeños nichos hechos en las paredes. En el techo hay enormes vigas de caoba, ennegrecidas por el incienso.

Cátaro se levanta de un salto al verla. Ha estado ganduleando. «Mi seguidor», lo llama su padre, el que hace las cosas. Mara lo ha visto entrar y salir por la puerta trasera de su padre toda la vida, pero nunca ha hablado con él. Aunque muy escaso de estatura, parece el tipo de hombre que disfrutaría partiéndole el brazo a alguien, y no le falta fuerza para hacerlo.

—¿Cómo lo han dejado pasar los guardias?

—Son los hombres de tu padre —contesta la suma sacerdotisa, como si esto fuera cosa de Mara.

La joven mira al seguidor.

—¿Qué haces aquí, Cátaro?

—¿Sabes quién soy?

—Te he visto. He oído hablar de ti.

Cátaro está con las piernas separadas, desafiando a que alguien lo mueva.

—A ningún hombre se le permite traspasar estas puertas.

—Cuéntaselo a Alejandro cuando llegue.

—Mi padre lo detendrá.

—Si lo hace, me marcharé.

Mara echa una rápida ojeada hacia las puertas del templo, al ágora que está justo más allá. Cartago realiza su comercio allí fuera. La plaza siempre está llena de vendedores de melones, infinidad de palomas, cambistas, prostitutas, hileras de sacerdotes camino del templo de Baal-Ammón entre un tintineo de campanillas. Hoy está vacía. El silencio la asusta.

—Tienes que irte.

Cátaro se sienta en el borde de la fuente.

—¿Por qué estás aquí?

—Tu padre se preocupa por ti, como han de hacer los padres, me figuro.

—Estás violando la santidad del templo.

—Preferible eso a que alguien viole la tuya.

—¿Crees que si mi padre no detiene a Alejandro con todo su ejército, tú me salvarás solo?

—Sí.

Se queda allí, firme, inamovible. Cátaro no es un hombre, es un hecho. Si está allí, no hay forma de moverlo; si va a por ti, no hay forma de pararlo. Eso es lo que dicen.

Capítulo 16

—Tenéis que daros prisa, señor.

El teniente está en la entrada, inquieto. El Consejo ha decidido hace unos momentos entregarle a Alejandro la cabeza de Hannón en una pica y pedir la paz. Piensan echarle al general la culpa de todo y llegar a un acuerdo con el señor de la guerra. Alejandro tiene ganada la guerra, ya no necesita tratados. Derribarán las murallas en un día, dos quizá, ¿por qué contemporizar si, de todos modos, pueden irrumpir sin más y coger lo que quieran?

Hannón siente temblar el suelo bajo los pies cuando otra gran piedra llega como un rayo a la ciudad desde una de las catapultas de Alejandro, que se encuentran en la calzada elevada.

El escolta insiste en que se marchen. Hannón se plantea volver a por Mara pero es demasiado tarde, ya no tienen tiempo. Confía en que Cátaro cumpla su encargo. Nunca le ha fallado en nada hasta ahora.

El ejército de Alejandro aparece como una multitud de innumerables y diminutos puntos de luz de antorcha en la oscuridad. Ve que algo brilla en la plataforma de una torre de asedio. Un onagro lanza una bengala fosfórica por encima del muro del puerto y la noche estalla en un verde deslumbrante.

Su guardia personal ha hecho planes para sacarlo clandestinamente por las líneas macedonias, una última humillación. Pero, si sobrevive a esta noche, Hannón se promete que algún día ajustará cuentas con ese Alejandro. Si algo le ocurre a su hija, lo obligará a pagarlo. No lo hará por Cartago. No lo hará por el Consejo. Lo hará por todos los padres que hayan perdido a un hijo o a una hija ante ese diablo, ese demonio, ese artífice de viudas.

Gajendra conduce la columna de elefantes hacia la calzada elevada, más allá de las líneas de las máquinas de asedio, lanzadoras de piedras y torres de asalto. Se cruzan con las tropas de asalto de la noche anterior, que vuelven al campamento a descansar. Sus rostros están blancos de polvo de piedra y de agotamiento.

Si se mira hacia atrás todo es tranquilidad. El humo de un millar de hogueras de desayuno va flotando hacia el sur, llevado por el céfiro de la mañana. Es un agradable panorama rural, un mosaico de haciendas cercadas y corrales para ovejas, cabras y ganado vacuno, aunque los animales que pastaban allí hace mucho que desaparecieron para alimentar al ejército de Alejandro. Recuas de camellos se acercan desde el desierto, una interminable hilera con provisiones para el ejército.

Las naves de Alejandro se mecen bajo la calima. Las gaviotas se pelean por la basura en la playa.

Pero si se mira hacia delante se contempla una visión infernal. Un humo negro tapa la cornuda montaña que se alza tras la ciudad, llega a tapar incluso el sol. Los soldados de infantería trepan en columnas de a cuatro por las baterías de escaleras de mano. La ciudad entera está en llamas. El aire está impregnado del acre olor de las bombas incendiarias lanzadas la noche anterior, y el viento lleva un hedor a osario que deja un regusto ácido en el fondo de la garganta.

Allá dentro de Cartago Gajendra oye que los habitantes cantan a Melqart pidiendo salvación. El aceite de oliva arde en los almacenes.

La noche anterior el ejército penetró en las defensas enemigas. Derribaron una muralla y la infantería entró en tropel. Se oyeron los sonidos de la batalla durante toda la noche. Los elefantes bramaban, nerviosos, por la muerte que olían en el aire.

A Gajendra no le gustaría ser ciudadano de Cartago ahora mismo.

La sacerdotisa está temblando, de indignación y de miedo. Cátaro hace caso omiso de ella y se despereza sobre un altar, como un gato que se adueña de un lugar abrigado. Al oír la voz de Mara abre los ojos y se incorpora. Observa a la persona que está a su cargo y la persona que está a su cargo lo observa a él.

Cátaro es un perro salvaje. Si le presentas un rastro, lo seguirá; si lo encadenas, no pasará nadie. Es estrafalario, torpe y cruel.

Su cabeza se inclina. Con voz en teoría respetuosa, dice:

—¿Así que mi señora ha cambiado de parecer?

—¿Se le ha ocurrido a mi padre que estoy encantada de morir aquí?

Cátaro la mira encogiéndose de hombros con ademán tosco y no responde.

—Yo no quiero que estés aquí.

—Pero es que *estoy* aquí.

—Debes irte.

Cátaro niega con la cabeza.

Mara le pincha con el índice el pecho. Está duro y firme. Es como si sermoneara a la pared.

—No quiero vivir.

—No tienes más remedio.

En el viento les llega un ruido. Es el sonido de los arietes en las puertas, un doble latido que se siente como una sacudida en todo el cuerpo. Con cada golpe los muros del templo se desdibujan y de las juntas de las piedras sale temblando un polvillo blanco.

Alejandro está de camino. Tanit no reinará aquí mucho más tiempo.

Una despejada y candente mañana azul. Los hombres están muriendo. Nadie tiene la seguridad de ver ponerse el sol hoy.

Capítulo 17

Coloso arrima la paletilla a la puerta, probando su resistencia con la cabeza. La puerta chirría y se comba. El animal la empuja con la paletilla, sacudiéndola de acá para allá, pero es de hierro y los goznes rechinan y no se rompen. Quizá eso hiera su orgullo, pues de repente se alza sobre las patas traseras y la golpea con las manos. Los arqueros del *howdah* chillan, creyendo que están a punto de caerse. Las correas resisten, la puerta cede con estrépito y los soldados pasan en tropel por delante de ellos y entran en la ciudad.

Terminado el trabajo, Coloso no da muestras de querer hacer más. Ya en el interior de la puerta encuentra una acacia y se sirve el desayuno.

Gajendra podría ordenarle que siguiera por la calle pero decide no hacerlo. No hay gloria que conseguir en una pelea callejera. Coloso descortezza el árbol y luego ataca el techo de un puesto de melones vacío, las hojas de palmera que lo cubren.

La entrada de acceso está metida en la muralla defensiva de la ciudad y encima tiene una pasarela. Un guardia yace con la cabeza en la escalera, con los sesos derramándose por la piedra. ¿Por qué no se rindió sin más? A lo mejor se rindió. Hace tres meses que los hombres de Alejandro asedian esta ciudad, a estas alturas no están de humor para parlamentar.

Los soldados cruzan atropelladamente la puerta, ávidos de mujeres, de oro, de cualquier cosa a la que puedan echar mano. La ciudad está llena de alaridos. Pero Gajendra y Coloso están en un pequeño oasis lejos del saqueo y la matanza, algo con lo que Gajendra no quiere tener nada que ver. Coloso, al parecer, tampoco. Pesadamente, va por la plaza buscando algo más que comer. Pero si en esta ciudad hubiera algo que comer, Cartago ya se lo habría comido. Llevan semanas muriéndose de hambre.

Hay chispas en el aire, cae ceniza como si fuera nieve. ¿Quién ha prendido fuego a la ciudad, los defensores o las tropas de asalto de Alejandro? Acaso ambos. Gajendra sabe que están bien donde están. Las peleas callejeras no son lugar para un elefante. Coloso opina lo mismo.

Ésta es otra cara de la guerra. Aquí no hay gloria, los soldados actúan como bandidos. A Gajendra no le gusta oír gritar a las mujeres y a los niños.

Mara está junto al hoyo donde le entregó su bebé a Tanit. Se le ha ocurrido que tal vez encuentre consuelo allí también. Cátaro entra corriendo, y ella dice: bueno, me figuro que ahora has venido a salvarme. La ciudad se ha perdido, le responde él.

Debes venir conmigo.

—¿Han matado a mi padre?

—No lo sé.

—Prefiero la verdad.

Cátaro suelta una larga bocanada de aire. Es un tipo hosco y nada dado a exteriorizar las emociones, pero parece que el plazo para mostrarse paciente se le ha agotado.

—Mira, no me importas tanto como para mentirte. Me daría igual herir tus sentimientos, créeme. Tu padre tal vez te adore, aunque no puedo entender el porqué. Eres una mocosa mimada que ha conocido cierta desgracia, pero una mocosa mimada igualmente. Te protegeré con mi vida porque le he dado mi palabra a tu padre. ¿Lo tenemos claro? Ahora vas a venir conmigo, y si pones obstáculos a lo que debo hacer, no tendré el menor inconveniente en atarte las manos como a una prisionera y arrastrarte fuera de aquí por el pelo. Tengo que proteger tu vida, pero si para ello has de sufrir daños, a mí me da lo mismo.

Ella lo mira fijamente, asombrada no tanto por lo que dice como por la longitud de su discurso. No lo creía capaz de emitir más de tres palabras.

Y, como titubea, Cátaro la agarra por las muñecas y la saca a rastras del santuario.

La calle está colapsada de hambrientos esqueletos que van hacia los muelles o hacia las puertas, que rodean los carros rotos y los restos de muebles desechados que otros han dejado atrás o suben gateando por ellos.

La gente se araña. Mara ve a una mujer meterse gritando bajo un carro. Los hombres dan codazos a las ancianas en medio de la muchedumbre, hasta pisotean a los niños. La milicia se abre paso por la multitud, los últimos valientes de Cartago se dirigen resueltos a la muerte. Cátaro contempla el caos y, de un tirón, aparta a Mara de la puerta. Cruzan corriendo el patio hacia la salida trasera.

Mara oye tambores de guerra, y de pronto un tembloroso estruendo le llega desde el otro lado de la ciudad.

—¿Qué ha sido eso?

—Los elefantes están echando abajo las puertas. Llegan los soldados.

La lleva por estrechos callejones, con el puño bien cerrado en torno a su muñeca; es tan fuerte que a Mara le parece que va a sacarle el brazo de su sitio. Cátaro no hace caso de sus quejas. Las calles entre la Byrsa y la colina de Tanit son un laberinto, pero él conoce la zona como una cucaracha, hasta la última rendija y el último desvío.

Mara alza la mirada a las descoloridas galerías de los palacios. Los dorados tejados del Parlamento tiemblan bajo el espejismo del calor de los incendios que arden abajo. Cree ver centellear unos cascos de hierro.

Salen a los muelles, pero parece que todo Cartago está allí.

—¿Y ahora qué? —le pregunta ella.

Hay barcos, aunque no bastan para todos los que quieren partir. Algunos ya están

haciéndose a la mar, mientras la gente se abalanza para subir a bordo y los marineros los repelen con arpones. Un barco, demasiado cargado, zozobra allá en el puerto y obstruye el canal.

—Tenía un barco esperando —dice él.

—¿Y dónde está?

Cátaro señala con el dedo.

—Allí, ese esquife que sale más allá del rompeolas. Debíó de pensar que no veníamos.

Aparta de sí bruscamente el brazo de Mara, como si le arrojara algo.

—Me has roto el brazo —dice ella.

—No me des ideas.

No hay forma de atravesar aquella masa. De todas formas sólo queda un puñado de buques en el muelle, y los que no se han apartado están peligrosamente atestados de personas.

Los hombres se pelean, una mujer cae justo delante de Mara, le chorrea sangre de la nariz. Aunque está de rodillas, los hombres le pasan por encima como si no estuviera allí.

Cátaro agarra a Mara de nuevo, ahora por el otro brazo; a lo mejor le disloca los dos para que no le parezca raro a quien pueda estar mirando.

—Probaremos por la puerta occidental —dice.

Pero cuando llegan, es peor. La milicia ha perdido el control y nada ni nadie puede pasar ni rodear la puerta. Un carro de bueyes ha volcado de lado, bloqueando el camino, y hay tiendas ardiendo.

Cátaro da media vuelta, vuelve corriendo por donde habían llegado y tira de Mara por otro camino. Un niño llora sentado en el empedrado y Mara quiere cogerlo en brazos, pero Cátaro grita: «¡Déjalo!», y hace que pase deprisa.

Oyen caballos en la calle. Mara mira hacia atrás y ve pasar en tropel a los jinetes de Alejandro, espada en mano.

—No te preocupes por ellos. A lo que has de estar atenta es a la infantería. Esos cabrones no dejarán nada en pie.

Mara lo mira boquiabierto. Es la primera vez que oye esa palabra. Le tiembla todo el cuerpo. Pensaba que sería más valiente.

Cátaro derriba a patadas la puerta de una tienda. Es una sastrería, y, tirados por los bancos, hay tijeras y rollos de paño. Cierra la puerta al entrar y la atranca. Coge unas tijeras.

—Ven aquí.

—¿Qué vas a hacer?

—Tu pelo tiene que desaparecer.

—¿Cómo?

—¿Quieres que te violen? Quiero decir, no sólo una vez. Con ese aspecto se te

pasarán de uno a otro por un regimiento entero. Tenemos que disfrazarte, muchacha. ¿Tú te has visto? Por muy bruja que seas, a los griegos les dará igual, y los persas están acostumbrados. Eres una guapa moza y te taladrará un escuadrón tras otro. Bien está que quieras morirte, pero no vas a morirte así. Le di mi palabra a tu padre.

Con gesto pensativo, Mara levanta la mano y se toca el cabello. Sí, ¿qué se creía? ¿Que la muerte iba a ser algo limpio y fácil?

Cátaro le coge manojos de pelo y va cortándoselos de cualquier modo con las tijeras. En unos momentos el cabello de Mara está en el suelo, a sus pies, pero Cátaro no queda satisfecho y sigue recortando hasta dejárselo más corto que el suyo. Cuando termina, ella se pasa la mano por el cuero cabelludo. Ya no es una mujer.

Cátaro rebusca por los bancos, encuentra una túnica y se la tira.

—Póntela.

—¿Cómo?

—¿De qué sirve el pelo corto si sigues vestida así? Ponte la túnica. ¿A qué esperas? ¿Que te la ponga una criada? No miraré, no te preocupes. Tengo que encontrarte algo para los pies.

Y desaparece en la trastienda.

Regresa con un par de fuertes sandalias de cuero, sandalias de muchacho.

—Te quedarán casi bien. Tienes suerte de que el sastre tuviera hijos varones.

La mira de arriba abajo.

—¿Qué miras?

—Pareces uno de esos bailarines por los que pagan el doble allá en los muelles. No sé si te he hecho un favor. Tal vez te hagan doblarte sobre un barril de todos modos, conociendo a esos condenados griegos. Ponte las sandalias. Nos esconderemos arriba. Hemos de procurar no cruzarnos en su camino hasta que acabe el baño de sangre. Cuando se hayan cansado de matar, volveremos a salir.

La lleva por la escalera hasta la azotea. Se agachan bajo el pretil y escuchan cómo se acercan los gritos. Cátaro se asoma a ver la calle.

—¡Ya llegan! Cabrones macedonios.

Capítulo 18

Los almacenes de los muelles llevan días ardiendo. Mara y Cátaro duermen en escaleras o en azoteas durante las treguas, saltan por encima de los pretilos para irse cuando los soldados se acercan.

Mara tiene hambre. Tiene sed. Ahora desea haberse echado de un salto en los negros brazos de Tanit cuando tuvo ocasión.

Allá arriba la Byrsa está casi por completo en sombra. Cada vez hay más sombras, ahora que atardece. Oye el ruido de botas de suela claveteada y se asoma a la angosta calle de abajo. Ve que otro edificio tiembla y se desploma en una nube de polvo. Los soldados desalojan las viviendas a medida que avanzan. No piensan disputar Cartago. Prefieren demolerla, ladrillo a ladrillo.

Mantienen los escudos sobre las cabezas mientras derriban a golpes las puertas y rompen las persianas reventándolas con las espadas. Luego entran atropelladamente en los oscuros interiores para enfrentarse a furiosos esqueletos que se defienden con patas de sillas y cuchillos de cocina.

Por encima de ellos mujeres y niños arrojan coronamientos y ollas de agua hirviendo.

En la callejuela han levantado una barricada de vigas de techo y grandes trozos de piedra caliza. Los soldados pasan desordenadamente por encima mientras un viejo les tira ladrillos desde la ventana de un piso alto.

Cátaro le da codazos con insistencia. Señala hacia abajo. Dos zapadores han arrancado haciendo palanca el marco de la puerta principal. Mara nota el temblor en la azotea. Cátaro coge el madero que les ha servido de cabo salvavidas durante dos días, lo echa por encima de la callejuela hasta el edificio de al lado y cruzan con dificultad. Instantes después la vivienda en la que se escondían se derrumba en medio de una asfixiante nube de polvo.

Cuando se despeja, a través de un espejismo del calor Mara ve que más soldados suben por la calle. Un proyectil de catapulta roza el pretil entre una lluvia de chispas. Mara da un chillido y retrocede de un salto.

Por debajo de ella un viejo sale corriendo a la calle envuelto en llamas, gritando. Cátaro la aparta de un tirón. No se da por vencido. Sigue diciendo que la sacará de esto, pero Mara no ve cómo.

Las antorchas circulan por las negras callejas de la ciudad. Gajendra cree que ya debería estar acostumbrado al olor a muerte, pero no es así. El denso humo le da

náuseas. A los elefantes no les gusta mucho tampoco. Coloso barrita en señal de protesta. Es como si supieran lo que está ocurriendo aquí.

Las calles están llenas de cuerpos. Mujeres, niños, viejos que las llamas y los zapadores han sacado, carbonizados y aplastados, algunos moviéndose aún o gimiendo. Los barrenderos, con sus palos ganchudos, los quitan de en medio a rastras para que pase la caballería sin molestarse en comprobar.

Es de noche, pero hay tantos incendios que la ciudad no está más oscura de lo que estaría en una puesta de sol especialmente encendida.

Gajendra ve a dos chiquillos agachados al resguardo de la luz de luna. Los han arrinconado cuatro soldados, que se ríen de la situación. Uno de los chicos empuña una daga y el más grande se ha refugiado tras él.

Por fin uno de los soldados decide que ya es hora de acabar con el asunto y saca la espada. Con gesto perezoso, lanza un tajo a la cabeza del chico. Lo que ocurre a continuación es impresionante. El crío se precipita como una flecha hacia el golpe, le rebana el cuello al hombre y, antes incluso de que esté muerto, le quita la espada de la mano.

Sucede tan rápido que los otros tres se quedan quietos, estupefactos. Mientras ellos están ocupados sorprendiéndose, el crío va a por el que tiene más cerca, le acuchilla el tendón de la corva y lo hace caer.

Los otros dos salen de su ensimismamiento. Tienen coraza y él no. Lo acorralan contra la pared. Gajendra desea que el chico más grande coja una espada y ayude a su compañero, pero aquél se limita a quedarse pegado a la pared, sin moverse.

Esto no está bien, piensa, y se acerca con paso decidido. El chico, ya en el suelo, sigue parando golpes con la espada, pero le sale sangre por todas partes y, aunque es fuerte, parece derrotado.

—¡Alto! —les grita Gajendra.

Uno de los atacantes se vuelve, un feo veterano, con un chirlo que le cruza la nariz y la cara llena de rociadas de sangre reciente. Está claro que, dado el estado de ánimo en que se encuentra, tendría el mismo gusto en clavarle la espada a Gajendra que al chico. Ninguno de los dos está muy satisfecho. Uno de sus camaradas está muerto en el suelo y el otro profiere ruidos que parecen maullidos de gato y trata de agarrarse las corvas.

—¿Quién eres tú, aliento de perro?

—Soy el que tiene cuatro arqueros detrás protegiéndolo. ¿Quién eres tú?

Gajendra confía en que sus arqueros sigan estando allí, pero no puede permitirse el lujo de darse media vuelta y buscarlos. A juzgar por la expresión de los veteranos, alguien o algo lo respalda y los asusta. Oye el tintineo de una campanilla y sonrío. Es Coloso.

—Dejadlos, ahora son mis prisioneros.

—¡Ha matado a nuestros camaradas!

—No, ha matado a uno. El otro acaba de desplomarse ahora mismo. Cuando se lo

cuenta a Alejandro, no va a hacerle mucha gracia. ¿Cuatro contra un chiquillo y no lo habéis despachado? ¿Cómo os llamáis?

Los hombres mascullan algo, una maldición supone Gajendra, y se van.

Mira por encima del hombro. Coloso tiene separadas las orejas en un gesto de advertencia. Ahora que ha pasado el peligro se calma de nuevo.

Gajendra se acerca al muchacho, que, aun sangrando, sigue alargando la mano para coger la espada. De una patada pone la espada fuera de su alcance. Luego se agacha y se asombra al descubrir que no es un chico en absoluto. Es un hombre, o un demonio de alguna clase. Es bajo, tiene barba, la cara tatuada y una actitud aviesa. Trata de acuchillar a Gajendra con la daga y luego se desmaya por la pérdida de sangre.

El chico más alto sigue encogido de miedo, pegado a la pared.

—Vaya, no eres ningún héroe.

No hay respuesta.

—Podías haber intentado ayudarlo.

—¿Se pondrá bien?

—No sé. Mira cómo lo han puesto y tú no has hecho nada para ayudarlo.

—¿Y qué tenía que hacer yo?

—A tu edad yo había matado mi primer tigre —le contesta Gajendra.

—¿Con el aliento?

Gajendra se queda mirándolo fijamente. Acabo de salvarle la vida a este desgraciado y aquí está, insultándome. Ya veo que vamos a llevarnos a las mil maravillas.

Por fin aparecen sus arqueros.

—Haced lo que podáis por estos dos —les dice—. Son mis nuevos aguadores.

Y se va.

Capítulo 19

Para ser prisioneros no son ninguna belleza. El más pequeño es un tipo insólito: un encorvado hombrecillo de cara tatuada, tan ancho como alto, y todo músculo. Está tendido allí, desparramado como la víctima de un sacrificio, roncando y cubierto de su propia sangre.

No es una visión muy inspiradora, pero ¿qué hombre lo es cuando tiene la cabeza medio rota y está todo ensangrentado? En el hombro le han hecho una herida de cuatro dedos de ancho que le llega hasta el pecho. No tiene mucho de corriente, dice Ravi; claro que, de todas formas, no puede tener mucho de nada. Apenas mide seis palmos.

El chico no abulta mucho más. Es delicado, con caderas de serpiente; la próxima ráfaga fuerte de viento se lo llevará volando. Un trasero como un melocotón. De un modo u otro, sólo causará problemas. Alcanzaría buen precio en subasta como animal de compañía particular de algún rico. Tiene las mejillas coloradas y rizos rubios. Los maces se lo pasarían de uno a otro como una jarra de vino, si lo cogieran.

Está arrimado a la pared, con una mano puesta sobre el enano manchado de sangre. Qué visión tan extraordinaria. Está temblando. ¿Tan espantoso es mi aspecto? Gajendra se lleva una mano a la cara y se da cuenta de que está cubierto de sangre y mugre de elefante.

—¿Quién eres? —le pregunta al chaval.

El chico vomita en el suelo. Ravi hace una mueca.

—Vaya, estupendo —dice—. Vomitona por todas partes. Hemos encontrado un buen sitio para dormir y ahora tendremos esta peste toda la noche.

—No es su culpa. No deberíamos haberle dado tanta comida. Probablemente llevara días sin comer.

Ravi suspira. A pesar de todo su mal humor es él quien ha atravesado las tinieblas para llevarle el plato de guiso.

El chico se limpia la boca con el dorso de la mano.

—Me llamo Mara.

—¿Y él quién es? —pregunta Gajendra señalando al hombrecillo.

—Es mi tío. Se llama Cátaro.

—¿Tu tío? ¿Tu tío es un enano?

—No lo lames así. No le gustará oír eso.

—Bueno, ahora me pertenece, de modo que lo llamaré lo que quiera. Y un *gracias* no vendría mal.

—¿Qué quieres que te agradezca?

Gajendra oye que Ravi inspira una bocanada de aire ante la insolencia del chico.

—El que os salvara la vida —responde.

—¿Qué te hizo pensar que yo deseaba que me salvaran?

Hasta ese momento Gajendra estaba predispuesto a que le gustara el chaval. Ahora se pregunta si no debería haber dejado que los mercenarios se ocuparan de los dos. A estas alturas lo habrían sodomizado la mitad de los soldados irregulares y varios pelotones de la falange. ¿Era demasiado pedir un poco de gratitud, dadas las circunstancias?

—¿Qué hacíais allí?

—Mi tío es mercader. Huíamos de los soldados.

—¿Mercader? —pregunta Ravi, pasmado—. ¿Qué vende? ¿Pócimas para volverse feo?

—¿Qué son esos tatuajes de su cara? —dice Gajendra—. Parece un bandido.

—Es una costumbre de su lugar de origen.

—Entonces, ¿por qué no los tienes tú? —Ravi mira a Gajendra—. Aquí hay algo raro. Éste es el peor embustero que he conocido nunca, y eso incluye a los vendedores de alfombras del mercado de Babilonia.

—¿A qué os dedicáis? —le pregunta Gajendra a Mara.

—Tenemos un molino de aceite de oliva en la ciudad. Somos gente corriente, nada más.

No, eso no es cierto. El muchachito tiene cierto aire de consentido, y su tío no es ni por asomo mercader. No se aprendía a luchar así prensando aceitunas.

Gajendra se sienta en cuclillas.

—Tú sabes que podríamos entregaros sin más a los traficantes de esclavos. Obtendría buenas ganancias... por ti, al menos.

—Haz lo que gustes.

Ravi está indignado.

—Deshazte de ellos. No valen la pena.

¿Qué detiene a Gajendra? No debería darle importancia a la actitud arrogante del chico pero, sin saber por qué, la admira. Si el chaval se hubiera arrastrado, eso tal vez hubiera tenido un efecto negativo en él. Le parece casi atractiva esta demostración de desafío por parte de un muchacho con los brazos como dos ramitas.

—Podrías vender a ése a un circo.

—Si vive.

—Que no vivirá, a juzgar por su color.

Gajendra se pone de pie y suspira. Ravi tiene más edad, más juicio y también, probablemente, más ojo. Pero no es el nuevo capitán de los elefantes.

—No, me los quedaré como galopines de estiércol.

Ravi no está de acuerdo.

—Justo lo que necesitamos. Dos elefanteros más. Ni siquiera los colmilludos

cagan tan rápido como para mantenerlos ocupados.

—¿Qué quieres que haga? Aquél está muriéndose y el chico es un marica. Alguien tiene que ayudarlos. —Gajendra tose. El aire apesta a sangre y a humo—. Además, ¿viste pelear al enano? Tiene redaños.

—Estará muerto por la mañana —contesta Ravi.

Gajendra se agacha para examinarlo. Recuerda la primera vez que vio heridas así después de la batalla contra Alejandro en el río Hidaspes. Decían que el río se volvió rojo aquel día. Pensaba que nunca se acostumbraría a ver hombres con los brazos arrancados y las tripas fuera. Pero uno se acostumbra.

—Tres siclos a que lo consigue.

—Hecho.

Cátaro yace en la paja, tiene la piel gris. Nadie creería que un cuerpo tan pequeño pudiera contener tanta sangre. Mara busca un cubo y agua, moja un paño, le limpia la cara. Toda la plaza está llena de soldados dormidos, y por todas partes hay quien gime en sueños, incluso los que no están heridos.

El hedor es insoportable. Le da ganas de vomitar otra vez. Se envuelve la cara en un pañuelo y trata de respirar de forma superficial por la boca. Los incendios siguen ardiendo en los muelles.

Me pregunto lo que me harán si descubren que soy una muchacha. Será peor si se enteran de que soy sacerdotisa y la hija del general.

El acontecimiento más reciente la desconcierta. ¿Por qué este...? Ni siquiera recuerda su nombre, salvo que sonaba extranjero... ¿Por qué la ha salvado? Y se pregunta qué hacía en el ejército de Alejandro. No parece griego. Tal vez sea persa. Le inspira terror.

Cátaro abre los ojos.

—No les digas quién eres —susurra.

—No soporto esto. Debiste dejarme morir.

—No seas tan... cobarde. Después de todo esto... vas a vivir. No pienso recibir estas heridas por ti... para nada.

—¿Y si te mueres?

—Entonces estás metida en un buen lío... ¿verdad? Pero no voy a morirte. Por eso tu padre me da empleo. Soy indestructible.

Por fin Mara se duerme, aunque sólo a ratos. Está en la casa de su esposo. Su hijo va tambaleándose hacia ella. Le tiende los brazos, y él anda como un patito hacia ella con sus gordas piernas.

Entonces se cae y Mara no puede cogerlo. Se ha caído por la tierra, en el tofet del templo de Tanit.

El sueño la despierta. Le palpita el corazón y está sudando. Mira cómo arde Cartago. Oye caer un edificio cerca, ve un resplandor que se extiende por el cielo. Cátaro yace completamente inmóvil y Mara alarga una mano para ver si hay aliento

en sus labios. Imagina que morirá esta noche.

Se pregunta qué habrá sido de su padre. ¿Ha escapado de la ciudad o lo han capturado? Sus captores no parecen saberlo, y tampoco parece que les importe.

Están tumbados bajo uno de los soportales que rodean la plaza del mercado. Hay un fulgor rojo en el cielo sobre los muelles, donde han prendido fuego al almacén de grano. El ágora está llena de borrachos que brindan por la victoria. Las sombras bailotean por las paredes. La ciudad entera apesta a muerte y a humo.

Por algún lado la gente grita, y Mara oye un golpeteo metálico de cascos de caballos y el fragor de espadas de hierro. Las peleas aún deben de continuar en algún sitio. No paran de traer cada vez más heridos, que yacen gimiendo y gritando, sin atender.

Cierra los ojos y apoya la cara en los ladrillos de la pared. Esto es lo que se consigue cuando se es demasiado cobarde como para suicidarse cuando había que hacerlo.

Capítulo 20

La mañana siguiente Gajendra baja a los muelles a ver qué pasa. Están llevándose a los esclavos. Observa cómo reúnen a las mujeres y los niños en las plazas, listos para la subasta del día. Les han garabateado los nombres de sus captores en el cuerpo con sangre para poder cobrar. Es un negocio rentable y las colas llegan casi hasta el puerto.

Tropieza con una extremidad cortada. Hasta el aire hiede a carne carbonizada. Sólo quiere salir de la ciudad y volver a la llanura para respirar de nuevo.

Ha puesto a los dos prisioneros con los elefanteros. No pueden hacer mucho por el de los tatuajes. Le han cubierto bien de miel las heridas más graves, lo han vendado lo mejor posible, el resto depende de él. Gajendra confía en que no se muera. Un hombre así podría tener su utilidad.

El niño bonito es raro. Si fuera su tío el que estaba herido de ese modo, Gajendra lloraría y le hablaría, intentaría engatusarlo para que regresara junto a los vivos. Éste se limita a quedarse allí sentado con la vista clavada en el cielo.

El chico levanta la mirada cuando Gajendra se acerca. En aquellos ojos sigue sin haber mucho agradecimiento. En realidad lo mira con gesto adusto, como si Gajendra fuera un esclavo que entrara en su alcoba sin pedir permiso. A la luz del día tiene todavía peor aspecto que la noche anterior. Su piel es blanca como la leche y está flaco como una ramita. Gajendra se figura que sería uno de aquellos principitos de alta alcurnia, siempre pegado a las faldas de su madre.

El hombrecillo parece muerto. De repente da un ronquido para demostrar que no lo está, pero su estado no inspira confianza. Gajendra recuerda cómo murió su padre, el olor a putrefacción, las malolientes sábanas, gritando disparates. La muerte era un tipo imprevisible: nunca se sabía lo que haría a continuación.

—¿Cómo está?

—Igual.

Gajendra se agacha en cuclillas.

—¿Éste es tu tío, dices? ¿Dónde están tu madre y tu padre?

—Los dos han muerto.

—¿Cómo?

—Mi madre de una fiebre. Mi padre... Alejandro lo mató.

—Bueno, tú tienes suerte. Con lo guapito que eres, si no fuera por este Cátaro estarías allá en la subasta de los esclavos; eso si seguías vivo cuando hubieran acabado contigo. —Pellizca la piel de la cara del hombrecillo y éste se queja y se

retuerce. Buena señal que aún sienta dolor. Gajendra vuelve a ponerse de pie—. Toma —dice, y le lanza al chico una pala.

—¿Qué es esto?

—No te quiero para adornar. Tal vez fueras un principito antes, pero ahora no eres más que un galopín de estiércol y yo soy tu nuevo patrón.

—¿Y qué tengo que hacer con esto?

—Los chicos te enseñarán. No es difícil. Limpias las boñigas de los elefantes y las echas a paletadas en ese carretón de ahí. Cuando esté lleno, te lo llevas y lo viertes en algún lado.

El chico nuevo deja caer la pala en el suelo.

—No tengo intención de tocar eso.

Gajendra le coge las manos. Son suaves como las de una muchacha.

—No has trabajado ni un día en tu vida, ¿verdad?

El chaval no contesta.

—¿Cómo han dejado que te vuelvas así? —Gajendra recoge la pala y, con gesto brusco, se la mete en la mano—. Hazlo o te entregaré a los griegos. Vas a tener ampollas en algún lado cuando termine el día, y te lo aseguro, preferirás que sea en las manos.

Mara se queda allí quieto, como si nunca hubiera experimentado nada semejante.

—No puedes hablarme así.

Gajendra le da una fuerte bofetada en la oreja.

—Te hablaré como quiera. Ahora ponte a trabajar.

El chico se va, ceñudo, pero de pronto se detiene y da media vuelta.

—¿Se ha quemado el templo?

—¿Qué templo?

—El de Tanit.

—No sé los nombres de todos vuestros dioses. ¿Quién es ése?

—Es ésa. Tanit es una diosa.

—Mira, habéis perdido la batalla. Acostúmbrate a eso. Tu ciudad ha desaparecido, y también tu antigua vida. Así son las cosas.

—¿Qué será de nosotros ahora?

—Te trataré bien si no me causas problemas. Aprende a cuidar de los elefantes y el resto del tiempo límitate a no estorbar.

—¿Somos... esclavos?

A Gajendra le entran ganas de abofetearlo otra vez. ¿Cómo se puede ser tan duro de mollera?

—Claro. ¿Qué creías, que iba a hacerte capitán de la infantería?

—¿Y si trato de huir?

—Me da igual lo que hagas. Escápate si quieres. Te doy cinco minutos solo en esas calles. Más vale que reces para que tu tío mejore, hijo, todavía tienes que crecer un poco.

Y, dicho esto, Gajendra se va.

Capítulo 21

Mara nunca ha tenido mucho trato con animales, descontando los pavos reales del jardín de su padre. Desde luego nunca había visto un elefante de cerca, y está horrorizada. El ruido que hacen es espantoso, todos apestan y cada uno de ellos es del tamaño de una casa.

Ravi se queda allí mirándola, al tiempo que se golpea el muslo con la aguijada.

—¿Qué haces?

—Limpiar el corral.

—Parece que no sabes ni por dónde coger la pala. ¿Qué te pasa, chico?

—Lo hago lo mejor que puedo.

—Una muchacha lo haría mejor. —Le pellizca la molla del brazo—. Mira qué pinta. Tienes que hacerte más fuerte.

Mara le pegaría con la pala pero no sabe ni por dónde cogerla. Maldita sea esta gente. Está harta.

—No te pongas *ahí* —le dice Ravi, y la aparta de un empujón—. Estás detrás de él y no te ve. Te aplastará como a una hormiga.

—No puedo hacer esto.

—¿Por qué no?

—¡Mírame! No estoy acostumbrado a esta clase de trabajo.

Ravi se da una palmada en la rodilla y se ríe tan fuerte que a Mara le parece que va a caerse.

No dejes que te hostigue. Da igual cuánto te insulte. Mantén la cabeza baja y no te busques problemas.

Cuando termina de reírse, Ravi le agarra las manos y las examina. Están en carne viva y ya empiezan a formarse ampollas. No es más que la primera mañana.

—Méate en ellas —dice—. Te las curtiré.

Mi padre mandaría que te azotaran si te oyese, piensa Mara. Lo más probable es que él se meara en *ti*. Le parece mentira que a nadie se le ocurra semejante cosa, y mucho menos, que lo diga en voz alta. Esto es insoportable. Ojalá estuviera muerta.

—¿Cuántos años tienes?

Mara vacila.

—Catorce.

—No es de extrañar que parezcas una chica. A lo mejor te sale músculo cuando te bajen las pelotas.

—¿Cuándo descansamos un poco?

—¿Descansar? Ése es sólo un elefante. Todavía no has empezado. Gaji es blando, debería azotarte con la fusta.

¿Es que no barro las boñigas de este monstruo lo bastante rápido? Aunque te lles un carretón lleno, siempre hay más.

—¿Cómo está Cátaro? —le pregunta Mara.

—¿Ese condenado enano? Está vivo. Me ha costado tres siclos. Aposté con Gaji a que no pasaría de la noche. Es un hombrecillo duro.

—¿Por qué ese...? ¿Cómo lo has llamado?

—Gaji.

—¿Por qué nos salvó?

—No lo sé. Él es así. Nunca se sabe lo que hará. Como éste. —Ravi palmotea al monstruo en el costado—. Así que ten cuidado con él o será a ti a quien barran y metan en el carretón. Por eso lleva una campanilla al cuello, para que sepas que está ahí. Sé bueno con él, tiene mal genio.

—¿Ha matado a muchos hombres?

—¿Coloso? No es tan malo. Tú no lo hagas enfadar. El último capitán que tuvimos le dio con la aguijada y Coloso se puso como loco. Si no llega a ser por Gaji, habría destrozado el campamento entero.

Horas más tarde llega la orden de sacar a los elefantes de la ciudad. Mara va rezagándose mientras los hacen marchar por la calzada elevada de Alejandro. Le parece mentira verse así. Los demás galopines de estiércol, que es como los llama Ravi, le dan empellones y la insultan en una lengua que Mara ni siquiera conoce. Si Cátaro muere, se quedará sola. Ha de haber una forma de escapar de esto.

Llevan a los elefantes al lago para el baño. A los elefantes les encanta el agua, le dice Ravi. Cuando podemos, los bañamos al menos una vez al día.

Forman un cortejo, cada elefante cogido a la cola del de delante. El agua está aletargada y marrón. Los elefantes se zambullen barritando y los chicos se ponen a trabajar con la piedra pómez. Los frotan bien como a niños traviosos.

El que llaman Coloso es una bestia gigantesca de melladas orejas y con el pellejo lleno de cicatrices. Da un gran barrito al tiempo que se mete hasta las ancas en el río y rocía agua alegremente por el aire con la trompa. De cerca su piel ni siquiera parece viva. Es tan gris y marchita que hace pensar en algo que podría encontrarse curtido y colgado en una pared. Coloso es enorme. Tiene la altura de dos hombres y el tamaño de un palacete.

Pero son sus ojos lo que asombra a Mara. La observan atentamente, no con la tosca indiferencia de una bestia del campo sino como si aquel animal supiera lo que está pensando.

Se queda muda, agotada, en la orilla; le crujen todos y cada uno de los huesos y tendones. No va a aguantar esto mucho más tiempo. ¿Nadie en este lugar va a mostrarse amable con ella?

Coloso alarga la trompa hacia Mara, que al principio se queda demasiado asustada como para moverse. El elefante le deja un reguero de baba por toda la cara y el pecho, y Mara da un grito de asco y se zambulle en el río para quitárselo.

Cae de rodillas en los bajíos, sin fuerzas. No puede hacerlo. No está hecha para esto. Toda su familia ha muerto, y ahora es una esclava. Hasta estos monstruos irracionales la maltratan. Le grita al elefante, que se limita a bostezar como si se riera de ella.

—No debí dejar que se fueran en el barco solos —le dice.

Su esposo no quiso que lo acompañara porque tenía muchas náuseas con el bebé nonato. «Sólo estaré fuera tres semanas, cuatro como máximo», había dicho. Aquello fue un chiste graciosísimo para los dioses. Cómo deben de odiarnos allá arriba.

Después de que muriera su pequeña, había días en que despertaba por la mañana sintiéndose ligera, a veces incluso feliz. Pero entonces recordaba, y con cada recuerdo intentaba dormirse de nuevo, acurrucarse en el interior de sus sueños como si se escondiera de un intruso que hubiese entrado en su casa. Había demasiados días en que anhelaba el olvido. Ahora el enano de su padre y este maldito indio se lo han arrebatado.

Están tras una curva del río y los otros no los ven, aunque Mara oye los gritos y las risas mientras los aguadores frotan bien a sus elefantes. Una gran rama de árbol pasa flotando en el agua y la coge.

—¡Eh! ¡Eh!

Pesa mucho. Apenas puede blandirla, pero lo consigue. Le da un fuerte porrazo al anca del monstruo.

—¡Coloso! ¿Así te llaman? Bien, ¡pues venga! —Lo golpea de nuevo todo lo fuerte que puede—. ¡Vamos! ¡Dicen que no te gusta que te peguen! —Vuelve a alzar los brazos—. ¡Mírame! ¿Ves lo que hago? —Levanta los brazos por tercera vez y le estampa la pesada rama en los cuartos traseros—. ¡Vamos! ¿Dónde está ese famoso mal genio? ¿Qué te pasa? ¡Venga!

Lo golpea una y otra vez, hasta que los músculos de los brazos se le acalambran y, exhausta, vuelve a caer de rodillas sollozando.

La enorme trompa se enrosca en torno a su cuerpo y la levanta. El animal la deposita en la arena del río y se queda allí, vigilándola, mirándola fijamente con un triste ojo rosa. Por primera vez Mara se fija en sus pestañas, en lo tupidas y tiesas que son, y en cómo las arrugas le entrecruzan la piel. Alarga la mano para tocarlo pero él da media vuelta y se aleja por el río hacia sus compañeros, lanzándose agua sobre el lomo mientras se va.

Hace una mañana nublada, gris y calurosa. Las nubes asfixian y son grasientas y pálidas como los muertos. Pero qué intensamente reluce Alejandro. Qué ilusionados sus ojos azules. Brilla como una moneda recién acuñada.

Como siempre hay un corrillo en torno a él, él es el aire que otros respiran.

Nearco está allí, parecido a un halcón, con esa napia suya y esos ojos de cazador, color avellana y de mirada cruel. Un hombre de aire preocupado, con la dentadura desigual y una mano en la espada.

A una señal suya todos retroceden un paso, estirando el cuello.

Alejandro está rezando ante Baal-Ammón, le ofrece un animal desollado; al menos Gajendra espera que sea un animal. Alejandro sonrío al verlo entrar, como si dijera: aquí está el hombre que llevo toda la vida esperando ver.

—¡Ah, elefantero! ¿Conoces a este dios? Se llama Baal. Mis consejeros me dicen que en realidad es Zeus con otra forma. Es el dios de la tormenta.

El dios está de pie con los brazos extendidos, las manos señalan el hoyo donde se quema a las víctimas propiciatorias. El templo está extrañamente desnudo. Quizá lo hayan saqueado. Hay unos cuantos bancos, una piel de gorila cuelga en la pared. El incienso arde en montones grandes como carros de bueyes.

Baal hace que los demás generales parezcan pequeños y quisquillosos. Tiene una expresión amenazadora, mientras que estos hombres sólo parecen escolares que no consiguen lo que quieren.

—Dicen que en épocas de guerra y hambruna les entregan el primogénito a los dioses. Me pregunto cuántos primogénitos han dado sus vidas innecesariamente para detenerme. Si lo hubieran sabido. No puedes pedirle a un dios que le sea desfavorable a su propio hijo.

Alejandro se pone en pie, salta al pedestal hasta quedar junto al dios y remeda su gesto ceñudo. Un escalofrío recorre a quienes lo acompañan. La blasfemia los escandaliza. Uno no debe ni siquiera burlarse de un dios en el que no cree, porque nunca se sabe.

—¿Te parece que yo sería un buen Baal, elefantero? Creo que me gustaría que me pidieran favores dentro de cien años. Que alguien le rece a mi estatua, eso es algo digno de desear, ¿verdad? No estamos aquí más que un rato, pero acaso nos recuerden siempre si vivimos esta vida con valor y ambición. ¿No lo crees así?

Se ríe y baja de un salto hasta el mármol. Hoy tiene tal agitación que no se queda quieto ni un momento mientras habla. Saca el cuchillo y atiza los carbones del incienso con el filo de la hoja, aspirándolo.

—Algunos dicen que soy Hércules redivivo. ¿Qué opinas tú?

—No sé mucho de él.

—Era un dios. ¿Crees que yo soy un dios?

Gajendra siente los ojos de los demás generales fijos en él. Si dice que sí, lo atacarán como una manada de lobos. Alejandro parece ser el único que no percibe la tensión.

—Vamos, responde. Reino en medio mundo. Soy invencible en el combate.

—Pero ¿los dioses no son inmortales?

—Quizá yo sea inmortal. Hasta que un hombre no muere, ¿cómo puede nadie estar seguro?

Sus aduladores ríen. Nadie más.

—Mi padre vio a mi madre en tratos con Zeus, ¿lo sabías? En forma de serpiente. Los dioses cambian de forma, elefantero, o cambian en nuestro mundo. —Le da unas palmaditas en el hombro, como a un hijo, y baja la voz—. Nearco quiere tu cabeza, ¿sabes? Dice que eres engreído. Un indio engreído. —Se ríe—. No hay nada peor.

—¿Por qué dice eso? —dice Gajendra, clavando la mirada en Nearco.

—Oh, no quiere decir nada. No te ofendas. —Lo aleja de los generales—. Deberías felicitarlo. Va a casarse. Voy a darle a una de mi harén en agradecimiento por su firmeza en el servicio. Una muchacha llamada Zahara.

Gajendra se siente palidecer.

—¿Te has enterado? Antípatro ha comprado Atenas y Corinto. Está reuniendo un ejército contra mí, piensa combatirme en Sicilia. ¿Lo sabías?

Pero Gajendra no escucha. ¿Alejandro va a casar a Zahara con Nearco?

—Vamos, chico. Te he hecho una pregunta. ¿Qué opinas de los planes de Antípatro?

—Ha habido rumores en el campamento.

—Algunos dicen que es por culpa tuya.

—¿Mía?

—Si no me hubieras informado de aquel plan de envenenarme, yo no habría crucificado a Yolas ni hubiera mandado que metieran a Casandro en una jaula.

—Pero entonces habríais muerto.

—¿Eso es todo lo que tienes que alegar en tu defensa? —pregunta Alejandro, y se echa a reír. El grupo de acompañantes, obediente, ríe con él también—. Bueno, me figuro que deseas que te recompense. ¿Te gustó cómo murieron?

¡Zahara tenía que ser para él! Así no era como debían salir las cosas.

—¿Quién, señor?

—Venga, elefantero, no pierdas el hilo. ¡Yolas y el capitán de los elefantes! ¿Cómo se llamaba?

Chasquea los dedos para recordar.

—Oxatres —dice uno de los generales.

—Sí. Oxatres. A ti no te gustaba, ¿verdad?

—Lo odiaba.

—Bien, pues ahí lo tienes. Tardó dos días en morir. Mucho tiempo. No parecía tan fuerte. Yo habría apostado tres horas, como mucho. ¿Y tú?

—Creo que sufrió demasiado.

—¿Demasiado? Pero si quería dejarme morir a *mí* poco a poco. Él puso las condiciones, no yo. ¿Qué te pareció ver a tu capitán retorcerse así? Qué poco digno. Mueren asfixiados, ¿sabes? El dolor es secundario.

—Aquello me asustó.

—¿Te asustó? ¿Por qué?

—No soportaría morir así.

—Un hombre no debe temer a la muerte. Mírala directamente a los ojos, haz que baje la mirada, invítala a tomar vino y dale la bienvenida. El dolor no es nada. ¿Le tienes miedo al dolor?

—No lo sé.

—Entonces me pregunto qué te pasa. Te vi la cara aquel día. ¿Qué había en aquello que te preocupaba tanto?

¿De veras Alejandro lo reconoció? Todo su ejército estaba apiñado en el *maidan*. No es posible que distinguiera un rostro entre millares, a menos que detecte a cada hombre instantáneamente... como un dios.

—Por lo visto tienes muchas aptitudes. No puedo darte la espalda ni un instante. Si no estás amansando elefantes salvajes estás descubriendo conjuras contra mí. Ahora hablas con los elefantes.

—¿Que hablo con los elefantes, señor?

—Eso es lo que dicen. Que susurras en el oído de un elefante y él hace todo lo que le digas, como si fuera tu chambelán. ¿Es cierto eso, elefantero? ¿Hablas con los elefantes?

—De ese modo no. Sólo hago lo que hace cualquier *mahavat*.

—Si tú fueras como cualquier *mahavat*, yo no te habría nombrado capitán. Una pregunta. Partimos para Sicilia antes de que acabe la semana para luchar contra Antípatro y contra sus griegos. Mis generales dicen que no deberíamos llevarnos a los elefantes, que son demasiado caros de alimentar y demasiado difíciles de transportar. ¿Qué dices a eso?

—Yo digo que si tenéis un arma con la que seguro que sorprendéis y derrotáis a vuestro enemigo, deberíais emplearla.

—Ah, pero ellos no opinan así. Dicen que hemos ganado aquí porque el enemigo nunca se había enfrentado a los elefantes. La próxima vez estarán preparados. Antípatro no es tonto, tendrá noticias de mis batallas en la India y, por lo menos, el asesoramiento de los soldados que envié de vuelta con Crátero... Algunos de esos ingratos desertaron, ¿lo sabías? Los malnacidos combatieron contra tu rajá en el río Hidaspes, conocen la táctica que ideé para luchar contra ellos. ¿Sabes cuál fue?

Claro que lo sabía. Coloso aún tenía cicatrices en las patas y en el costado de las heridas que había recibido entonces. Su *mahavat* había muerto allí. Fue el Hidaspes lo que obligó al rajá a hacer las paces con Alejandro y a darle doscientos elefantes como parte del acuerdo. Fue así como él, Ravi y los demás entraron al servicio de Alejandro.

Claro que lo sabía.

Los macedonios los rodearon primero, utilizando arqueros para acabar uno a uno con los *mahavats*, y después los honderos de Alejandro atacaron los ojos de los elefantes con una lluvia de dardos. Cuando los colmilludos estaban medio cegados y no tenían al *mahavat* para ayudarlos, la infantería trabajó como un equipo: los más valientes distraían a los elefantes dándoles tajos en la trompa con las cimitarras,

mientras que sus camaradas los desjarretaban a hachazos.

Fue brutal pero eficaz. Gajendra dudaba de que ningún otro ejército salvo el de Alejandro hubiera tenido tanto éxito. Hacía falta una disciplina férrea para hacer lo que ellos hicieron. En realidad los Escudos de Plata sufrieron enormes pérdidas.

—¿Tienes un remedio para esto?

Gajendra lo mira directamente a los ojos.

—Sí.

—Adelante. Estamos deseando oírlo.

Los generales permanecen inmóviles con los brazos cruzados. ¿Este indio va a decirles cómo hacer la guerra? Estaría bueno.

—Primero yo no emplearía a los elefantes contra la infantería. Como habéis dicho, una falange bien adiestrada no será tan fácil de derrotar como los celtas y galos contra quienes luchamos en las afueras de Cartago.

—Entonces, ¿qué?

—Yo los pondría en los flancos y los enfrentaría con la caballería. A los caballos los aterrorizan los elefantes. No realizarán con éxito una carga contra ellos. Pero yo disimularía la maniobra. Llevaría a cabo un ataque oblicuo desde el centro hasta el otro lado del frente enemigo.

Alejandro lo mira fijamente un buen rato, luego se ríe y le da un puñetazo en el hombro.

—¡Mi pequeño elefantero es un estudiante de la guerra! —Mira a sus comandantes—. ¿Quién lo hubiera creído? —Se ríe de nuevo—. ¿Qué más harías, mi pequeño general? Muéstramelo.

Alejandro coge a Ptolomeo, a Pérdicas y a sus otros generales, los mueve a empujones como si fueran monedas en la mesa de un cambista. Ellos se sonrojan, contrariados, pero apenas protestan.

—Bueno, eres mi nuevo elefantarca de jornada —dice Alejandro—. Dime quién debería ir dónde.

—¿Qué fuerzas se alinean contra mí?

—Ha habido muchos desertores entre sus macedonios, que se han pasado a las filas de Crátero, y se ve obligado a combatir en dos frentes. Así que su ejército lo forman en su mayor parte griegos y mercenarios. Mis espías me dicen que además dispondrá de la mitad de los hombres de Leóstenes.

—¿Leóstenes?

—Manda el mayor ejército de mercenarios del mundo. Se puso a disposición del que pujara más alto. Yo no me rebajé, de modo que le he dejado la subasta a Antípatro.

—Entonces, ¿cuántos?

—Cuarenta mil. Cincuenta mil quizá.

—¿Jinetes?

Un despreocupado encogimiento de hombros.

—Cinco mil. Pero jinetes *griegos*. Nosotros tendremos cuatro mil, mi nueva falange y mis Escudos de Plata. Veinticinco mil, más nuestros soldados no regulares.

Alejandro empuja a Ptolomeo hasta el centro, como si fuera la falange.

—Aquí está la falange de Antípatro. —Agarra a Pérdicas y de un empujón lo pone delante de Ptolomeo—. ¡Así! Y aquí, Pérdicas, tú eres los arqueros. ¿Dónde los situará Antípatro?

—Estarán con la infantería. Los arqueros no valen nada contra la caballería pesada. Ningún arco es eficaz más allá de un centenar de pasos, veinticinco si el viento viene del mar. Yo usaría mis propios arqueros sobre el lomo de los elefantes, donde la velocidad no invalide su acción.

—Un elefante sólo puede llevar un arquero, acaso dos.

—Un elefante llevaría por lo menos cuatro o cinco.

Los generales menean la cabeza y rezongan. Aquello no les gusta. A ellos les agradan las viejas costumbres.

Por fin Pérdicas dice:

—Eso reducirá la velocidad de los elefantes.

—¿Cómo?

—Con el peso de más.

—¿Sabes cuántos hombres puede llevar en el lomo un elefante?

Pérdicas no lo sabe. Le entran ganas de azotar a Gajendra. ¡Un desharrapado replicándole! Alejandro sonrío satisfecho.

—Si no sabes cuántos, ¿cómo sabes que eso reducirá su velocidad? —Mira a Alejandro—. Los *howdahs* han de ser más grandes, de modo que pueda ponerse allí dentro a cuatro arqueros u honderos. En lugar de madera, se usa cuero curtido para hacerlo más ligero y se les da a los arqueros una coraza más ligera también. Así se tiene algo que no tiene ningún otro ejército: una artillería móvil.

Alejandro mira a Nearco.

—¿Oyes eso, amigo mío? ¡Qué teniente tienes aquí!

Saca de un empujón a Lisímaco junto a Pérdicas, como si fuera la caballería de Antípatro.

—Seleuco, tú serás el ala derecha. Y Nearco es Antípatro. Bueno, aquí está tu enemigo. Tiene el doble de efectivos que tú. ¿Qué harás?

—Primero blindaría mejor a mis elefantes.

—¿Blindarlos mejor?

—Para protegerles las patas contra la infantería. Yo os diseñaré las planchas y vuestras herrerías las harán. No es difícil. No es más que hierro arqueado atado con correas de cuero. También hace falta una armadura más gruesa para la trompa y la cara.

—¿Por qué hablamos tanto de elefantes? —se queja Lisímaco—. Ya sabemos lo que hacen.

—Pero pueden hacer mucho más —dice Gajendra—. Si yo fuera Alejandro,

emplearía a mis elefantes como escudo. —Se acerca a Ptolomeo pero mira a Lisímaco—. Si tu enemigo ve los elefantes, se centra en los elefantes. Tal vez no piense que también haya varios escuadrones de caballería detrás de ellos. No pensará que vayas a ir contra la caballería, porque ésta es demasiado rápida. Pero eso los caballos no lo saben. Darán media vuelta.

—Atrás, Lisímaco —ordena Alejandro, y aquél hace lo que le manda.

—Yo detendría a mis elefantes aquí, pues el trabajo ya está hecho. Hay una brecha en la línea. Vos estáis detrás de mí con la Caballería de los Compañeros. El grueso de la infantería queda a nuestra izquierda. Pero si soy Alejandro, haría caso omiso de ellos. —Pasa por delante de Pérdicas y Ptolomeo, se queda casi pegado a Nearco, cara a cara—. Aquí está Antípatro, en la retaguardia. Yo emplearía mi fuerza aquí.

Nearco y Gajendra se miran fijamente.

Alejandro aplaude y se interpone entre ellos.

—Un excelente discurso. Mi elefantero tal vez sea un magnífico general algún día. Entonces está decidido: los elefantes vienen con nosotros. ¿Tus bestias viajan en barco?

—Es difícil.

—¿Cómo de difícil?

—Hay que hacerlos subir con cuidado al barco por un tablón. Eso no les hace gracia.

—Pero ¿tú puedes hacerlo?

—Puedo hacerlo.

—¿Has subido elefantes a un barco alguna vez?

—Claro que sí.

Es mentira.

—Bien. Dame detalles de lo que necesitas para las nuevas corazas y nos pondremos a trabajar en ello, así como en los nuevos *howdahs*. Llevaremos a más arqueros en cada bestia. ¡Caballeros, nos vamos a Sicilia!

Los demás generales no están, ni mucho menos, tan entusiasmados como Alejandro. Cuando Gajendra se dispone a abandonar la reunión, se sitúan de tal forma que ha de salir con dificultad o empujarlos para que le dejen sitio. Parecen leones hambrientos con ganas de cenar.

—Follaelefantes —le murmura uno de ellos cuando Gajendra pasa.

Capítulo 22

Zahara pasa, una carreta las lleva por el muelle a ella y al resto del harén de Alejandro hasta uno de los trirremes. Gajendra sólo ve sus ojos, el resto de la cara está oculto tras un velo. Va acurrucada en la parte de atrás con las demás muchachas. Las acompaña una escolta de jinetes, de modo que apenas consigue entreverla.

—En el lecho se limitará a quedarse tendida.

Gajendra mira a su alrededor con gesto áspero para ver quién ha hablado. Es Mara. El chico tiene una expresión extraña en el rostro, como si supiera lo que dice.

—¿Qué estás diciendo, virgencito?

—Eso es lo que pasa con las hermosas. Se quedan tumbadas y suspiran, creen que un hombre no se merece nada más. Querrá un rubí por cada beso y un diamante cada vez que se entre en ella.

Gajendra no puede creerse que un esclavo se dirija a él así. Ve que los demás galopines de estiércol lo miran para ver qué hace. Esto da mal ejemplo. El día anterior le replicó otro aguador, y tuvo que azotarlo para mantener la disciplina de los demás. Entonces, ¿por qué tiene privilegios especiales este pequeño y novato limpiaestiércol?

Dos chicos se alejan llevando sendos carretones llenos de boñiga de elefante. Gajendra empuja a Mara hacia ellos.

—Vuelve al trabajo.

Si la cosa sigue así, tendrá que empezar a llevar una fusta. Es demasiado blando con estos chicos. Se detiene y mira por los muelles. Están descargando a las mujeres en el trirreme de Alejandro. Siente un dolor en el pecho. Esto le ha echado a perder el día.

Tratan de subir a los elefantes en los barcos. Mara mira cómo Gajendra, con paciencia, los hace ir por el dique de uno en uno. Sólo emplea la aguijada para guiarlos, rozándoles la trompa ahora en un lado, luego en el otro, sin dejar de hablarles en una lengua que Mara no ha oído nunca.

Por fin Gajendra monta en el que se llama Coloso y lo dirige hacia el embarcadero. A Mara la fascina observarlo. Murmura una constante sarta de órdenes en aquel extraño idioma, le da un golpecito al elefante con la vara junto a la oreja o lo toca con el gancho; todo forma parte de la misma y misteriosa comunicación.

Cátaro está con ella. Hace dos días Mara pensó que moriría, pero ya está andando otra vez, con un brazo inútil y, por lo demás, débil como un cordero recién nacido. El

capitán —Gajendra, Mara ya se acuerda del nombre— lo ha dejado en paz. Cátaro tal vez tenga todavía un pie en las sombras, pero los demás elefanteros aún no se fían de él y han puesto fin a sus intimidaciones; los tatuajes de su rostro los asustan, y él le gruñe a todo el que se le acerca. Nadie se lo espera de semejante hombrecillo.

Hace un viento cortante que levanta olas en el puerto interior y pone nerviosos a los animales. A los elefantes tal vez les guste el agua, pero el mar es otro asunto.

Mara ve que Gajendra conduce a Coloso hacia delante. No es sólo un movimiento, sino también una serie de chasquidos con la lengua y empujones con las rodillas y los pies, así como con el gancho. Se permite admirarlo. Su destreza no tiene nada que envidiar a los mejores jinetes de la caballería de su padre.

Han construido una sólida pasarela de vigas planas. Coloso la observa con recelo, separa las orejas, inquieto, y se aparta. Gajendra es paciente. Lo hace retroceder. Coloso barrita y da vueltas. En el último instante vuelve la espalda de nuevo.

—Esto es imposible —dice entre dientes Cátaro junto a Mara—. ¡Nunca montarán a esa estúpida bestia en el barco!

—No es estúpido.

Coloso da vueltas de nuevo y está a punto de pisotear a uno de los aguadores con las patas traseras. Tras cinco intentos todo el mundo está gritando y soltando maldiciones, cubierto de polvo y sudor y apestando a elefante.

Alejandro aparece en el muelle con su acostumbrada camarilla de oficiales de Estado Mayor, parásitos y aduladores. No va a ningún lado sin ellos. Alguien debe lamerle las botas y decirle cuánto se parece a un dios.

—¿Tenemos problemas, elefantero?

—Todo irá bien, señor.

—¿Qué pasa aquí? —le pregunta Nearco—. ¿A qué viene el retraso?

—Coloso no quiere subir a bordo.

—Bien, ¿y qué vas a hacer tú?

—Lo llevaremos allí.

—Más te vale. Tenemos que estar navegando mañana por la noche. Quiero al ejército desembarcado en Sicilia antes de que acabe la semana.

Alejandro se va tras dejar a Nearco a cargo de la operación.

Hay un boquete en el embarcadero que Coloso ha abierto de una fuerte patada. Intentan controlarlo con largas picas y cuerdas pero es inútil. Está enfadándose con ellos. Tira de uno de los puntales del muelle con la trompa y luego le da un testarazo con la enorme cabeza. El muelle entero empieza a oscilar. En un instante Coloso se descontrolará y lo arrasará todo a su paso.

Mara mira a Gajendra. Está sudando. Hasta él parece asustado ya.

Nearco ha llenado el puerto de soldados que llevan jabalinas, arcos y hachas. Si Coloso causa demasiados daños, se encargarán de bajarle los humos.

Mara no tiene ninguna experiencia con los elefantes pero la respuesta al problema le parece evidente. Si la bestia le tiene miedo al mar, hazle creer que aún está en el

bosque.

Da un paso hacia delante.

—¡Así no lo harás!

Gajendra lo mira con los ojos como platos.

—¿Tienes una idea mejor, mariquita?

—Sí.

Tal vez no sea tan fuerte como tú, piensa Mara, pero al menos no soy corta de entendederas.

Gajendra ordena a Coloso que lo baje. Luego agarra a Mara por el brazo y lo aparta adonde no puedan oírlos.

—Dime.

—Le tiene miedo al agua: pues no dejes que la vea. Tápale los ojos. Después cuelga toldos en el barco para que no vea el agua ni siquiera cuando esté a bordo. Llena la cubierta de arbustos, árboles y tierra. Y refuerza estas tablas. —Mara salta en la pasarela—. Un animal grande como ése necesita tocar tierra firme bajo las patas.

Gajendra vacila. Aunque entiende el razonamiento de Mara, le preocupa el retraso que representarán semejantes precauciones. Pero ¿qué alternativa tienen?

Se tarda otro medio día en traer suficiente tierra para echarla en los trirremes y luego en cubrirlos con toldos de lona. Asimismo, un destacamento de esclavos lleva arbustos y pequeños árboles hasta el muelle. Los soldados esperan, riéndose y haciendo comentarios procaces.

Los carpinteros han reforzado el muelle y la pasarela, y los han cubierto de tierra, igual que las naves. Gajendra se queda observando. Su rostro es una máscara. En esto se juega su orgullo y su puesto en la jerarquía del escuadrón de los elefantes. Si no sube a estos animales en los barcos y Alejandro se marcha sin ellos, no será más que un pateador de boñigas el resto de su vida.

Le pone a Coloso las colgaduras de seda del tocado que lleva a la batalla. Ahora las deja cerradas, de modo que los ojos queden tapados, y vuelve a conducirlo por el muelle, dándole golpecitos detrás de las orejas con el gancho para guiarlo.

Coloso huele el aire con la trompa y camina despacio, sin acabar de fiarse del suelo que tiene debajo, pero al palpar la tierra y los arbustos a ambos lados gana confianza. Mara desea con todas sus fuerzas que Coloso suba a la nave, reza para que no tropiece ni se plante. A estas alturas siente simpatía por él. ¿Por qué no la hundió a pisotones en el lodo del río? Ravi le había asegurado que eso es lo que haría.

Gajendra parece tranquilo, pero la cara le brilla de sudor.

Los aguadores se apiñan en torno a Coloso, cantándole. Ravi hace que su propio elefante lo siga, y los dos recorren dócilmente la plancha y suben al trirreme. Entre los aguadores estalla una ovación. Incluso algunos de los soldados aplauden, aunque han estado mofándose de ellos toda la mañana.

Mara cruza una mirada con Gajendra. No espera efusivas muestras de

agradecimiento. Menos mal, pues lo único que él se digna dirigirle es un reticente encogimiento de hombros.

Los chicos emplean horcas para apilar el heno delante de Coloso. El animal parece contento ya. No tardarán en estar camino de Sicilia.

Capítulo 23

Un viento favorable azota las jarcias y hace que se estremezca la vela. Hay chubascos en alta mar. Las gaviotas giran en el aire, zarandeadas por el viento.

Mara recuerda la noche que se asomó a la ventana en Megara y vio parpadear los relámpagos sobre el mar. Ahora se pregunta si era la misma tormenta que se llevó a su esposo y a su hijo. Había sentido algo agarrársele al vientre y pensó que era el feto que se movía, pero quizá lo que sintió fue la despedida de su esposo.

Los elefantes se tambalean mientras el barco se columpia en el oleaje. Coloso y Ran Bagha dan lastimeros barritos. Mara teme que partan las cadenas, pero no hay nadie que ayude a Gajendra a tranquilizar a las bestias pues todos los aguadores se aferran al costado de la nave en un estado lastimoso.

Mara mira las negras nubes que atraviesan corriendo la cara de la luna y desafía a los dioses a que se la lleven. Venga, malditos seáis. Haced zozobrar el barco y dejad que me libere de esta miseria.

Pero el quejumbroso barritar de los elefantes hace que olvide la lástima que siente de sí misma. Se arrastra por la cubierta hasta el recinto de los animales. Nunca ha visto dos criaturas más absolutamente desdichadas.

Empieza a hablar con ellos. Sabe que no la entienden, pero se dice que si se le habla a un caballo se le puede hablar a un elefante. Mara ha visto a su padre hablarle a su caballo con más ternura de la que jamás empleó con su madre.

Además, si le pegas a algo con un buen madero y le pides que te mate, y no te mata, tienes bastantes posibilidades de que tampoco te pisotee en una tormenta.

Hace lo que solía hacerle a su pequeño cuando estaba malo: le da palmaditas y le canta. Luego le frota la parte más ancha de la extraña y larga nariz, aunque es como frotar piedra arenisca. Le dice que pronto pasará todo y que es un chico muy valiente.

Al cabo de un rato Coloso deja de barritar y la otra bestia sigue su ejemplo. Cada uno mete la trompa en la boca del otro, acaso buscando consuelo. Son animales extraños incluso en la oscuridad, cuando lo único que se aprecia de ellos es el olor y ese curioso ronroneo que hacen. Mara nunca había oído hablar de una bestia que supiera hablar con las tripas.

—Vamos, hombretón, no tengas miedo. Todo va a salir bien. El capitán dice que esto es sólo un viento favorable. Pronto estarás en tierra firme y te buscaremos árboles para comer.

Coloso la busca con la trompa. Cuando termina, Mara está cubierta de baba pero a estas alturas está demasiado mojada y demasiado mareada como para que le

importe.

Gajendra cruza tambaleándose la cubierta. Es la primera vez que está en alta mar. Debe ir junto a sus elefantes, pero otra arcada lo obliga a echar a correr hacia el costado. Siente la espuma fría en la cara. Tirita y arde a la vez. Se arrodilla, limpiándose la bilis de la cara, y después retrocede dando tumbos hacia donde Coloso y Ran Bagha capean el temporal encadenados. Ve al nuevo galopín de estiércol allí de pie, bajo las patas delanteras de Coloso, sin miedo a los colmillos o a que lo pisotee. Quizá haya subestimado al chico.

Por ahora puede quedarse donde está, pero más vale que no lo deje solo cuando se tranquilice el panorama, porque los marineros irán tras él. Es más bonito de lo que le conviene. Aunque tenía agallas, eso había que reconocérselo. Los otros aguadores no se acercaban a los colmilludos cuando estaban así. Pero éste les habla como si fueran niños revoltosos que necesitaran una buena reprimenda.

Una ola grande y Coloso aplastará al nuevo chico contra la borda. Reventará como una fruta pasada.

—¿Qué haces? —le grita al muchacho.

—Alguien tiene que hacerlo. La última vez que te vi tenías la cabeza asomada al costado y llorabas llamando a tu madre.

Gajendra no da crédito a sus oídos. ¿El mariquita se cree que puede replicarle?

—¿Cómo supiste subirlos a la nave?

—Estaba claro.

—Sólo para ti.

Gajendra lo aparta a rastras de sus elefantes. De esto se encarga él, no un galopín de estiércol.

En ese preciso instante el barco cabecea sobre una ola y ambos chocan. El chaval alargaba una mano y le coge el brazo, como si fuera lo más natural del mundo que Gajendra tuviera que evitar que un esclavo se caiga en la cubierta. Mara queda apoyado en el brazo el tiempo suficiente para que Gajendra confirme su sospecha de que al chico no le importaría que se lo entregara a los marineros para que se divirtiesen.

Gajendra se lo sacude de encima.

—Sabes manejarlos.

—No entiendo cómo. Parecen caballos que se hubieran apareado con un edificio público. Nunca he visto nada tan grande ni tan feo.

—No, te gustan muchísimo. Se te ve en la cara. Por lo menos sirves para algo. Para todo lo demás eres prácticamente inútil.

—¿Ésa es tu forma de agradecerme?

—¿Agradecerte qué?

—Que te dijera cómo subirlos a las naves.

—No me acuerdo de eso. Por lo que recuerdo, fue idea mía.

No tiene la mínima intención de crearse obligaciones con un esclavo.

No hay nada más que decir sobre el asunto. El estómago se le rebela de nuevo, y Gajendra corre a buscar el costado del barco. Cuando acaba, mira hacia atrás y ve a Mara allí otra vez, agarrado a la barandilla, susurrándole a su elefante, diciéndole que todo va a salir bien.

Gela, Sicilia

Los soldados de infantería bajan a tierra en botes. Entran con paso decidido en la ciudad y, tras una breve escaramuza, arrollan a una pequeña guarnición de griegos. Ahora la flota está descargando caballos y pertrechos. Hacen entrar los trirremes en los muelles para desembarcar a los elefantes.

Alejandro ya está allí, supervisando la operación, mandando exploradores, ordenando a los Escudos de Plata que formen una línea defensiva en torno a la ciudad. Habita la pequeña fortaleza que da al puerto. Hay un mapa de vitela de cabra sobre una mesa de caballete.

Alejandro ha planeado una ruta a través de las montañas hasta Siracusa. Quiere sorprender a Antípatro. Es como si cuanto más lo superasen en número, más impaciente estuviera por empezar el combate.

Al parecer Siracusa estaba al borde de la guerra civil de todos modos. El tirano actual se había disputado la propiedad de la ciudad con un demócrata llamado Agatocles. Éste representaba a los pobres, desde luego, pero había dejado de lado sus principios el tiempo suficiente como para planificar un trato con Alejandro.

De manera que Antípatro y el tirano, Sóstrato, ahora han descubierto una sólida amistad.

Antípatro trae consigo un ejército compuesto principalmente de griegos que proceden de Corinto y Atenas. Buenos para divertirse con los niños y para la filosofía, les dice Alejandro, pero una verdadera nulidad en la contienda. Tiene cuarenta mil infantes. Sólo le servirán para crear más cadáveres, añade, pues la superioridad numérica no importa cuando se tiene enfrente a un ejército bien ejercitado.

—Y cuando hayamos ganado recibiré de nuevo mi imperio, y Corinto y Atenas tendrán que tratar conmigo.

Les dice que su armada ha establecido un bloqueo. Antípatro y el tirano de Siracusa tendrán que negociar o luchar. Ya no hay marcha atrás para nadie.

Nearco entra, va dando fuertes zancadas hasta el cántaro del agua y se echa agua en la cara. Frunce el ceño al ver a Gajendra.

—¿Qué hace aquí?

Un auténtico hijo de Macedonia: fiero, xenófobo e impaciente. A Alejandro parece divertirse su irritación. Sus oficiales corren a consolarlo por este desaire. Los

generales observan a los persas revolotear en torno a su general con aire de feroz desdén.

—Yo le he pedido que venga. Es tu segundo y conoce a los elefantes mejor que nosotros. Tal vez nos sea útil escucharlo.

—¿Han desembarcado todas tus bestias sin ningún percance? —refunfuña Nearco.

—Sí.

—Sigo diciendo que no los necesitamos apenas. Nuestros jinetes bastan para esta chusma a la que nos enfrentamos.

—Te nombré elefantarca porque creí que apreciabas la utilidad de esas bestias. Aquí Gajendra propone que asumas el mando desde un *howdah*, eso te daría mejor vista del campo de batalla, y, también, que emplees timbales y banderas para indicar tus maniobras. Así es como lo hace el rajá de Taxila, por lo visto.

A Nearco parece que va a darle un ataque. Tal vez sea general de los elefantes, pero no piensa acercarse a ninguno.

—Además, si estos elefantes no son un arma tan temible, ¿por qué me hicisteis volverme atrás después del río Hidaspes? A estas alturas estaríamos en el extremo del mundo y yo sería su soberano. Pero tú y el resto de los Compañeros dijisteis que el siguiente rey tenía cuatro mil elefantes y que nos vencería fácilmente.

Está claro que aquello le molesta todavía. Se vengará de todos ellos por detener su implacable avance sobre lo desconocido. Los generales se miran con gesto acusador. Alejandro finge no darse cuenta. Divide y vencerás, ése es su estilo.

El rey clava un índice en el mapa.

—Aquí es donde estamos. Agatocles me dice que Antípatro está desembarcando su ejército en Siracusa ahora mismo, mientras hablamos. Quiero entablar batalla con él antes de que tenga ocasión de elegir campo. Creerá que los elefantes nos hacen ir más lentos. Quiero demostrarle que se equivoca. ¿Estamos preparados?

—¿No deberíamos esperar a que el bloqueo surta efecto? —dice Pérdicas—. Si hacemos que saque su armada a alta mar y la destrozamos, Antípatro está acabado.

Alejandro lo mira como si hubiera pisado algo asqueroso.

—¿Dónde está la gloria en eso?

—Pero si has gastado la mitad de tu tesoro en la nueva flota —le recuerda Ptolomeo.

—Para no quedar en desventaja cuando esté en tierra firme.

—Pero ¿y si Antípatro no sale de Siracusa? —pregunta Nearco—. ¿Hemos de aguantar otro asedio?

—Conozco a Antípatro. No se esconderá de mí. Si quiere que Macedonia lo acepte como rey, sabe que debe derrotarme, no ocultarse de mí. —Deja ver una amplia sonrisa—. Además tengo a su hijo.

Hay gestos de asentimiento en torno a la mesa. Están de acuerdo. Gajendra sonrío a su vez: ésta es su oportunidad también. Una buena batalla es lo único que le hace

falta.

Capítulo 24

Alejandro manda llamarlo. Los guardias lo acompañan a través del campamento y luego dejan atrás la lujosa tienda del rey hasta llegar a un prado que está casi a un estadio de distancia. Al principio Gajendra cree que su general está dando de comer a un animal salvaje que tiene como mascota, por la forma en que lo hace rabiarse y lo arrulla antes de tirarle un hueso bien roído en la jaula.

La nariz de Gajendra se crispa en un gesto nervioso. Es Casandro. Ha permanecido vivo estas cuatro estaciones, ha sobrevivido quién sabe cómo al viaje desde Babilonia y a la travesía del mar. Lo tienen metido en una jaula de madera que llevan a todas partes adonde Alejandro va.

Casandro no está en las condiciones en que estaba antes. Revolcarse, medio muerto de hambre y quemado por el sol, entre los propios excrementos, empaña el disfrute de la vida, o eso le parece a Gajendra. No reconoce al hombre que vio aquella mañana en Babilonia ir dando zancadas en actitud tan retadora hacia la ejecución. Cómo debe de haber deseado que lo crucificaran todos estos meses.

La ropa se le ha podrido encima hasta caérsele a pedazos. El olor dejaría sin sentido a una hiena. Es puro huesos y pellejo, un esqueleto lleno de llagas.

—¡Ah, elefantero! —exclama Alejandro.

—Señor.

—Cuéntame, ¿cómo están mis elefantes?

—Bien ahora que vuelven a estar en tierra firme.

—Hubo cierta dificultad a la hora de embarcarlos, pero Nearco me ha contado cómo se consiguió por fin. ¡Hiciste que las naves parecieran una selva! Una idea genial. Se le ocurrió a él, ¿no es así?

De modo que el malnacido quiere llevarse todo el mérito. Gajendra se pregunta cómo debe contestar. Siente ganas de escupir. Sin embargo no se le escapa la ironía. En realidad el mérito debería ser del catamita marica.

—¿Vacilas? No me digas que un general macedonio intentaría llevarse el mérito de la virtud de otro...

Alejandro se ríe y su público ríe con él. He aquí un hombre con diez sombras y diez ecos.

Se da la vuelta. Casandro aúlla y araña los barrotes. Por lo visto, un hueso y un trozo de ternilla no es cena suficiente, en particular después de tanto tiempo.

Gajendra procura no vomitar. Tú has hecho esto, Gajendra, está ahí por ti.

—Una vez tuve un maestro —dice Alejandro—. Me encontró quemando incienso

para ambientar el cuarto mientras estudiaba mis libros, y cuando me agarró me azotó por ello. Me dijo que estaba despilfarrándolo. «Cuando conquistes las regiones de las especias, derrocha todo el incienso que quieras», me dijo. «Hasta entonces, no lo malgastes». De modo que cuando conquisté Gaza le envié dieciocho carretadas de incienso y mirra. ¿Crees que le dejé las cosas claras?

—Y además lo hicisteis un hombre muy rico.

—Bueno, no quería ser vengativo. Pero tú entiendes a lo que me refiero. Nada está nunca en el pasado. Sea lo que sea lo que nos hayan hecho, está ahí con nosotros, para siempre. Nos habla, nos insta a presentar combate. ¿Verdad, elefantero? — Alejandro sonrío, como si viera dentro del alma de Gajendra—. No les gustas, ¿sabes?

—¿A quiénes?

—A los demás generales.

—¿Qué les he hecho yo?

—Los has ofendido.

—¿Cómo?

—No naciendo en Macedonia. Un grave error para alguien tan joven y ambicioso. Y tú eres ambicioso, ¿verdad?

—Quiero ser como vos.

—Eso es parte del asunto. Pero hay algo más, ¿no? Algún día me lo contarás. Lo adivinaré, de algún modo. ¿Qué quieres tú, elefantero?

—Todo. Quiero ser general. Quiero conquistar el mundo a vuestro lado.

Unos cuantos aduladores encuentran divertidas sus palabras. Alejandro los hace callar con una mirada.

—¿Ir a mi lado? ¿Sobre un elefante? Seguro que te quedabas atrás.

—Los elefantes son un medio para un fin.

—Prosigue.

—Quiero una mujer hermosa en mi lecho. Quiero un caballo como el vuestro. Quiero mi bota sobre el cuello de otro hombre.

Ha elevado la voz. Alejandro, por lo menos, no parece creer que sus ambiciones sean ni triviales ni estúpidas.

—¿Qué recibiría yo a cambio de semejante derroche?

—Lealtad.

—Puedo tener lealtad sin que me cueste más que unos cuantos clavos y un par de maderos. Pregúntales a los hombres que vieron a tu capitán crucificado. Ésos ya no me fallarán. No lo hice sufrir por rencor. Era táctica, nada más. Tú comprendes esa palabra, ¿verdad? Táctica.

—Sí.

—Explícamela.

—Es cuando le muestras a tu enemigo la espalda a propósito y luego lo observas por el espejo.

Alejandro está muy cerca, sosteniéndole la mirada.

—Yo te conozco. Sé quién eres. Tú lo sabes, ¿verdad?

Gajendra asiente con la cabeza.

—Tú sabes conducir elefantes, pero ¿sabes conducir hombres?

—Hay que comprender la naturaleza de ambos antes de lograr que hagan lo que uno quiere.

—Te vi cuando le prometí Zahara a Nearco. ¿Qué es ella para ti?

Gajendra no contesta.

—Te gustan, ¿verdad? Las mujeres. Quiero decir, aparte de para la cría.

Gajendra hace un gesto afirmativo. Alejandro esboza una mueca de decepción. A Gajendra le parece que ha respondido de forma incorrecta.

—Pues no hay nada que hacer. Es una princesa y tú eres un elefantero. Ha sido una tontería por tu parte soñar.

Alejandro vuelve junto a Casandro. Coge un codillo de vaca que un criado le tiende en una bandeja de plata y empieza a comérselo. Lo que está dentro de la jaula se revuelve y aúlla, tratando de cogerlo por entre los barrotes, pero Alejandro permanece fuera de su alcance, apenas un dedo. Los espectadores ríen, regocijados.

—Recuerdo que una vez entré en la biblioteca de mi padre cuando escribía una carta dirigida a un aliado suyo. El hombre que iba a llevarla aguardaba fuera en una antesala. Yo lo conocía, era amigo de mi padre. ¿Sabes lo que decía la carta? Decía: «Mata al hombre que te lleve esta misiva». ¿Qué crees que hizo mi padre?

Gajendra niega con la cabeza.

—Después de sellar la carta salió, lo rodeó con el brazo y le pidió que se quedara a cenar. Estuvieron levantados toda la noche bebiendo vino y contando chistes. Se despidieron en magníficos términos.

—¿Por qué me contáis esto?

Alejandro le rodea el cuello con un brazo, lo atrae hacia sí y le da un beso en lo alto de la cabeza.

—A los hombres promételes el mundo, pero tus pensamientos te pertenecen a ti. Es una lección que harías bien en aprender.

Aquella noche, dormido, Gajendra vuelve a estar en el valle de Taxila. Hay monos gritando en los árboles justo frente a la cabaña. Su madre y hermanas están moliendo arroz en el patio. Oye su charla, y en ese momento abre los ojos, sobresaltado, pero sólo es la lona que restalla con el viento.

Cada día es más difícil recordar el rostro de su madre. Únicamente recuerda su ronca risa y el olor a cardamomo. Debería haber hecho algo para salvarla. Aquí en la oscuridad Gajendra está acusado de cobardía. Era un niño de nueve años, pero debería haber hecho algo.

No se acuerda de cómo llegó a Taxila. Debía de saber orientarse incluso a esa edad, pero ahora no recuerda cómo lo hizo ni cuánto tiempo tardó. Se figura a un

niño pequeño vagando por el campamento y robando comida.

Parece probable. No se acuerda de cuándo se fueron los *dacoits* ni qué hizo después. Imagina que se limitaría a echar a correr, como hace un niño. Los niños tienen un instinto para sobrevivir.

Han metido a los elefantes en un enorme almacén junto a los muelles. Cátaro está sentado a la sombra de uno de los almacenes con la espalda apoyada en la pared. Una tira de lienzo le sostiene el brazo izquierdo, la herida está sanando bien. A Mara le parece que no se puede matar a este hombre ni aunque lo cortes por la mitad. Hasta el mar se atragantaría con los huesos y volvería a escupirlo.

Se pregunta cuántos años tendrá. Es imposible saberlo. Cátaro ha estado entrando y saliendo discretamente de la biblioteca privada de su padre desde que era una niña. Su tamaño engaña. Todo el que lo llama enano se encuentra de pronto tumbado en el polvo con los dientes esparcidos por el suelo y la nariz rota. Es como uno de esos perros que cazan leones. Ataca a la barriga primero, y sólo cuando tienen las entrañas fuera comienza a pelear.

Desde que era pequeña Mara le ha preguntado qué significan los tatuajes que lleva en la cara, y Cátaro siempre le da una respuesta diferente. Lleva gruesos anillos en los dedos, aunque ella sospecha que no es por vanidad sino para luchar, para saltar un ojo más rápido.

Cátaro tira de un trozo de pan con los dientes, echa hacia atrás el odre de manera que el agua le corre por la barba. Luego se inclina hacia Mara y le da unas palmaditas en la rodilla, como si estuviera a punto de concederle una palabra amable.

—Tenemos que escaparnos.

—¿Para qué?

—Le prometí a tu padre que te mantendría viva.

Mara se queda callada un rato y luego inspira hondo.

—Prefiero vengarlo.

—¿Vengarlo?

—Si alguien puede hacerlo eres tú, Cátaro. Déjame ayudarte. A mí no me queda nada ya. Así hacemos algo por Cartago y por mi padre.

—Mi objetivo es que sigas con vida.

—¿Para qué? Mi padre ha muerto y Cartago está arrasada. —Se inclina hacia él—. Tenemos que acercarnos a Alejandro.

—Nadie se acerca a él salvo los Compañeros, y ya ni siquiera se fía mucho de los suyos. Una vez atravesó de un lanzazo a su mejor amigo después de haber bebido demasiado vino.

—Utilizaremos a Gajendra.

Cátaro meneaba la cabeza.

—Es una idea ridícula. Además, le di mi palabra a tu padre.

—Mi padre no podía saber que nos veríamos en situación de vengarlo, ¿de vengar

a toda Cartago! ¿No has escuchado a los aguadores? Por lo visto nuestro Alejandro ha tomado bajo su protección al que habla con los elefantes. Dicen que lo cuida como a un sobrino favorito. Le ha concedido hasta audiencias privadas. La fortuna nos da esta oportunidad. Si me hago amiga de él, tal vez pueda acercarme a Alejandro también.

—¿Hacerte amiga? ¡No pienso consentirte que te prostituyas con ese indio!

—¿No valdría la pena, con tal de matar a Alejandro?

—¡Esto no es tarea para una mujer! Le di mi palabra a tu padre de protegerte hasta mi último suspiro. ¡Basta! Vete a dormir.

Se da la vuelta en la paja.

Mara se mira las manos. Como resultado de su trabajo están en carne viva y le sangran. Tiene mugre bajo las uñas, y mugre incrustada en la piel. Apesta a elefante y a sus boñigas. Jamás en su vida se ha sentido tan cansada.

Se tiende en la oscuridad y escucha a los hombres ventosear y roncar en torno a ella. Los pocos que siguen despiertos hablan de las prostitutas que se desplazan con el ejército y de sus esposas, y se cuentan historias de burdel. Al parecer hay lugares donde ella nunca habría pensado que un hombre pudiera poner su órgano erecto. Desde luego su esposo nunca quiso que lo recibiera en tales sitios. Mara se pregunta si alguna vez hablaba de ella así. No se lo imagina.

Huy, y ahora este tipo joven habla de una cabra. ¿Una cabra, en serio? Y este otro, de una ramera sin piernas de Alejandría. Por ella pagó más. Éste se lo hace con su hermana. Éste, con una enana de Babilonia. Afirma que está tan bien dotado en su natura que se ponía a tres de un extremo a otro al mismo tiempo.

Yo he tenido un solo hombre en toda mi vida. Juro que, después de esto, jamás querré otro.

Cierra los ojos y oye a su esposo reír mientras juega a los dados en el patio con sus hermanos. Qué risa tan agradable tiene Asdrúbal. A los dioses les encantará su compañía. Les quitará todo el dinero en algún juego de azar, pero después llamará a los criados para que les lleven vino.

Se acuerda de cómo la había besado aquella tarde mientras él y su hijo esperaban la marea. Después, tras arrodillarse, le había besado la tripa y se había despedido también de la hija aún por nacer.

Mara se lleva una mano al vientre al recordar.

Apenas puede contenerse para no gritar ante semejante injusticia. Cómo se divierten los dioses a expensas de nosotros.

La mañana siguiente Cátaro insiste en recortarle el pelo de nuevo para mantenerlo corto, aunque, a juzgar por lo que Mara oyó la noche anterior, eso no cambiaría nada: a la mayoría de aquellos tipos les daría igual. Unos hombres capaces de mantener relaciones sexuales con mutiladas y con cabras no mostrarán favoritismos.

Pero a Cátaro le preocupa que si Gajendra descubre su verdadera identidad se la

entregue al subastador para obtener beneficios. Si uno de ellos ve que no orinas de pie, todo se habrá acabado, le dice.

Cátaro piensa en mantenerla viva. Lo único en lo que Mara piensa es en cómo matar a Alejandro.

Capítulo 25

Hacen instrucción con los elefantes toda la mañana. Practican *upasthana*, que es enseñar a los colmilludos a subir por encima de pequeñas estacadas, y también *samvartana*: hacerlos levantarse sobre las patas traseras para dar un paso enorme hasta el otro lado de una zanja. Pero casi todo el adiestramiento tiene como objetivo prepararlos de nuevo para la batalla campal: soportar el ruido de la infantería mientras los soldados tocan cornetas y golpean los escudos con las espadas. Y, asimismo, preparar a la caballería. Hacer que toleren la presencia de los colmilludos para que no huyan corriendo unos de otros en una carga.

Después los aguadores llevan a los elefantes al río a darles de beber y lavarlos bien. Éste es el momento preferido del día para todo el mundo. Los elefantes barritan y lanzan agua con la trompa, a sí mismos y a los demás, mientras los aguadores los frotan con cepillos y piedra pómez.

Gajendra ve cómo Coloso alarga la trompa para tocar al nuevo chico esclavo.

Ravi se acerca a Gajendra.

—¿Quieres saber lo que pienso? Ése no es su tío. Es una especie de mercenario y compró al chico en un burdel o en subasta. Un engendro así no consigue una mujer o un muchacho como no sea pagando. O si no, es su chulo. ¡Un mercader de aceite de oliva! No te lo has tragado, ¿verdad? Es mercader, ya lo creo. Y hará un negocio excelente con los maces si te quita de delante a esa monada durante una o dos horas.

Mara está restregando bien a Coloso. Eso se le da mejor que recoger boñigas con la pala. Los demás aguadores se quejan de que quiere una cerrada ovación de la infantería y ración extra en la cena por cada paletada.

—Sin embargo —reconoce Ravi—, sabe manejar a los colmilludos. Es un don poco frecuente.

—No es ningún don. Siempre está dándole manzanas a Coloso en lugar de limpiarle la paja. Como siga así, lo mandaré con la infantería.

—Tienes celos de él.

—No —refunfuña Gajendra.

No son celos, es otra cosa. Observa cómo Mara se tira del pelo de la nuca, como si se buscara un rizo. ¿Sabe que resulta provocativo? Gajendra nunca ha sido de los que les va la pluma, pero éste tiene algo que lo pone nervioso.

Y además el muchacho se empeña en no dejarlo en paz.

Mara quiere saberlo todo, se pasa el rato dándole la lata, bien preguntando por el *ali baasawa*, la lengua que él y Ravi utilizan para controlar a sus elefantes, o

queriendo enterarse de los puntos *nila* donde el elefante es sensible: los *dangupola* para controlarlo, los *mara nila* o puntos mortales. Aprende que el *sonda nala* es la parte superior de la trompa y el *pasa dhana* es la rodilla.

Todos los días lo acosa con preguntas. ¿Por qué se dan la vuelta más despacio hacia la izquierda que hacia la derecha? ¿Por qué se meten mutuamente la trompa en las bocas de esa manera?

—Eres un esclavo —le contesta Gajendra—. ¿No puedes comportarte como tal? Para ser alguien a quien puedo vender al mejor postor estás muy seguro de ti mismo. —Ve que Cátaro los mira. Qué bruto tan feo—. No es tu tío, ¿verdad?

—Claro que sí —responde Mara.

Pero Gajendra se lo ve en los ojos. El chico es un mentiroso malísimo.

Gajendra es menudo, pero todo músculo. La primera impresión que Mara sacó de él era equivocada: no es persa sino asiático. Mara supone que algunos dirían que es bien parecido. No lleva barba ni bigote, es ágil y tiene cierto aire de autoridad.

Mara lo mira moverse entre los elefantes mientras los aguadores los lavan bien en el río, los examina a todos, uno por uno, tan tierno como si estuviera con sus hijos. Ellos parecen conocerlo también. Alargan las trompas y lo buscan tanteando, como un ciego que identificara un rostro. Chasquea los dedos para que acuda un chico a ocuparse de una herida de uno de los animales, riñe a otro por no traer suficiente comida. Habla con las bestias como si fueran bebés, con una cantinela, y las arrulla.

Hoy, como siempre, Coloso es el último en salir del agua. Mara se aleja sin rumbo en busca de un matorral donde hacer sus necesidades. Cuando alza la vista, ve que Coloso la ha seguido.

En ese momento oye que llega Gajendra. Se da la vuelta y, al tiempo que trata de ahuyentar al elefante, le dice:

—Vete.

Coloso se detiene, balancea la trompa y la mira barritando.

Gajendra aparece de repente entre los arbustos.

—¿Qué le has hecho? —le grita a Mara.

—No es culpa mía.

—¿Le has enseñado una señal secreta? ¿Por qué te sigue?

—¡No lo sé!

—Un elefante tiene un *mahavat*, sólo uno, ¿entiendes?

Le da a Coloso un suave golpecito con el gancho en la oreja y el animal vuelve la espalda de mala gana.

Esa noche Alejandro ordena que los elefantes estén preparados para una fiesta de boda. Gajendra manda pintar a una docena de sus colmilludos con llamativos colores, incluso las uñas. Emplean rojos, ocre y verdes, con círculos en torno a los ojos y dibujos sobre las trompas y los cuerpos. Incluso les ponen tocados como los que

llevarían para la batalla.

Cuando han terminado, deja a Ravi al mando y se retira temprano a la paja. Más tarde oye el sonido de tambores y flautas e intenta no pensar en lo que ocurre. El odio y los celos se cuajan en su interior como la leche cortada.

Es como si ella estuviera allí junto a él. Imagina cómo debe de ser apoyar la mano en su cadera mientras está tendida de costado, cómo debe de ser sentir su dulce aliento en la cara. El anhelo es tan urgente que da un gemido en voz alta.

Por último se levanta entre arcadas a vomitar en la hierba y, tras renunciar al sueño, se queda toda la noche levantado con los elefantes, con la vista clavada en el mar.

Capítulo 26

Gajendra está sentado en cuclillas en la ribera y parece como si le hubieran dicho que iba a morir al día siguiente. Se echa agua por la cabeza y clava la mirada en su reflejo. Su actitud despierta la curiosidad de Mara. Ha decidido que es un buen joven en general, aunque, a su juicio, demasiado dado al melodrama.

—¿Debo dejar que te ahogues en paz? —le pregunta.

—¿Qué haces aquí?

—Necesitaba intimidad.

—¿Por qué no buscas un árbol como los demás? ¿Siempre has sido tan melindroso?

—¿Puedo preguntar qué pasa? ¿Ha muerto uno de nuestros colmilludos?

—Oíste la fiesta de anoche. Alejandro le dio a nuestro elefantarca una de su harén.

—Qué muchacha tan afortunada.

Gajendra tira muy fuerte una piedra a la turbia agua.

—¿Querías a Nearco para ti?

—Anda, déjame.

—Pero ése no puede ser el motivo de que estés aquí llorándole al río. No es la muchacha, ¿no? ¿Pero cómo va un indio a conocer a una princesa?

—No soy simplemente un indio. Soy capitán de los elefantes.

—Un título imponente, pero tienes boñiga de elefante bajo las uñas, igual que el resto de nosotros. Eso no va a meterte a una princesa en la cama.

Gajendra se pone en pie. Mara comprende que está pensando en azotarla, y un hombre más cruel lo haría. En lugar de eso le pregunta:

—¿Alguna vez has estado con una mujer?

Mara niega con la cabeza.

—¿No piensas algunas veces en una muchacha y te parece que las pelotas van a estallarte si no la gozas?

—No he tenido ese gran placer.

—¿Es que te han hecho algo? ¿De verdad? ¿Nunca has pensado en una mujer hasta que no puedes dormir y el lingam se levanta todo el santo día? Mira. ¿Ves?

Mara no desea ver, pero mira de todas formas.

—Impresionante.

¿Así se ponía mi esposo por mí cuando estábamos casados? ¿Iba de acá para allá todo el día así? A Mara le gustaría creerlo, pero esta iniciación en los ritos masculinos

la abruma un poco para ser tan de mañana. En Cartago apenas estaría levantándose del lecho y llamando a las criadas para que le preparasen un melocotón y un baño caliente.

—¿Eso es lo que te parece a ti el amor?

—Es una parte de él. Me figuro que tú sólo piensas en los muchachos, ¿no?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Está claro. Ravi dice que eres un bailarín. ¿Es verdad?

De modo que todos creen que es un catamita. Bueno, era de esperar. Mara supone que, para su propia estima, es mejor eso y no que piensen que es un carretero sin trabajo.

—¿Por qué estoy hablando contigo así? Eres un esclavo y un saltarín que se contonea. ¿Qué sabes tú de amor, por cierto?

—Más de lo que te figuras.

—Quiero decir aquí, en el corazón. —Gajendra se golpea el pecho para reforzar la impresión de intenso sentimiento—. No el falso espectáculo que montabas para sacarle a un tipo su dinero con engaños.

—Eres tú quien piensa que soy un catamita. ¡Yo no he dicho que lo fuera! ¡Nunca he dado amor por dinero ni lo daré jamás!

—¿Qué eres, pues, con ese aspecto?

La pregunta espera una respuesta y es evidente que Mara no la tiene. Cátaro quiere que la crean cualquier cosa menos la hija de un noble.

—Una cosa sí que sé. El amor es mucho más que ir de acá para allá con dos palmos de cuerda tiesa en la barriga.

—No dejo de pensar en ella. Es la criatura más hermosa y más misteriosa que he visto nunca.

—No hay nada de misterioso en una mujer. Las mujeres son muy parecidas a ti, sólo que muchísimo más listas.

—¿Cómo va a entenderlo alguien como tú?

—Yo sé lo que es que alguien me admire por todas mis virtudes y me ame a pesar de mis peores defectos. ¿Ella va a hacer eso por ti? Lo único que tú ves es un objeto misterioso que deseas pensando sólo en tu propio bien. Pero no llames a eso amor. ¡Eso no tiene nada que ver con el amor!

A Gajendra lo sorprende su vehemencia. No sabe qué pensar. Ninguno de sus aguadores osaría jamás hablarle así. ¿Por qué lo tolera? Pero el catamita aún no ha terminado.

Mara está muy cerca, de modo que sus narices casi se rozan.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres arrogante y egocéntrico, pero que la hondura de tu compasión supera con mucho todos tus defectos, aunque no debería?

—Quizá Ravi.

—Pues entonces Ravi te ama. Pero si una mujer no te lo ha dicho nunca, por muchos agujeros en los que hayas metido esa... esa cosa, eres igual que yo. Un

virgencito. ¿Y esta Zahara a quien afirmas amar con tanta pasión? No es más que un sueño que te has inventado en la cabeza.

Gajendra palidece.

—Es hora de limpiar el corral de los elefantes —dice, y se marcha.

Capítulo 27

Alejandro da orden de marchar al ejército. Desea estar a las puertas de Siracusa antes de que Antípatro tenga ocasión de prepararse como es debido.

Los maces desmontan las sarissas de dieciocho pies en dos trozos, cada pelotón de ocho hombres los ata en un haz y dos soldados se turnan para llevarlo al hombro durante la marcha. Levantan el campamento con sus cascos de hierro, las causías, sujetos con correas delante, y los zapatos de cuero de buey colgando del cuello por los cordones de cuero.

Los carros, las mujeres y los mercaderes han de ir detrás como puedan. Hay sólo una bestia de carga para cada cinco hombres y un criado para diez. Los cuarenta elefantes de Alejandro los seguirán en fila india, con la comida y los pertrechos.

No será fácil. Un elefante necesita cada día fruta y forraje suficientes para llenar varios carros de bueyes, y agua como para crear un mar interior. De algún modo tendrán que proporcionárselos o dejar que las bestias busquen alimento solas, lo cual hará que vayan más lentos.

En la India tienen un dicho: *Para vengarte de un enemigo, primero cómprale un elefante.*

Gajendra se figura que Alejandro no tardará mucho en enterarse de la verdad que contiene el dicho.



Esa primera tarde, mientras marchan hacia el este desde la costa, ven una gran montaña que aparece a lo lejos. La gente de la zona la llama Etna. Una hora antes de la puesta de sol la orden de acampar se extiende por la fila.

Hay una granja cerca. Al granjero lo han advertido de que se aproximan y, como sabe que los maces le robarán los cerdos, los ha escondido lo mejor posible, encerrados en un establo de piedra al borde de un prado. Pero uno de los maces los oye chillar, llama a sus compañeros y echan abajo la puerta con un ariete de hierro que llevan para emplearlo en caso de asedio. Los cerdos se dispersan chillando por el campo y los soldados corren tras ellos entre risas.

Es una diversión graciosísima para todos menos para los cerdos y para el granjero, hasta que llegan a la carretera y los elefantes los ven. Entonces el juego se vuelve muy serio.

Gajendra, que camina junto a Coloso, ve venir a los cerdos. Da un grito de

advertencia, aunque sabe que es demasiado tarde. Coloso despliega las orejas y se vuelve para hacerles frente, barritando. Gajendra agarra a Ravi, que está muy cerca de él, y lo arrastra detrás de un árbol. Los soldados siguen riendo. Falta poco para que aquello deje de parecerles gracioso.

Coloso echa atrás la cabeza y grita, con las orejas separadas y la trompa bien levantada en el aire. Se lanza hacia delante, y los demás elefantes van detrás. Docenas de aguadores caen bajo las patas, atrapados en la carga. Gajendra ve que uno de los *mahavats* se pone delante de su elefante y le manda volver atrás con una seca orden y un fuerte porrazo con la aguijada. Es como intentar detener un carro sin freno empleando la razón pura. El colmilludo le pasa por encima. Gajendra se figura que la bestia, presa del pánico, ni siquiera se ha dado cuenta de que estaba allí.

Los caballos se espantan y corren, las carretas de bagaje vuelcan y ruedan por la ladera de la colina. Los carros se han convertido en tablas viejas, las ruedas con armazón de hierro quedan reducidas a leña menuda. Gajendra oye gritar a los hombres. No puede hacer nada hasta que aquello haya terminado.

Los colmilludos van valle abajo. Reina el caos: chillan los cerdos, chillan los hombres, chillan los elefantes.

Gajendra aguarda.

Cuando por fin sale de detrás del árbol, los elefantes se han ido. Por el suelo hay trapos ensangrentados y trozos de carne, que antes eran hombres. Los cerdos siguen chillando. ¿Nadie va a hacer callar a los cerdos? La mayoría de los carros no son más que leña. Los hombres van de acá para allá, aturdidos.

Gajendra retrocede corriendo por la columna, encuentra a uno de los agrianios, lo reconoce por la blanca túnica y el rostro tatuado.

—¡Busca a tus arqueros, matad enseguida a esos cerdos!

Al hombre lo sorprende que un indio le dé órdenes, pero entiende la lógica de lo que le dice y les grita a sus compañeros que procuren hacerlo.

Coloso se ha marchado entre los árboles hasta un angosto desfiladero. Gajendra ve temblar las copas de los árboles a medida que el animal pasa dando tumbos.

Gajendra va detrás. No es difícil encontrarlo. Es como si un escuadrón de caballería se hubiera abierto paso a galope por la vegetación, aplastando arbolillos y árboles jóvenes. Corre hasta perder el aliento y por fin da con él en un naranjal donde está comiendo.

Gajendra apoya una mano en el tronco de un árbol, la otra en la rodilla y se inclina para recobrar el aliento.

Coloso arranca las hojas de un joven árbol, se las mete en la boca y luego quiebra la rama. Cuando termina de masticar, expulsa la ramita despojada de corteza. Repite el procedimiento varias veces hasta que el árbol queda sin hojas.

Por fin la trompa se desvía hacia Gajendra al percibir su olor. Continúa comiendo, pero vuelve la cabeza constantemente y extiende la trompa para cerciorarse de que

sigue allí.

Patalea, como si no acabara de estar convencido de que aquellos pestilentes diablos de cola rizada hubieran desaparecido. No hay nada que hacer salvo esperar a que se tranquilice otra vez. Gajendra le habla, le canta la canción que le gusta oír cuando está herido.

Coloso continúa andando pesadamente por el huerto, elige otro árbol, engulle unas cuantas naranjas y arranca las hojas. Deja que Gajendra se acerque. Balancea la trompa y huele el aire otra vez, comprobando si hay aliento de cerdo y olor a cerdo. Parece satisfecho. Está claro que culpa a Gajendra de este contratiempo, pues se da la vuelta y lo mira bramando.

—Venga —murmura Gajendra—, ya todo está bien.

Se acerca un paso más y la trompa del elefante se enrosca en señal de desafío. Todavía no está listo para volver. Gajendra se queda donde está.

Oye pasos tras él. Es Mara, el aguador marica, que se detiene, colorado y sudando.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué corrían?

—Les tienen miedo a los cerdos.

—¿A los cerdos? ¿Los cerdos han hecho esto?

Coloso saquea otro naranjo. Un par de zarandeos y está medio arrancado del suelo con las raíces al aire. El animal recoge naranjas con la trompa y se las mete en la boca delicadamente, una a una. Luego da un paso hacia ellos y abre la boca, como si se riera. Es un gesto conciliador. Gajendra recoge más naranjas del suelo y se las tira a las fauces.

—¿Cuándo aprende un elefante a que le gusten las naranjas?

—Cuando no hay sandías que comer. ¿Qué haces tú aquí?

—Estaba preocupado por él.

—¿Estabas preocupado por un elefante?

Mara se acerca a Coloso.

—¡Elefante malo!

—¿Elefante malo? ¿Eso has dicho? ¡No es un bebé!

—Se comporta como si lo fuera.

—No, se comporta como un elefante. Le enseñas una cosa y él la hace, pero el resto del tiempo actúa por instinto. No cometas el error de pensar que es humano. Sólo hace lo que la naturaleza le ha enseñado, a menos que tú le enseñes lo contrario. Nada más.

Coloso despliega las orejas de nuevo, molesto por el tono alto de las voces. Gajendra nunca le ha visto hacer eso. ¿Qué más le da si le grito a un muchacho esclavo? Avanza hacia él, pero Coloso retrocede otra vez balanceando la trompa, decidiendo si quiere que se lo lleve.

Gajendra oye gritos en la columna, oye a un cerdo chillar cuando un arquero agriano le da caza. Comerán cerdo esta noche, pero va a costarles caro. Alejandro no

va a alegrarse cuando vea a los muertos amortajados y lo que queda de sus carros de bagaje.

Mara le pone una mano en el hombro como si fueran camaradas. Gajendra se lo sacude de encima. Debería mandarlo a la subasta de los traficantes de esclavos, conseguir un precio justo y deshacerse de él. La caridad está muy bien, pero esto es pura insolencia.

—¿Lo convencerás para que vuelva al campamento? —pregunta el chico.

—En cuanto se calme. A un grandullón como éste no se le intimida. Vendrá cuando esté preparado.

Por fin Coloso lo deja acercarse. Gajendra le da un suave golpe en la trompa con el *ankus*.

—Aana.

A regañadientes, Coloso lo sigue.

—¿Ves? —le dice Gajendra a Mara—, corre por instinto y regresa gracias al adiestramiento. Los elefantes, ya se sabe. No hay nada más.

Cuando llegan a la carretera, se enfrentan con el caos. A dos hombres los han llevado a rastras al lado del camino, muertos. Otros cinco han resultado heridos. Tres carros han quedado reducidos a astillas a fuerza de pisotones, y hay equipo de asedio y sacos de verduras y de corazas esparcidos por todo el camino.

Gajendra encuentra a Ravi.

—¿Dónde están los demás elefantes?

—Hemos encontrado a la mitad en el valle de al lado. A esos imbéciles —señala con una inclinación de cabeza a los maces que destripan una cerda— les parece que todo esto es una broma.

Ravi conduce de vuelta a Ran Bagha camino arriba. Coloso sigue inquieto, no hace más que detenerse a investigar el aire. Aún huele a los cerdos y no le gustan más porque estén muertos. Ran Bagha encuentra a Coloso y le mete la trompa en la boca. Se arriman buscando consuelo. Es un extraño espectáculo, estas dos bestias descomunales tan turbadas por unos cuantos cochinos.

Alguien ya ha empezado a preparar una pira para los dos aguadores que no se apartaron con suficiente rapidez... o para lo que queda de ellos.

Alejandro vuelve a caballo desde la vanguardia con dos de sus oficiales.

—¿Qué ha pasado aquí?

Parece más asombrado que enfadado. Lleva consigo al público de costumbre: Pérdicas, Nearco y algunos de sus intrépidos persas. Los caballos están nerviosos en presencia de los elefantes. Después de todo el adiestramiento se puede evitar que salgan de estampida pero no les gusta estar tan cerca. Dan tirones de las riendas y clavan la mirada en los colmilludos con los ojos desencajados.

—Los elefantes se asustaron —responde Gajendra—. Vuestros soldados soltaron unos cerdos entre ellos.

—¿Les tienen miedo a los cerdos? —dice un persa—. ¡Qué maravilla son

nuestras nuevas máquinas de guerra!

Nearco menea la cabeza. Gajendra se imagina que piensa: Alejandro me ha dado el mando de éstos. ¿Lo hizo para ascenderme o para humillarme?

Los persas rezongan entre sí: tenían estas bestias en Gaugamela e Issos, ¿y de qué les sirvió? Lo único que hacen es comerse toda la comida y asustar a todos los caballos.

—¿Hay algo más a lo que tus elefantes tengan miedo? —le pregunta Alejandro—. ¿Deberíamos atar a todas las ovejas y ratones de la isla?

—Sólo son los cerdos. No les gustan los cerdos.

—Esperemos que causen tanto daño al ejército de Antípatro como le han hecho al mío.

En ese momento Coloso hace algo que Gajendra no se esperaba: despliega las orejas y da un paso hacia Alejandro con la trompa levantada. El caballo árabe de Alejandro se espanta, dilata los ollares. Incluso el general se queda sorprendido. No está acostumbrado a encontrar agresividad en su propio bando, ni siquiera en un elefante.

Gajendra le da un golpecito con el *ankus* y Coloso se aplaca. Bestia y hombre se miran.

Alejandro sigue adelante.

Los persas no se resisten a lanzar una última burla. Uno de ellos se inclina desde el caballo al pasar por delante y le grita a Ravi:

—¡Oink, oink!

Luego se echa a reír y se aleja.

Capítulo 28

Próximo el atardecer, al amparo de los árboles, llevan a los elefantes hasta el río. Coloso expresa con un bramido su aprobación y deambula río abajo. Cátaro y Mara se ponen a trabajar con la piedra pómez y los cepillos. Tras los preocupantes acontecimientos de la tarde, parece que el animal ha recuperado su serenidad. Está alegre y se rocía, y los rocía, de espesa agua verde.

Luego se acerca pesadamente a la orilla y va en busca de un tentempié. A pesar de todo su tamaño es delicado. Con la trompa rodea un manojo de hierba, lo huele y de un tirón lo arranca del suelo. Le da un golpecito en la pata delantera para que caiga la tierra y se lo mete en el lado de la boca, dejando fuera sólo las raíces. Devora el bocado con aire pensativo antes de pasar al siguiente.

Unos soldados salen de la orilla bordeada de árboles, una presencia que no augura nada bueno. No dicen nada, se limitan a observar. Mara sabe lo que quieren. Confía en que si no levanta la vista seguirán adelante, aunque no es tan tonta como para creérselo.

Por su aspecto los maces son veteranos que llevan en campaña veinte o treinta años, llenos de costurones y de arrugas, algunos con canas en el pelo. El cabecilla es un tipo campechano con una cicatriz que le cruza el ojo izquierdo. Parece como si estuviese hecho de cera, se hubiera acercado demasiado a una llama y se le hubiera derretido. Otro la mira fijamente como un lobo que pensara en el desayuno. Detrás, bajo el árbol, un tercero, de actitud más furtiva que los otros, toquetea la espada que lleva en el cinto y parece no acabar de decidirse entre la sodomía y la degollación. Por último avanza uno más joven, de risa estridente.

Su esposo nunca la miró así, ni siquiera cuando había estado meses fuera. A Mara le parece que algunos hombres odian justo aquello que codician. Hay un veneno en ellos, y cuando les supura va derecho a la entrepierna.

—¿Cómo te llamas, chico? Venga, no seas tímido. No mordemos.

El que Mara no les haga caso únicamente los incita más.

—Apuesto a que tu lindo culito no es virgen, así que no te pongas esquivo conmigo. Ven acá, no somos bestias del campo, te trataremos muy bien. Toma —dice, y tira una moneda al barro—. Aquí tienes una moneda por las molestias. No dirás que no somos generosos.

—Quisiera untarlo de grasa como un lechón y ensartarlo hasta las asaduras —dice el del cuchillo—. Venga, dejémonos de tonterías, ¡si no quiere favorecernos como debe, lo enseñaremos a inclinarse ante Macedonia, como si fuéramos Alejandro! —

Se echa mano a la entrepierna—. Tengo una cosa aquí mismo a la que puede rezarle.

Uno de ellos la agarra por el brazo y la saca de los bajíos a tirones. Mara alarga una mano para apartarlo de un empujón. El olor de aquel hombre es peor que ninguna otra cosa. En ese instante oye que Cátaro retrocede por los bajíos. Esto ya no va a terminar bien.

El mace se ríe al verla forcejear, eso es lo que le gusta. La coge con ambos brazos y la lleva de vuelta hacia donde están los otros.

—¿Buscáis pelea, chicos? —dice Cátaro.

—¿Quién es ése? —grita uno de ellos—. ¿Habla en serio? Si lo que cago es más grande que él.

—Y lo que yo cago es más *bonito* que él.

Cátaro sonríe. Hasta ahora ha tenido un día aburrido. No es la primera vez que Mara ve esa expresión. Es la expresión de un crío a quien alguien le ha dado un juguete nuevo para jugar.

—Venga, devuélveme al chaval. Si no le hacéis daño, no os pasará nada.

Es un chiste estupendo, desde luego. El grandullón aparta bruscamente a Mara y pone las manos en jarras. Lanza una mirada a sus amigos, compartiendo la broma.

—¿Y qué harás tú, so monstruito? ¿Arrancarme las rótulas de un mordisco?

Cátaro sale del río y atraviesa con paso airoso la hierba. Sonríe. Recoger boñigas con las manos, frotar bien el lomo de un elefante mientras se te mea encima, aguantar el hedor y la falta de respeto... bueno, eso le da igual, todo pertenece al trabajo de una jornada. Está acostumbrado a las penalidades.

Pero para lo que Cátaro vive de verdad es para esto: si lo llamas monstruo y lo desafías a pelear, ya vuelve a arreglarse todo. Le resplandece el rostro.

El grandullón no comprende lo que ocurre a continuación. Mara casi siente lástima de él. Cátaro es rápido y malo. La ventaja de todos los perros es que son rápidos, levantan poco del suelo y resulta difícil alcanzarlos para pegarles. Cátaro tiene esas mismas virtudes.

Un súbito borrón de movimiento y el mace cae con una rodilla rota y las partes masculinas machacadas, y Cátaro está arrodillado sobre su cuello, decidiendo si partírselo o no.

Entonces todo es actividad. Los otros tres, consternados por lo ocurrido a su compañero, sacan las armas e intervienen. Son profesionales aguerridos. Las peleas también son lo suyo. Todos llevan cuchillos en el cinturón y saben lo que hacen.

Cátaro tiene un cuchillo escondido en la túnica de cuero. Se lo robó a un bactriano en cuanto se recuperó de la herida. Un soldado se habitúa a combatir contra hombres de su tamaño. Luchar contra alguien más bajo no es por fuerza una ventaja: la velocidad y meterse debajo lo es todo. La pelea termina enseguida. Dos o tres gestos enérgicos y veloces y uno cae con los tendones de las corvas cortados y el otro está chillando y agarrándose las partes masculinas, que le sangran profusamente.

Pero el que queda es rápido también y está detrás de Cátaro con el cuchillo

levantado. El protector de Mara ve venir el golpe, pero no puede hacer nada para defenderse.

Una sombra le tapa el sol. El hombre levanta la mirada y ve que Coloso se cierne sobre él. El colmilludo le enrolla la trompa alrededor del pecho y, despreocupadamente, lo estrella contra un árbol. Se oye un ruido sordo y húmedo, como si se lanzara una sandía contra una pared. La cabeza del hombre se revienta.

Coloso lo deja caer en el suelo y se queda vigilándolo, balanceando la trompa, como si lo retara a levantarse una vez más. Pero no hay posibilidad alguna de que eso ocurra.

Los aguadores llegan con estrépito por entre los arbustos para ver qué ha pasado. Encuentran a Cátaro allí de pie con un cuchillo en la mano, a tres curtidos soldados de infantería en el barro manchado de sangre, dando alaridos, y a otro hecho papilla bajo una higuera.

Cátaro limpia la hoja del cuchillo en la túnica de uno de ellos y pone a Mara en pie de un tirón. Ahora Mara sabe por qué su padre lo valoraba tanto. Aunque se ha hecho para defenderla, ha sido una exhibición escalofriante.

Cuatro de los mejores soldados de la falange de Alejandro, hombres que cargan con una sarissa de dieciocho pies todo el día y se enfrentan a interminables cargas de infantería, y aquí están, esparcidos por la orilla del río como si fueran el almuerzo de una hiena.

Cuando Gajendra llega, clava la mirada en la escena, desconcertado. Quiere saber cómo ha sucedido. Los aguadores hablan entre dientes y se miran los pies. Cátaro dice que los maces tropezaron con una piedra. Unos echan la culpa al elefante, otros culpan a Cátaro. Un ocurrente afirma que es un suicidio ritual.

Gajendra mira a Mara y lo señala con el dedo.

—Es culpa tuya —dice, y se va con paso airado.

Nearco encuentra a Gajendra y lo agarra por el codo. Lo lleva por la Hilera de los Elefantes adonde no los oigan los otros *mahavats* y los aguadores.

—¿Has oído lo que ha pasado? —Parece agobiado. Como elefantarca tendrá que explicárselo a Alejandro. No le agrada la idea de que un retaco y tatuado *gugga* mate a buenos soldados macedonios—. ¿Quién es el demonio que lo ha hecho?

—Aquellos hombres intentaron violar a uno de mis aguadores.

Nearco se queda perplejo. Muy bien, ¿y cuál es el problema?

—¿Era guapo el aguador?

—¿Importa eso?

—Quizá fuera él quien los provocara.

—¿Por ser guapo?

—Fuera quien fuese el que les hizo eso a esos hombres, hay que encontrarlo. No puede quedar impune.

—¿Qué le harán?

De nuevo Nearco parece quedarse confundido. Lo asombra que Gajendra esté tan preocupado.

—Lo crucificarán, supongo.

—Muy bien. Te diré cómo se llama. Fue Coloso.

—Un elefante no le acuchilla las corvas a un hombre ni le corta las pelotas.

—Eso depende de cuánto lo irriten.

—Los hombres dicen que fue un demonio del tamaño de un niño. Tiene la cara tatuada.

—El elefante estaba protegiendo al *mahavat*. Él causó todos los daños.

—Lo último que me hace falta es esta clase de problemas.

—No habrá más problemas después de esto, ¿no crees?

—Tienes razón. —Nearco meneaba la cabeza—. Deshazte de él.

—¿De quién?

—Del niño bonito. Sólo es un acicate para los demás.

—Se le da bien el trabajo.

—¿Recoger mierda? Para eso no hace falta que te dé clases Aristóteles.

En ese momento los dos miran al otro lado y ven a Mara de pie, detrás de Coloso, con las manos amarillas de boñiga, metido hasta las rodillas en barro y con la boca abierta de agotamiento. Es como si el chico no hubiera trabajado ni un día siquiera en su vida.

—Es un inútil y causa problemas —repite Nearco—. Deshazte de él.

Y, dada la orden, se va.

Capítulo 29

Una neblina de fría llovizna cae de las montañas por el oeste. Cátaro se limpia la boca de grasa de cerdo con el dorso de la mano. La luz de la hoguera proyecta sombras sobre su cara. De repente hace frío. A lo lejos el fulgor de los relámpagos pasa rozando el volcán.

—Tenemos que matarlo —le susurra Mara en la oscuridad.

—¿A quién?

—A Alejandro.

Cátaro no le contesta.

—Yo puedo hacerlo. Sólo tengo que acercarme. —Sube bruscamente un cuchillo imaginario con el puño derecho—. No tendrá coraza ni espada. No puede ser tan difícil.

—¿A cuántos hombres has matado, princesa?

—No soy una princesa.

—Y tampoco eres un asesino. Pero yo sí, y deja que te diga que no es tarea fácil matar a un hombre. Por lo general, he descubierto que la mayoría prefiere vivir a no vivir y planta cara. También debes saber dónde metes el cuchillo. Un hombre herido peleará como diez y te partirá el cuello aunque sangre.

—Entonces, ¿no quieres ayudarme?

Cátaro da un suspiro.

—A la primera oportunidad que tengamos, nos escabulliremos. No nos vigilan. Si cruzamos esas montañas podemos dirigirnos a la guarnición de Panormo. Cartago tal vez haya muerto, pero aún quedan sus colonias que nos recibirán bien.

—No.

—¿No?

—Ya te he dicho lo que me propongo hacer.

—Bueno, pues no dejaré que lo hagas, aunque de todos modos no es más que el sueño de una niña tonta. Y si no quieres irte, te llevaré cargada al hombro.

—No será tan fácil salir sin llamar la atención si voy dando gritos y forcejeando. No pienso marcharme hasta que Alejandro no esté muerto.

—Eso no es lo que tu padre me ordenó que hiciera.

—Mi padre murió. Tal vez me consideres una débil mujer, Cátaro, pero si lo haces, cometes un grave error.

Recuerda a su esposo diciéndole adiós con la mano mientras el trirreme se alejaba del muelle, con su hijito junto a él y las gaviotas chillando alrededor de la popa. Él

nunca la consideró débil. Él le decía que tenía coraje y escuchaba sus consejos, como ella escuchaba los de él.

Pero luego piensa en la noche en que su pequeñita murió, cómo había cogido el puñal de su esposo y se lo había llevado a la muñeca, cómo había visto el hilillo de sangre que le resbalaba por el brazo. Pero no pudo terminar el trabajo. La mano le temblaba tanto que dejó caer el cuchillo al suelo. ¿Y ahora crees que te acercarás a Alejandro y le clavarás la punta en las tripas sin estremecerte?

Se figura que ve a su esposo sonriéndole. Ay, gorriona, no puedes pisar un caracol sin disculparte, ¿y crees que degollarás al guerrero más grande del mundo?

Cátaro tiene razón. Soy demasiado débil.

—Una vez estuviste tan harta de la vida que te escondiste en el templo —dice Cátaro.

—Sigo estando harta de la vida. Eso significa que no me queda nada que temer.

—No te dejaré hacerlo.

—Entonces tendrás que encontrar un modo de detenerme.

Cátaro infla las mejillas.

—¿Sabes cuál fue el error de tu padre?

—Me lo dirás de todas maneras.

—No te pegó lo suficiente.

—¿Estás amenazándome?

—Tú no eres mi hija. Pero si lo fueras, no habrías salido tan mimada.

—No te gusto, ¿verdad, Cátaro?

—No me corresponde a mí tener una opinión en un sentido o en otro, princesa. Soy el criado de tu padre.

—¿Por qué eres tan fiel? Ya no te paga tu salario.

—Nunca he trabajado por jornal. Al menos no para tu padre.

—Entonces, ¿qué le debes?

—Eso es asunto nuestro. Mi labor es llevarte a lugar seguro. Ahora que mi herida está curada, calculo que andando tardaré seis días. Doce tirando de ti. A mí me da igual.

Lo dice sin rencor. No pretende ser un insulto, se limita a hacer sus cálculos en voz alta. Mara está a punto de decirle que puede andar seis días igual que él, pero no es cierto. Antes no había caminado más lejos que hasta el extremo del jardín.

Pero no tendrá que averiguar si es capaz de ir a pie hasta Panormo. A pesar de lo que diga Cátaro, buscará la forma de matar a Alejandro.

Capítulo 30

Esto es algo que haría Alejandro: atacar cuando deberías estar a millas de distancia y el enemigo no te espera. El ejército de Alejandro avanza ocupando una extensión de millas, él va en vanguardia con la caballería y los elefantes ocupan la retaguardia.

No cuentan con encontrar a Antípatro hasta el día siguiente.

Por si acaso, Alejandro manda que su caballería barra el valle en una amplia W, empleando jinetes y exploradores. De un modo u otro, los hombres de Antípatro esquivan la trampa.

Hace una tarde calurosa. Algunos dormitan en las sillas de montar, y los que caminan junto a la columna tienen las cabezas gachas para protegerse los ojos del brillante sol. Van pensando en agua, en cenar y en descansar. De pronto Gajendra nota el temblor bajo los pies y cree que es un terremoto o el lejano volcán. Los jinetes salen del sol. El primer aviso: cuando ven los destellos del sol en los cascos y las espadas.

Se acercan rápidamente, manan de la tierra como muertos que se levantan sobre caballos fantasmales. Gajendra sospecha que han utilizado un barranco para ocultarse. Ya están a menos de dos tiros de flecha, y la infantería de la retaguardia no tiene tiempo de reaccionar, está demasiado lejos.

Van derechos hacia los elefantes.

Coloso los huele también. Se detiene, extiende las orejas y mira las colinas mientras prueba el aire con la trompa. Brama una advertencia a los demás elefantes.

—¡Dadles la vuelta! ¡Ponedlos en línea de combate! ¡Daos prisa!

De repente el ejército se mueve. Pero es pánico y no un movimiento ordenado. Nadie se esperaba esto. Debían atacar de improviso a un enemigo que no estaba listo para que llegaran, no caer ellos en una emboscada. Algunos de los *mahavats*, los que tienen más presencia de ánimo, se suben atropelladamente a los cuellos de sus elefantes y se disponen a plantar cara. Pero varios de los colmilludos ya han huido.

Gajendra mira hacia delante. Nearco está en vanguardia con Alejandro, ni siquiera alcanza a verlo. Nadie puede salvar a los colmilludos menos él. Manda a un jinete para avisar a Nearco, aunque se figura que mucho antes de que llegue allí oirán el alboroto. Para entonces será demasiado tarde.

Los arqueros están en la retaguardia con la infantería, así que sólo tiene a mano un pelotón de agrianos que acaso logren hacer frente a los jinetes si forman a tiempo. Los elefantes no llevan armadura que los proteja de un ataque rápido y organizado.

Gajendra podría mandarles dar la vuelta y correr, pero los caballos los adelantarían. Si rompen la línea serán presa fácil.

Los *mahavats* se arremolinan, aturdidos. Coge a uno y le grita una orden a la cara. —Monta en tu colmilludo, dile a los demás que hagan lo mismo. ¡*Enseguida!*

El hombre clava la mirada en él con los ojos como platos, pero lo entiende. Obedece. Los asaltantes ya están sólo a un tiro de flecha. Gajendra elabora un plan mental de cómo podría resultar esto. La clave son los caballos. ¿Cuánto se acercarán?



Hay un carro con lanzas, algunas corazas. No hay tiempo para corazas. Coged las jabalinas y haced lo que podáis.

Mantened a los colmilludos juntos, que estén cerca para que ellos no se adentren. Si los separamos, los liquidarán uno a uno. Poned al resto de los hombres en la parte de fuera para proteger los flancos.

Echa mano a una lanza y vuelve corriendo a la línea. Nadie tiene coraza, ni siquiera casco. Alza la mirada hacia la vanguardia. Hay movimiento por allí. Alejandro ya ha visto el peligro, pero no queda tiempo.

Al menos los agrianos saben lo que hacen, no hay que decírselo. Les dará tiempo a lanzar un solo dardo antes de que los jinetes pasen, y va a ser difícil darle a un jinete montado en un rápido caballo. Ellos mismos estarán al alcance de sus jabalinas entonces, y sólo pueden protegerse con sus escudos. Dentro de unos instantes la mitad de estos hombres a los que está gritando órdenes quizá haya muerto.

Mira por encima del hombro. Ravi ha formado a los elefantes en una desordenada línea. Coloso es el único colmilludo sin jinete. Otro al final de la línea barrita y se escabulle. Así pues, todas las sesiones de adiestramiento no sirven de nada.

Siente el vibrar de los cascos de caballo en los pies. Los que atacan son númeridas, casi desnudos salvo por sus mantos de piel de leopardo; jinetes de piel negra que montan a pelo y a los que se considera los mejores del mundo. ¿De dónde han venido?

Cartago aún tiene colonias en el norte de la isla, en Lilibeo y Panormo. A estos chicos los han mandado desde allí por rencor.

Los lebreles de los agrianos aúllan, tirando de las correas. Una lluvia de flechas cruza silbando el aire, y les responde el centelleo de sus jabalinas. Algunos caballos caen, y también unos cuantos jinetes, no tantos como para que se detenga la carga. Los agrianos rompen filas, vuelven cruzando la línea.

Gajendra mira a su alrededor para montar en Coloso pero es demasiado tarde. Coloso no tiene intención de esperarlo. Sale corriendo de la línea para enfrentarse al peligro. Esto es algo que los númeridas no se esperaban, y la línea de los escaramuzadores se rompe y fluye en torno a él como una ola. Los demás elefantes

van detrás, quieran o no sus *mahavats*. Eso provoca el pánico entre los caballos, y algunos de ellos se espantan, se encabritan y salen de estampida, aterrorizados por el olor y el tamaño de los elefantes.

Gajendra mira a su alrededor. Un jinete se ha abierto paso y ya casi lo tiene encima. Alza la mirada justo a tiempo, hurta el cuerpo para apartarse de la punta de la lanza y se la arranca de las manos. El hombre da un grito al caer al suelo, mientras su caballo continúa galopando ciegamente. Al instante Gajendra se abalanza sobre el jinete, con el cuchillo en la mano, y ataca al cuello. Nunca había matado a un hombre, no de cerca, pero no hay tiempo de pensar. La sangre le salpica la cara y las manos.

Los ojos del hombre se clavan en los suyos mientras muere. Gajendra se queda completamente inmóvil. De momento está demasiado anonadado por lo que ha hecho como para proseguir con la batalla. Una cosa es arrojar una lanza y no ver dónde cae. Otra, tener en las manos la caliente sangre de un hombre.

—¡Ponte detrás de mí! —grita Cátaro al ver a los jinetes. Sigue a Gajendra hasta el carro y encuentra una lanza y una falcata, una espada de doble filo. Agarra a Mara por el brazo y trata de apartarla a rastras—. ¡Sólo somos galopines de estiércol! —grita—. Es su lucha, no la nuestra.

Mara mira a su alrededor. A Coloso lo han separado del resto de los colmilludos. Carga contra los atacantes, y los caballos se dejan llevar por el pánico y huyen. Uno de los jinetes cae pero se levanta como puede, aún con un arco en la mano. Coloso barrita indignado cuando la flecha penetra en su desprotegida paletilla.

Mara se revuelve, se zafa del agarrón de Cátaro y corre hacia la lucha. Se detiene a recoger una corta espada de uno de los jinetes caídos, que ahora yace retorcido y ensangrentado en la hierba. Cátaro no tiene más remedio que ir detrás.

Gajendra oye un grito de advertencia, un grito agudo. Alza la mirada y ve que uno de los jinetes se precipita sobre él, a pie y blandiendo una espada. El primer golpe está a punto de dejarlo sin cabeza, pero en el último segundo retrocede con paso vacilante justo fuera de su alcance. El jinete sin caballo levanta la espada de nuevo y Gajendra sabe que va a morir.

Es un instante. Ve el futuro y está lleno de gusanos. Pero de pronto el hombre grita y cae de rodillas. Tiene una daga clavada en la nuca, y detrás de él Gajendra ve al elefantero.

La luz se apaga en los ojos del hombre. Parece levemente sorprendido.

Gajendra busca apresuradamente su arma y mira a su alrededor.

El ataque se ha debilitado, los caballos de quienes atacaban se han asustado de los elefantes. Pero los colmilludos han roto la línea y pululan sin orden. Varios han recibido flechazos y la sangre les corre por las patas o los flancos.

Gajendra admira el valor de los hombres que se enfrentan a ellos. Un puñado ha

saltado de los caballos y, a pie, persigue a los elefantes. Uno se ha metido como una flecha bajo las patas de un elefante llamado Futuh y le ha clavado una lanza en el vientre. Tras aplastar a uno de sus torturadores a pisotones, Asaman Shukoh escapa, pero otro jinete vuelve a montar en su caballo y va tras él.

El *mahavat* cae atravesado por una flecha y su elefante lo vigila, protegiéndolo de nuevos atropellos, aunque es evidente que está muerto. Ahora tres de los atacantes lo han elegido como el objetivo idóneo e intentan llegar a sus patas traseras con lanzas y cortas espadas.

El animal barrita y corre en círculo sin moverse del sitio, pero por fin se prepara, carga contra uno de los hombres y lo derriba. Los otros dos se apresuran a acercarse y comienzan a darle tajos en los jarretes con sus cimitarras. Chillando, se vuelve contra ellos y aparta a uno a un lado con la trompa, pero el otro hunde la espada en él. Un nuevo número vuelve y lo desjarreta, y la enorme bestia barrita entre horribles dolores y cae.

Coloso ha aplastado bajo las patas a otro de sus torturadores en el polvo junto con su caballo. Tiene otro flechazo en la pata trasera izquierda y esto lo enfurece más aún. Apresa a uno de sus torturadores con la trompa y se arrodilla encima de él.

Otro se ha puesto de pie a duras penas y se le ha metido debajo con una lanza. Está a punto de clavársela, pero Mara corre hacia él gritando y lo distrae el tiempo suficiente como para que se dirija hacia ella en lugar de hacia el elefante. Momentos después Cátaro, que llega corriendo a toda velocidad, lo golpea en la espalda y lo hace caer al suelo. Se da la vuelta y lo despacha hábilmente de una cuchillada.

El compatriota del muerto se precipita sobre el hombrecillo y lo hiere de un lanzazo. Cátaro cae agarrándose el muslo. Se aferra al astil para que el otro no lo saque. Eso le da tiempo a Gajendra para atravesar al agresor con su lanza.

Pero el hombre no se muere, y Gajendra se queda mirándolo fijamente, incapaz de terminar el trabajo. Es Cátaro quien se acerca a rastras y concluye la faena.

Alejandro y su guardia ya están allí, galopando por entre el tumulto, y los atacantes escapan hacia las montañas. A decir verdad, casi todos ya se han dado a la fuga, asustados por la carga de Coloso. Nearco manda la caballería que los persigue.

El general lleva su caballo por la línea de la columna. Si lo sorprende lo sucedido, no lo demuestra. Se inclina desde la silla de montar para darles palmaditas en el hombro a los heridos, ríe con sus tenientes haciendo comentarios sobre los cuerpos del enemigo caído. Los hombres aún lo vitorean cuando pasa por delante.

El sol se pone detrás de las montañas. Encienden antorchas y preparan las hogueras. Ya no hace falta ocultar su presencia. Alguien sabe exactamente dónde están.

Gajendra escupe el polvo de la boca. Busca a Mara y al otro aguador.

—¿Estás bien? —le pregunta a Cátaro.

Pero éste se limita a gruñir y se desmaya.

Ravi llega en ese momento.

—¿Dónde está Hércules? —pregunta. Ve al bonito galopín de estiércol sentado en cuclillas, llorando—. Vaya, qué magnífico héroe. Mata a un hombre y luego se sienta a llorar por haberlo matado. No van a levantarle una estatua en el monte Olimpo un día de éstos.

—Nunca había matado a un hombre —contesta Mara.

—Pues estás en un ejército y esto es una guerra, así que, si te paras a pensar, es inevitable.

—Creía que sería más difícil.

—No si tienes un cuchillo en la mano.

—Me has salvado la vida —dice Gajendra.

Uno de los *mahavats* le echa agua por encima a Cátaro para despertarlo. La lanza sigue clavada en el muslo y Cátaro se incorpora, la agarra con las dos manos y trata de sacársela.

—Deja eso —le dice Gajendra—. El cirujano tendrá que darle la vuelta.

Con una espada, le desmocha el astil.

Cuando se disipa el polvo ve dos montículos grises tendidos en la tierra, uno de ellos inmóvil, el otro chillando de dolor. Coloso está allí, vigilando al colmilludo herido, con la cabeza gacha, mientras del flechazo de la paletilla le chorrea sangre.

Gajendra le habla, le dice lo valeroso guerrero que es y lo bien que ha combatido. Habrá raciones extra para todos los elefantes esta noche. Pero le preocupa cuántos de los otros echaron a correr a la primera señal de problemas. ¿Qué harán cuando entren en combate contra una caballería que no flaquea?

Alejandro se acerca al galope.

—¿Sólo has perdido dos?

¿Sólo dos?

—Futuh y Asaman Shukoh —responde, molesto porque Alejandro no sepa cómo se llaman. ¿No acaban de sangrar y morir por él?

—¿Quién organizó la defensa?

—Yo.

—Lo has hecho bien. Tendrás una distinción por esto.

Los otros elefantes, los que no han escapado, se reúnen en torno a sus dos compañeros caídos, como dolientes en un funeral. Los tocan con las trompas, consuelan a Asaman Shukoh cuando éste grita, dan un bramido que se oye en Siracusa.

Alejandro va por la línea, seguido de los generales, ordena que acuda más caballería a la retaguardia. Al Invencible, al Rey de Asia, se le han vuelto las tornas. Parece imperturbable, más preocupado por la suerte del colmilludo muerto.

—Bien, descuartizadlo, chicos. Ahora tenemos suficiente comida para el ejército. Carne de cerdo anoche, colmilludo esta noche. Mientras tengamos carne, muchachos,

¡marcharemos hasta la misma Roma!

Capítulo 31

Han llevado a los heridos a una tienda de campaña montada a toda prisa, y los médicos trabajan, cosiendo heridas y sacando lengüetas de flecha sin muchos miramientos. Los hombres gritan. No hay forma de entenderse.

Cátaro yace con la mirada clavada en el techo de la tienda. Está claro que se ha visto así las suficientes veces como para que ya no le dé ninguna importancia a su sufrimiento. Ravi tenía razón: nada de mercader, nada de sobrino, ninguno de los dos. No es que Gajendra quiera desenmascararlos. No le gusta el hombrecillo pero se alegra de que esté en su bando, y al catamita le debe la vida.

Cátaro ni siquiera parece parpadear. Se diría que está muerto si no fuera por los dedos de la mano derecha, que tamborilean una especie de ritmo en la hierba mientras espera a que el médico lo atienda. Es un tipo jovial, a quien no parecen afectar los agudos dolores de los otros. Gajendra observa con detenimiento su cuerpo, el poco cuerpo que tiene, ve que es dueño de una colección de cicatrices que no avergonzaría a uno de los veteranos más antiguos de Alejandro.

Cátaro hace un ruido, algo entre gruñido y maldición, cuando le sacan la lanza. Si hubiera sido yo, piensa Gajendra, habría gritado y habría tratado de arrancarle la cabeza al médico.

—Otra herida, Cátaro, ¿pero dónde han encontrado sitio para hacértela?

Cátaro frunce el ceño y no dice nada.

—No eres mercader, ¿no? ¿Quién eres de verdad?

—No soy más que un pateador de boñigas con una lanza en la pierna. Ya no tengo pasado.

—¿Qué significan esos tatuajes de tu cara?

—Dicen *ocúpate de tus asuntos* en árabe, griego y cualquier otra condenada lengua que se te ocurra.

—Has luchado bien. Debería estar agradecido pero sólo siento recelo.

—Si tan bien hubiera luchado, no estaría echado aquí sangrando por todas partes. Pero he luchado mejor que tú. Tú terminas un solo combate y te pones como si hubieras fulminado al mismo Zeus.

—Tu presunto sobrino es un tipo igual de valiente y tiene mejores modales.

—Si sabes usar un cuchillo, no necesitas modales.

Gajendra no va a sacar nada en limpio con este tipo. Lo deja que sangre y se recupere todo lo que pueda.

El campamento está repleto de guardias, y hay hogueras encendidas por el recinto entero. Los gritos de un prisionero tomado durante la incursión de ese día resuenan en el campamento. Alejandro ha ordenado que lo torturen por simple despecho.

Gajendra y Mara encuentran a Coloso encadenado a un árbol. Le han amontonado unas cuantas pacas de alfalfa delante y está consolándose con la comida. Aún tiene clavada una flecha en la paletilla. Le llega el olor de Mara, pero, como todos los elefantes, no ve muy bien y tiene que confirmar quién es con la trompa. Hace un ruido sordo en lo hondo de la panza. Es a la vez saludo y petición de auxilio.

Gajendra empieza a trabajar. Nota que Mara lo observa.

—No tienes por qué estar aquí, chico. Ve a tomarte la cena.

—No quiero nada. Ya sabes lo que están comiendo.

—Bueno, no podían dejarlo pudrirse allí.

—¿Te comerás a Coloso si se muere?

—Éste es distinto.

—¿En qué sentido?

—Es el mío.

—Qué elefante tan afortunado.

¿Coquetea otra vez? Está demasiado cerca. Mara le pone una mano en el hombro.

Gajendra se aparta.

—Me has salvado la vida hoy —dice—. No creía que fueras capaz de hacerlo.

—Yo tampoco.

—Te haremos más fuerte al final.

—Eso es lo que necesito. Hacerme más fuerte. Mi padre se alegraría.

Es un comentario curioso. Se pone junto a la cabeza de la bestia y le habla en susurros. Pocas personas querrían acercarse a Coloso siquiera, y menos hablar con él así.

—¿Cómo es? —pregunta Mara.

—¿Quién?

—Alejandro.

Gajendra se queda pensativo.

—Uno de sus guardias me hizo un comentario cuando veníamos desde Babilonia. Me dijo que Alejandro duerme con dos cosas bajo la almohada: una daga y la *Ilíada*. La *Ilíada* no es sólo un relato, es su árbol genealógico. Él cree que desciende de Hércules, que es en parte divino. No se limita a gobernar a otros hombres por el poderío de su ejército. Él conquista por derecho propio. Se cree un dios.

—¿Y la daga?

—Para proteger la parte de sí mismo que no es dios.

—¿A ti te parece que es un ser divino?

—Hace cosas que son más que humanas. Su idea de ocio al final de una larga jornada es una marcha nocturna. Su idea de cena es un desayuno ligero.

Gajendra va dándole a la punta de la flecha, tratando de soltarla poco a poco con el menor alboroto posible.

—¿Cómo aprendiste a ser *mahavat*? —le pregunta Mara.

—Por Ravi. El oficio se llama el *ali baas*. Se transmite de padre a hijo, pero él no tiene hijo.

—¿Qué lengua es la que hablas?

—No sé. Es la lengua de Ravi, aunque lo único que recuerda ya de él son las palabras que usa para los colmilludos.

—¿Y ésa es la única lengua que conocen?

—No es como el griego o como vuestra jerga. Ellos saben qué hacer cuando decimos ciertas palabras, pero en una batalla no nos oyen, así que casi todo lo hacemos con los pies y con varas. O, si voy andando a su lado, le doy un golpe suave debajo del ojo para hacerlo arrodillarse, justo aquí para que se pare, aquí en la parte de atrás del talón para que levante la pata y así poder subirme. Pero eso lo hace sólo el *mahavat* de un elefante, el animal no lo hará por nadie más. Lo hace porque me aprecia y confía en mí. —Frota el pellejo de Coloso con la mano y le da unas palmaditas—. Por cierto, ¿por qué quieres saber todo esto?

—A lo mejor quiero aprender. Ser *mahavat*.

—¿Piensas que porque un elefante tonto va detrás de ti a todas partes puedes ser *mahavat*?

—¿Quién lo subió a la nave?

Gajendra le hinca el dedo a Mara en el pecho.

—Mira con quién hablas, aguador.

Mara le hinca el dedo a su vez.

—Eres un matón y un cerdo.

Cuando Gajendra se recupera de la sorpresa que le produce el descaro de Mara, se echa a reír y, bromeando, lo empuja, pero es un empujón fuerte y Mara se tambalea y se cae.

—Recuerda con quién estás hablando o te daré una tunda.

De pronto Gajendra da un grito: Coloso le enrolla la trompa alrededor y lo aparta de un empujón. No hay duda de que ha tomado partido. Gajendra se queda atónito. Nunca había visto a un elefante hacer algo así.

—Vaya, vaya, por lo visto le gustas. —Agarra la mano de Mara y lo levanta de un tirón—. Muy bien, chico. Veremos lo que hacemos contigo. A lo mejor sí que tienes dotes.

—¿Para qué?

—Para este trabajo. Al menos eso parece creer aquí el grandullón. Tal vez te enseñe unas cuantas cosas.

—Pero ¿cómo vas a enseñarme? Soy un esclavo, como nunca te cansas de decirme.

—Y no muy bueno.

La punta de flecha de hierro casi ha salido ya. Coloso vuelve a bramar, pero no se mueve.

—¿Cómo está mi tío?

—No es tu tío, ¿verdad?

—¿Va a ponerse bien?

—Haría falta algo más que una lanzada para matarlo. Ha luchado bien. Un soldado profesional no lo habría hecho mejor. Para ser un humilde mercader sabe cómo usar las armas.

—Yo no he dicho que fuera mercader toda su vida.

—Me parece que la próxima vez que vea un libro de cuentas será la primera.

Gajendra consigue sacar la punta de flecha y una rociada de sangre lo salpica. Coloso chilla y da un paso atrás, pero se tranquiliza cuando Mara le habla. Es extraordinario cómo lo hace.

—¿Se pondrá bien mi muchachote?

—Si te refieres al elefante, sí. Estará dolorido, pero no se mata a un elefante de un solo flechazo. No si le da en la paletilla, al menos.

—Te preocupas por él más de lo que aparentas.

—Lo necesito. Es el más grande y el mejor. ¿Verdad, so sinvergüenza grande y pinchoso? —Cubre la herida con una gruesa capa de miel para mantenerla limpia. Luego mira a Mara, como si le sorprendiera verlo aún allí—. Vuelve a tu puesto. Ahora tendrás que trabajar el doble de duro, hoy he perdido a algunos de mis mejores paleadores de boñiga. No se te da muy bien, pero no me queda nadie más.

Esa tarde Mara lleva a Coloso al río con los demás colmilludos. Una tormenta estalla sobre las montañas, y el nublado rueda por el valle como si fuera humo, mientras cortinas de relámpagos cruzan los valles. Los colmilludos no hacen caso de la tormenta. Les encanta la lluvia. Coloso no parece desmejorado a pesar de la herida. Como dice Gajendra, es un duro.

La tormenta hace que anochezca pronto. Los otros *mahavats* vuelven al campamento. Mara se queda atrás. Coloso es una inmensa presencia en la oscuridad. Está intranquilo. Hace un sordo ronroneo, barrita, alarga la trompa y prueba el rastro de Mara. Es como si tratara de decirle algo.

A pesar de todo el terror que provoca en quienes lo rodean, Coloso es una bestia amable, aunque su cariño se mide por jarras de baba de elefante. Antes Mara no iba a ningún lado sin costosos ungüentos y aceites, oliendo a verano. Ahora apesta a elefante día y noche y tiene mocos en el pelo.

Si su padre la viera.

—Eso es —dice—, lléname de babas. ¡Y Cátaro todavía me llama princesa!

Le da unas palmaditas en la trompa de todos modos.

—¿Cómo estás, muchacho? Si sufres dolores no lo demuestras. Eres como Cátaro. Si le arrancaras la pierna, se limitaría a ir dando saltos detrás de ti,

amenazándote a gritos.

No hubiera imaginado esto hace unas cuantas semanas, antes de que las murallas de su ciudad se derrumbaran. Durante mucho tiempo no se había sentido cansada ni enfadada ni asustada, y no le tenía cariño a nadie; ahora aquí estaba, hablando con un elefante como si fuera un bebé. Hacía tanto que no la acariciaban que hasta la babosa y rosada punta de la trompa de esta extraña bestia le parece un masaje con aceites.

—Necesito un héroe, muchacho, alguien que vele por mí esta noche. ¿Crees que harías eso por mí?

Coloso levanta la pata izquierda y da un pisotón en el suelo, la primera señal de que el entumecimiento de la paletilla le molesta. Sigue empujándola con la trompa. ¿No tienes una sandía para mí? Eso es lo que le dice.

—¿Viste lo que hice hoy? Era negro, ¿viste lo negro que era? Dicen que no son humanos esos tipos. Pero su sangre era del mismo color que la mía, del mismo color que la tuya. No me dio tiempo de pensar en ello. Lo hice sin más. Era él o Gajendra. Si hubiera tenido tiempo para pensar, acaso no lo habría hecho. —Cierra la mano y la baja de una sacudida—. ¡Mira! Así es como lo hice. Justo así. Yo. Una mujer. Y eso es lo que le haría a Tanit también, si estuviera aquí. —Hace como si acuchillara otra vez—. ¡Esto es por llevarte a mi nena! —Cuchillada, cuchillada—. ¡Esto es por llevarte a mi esposo y a mi hijo!

Está llorando. Basta ya, mantén la compostura, Mara.

El ronroneo de la panza de Coloso se vuelve más fuerte.

—¿Qué te parece tu indio? Es un tipo guapo, ¿verdad? —Le pasa la mano por la trompa, es como acariciar una áspera pared de piedra—. Me recuerda a mi esposo. ¿Sabías que yo tuve un esposo? Me hablaba como Gajendra te habla a ti, sabía dónde tocarme y qué decir cuando yo estaba enfadada o cuando sentía miedo. ¡Él era mi *mahavat*! Pero no necesitaba pincharme, como hace tu hombre. Me enfadaba cuando me decía lo que tenía que hacer, pero ¿sabes una cosa? Ahora que no está aquí echo de menos aquello. Todo el mundo necesita a alguien así, alguien que le susurre al oído, alguien que te conozca perfectamente, alguien que no se enfade nunca.

Mara conduce a Coloso de vuelta al campamento. Han llevado a los elefantes a un cipresal. Llueve más fuerte ahora, los truenos retumban sobre las montañas, pero Mara echa la manta bajo el árbol y debajo de Coloso. Si se va a dormir allá con los otros aguadores ya sabe lo que pasará. No piensa arriesgarse sin que esté allí Cátaro para protegerla.

—Si decides tumbarte por la noche, recuerda que estoy aquí. Sé que una vez te pedí que me aplastaras, pero no sé si lo deseo ya. Así que voy a fiarme de ti, muchacho. Tú verás. Buenas noches.

Y se tiende bajo aquel oscuro e hirsuto cielo y escucha el retumbo de la panza de Coloso y el agitarse de su cola, y debajo de un macho de elefante con mal genio se siente más segura y más abrigada de lo que se sintió durante muchos meses en el hogar de una diosa.

Capítulo 32

Debido al ataque no hay nada caliente que comer, sólo unos pedazos de pan de tres días que el vino ayuda a tragar. Gajendra no puede dormir. Hay algo casi divino en ver que estás a punto de morir y luego encontrarte vivo. Se figura que por eso Alejandro es como es. Ser capaz de engañar a la muerte se parece un poco a ser un dios.

Por la noche es como si vieras colores. Hasta el aire sabe mejor.

Ravi está en la paja, dormido, de modo que Gajendra lo despierta de un codazo.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Nearco no ha vuelto —dice Gajendra.

—¿Y a mí qué me importa?

—¿Y si no regresa?

—Estás pensando que Alejandro te nombre nuevo elefantarca, ¿verdad?

—Ya lo he sido, en todo menos en el título.

—Tú no eres un mace. Para ellos no eres más que un exótico, un extranjero. No te engañes.

—Ahora se rodea de persas. ¿Por qué no?

Ravi suspira en la oscuridad.

—Tengo más edad que tú, chaval. He visto a muchísimos hombres lidiar con la vida, intentando obligar a los dioses a someterse a ellos, intentando forzar a la suerte para que las cosas les salgan justo como desean. Mira a tu Alejandro. Quiere una estatua y su nombre en las historias. ¿Una estatua sonrío? ¿Un hombre es feliz después de muerto? Las cosas que te hacen feliz las tienes justo delante de las narices y no las ves.

—Yo sé lo que quiero.

—Sí, pero eres demasiado joven para saber lo que necesitas.

Las nubes pasan veloces por delante de la luna. La lluvia cae de la lona y forma charcos en el lugar donde duermen. La tienda de cuero curtido apesta cuando se moja. Los hombres se quejan y roncan, se mueven de un lado para otro en la oscuridad procurando encontrar un lugar seco. Gajendra oye el grave retumbo de los colmilludos. Éste es el tiempo que a ellos les gusta. Se meten en los charcos como patos.

Ve que uno de los agrianos se quita el manto y envuelve en él sus jabalinas para impedir que la humedad se filtre en la funda de ante e hinche la flor. Luego se acurruca con su hijo y su lebrél debajo de un árbol. Gente extraña: se congelarán

antes de dejar que les pase algo a sus dardos.

La tormenta ha inundado los puertos de montaña y lo ha dejado todo empapado. Como ésta era la noche en que combatieron contra los maces en el río Hidaspes. El río estaba crecido y bajaba rápido, los hombres volvían en tropel, irreconocibles, cubiertos de lodo y de sangre. Él no era más que un aguador entonces.

Cartago había sido su primera batalla. No recuerda nada ya. Había durado desde mediodía hasta casi el anochecer, y parecía como si fuese una refriega que transcurriera en unos cuantos instantes vertiginosos. Lo que recuerda mejor es el miedo a perder el control de su propio cuerpo y a deshonorarse antes siquiera de que comenzara el combate.

Una vez que empezó fue como si hubiera fumado hachís: un sueño clarísimo y aterrador que se olvidó enseguida cuando pasó todo. Había lanzado las jabalinas descontroladamente y no sabía dónde cayeron. Fue Coloso quien hizo el trabajo. Él le había dado patadas, empujones y gritos, pero el gran colmilludo hizo lo que tenía que hacer y consiguió la victoria. Sin embargo después Gajendra se había sentido como se sentía ahora: igual que Zeus, igual que Hércules, como el mayor guerrero que hubiese habido jamás.

Hoy había sido distinto. En realidad fue una escaramuza aunque su memoria la considerara interminable, y, dijera Ravi lo que le dijera, no dejaba de pensar en el hombre que había matado con el cuchillo. ¿Por qué le perturbaba el sueño? Era matar o morir.

Pero cada vez que cierra los ojos ve al hombre con la mirada clavada en él, con una expresión acusadora y aterrada en los ojos.

—¿A cuántos hombres has matado, Ravi?

—No lo sé. Arrojas jabalinas desde el lomo de un elefante, a veces los hombres caen. ¿Quién puede decir si mueren?

—Yo estaba cerca de aquél hoy. Vi cómo se apagaba la luz de sus ojos. No creía que fuera así.

—Piensas demasiado en ello. Da gracias por seguir vivo. Si no fuera por el catamita, no lo estarías. Hoy te ha salvado el pellejo. Yo pensaba que se escondería detrás de un arbusto por alguna parte. Tiene fuego en la barriga, ése, pese a todas sus maneras amariconadas.

—Me ha tocado esta noche.

—¿Cómo?

—Ya lo ha hecho otras veces. Es... bueno, es como si apoyara la cabeza en mi hombro. Fue como si quisiera que lo abrazara.

—¿Te lo has beneficiado?

—Tú sabes que no soy de éstos.

—Has perdido la ocasión. Bueno, pues héroe o no, ahora va a tener problemas. Ese pequeño y tatuado chulo no podrá ayudarlo mucho con esa lanzada en la pierna. Si los soldados lo pillan solo, se lo pasarán de mano en mano por el regimiento como

un zaque de vino.

—Entonces deberíamos ponerlo en la paja junto a nosotros. Al menos eso se lo debo.

Las antorchas no sirven de nada cuando la lluvia cae tan fuerte. Gajendra tantea en la oscuridad buscando a Mara. Despierta a puntapiés a los aguadores pero ninguno de ellos sabe dónde está.

A punto de darse por vencido y volver a la paja, decide que, como de todas formas está levantado y calado hasta los huesos, va a echar un vistazo a los colmilludos y a comprobar que los guardias siguen alerta. En efecto uno de ellos dormita contra un árbol y recibe un pescozón en la cabeza por su indolencia.

Gajendra ve algo que parece un montón de trapos debajo de Coloso y al pronto cree que el animal ha aniquilado a algún desgraciado durante la noche, pero en ese momento los trapos se incorporan y adquieren la forma de un idiota.

—¿Qué haces ahí, Mara? Coloso va a aplastarte en el suelo.

—Coloso no me hará daño. ¿Verdad, muchacho?

De pie, erguido y sin agacharse, la cabeza de Mara ni siquiera roza la panza del colmilludo. Se frota los ojos con mucha delicadeza. Un hombre de verdad se rascaría las pelotas.

—Un elefante sólo tiene un *mahavat*. ¿Entiendes? Con dos se confunde. No quiero volver a encontrarte aquí.

—No intento quitarte a tu colmilludo. Es que aquí me siento seguro.

—Puedes dormir en la paja conmigo y con Ravi. Nadie te tocará allí.

Lo lleva de vuelta por el barro hasta la tienda. Una antorcha está encendida dentro, y cuando Gajendra ve a Mara a la luz, se echa a reír.

—¿Qué?

—¿Tú te has visto? Nadie va a sodomizarte ahora. ¿Ha estado Coloso babeándote encima toda la noche? No hace falta que te custodie, sólo tiene que estornudarte encima. Hoy ni un solo mace se acercará a ti ni a un tiro de flecha. Eres lo más repugnante que he visto nunca.

No se fija en el rostro de Mara, y mejor así. Aún sigue riendo cuando se hace un ovillo en la paja.

Capítulo 33

Un río cruza la tienda y la paja se ha ido flotando en él. En mitad de la noche encuentran un sitio más seco debajo de un carro, pero apenas se acomodan cuando uno de los sargentos de Alejandro vuelve a despertarlos a patadas. Una expresión feroz se pinta en su rostro, como si fuera a llevar a cabo una detención.

—¿A qué viene esto? —refunfuña Gajendra, tratando de que no se le note el miedo en la voz.

—Alejandro quiere verte... ahora mismo.

Estos maces. Está claro que el sargento preferiría golpearlo con la espada a tener que acompañarlo.

—¿Dónde está el otro? ¿El niño bonito?

—Está ahí.

—Tráelo.

—¿Qué ocurre? —pregunta Mara entre dientes.

—Vamos a ver a Alejandro.

—¿Vamos?

—Date prisa, no le gusta que lo hagan esperar.

Mara se levanta de un salto y acomoda su paso al de Gajendra.

La lluvia ha amainado un poco.

—Haz algo —dice Gajendra—. Lleva la antorcha.

Cruzan chapoteando el barro. Gajendra se pregunta de qué se tratará. Confía en que no sea por lo de Cátaro y los cuatro soldados que acuchilló. O acaso sea Nearco. ¿Lo han matado en la incursión contra los asaltantes? Su corazón da bandazos entre el terror y la esperanza.

Alejandro está borracho. No puede dormir y va y viene por la lujosa tienda, inquieto y de mal genio.

—¿Quién es éste? —pregunta, señalando a Mara.

—Es el esclavo que salvó al capitán de los elefantes —responde el soldado—. Pedisteis verlo.

Alejandro se anima al recordar su capricho.

—Ah. ¿De modo que eres el guapo mozo que salvó a mi indio?

Se queda de pie, cerca de Mara. Alarga la mano y un esclavo le lleva otra copa de vino. Hay una sombra en el rostro del rey. Tiene los labios húmedos. Lo mira con intensa concentración, como si tratara de ver a través de una nube de humo.

—No hace mucho que dejaste la teta de tu madre, diría yo. Uno de sus aguadores, ¿no? ¿Uno que va a por el agua y la lleva? O uno que empuja excremento. En más de un sentido, a juzgar por tu aspecto. —Coge a Mara por los hombros y lo hace arrodillarse a empellones—. Besa el pie real.

Para sorpresa de Gajendra, Mara lo hace.

—¿Qué hace un galopín de estiércol matando jinetes? —Mira a Gajendra—. ¿De dónde lo has sacado, elefantero?

—De Cartago, señor.

—Lo salvaste de que lo hicieran pedazos, ¿no? —Vuelve a poner a Mara en pie—. Me han contado que mostraste gran valor. Siento curiosidad: ¿por qué lo hiciste? ¿Qué te importaba a ti si mi elefantero vive o muere?

—Yo intentaba proteger al elefante.

Alejandro murmura algo, entre sorpresa y admiración. Ahora sólo se centra en Mara. En esto no había pensado.

—¿Al elefante?

—Me he encariñado con él.

Alejandro bebe y el vino le cae por el mentón. Chasquea los dedos y el copero real sale de prisa de las sombras con un paño y se lo limpia dándole toquecitos.

—Increíble. ¿Cómo se encariña uno con una criatura tan fea?

—Se parecen mucho a los caballos. Tienen valor y lealtad.

Alejandro mira a Gajendra.

—¿Está burlándose de mí?

—Es cierto.

El rey gruñe y se tambalea. A Gajendra lo sorprende la actitud de su pequeño galopín de estiércol, y por qué sigue estando tan cerca de Alejandro. No pensará besarlo, ¿no? Aunque no le extrañaría de ninguno de los dos.

Por un instante cree que Alejandro va a levantar una mano para acariciar la cara del muchacho. Ambos prolongan aquel momento el tiempo suficiente para que Gajendra sienta una punzada poco normal. No quiere compartir a su esclavo con nadie, ni siquiera con su comandante. Estos celos antinaturales lo cogen completamente por sorpresa.

Entonces el general sonrío, se relame para saborear el resto del vino y desvía la mirada.

—Y tú, elefantero... —Le da la espalda a Mara de modo que queda frente al capitán de los elefantes—. He estado observándote. Te imaginas en la lucha, ¿verdad?

—Sin embargo vos me elegisteis porque sé de elefantes.

—Eres un ser insolente. ¿Cómo te sentiste después de Cartago, cuando Nearco se llevó todo el mérito de tus esfuerzos?

—¿Ah, eso hizo? No lo sabía.

—Claro que lo sabías. Te vi la cara. Estabas que echabas humo. —Otro trago de vino—. Lo has hecho bien hoy. Según he oído decir, organizaste solo la defensa de

los elefantes y ya tenías vencido el ataque cuando Nearco se aproximó por la línea. Creo que por eso los persiguió: llegó tarde para la gloria y corría a alcanzarla. Pero es un tipo que goza de muchas simpatías, ¿sabes?, entre la tropa.

—Parece bastante valiente.

—Demasiado escurridizo para mi gusto.

Por encima del hombro de Alejandro, Gajendra ve que Mara se acerca. Se pregunta por qué y aquello lo alarma.

—Tú sigues deseando a su esposa, ¿verdad?

—No sólo a su esposa. Deseo su caballo y su rango de oficial también.

Alejandro ríe, encantado.

—Te pasas de arrogante. Me recuerdas a mí a tu edad. Salvo que yo tengo sangre real y tú tienes... bueno, tú no eres más que un desharrapado, ¿no?

—Sí, señor.

—Pero lo has hecho bien. Habría perdido a muchos más de mis colmilludos si no hubieras reaccionado tan rápido.

Gajendra intenta descifrar la expresión del rostro de Mara. Si Alejandro diera un paso atrás ahora mismo, le pisaría los dedos de los pies a su galopín de estiércol.

—Te he subestimado.

—No me importa. No es la primera vez.

Siente el aliento de Alejandro en la cara, agrio de vino.

—Esperas que Nearco no vuelva, ¿verdad?

A Gajendra lo sorprende que Alejandro le adivine tan claramente los pensamientos.

—¿Qué te ocurrió, muchacho?

—¿Qué me ocurrió?

—Algo te impulsa. ¿Qué es?

—La ambición. Como a todos los hombres.

—No, es más que eso. Si mientes, lo sabré.

Gajendra se siente acorralado. No sabe qué decir para escapar de esto.

—¿Dónde está tu familia?

—Han muerto.

—¿De qué?

—Fue una fiebre. La mitad de mi pueblo murió de eso.

—¿Y dónde estabas tú?

—Yo tuve suerte.

—No, no es eso. Hay algo más.

Gajendra baja los ojos y Alejandro lo agarra por la barbilla y lo obliga a alzar la mirada.

—¿Verdad?

Por fin su general vuelve la espalda. Mara retrocede, justo a tiempo. Alejandro ya tiene bastante. Se ha aburrido de los dos. Necesita que otro lo entretenga hasta que el

vino lo deje inconsciente durante unas cuantas horas.

El copero echa más vino en la copa. Alejandro se lo bebe de un trago. Se le derrama por la túnica blanca como si fuera sangre.

—Dentro de dos días estaremos ante Siracusa. Hazlo bien y te daré el mundo. Todo lo que siempre hayas soñado. Ahora todo depende de ti, elefantero.

La mañana siguiente Mara encuentra a Cátaro en una tienda con el resto de los heridos de la escaramuza del día anterior. Está incorporándose, incluso intenta ponerse de pie, mientras maldice la herida de la pierna. Una venda manchada de sangre le envuelve desde la rodilla hasta la ingle, y Cátaro se espanta las moscas.

Al verla parece enfadarse.

—¿Me devuelves el cuchillo?

Mara mete la mano bajo la túnica, donde lo ha escondido, y se lo pasa.

—¿Cómo sabías que fui yo?

—Tal vez no haya tenido un profesor particular, como algunas, pero no soy imbécil. Si alguna vez tienes que echarte a las calles, princesa, serás un estupendo descuidero. ¿Cuándo lo hiciste?

—Cuando yacías en el campo de batalla.

—Te he subestimado.

—Mucha gente lo hace. Sobre todo los hombres de mi vida.

—¿Dónde está el elefantero?

Los ojos de Cátaro aguardan una reacción. Por lo visto le importa menos lo que Mara le conteste que si le sostiene la mirada.

—Ha llevado a los elefantes al río con los otros.

—¿Por qué no estás con ellos?

—Me he escabullido para ver cómo estabas.

—Estoy conmovido. —Se da unos golpecitos en el lugar donde ahora está escondido el cuchillo—. ¿Has degollado ya al hijo preferido de Zeus?

Mara niega con la cabeza.

—Me han contado que fuiste a su tienda. —La ve revolverse, incómoda, y sonrío—. No pudiste hacerlo, ¿verdad?

—No me acerqué lo suficiente.

Cátaro se ríe al oírla.

—Estabas en su tienda. ¿Cuánto tienes que acercarte? ¿Quieres compartir su baño antes de asesinarlo?

—Maté a un hombre ayer.

—Sí, y yo invadí Italia.

—Tenía a Gajendra de rodillas. ¿No me viste?

—Eso es lo que tú dices. Lo único que yo vi era que corrías hacia el elefante.

Mara no puede creerse que no la viese.

—Pregúntale a quien quieras.

—No tienes agallas para matar a Alejandro, princesa.

—¡Baja la voz!

Mara mira por encima del hombro. Estos hombres parecen inconscientes pero eso no quiere decir que lo estén de verdad.

—Bueno, ¿vas en serio con esto?

—Creía que habías jurado protegerme.

—He estado pensando en lo que dijiste. Tienes razón. Alguien tiene que detenerlo, y además debe pagar por lo que le ha hecho a nuestra ciudad y a tu padre, que él me perdone. Pero no es tarea para una mujer, en particular una pequeña y pálida maravilla como tú.

—Ni siquiera puedes andar. ¿Cómo vas a hacerlo?

—No es más que una herida muscular. La pierna está un poco agarrotada pero el hueso no se ha roto. ¿Crees que no las he tenido peores? Estaré repuesto muy pronto.

No abulta mucho el hombrecillo, pero su actitud haría que a su lado un veterano de treinta años de campaña pareciera un gallina. No hay ni rastro de ternura en él, nunca ha buscado compasión por su estado ni la ha mostrado por el de nadie. Salvo por el padre de Mara, tal vez. A él lo amaba. Mara se pregunta qué es lo que ha mantenido a Cátaro vinculado con él todos estos años.

—¿Sabes lo que te harán si lo consigues?

—Fue idea tuya, princesa. —Sin levantar el brazo por encima del hombro, hace como si apuñalara; luego da la vuelta al cuchillo, se lo lleva al cuello y lo pasa por encima de las venas—. Mira, así es como se hace. Una cuchillada para él, una cuchillada para mí, los dos nos vamos al Hades juntos y seguimos allí con ello, si él quiere. Pero primero te saco de aquí para que no tengas que afrontar las consecuencias. Si opinas que puedes matar a un hombre, puedes ir andando a Panormo.

—Deberíamos hacerlo juntos.

—Se hará a mi manera o no se hará. Me han dejado sin sentido y me han atravesado dos veces hasta ahora por tu causa, pero esto lo hago por él. —Está sudando de dolor y se sienta otra vez—. Tú eras toda su alma, ¿lo sabías?

Mara sí que lo sabía. Quizá sólo había decidido ignorarlo.

—Tu padre no sabía los problemas que me causaría cuando me hizo este encargo. Dadas las circunstancias, un final cruento es inevitable.

—Perdona, Cátaro. Te he mostrado muy poca gratitud hasta ahora.

—Si quieres corresponderme, honra a tu padre en tus oraciones. Era mejor hombre de lo que tú crees.

—No te agrado mucho, ¿verdad?

—No me corresponde a mí tener una opinión en un sentido o en otro sobre la cuestión.

El médico entra y vuelve a tumbar a Cátaro a la fuerza en la manta y le dice que se quede quieto, ¿no sabe que tiene fiebre y que no le queda sangre ni para llenar un

orinal?

Mara se escabulle. El sol debería ir subiendo por el cielo ya, pero aún hay nubarrones en las montañas y sigue cayendo más lluvia por los valles. En el campamento corre el rumor de que es Zeus que acude a ayudarlos. Mara se imagina que Alejandro se ha encargado de ponerlo en circulación.

El campamento se mueve. Los maces parecen sombríos. Combatir contra celtas y africanos es una cosa. Pronto tendrán que hacerles la guerra a los suyos.

Capítulo 34

Los exploradores destacados han encontrado al ejército de Antípatro. Ha salido de Siracusa para enfrentarse con Alejandro, y su ejército cuenta con el refuerzo de más mercenarios que proceden de la propia ciudad. Ya son casi el triple de hombres que ellos, aunque sólo son griegos, dicen los veteranos, y además eso no supone ninguna novedad. Siempre los superan en número. Cuando se tiene a Alejandro como general las cifras no sirven de nada. Además, tenemos a los elefantes.

Elefantes que todavía huyen cada vez que los domina el pánico, piensa Gajendra. ¿Seguirán a Coloso en la lucha mañana?

El campamento entero bulle ya. Los sargentos vociferan a sus hombres, hay ejercicios de instrucción extra, se dispone una doble fila de centinelas en torno al recinto. Se oyen quejas alrededor de las hogueras. ¿Y si hay compañeros macedonios en el ejército de Antípatro?

¿Qué harán entonces?

Nearco ha regresado sin novedad. Por lo visto la emboscada no la había tendido Antípatro sino los grupos de ataque que han enviado las colonias cartaginesas del norte. Otro ejército avanza por las montañas, así que Alejandro ha de entablar batalla rápidamente con Antípatro si no quiere verse atrapado en las tenazas de dos enemigos.

Nearco llama a Gajendra a su tienda. Hoy hay algo distinto en él. No le habla con desdén, al menos no demasiado; nada fuera del habitual desprecio que los maces reservan para cualquier extranjero.

Sus enseres en el campo de batalla son escasos: un banco con una palangana llena de agua y un catre de campaña. Un chico le cuida el caballo y un sargento lleva sus mensajes. Nada más. No se tiene la sensación de haber entrado en un burdel de alta categoría, como cuando se pasa a la tienda de Alejandro. Si Nearco estuviera de vuelta allá en su pliegue, estaría a punto de beber y ponerse a pelear contra los cerdos untados de grasa con los demás muchachos.

—¿Cómo están nuestros colmilludos? —le pregunta a Gajendra.

Ahora es *nuestros colmilludos*. Hace una semana quería dejarlos en el Africano.

—Hemos perdido a dos. Otros tres recibieron heridas, incluido Coloso, aunque nada grave. Ya están listos para combatir. Los hemos llevado al río y los hemos dejado que busquen alimento un rato.

—¿Hay comida allá abajo?

—Los elefantes comen cualquier cosa siempre que haya bastante.

Gajendra se lo imagina con Zahara. Un manazas. Duele pensarlo.

Ravi lleva siempre encima una figurita de madera, un elefante tallado en teca, con cien puntos marcados en el cuerpo, y cada punto significa una cosa: se toca aquí para hacerlo andar, aquí para irritarlo, aquí para matarlo, aquí para hacerlo retroceder...

En un hombre hay un punto para los celos, para la impotente furia. Está justo aquí en la boca del estómago. Eso es lo que a Gajendra le duele ahora mismo. Siente el dolor, frío y puntiagudo, como si lo hubieran dejado hueco.

Nearco se echa agua en la cara, coge él mismo un paño para secarse. Cómo debe de detestar la afectación de Alejandro.

—No voy a consentir que me humille en el campo de batalla un animal irracional. —Se queda esperando—. Ahora tú deberías decir: no te humillará, general.

—Sólo necesitan más adiestramiento. Con todas estas marchas que hemos estado haciendo, y lo de cargarlos en los barcos, no ha habido tiempo. Tú viste cómo lo hacían ya antes de que saliéramos de Babilonia. Únicamente necesitan más tiempo.

—Tratándose de Alejandro, de tiempo siempre andamos escasos. ¿Es que no puedes conseguir que esas estúpidas bestias permanezcan en formación?

—Los elefantes no son estúpidos. Son más inteligentes que... que la mayoría de las personas.

—¿Incluido yo? —contesta Nearco con una mueca desconfiada.

—No lo sé. Nunca he intentado adiestrar a un macedonio.

Las palabras salen de su boca antes de que Gajendra pueda contenerlas. Se pregunta qué hará Nearco. Éste se queda callado un instante y luego opta por reír y darle una palmada en el hombro.

—Le gustas, ¿sabes?

—¿A quién?

—A Alejandro. No me digas que no lo sabías.

Gajendra menea la cabeza y frunce el ceño para no sonreír de satisfacción.

—Está preparándote para mi puesto, ¿lo sabes? A ti no te importaría lo más mínimo, ¿verdad? Apuesto a que incluso desearías que yo no hubiera vuelto esta mañana. Raro sería que hubieras lamentado mi fallecimiento, ¿llevo razón?

—No soy más que un indio. ¿Cómo voy a levantarme más de lo que soy?

Nearco no parece estar seguro de si Gajendra es imbécil o sólo finge serlo. Se le acerca más. La sonrisa ha desaparecido, y también las bromas en tono amistoso.

—No sé si te quiere como puto o como general. Le gustáis cada vez más, ¿sabes? Ya no se fía de su gente.

—Él es mi rey ahora. Haré lo que me mande.

—Ten cuidado con él. Te robará el alma, elefantero.

Sus miradas se funden. Gajendra sabe que es una insolencia por su parte, pero la rivalidad ya está allí, y algo en él se empeña en no desviar la vista. Nearco ha bebido vino con el almuerzo. Eso hace que tenga muy poco cuidado con las palabras.

—Ahora le gustas muchísimo. Pero se cansa rápido de las novedades. Se aburre

con facilidad. Justo cuando estás más enamorado de él, te abandona.

—Me paga por mi trabajo. Sólo hago lo que me dice.

—No me lo creo ni por un momento. —Nearco se queda cerca, como si fuera a confiarle un secreto—. ¿Sabes? Cuando atravesamos Egipto, bajé con Alejandro hasta Menfis. Los sacerdotes le dieron el báculo y el mayal, lo llamaron Ra y Osiris. No es sólo un juego, ¿sabes? Él cree de veras que es un dios.

Nearco le da la espalda y le hace señas con la mano indicándole que se vaya. Gajendra se marcha, furioso. *Le gustáis cada vez más*. Nearco habla conmigo como si yo no fuera nada, y además se lleva todo el mérito. Si los elefantes consiguen la victoria, será por su genialidad; si pierden la formación, me echará la culpa a mí.

¿Le gusto muchísimo a Alejandro? Pues que le guste más. Me ha prometido el mundo y ahora eso es lo mínimo que quiero.

Así es como será:

Ella dirá: ¿Recuerdas aquel día en el templo? Me prometiste que algún día estaríamos solos y que yo sería tuya. Estuve a punto de reírme de ti, pero entonces vi la expresión de tus ojos y comprendí que hablabas en serio. Aunque nunca pensé que fuera a suceder.

Él dirá: Yo siempre supe que serías mía algún día.

Ella pronuncia su nombre. Gajendra...

Lo dice susurrando. Sale de su lengua de forma extraña, como una oración.

Ella lo rodea con los brazos y las piernas. Su cuerpo culebrea. Sus ojos relucen como diamantes en la oscuridad.

Con las puntas de los dedos él acaricia el pliegue de la larga túnica y la abre. Ella tiene el cuello tibio, perfumado y un poco húmedo de sudor. Él siente en los labios el salto de su pulso.

La luz de la vela resplandece en su piel. Su seno es moreno y aterciopelado al tacto.

Partiendo de la inexperiencia de su deseo, de la confianza en sí mismo y del anhelo, hará realidad lo que imagina. Gajendra sonrío en la oscuridad. Le brillan los ojos.

Así es como será.

Están con los elefantes abajo en el río. Las tormentas de la noche anterior sólo son un recuerdo, hace una tarde calurosa, el viento abrasador que los habitantes de la zona llaman *siroko* lleva soplando del sur todo el día. Mara está en los bajíos, bajo los árboles que se inclinan sobre el río, mirando cómo Gajendra y los demás chicos se quitan la ropa y se zambullen con los colmilludos.

Mara empieza a lavar a Coloso frotándolo con la piedra pómez. Gajendra se le acerca por el agua.

—Nunca te he visto sin camisa.

—Me quemo con el sol muy pronto.

Gajendra se encoge de hombros. Todos los demás chicos se han desnudado, bronceados y relucientes. Claro que la mayoría son indios como él.



Se acerca el anochecer cuando llevan a los elefantes de vuelta al campamento. El sol está a punto de esconderse bajo el horizonte. El aire, denso, está en calma.

Gajendra coge del brazo a Mara y lo aparta de un tirón.

—¿Qué opinas de nuestro rey?

—Es más bajo de lo que yo creía. ¿Era verdad lo que te dijo?

—¿Sobre qué?

—¿Que deseas a la esposa de Nearco?

—Todo el mundo la desea. Es la mujer más hermosa que he visto nunca. ¿Tú la has visto? —Mientras se pone la ropa, nota que Mara lo mira fijamente—. Parecía que le gustabas mucho. Le agradan los muchachos, ¿sabes? Deberías haber coqueteado más. Mejor ser esclavo de un rey que esclavo de un elefante.

Intenta matar de una palmada a un mosquito.

Mara no responde.

—Eres raro, ¿eh?

Mara se pone las sandalias, apoya una mano en el pecho de Gajendra. Como si fuera un árbol. O un amante. Gajendra podría apartarle la mano de un golpe pero no lo hace.

—¿Y a ti qué más te da?

—Tienes razón. No sé por qué gasto saliva siquiera en hablar de ti.

Mara parece darse cuenta de lo que ha hecho. Quita la mano muy despacio, piensa Gajendra, los dedos se entretienen en su piel. Se siente a la vez alarmado e intrigado.

Ve un repentino destello en aquellos ojos verdes. La luz vespertina en la carne de Mara es cautivadora. Mara se tira del cabello, del corto cabello.

Entonces se inclina hacia delante y lo besa en la boca.

Gajendra lo echa a un lado de un empujón. Podría haberle pegado. En vez de eso decide tomárselo a risa.

—Así que es esto. Te has encaprichado de mí. Bueno, pues olvídale. No necesitas a tu enano para protegerte, ¿verdad? Él no hace más que retrasarte las cosas.

—¿Eso es lo que crees?

Algo cambia en los ojos de Mara.

Gajendra da un suspiro, menea la cabeza.

—¿Cuántos años tienes de verdad?

—Tengo quince veranos.

—La verdad...

Mara inspira hondo.

—Veinte.

Gajendra se acerca a su galopín de estiércol, le pasa una mano por la mejilla, tan suave, demasiado suave para veinte veranos. Sin previo aviso, mete la mano entre las piernas del chico. Las piernas de la chica.

Mara da un grito ahogado y se retuerce tratando de escapar, pero él la retiene.

—¿Quién eres?

—Si estuviésemos en Cartago, tú serías *mi* esclavo —le espeta ella como respuesta.

—Pero no estamos en Cartago. Y como Alejandro se entere, serás la esclava de todos. Te venderá o te pondrá con el resto de las prostitutas que siguen al ejército y te ganarás el sustento así.

Mara hace un gesto negativo.

—Tú no harías eso.

—¿Ah, no?

—Tú eres un buen hombre, Gajendra. Quieres ser como él, pero no lo eres.

—¿Por qué vistes como un chico? ¿Quién es ese condenado enano sanguinario? Dime la verdad si quieres que te ayude.

—Soy sacerdotisa de la diosa Tanit. Mi padre es el general que se enfrentó a vosotros en Cartago. Y ese... —inspira hondo—. Ese... condenado... enano... sanguinario que ha recibido herida tras herida en mi nombre es su criado y debe de lamentar el primer día que me vio. Vestirme así fue idea suya.

Gajendra le suelta el brazo. Luego baja hasta el río, clava la mirada en la puesta de sol que motea de colores el agua, se da tiempo para pensar. Después vuelve.

—¿Por qué no estabas con tu padre, bajo su protección?

—Me negué a salir del templo.

—¿Qué hacías allí?

—Estaba harta de la vida.

—¿Harta de la vida? ¡Apenas tienes edad para saber lo que es la vida!

—Si tienes edad para respirar, tienes edad para sufrir. No puedo decirte más. Cuando la ciudad cayó, mi padre envió a Cátaro para que me protegiese lo mejor que pudiera. Hasta este momento me ha prestado un excelente servicio, ¿no te parece?, con muy poca gratitud por mi parte. Bueno, ahora ya lo sabes. Y bien, ¿qué harás conmigo ahora?

Gajendra no le contesta enseguida. Intenta matar de una palmada a otro mosquito. En verdad, ¿por qué actuaba como si aquello fuese una novedad para él? Ya lo había adivinado a medias.

—Una cosa más: ¿por qué me has besado?

—Porque he querido.

—Eso no es una respuesta.

—Es toda la respuesta que tendrás de mí. No lo había planeado ni era mi

propósito. Pero ha sucedido y ahora me avergüenzo de ello. Los dos tenemos claro que me iría bien como prostituta.

Ya ha oscurecido y Gajendra apenas distingue su rostro.

—Yo puedo protegerte.

—¿Si quiero ser *tu* prostituta?

—Ése sería un trato razonable, ¿verdad? Pero no, no será ése nuestro acuerdo. Te protegeré de todas formas. Pero tienes que dejar de mentirme.

—Primero quiero saber por qué lo harás.

—Porque quiero.

—Ése no es motivo suficiente.

—Como tú has dicho, es toda la respuesta que tendrás de mí. Ahora no pienso quedarme aquí abajo para que me coman los mosquitos. Si alguien te pregunta dónde has estado, diles que el capitán de los elefantes ha reclamado tu culo como suyo y nadie intentará echarte sobre una mesa mientras tu protector está en cama con la pierna rota. ¡No es de extrañar que fueras una inútil para recoger mierda con la pala, princesa!

—Yo no soy una princesa.

Gajendra se encoge de hombros.

—Pues deberías haberlo sido.

Cuando Mara regresa al campamento Cátaro está en pie de nuevo. Tiene un palo para apoyarse al andar y una enorme venda de lino en torno a la pierna.

—¿Dónde has estado? —le pregunta.

—Junto al río, hablando con el joven capitán.

—¿De qué?

—Le he dicho que necesito un nuevo guardaespaldas. Le he dicho que el que tenía era una vieja que se escondía cada vez que había problemas.

—Como te haya tocado, le daré un tajo desde la ingle al mentón.

—Cuando estés listo para darle tajos a nadie otra vez, se me habrá pasado la edad de tener hijos. ¿Qué tal la pierna?

—¿Y a ti qué te importa?

Mara le pone una mano en el brazo. Eso lo sobresalta.

—Perdona, Cátaro.

Está demasiado oscuro para ver el asombro del hombrecillo, aunque lo oye en su voz.

—¿Por qué?

—Por todo lo que has pasado en mi nombre. Si recupero el lugar que me corresponde, me aseguraré de que te den un viñedo y una pensión para que acabes tus días en paz.

—¿Quién ha dicho que yo quiero paz? ¿Por qué me atormentas con un viñedo? Ésta es la vida que me gusta.

—¿Te traigo la cena?

—¿Tú vas a irme a por la cena?

—He sido desagradecida contigo antes. Quiero compensártelo.

—¿Por qué?

—Porque si alguien es amable contigo, tratas de recordarlo y haces lo mismo con otra persona. Los indios lo llaman karma.

A Cátaro le brillan los ojos. La herida aún le da fiebre.

—Muy bien. Procura traerme una ración extra de pan. Llevo días sin comer.

Mara le da un beso en la frente. Él la aparta de un empujón, verdaderamente alarmado.

—Sé lo que has estado haciendo —refunfuña—. Cuando esté en forma otra vez voy a matarlo.

Esa noche Mara sueña con su padre. La mira frunciendo el ceño como hacía cuando era una niña. Nunca tuvo necesidad de hacerle ningún reproche, sólo con mostrar determinado gesto al entrar en la casa, Mara salía corriendo. Parece querer decirle algo, pero como pasa con todos los sueños, ella no lo oye.

Capítulo 35

Tumbado en la paja, Gajendra sólo piensa en aquella calurosa mañana en el templo de Astarté, en Babilonia, cuando Zahara estaba a punto de poner su divina carne sobre los cojines que sus sirvientas le habían dispuesto en las piedras del templo. Piensa en cómo se había sonrojado cuando entraron en el bosque, en el sube y baja de sus pechos cuando se apoyó en el árbol, dispuesta a esperar que él saciara su necesidad. ¿Lo había imaginado, o no pareció disgustarle que la escogiera?

¿Cómo habría sido si hubiese tomado lo que la diosa y sus monedas le concedían? Al pensarlo da un grito ahogado y se incorpora en la paja. Ravi le pregunta qué le pasa. A lo mejor cree que lo ha mordido una serpiente. En tono brusco, Gajendra le contesta que vuelva a dormirse.

Cada vez que se adormila piensa en ella, y eso lo despierta de nuevo. Le dice a Ravi: voy a ver qué hacen los guardias. Ravi gruñe y se da la vuelta. Los aguadores roncan. A nadie le importa lo que haga.

Ronda por el campamento como un fantasma.

Ravi tenía razón, es el imbécil más grande del mundo. ¿De veras cree que alguna vez va a volver a tener semejante ocasión? Suspira por ella hasta en los huesos y, al haber rechazado lo que la diosa le brindó una vez, su impetuosidad lo atormentará siempre.

Alejandro ha pedido que los elefantes guarden el recinto real. Los elefantes conocen a Gajendra y lo dejan acercarse, nada de barritar para avisar a los guardias. Al darse cuenta de que hay alguien allí, la voz del *mahavat* que está sentado a horcajadas en el más próximo está llena de pánico cuando le pide el santo y seña.

—¡Ah, eres tú! —añade al ver a su capitán.

No dice nada cuando Gajendra pasa por delante, y éste no le da ninguna explicación de por qué está allí.

Sabe que no lo descubrirán a menos que se acerque a la tienda de Alejandro, pues el rey tiene otra guardia de los Compañeros que le cortarían el pescuezo al mismísimo Zeus si llega a menos de cien pasos sin autorización expresa.

Las mujeres están en la gran tienda que en tiempos perteneció a Darío. Alejandro colecciona princesas como algunos coleccionan piedras redondeadas. Anda, qué bonita, me la guardo y ya la miraré después, y nunca la mira. Ha dejado a todas las mujeres menos unas cuantas en Babilonia. Quiere que sus oficiales tengan claro que aquélla es la capital ahora, no Grecia. Sólo lleva consigo a unas pocas para guardar

las apariencias y como rehenes contra sublevaciones en las satrapías. También son una forma útil de trueque, o de recompensa.

Zahara fue la diadema que Nearco ganó en Cartago. En términos económicos, Alejandro debe de considerarlo un negocio ventajoso.

Los soldados no ven ni rastro de esta carne mantenida entre algodones, desde luego. Si desean compañía femenina, para divertirse tienen a las chabacanas ramera que siguen al ejército en el convoy del bagaje. Aquí tienes una moneda, venga, inclínate encima de esto, buena chica. Lo único que ven de las aristócratas es un trémulo brillo de seda que asoma y se esconde por una carreta, y lo demás son fantasías.

Gajendra se mantiene en las sombras, evitando la luz de la antorcha. Se pregunta cómo se justificará si los guardias lo encuentran.

Nearco hace un saludo a un guardia y entra en su lujosa tienda. Debe de haber pedido permiso para irse temprano de la tienda de Alejandro. Gajendra los oye aún. A los maces les gusta gritarse cuando están borrachos, e incluso ha oído decir que en su patria violan osos después de unos cuantos jarros de vino. Parece increíble, pero es que son gente increíble.

Se arrastra bocabajo hasta el lateral de la tienda y se queda tendido allí en la oscuridad, despreciándose al ver en lo que se ha convertido.

Escucha a su elefantarca gozar. ¿Es un consuelo que ella no diga el nombre de Nearco como pronunciaba el suyo en su imaginación? ¿Es natural que un hombre se atormente así, escuchando a otro poseer lo que él anhela por encima de todas las cosas, que se quede tan cerca que lo oye lanzar un grito en el momento del mayor alivio?

Se aleja reptando. En esto se ha convertido. Es una cosa que se arrastra. Algo que había jurado a todos sus antepasados que jamás volvería a ser.

Capítulo 36

Los días posteriores Alejandro muestra una inusitada cautela. Detiene el ejército a diez leguas al oeste de Siracusa y espera. Quizá sea porque se enfrenta a Antípatro y lo conoce demasiado bien. Manda a Nearco y a un escolta como enviados. Gajendra y Ravi los ven salir a caballo.

—¿A qué viene todo esto?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Ahora eres confidente del gran general.

Ravi se burla de él y tiene algo de razón. Gajendra sí que lo sabe.

—Es una delegación que va a ver al oligarca de Siracusa. Alejandro va a ofrecerle sus condiciones.

—¿Qué clase de condiciones?

—Pedirá la cabeza de Antípatro en un cesto a cambio de no destruir Siracusa. Debe abrirle la ciudad. Y pagarle un tributo anual.

—Eso no son condiciones.

—Son las condiciones de Alejandro.

—¿Qué crees que dirán?

—Creo que mandarán la cabeza de Nearco en ese cesto. Eso es lo que creo.

—A ti no te importaría nada, ¿eh?

—No me corresponde a mí desearle males a otro hombre.

Gajendra desearía que esto fuese cierto. Pero Ravi tiene razón: si Nearco no vuelve, se imagina como el próximo elefatarca. Alguien debe conducir a los elefantes a la siguiente batalla, y él es el candidato más lógico. Ravi se había mofado de él en Babilonia, pero aquí, en lo más remoto de Sicilia, sus sueños están muy cerca.

Y si puede hacerse con el bastón de elefatarca, ¿por qué no con su esposa también? Está a un paso de todo lo que siempre ha soñado, aunque, por el bien de su alma, procurará no rezar para que la misión de Nearco obtenga un resultado mortal.

La lujosa tienda está abierta por todos lados, a pesar del ardiente viento, para que los hombres vean trabajar a sus generales. Los soldados se apiñan fuera, apoyados en las lanzas; unos cuantos murmuran entre sí, pero casi todos guardan silencio, atentos. Están tan cerca que Gajendra huele su sudor.

Los maces lo odian hasta que es la hora de la batalla. Entonces recuerdan que no harían nada sin él.

Alejandro va de un lado a otro como un león inquieto, con los ojos fijos en la mesa donde están desplegados los mapas. Un león hambriento que hace demasiado tiempo que no consigue una pieza y husmea el viento.

No hay ni rastro de Nearco. Los exploradores llegan a caballo y traen desertores atados y con los ojos vendados. Corren rumores de que los espías de Alejandro han subestimado al enemigo. Dicen que Antípatro tiene un ejército de cien mil soldados y que el puerto de Siracusa es un bosque de mástiles, que se ha tardado tres días sólo en desembarcar a los caballos.

Alejandro se queda relajado. Vaga por la tienda con las manos en jarras, como si preparara un banquete de boda para su más reciente esposa.

Nos cuenta lo que sus exploradores avanzados acaban de decirle. La verdad sólo es un poco menos alarmante que los rumores. Antípatro lleva consigo cincuenta mil infantes y diez mil caballos. Ha salido de Macedonia casi sin protección, confiando en que sus aliados de oriente libren el combate por él. Si vence a Alejandro, la Corona es suya, pase lo que pase en otro sitio.

Y además quiere vengar a sus hijos.

Alejandro está comunicativo.

—Su ejército es tres veces mayor que el nuestro, caballeros. Están descansados y bien abastecidos. Incluso tienen una falange de macedonios dispuestos a traicionar al pliegue. De manera que... ¿nos rendimos y regresamos a la patria?

Los generales ríen. Es agradable ver a Alejandro en plena forma de nuevo.

—Los hemos sorprendido con la rapidez de nuestra llegada. Antípatro esperaba encontrarnos aún en Cartago, tomando el aire marino, supongo. No cuenta con que tengamos los elefantes. Si el ataque contra nuestros colmilludos hubiera tenido éxito, tal vez estaríamos en desventaja. Gracias a este valiente joven de aquí, no lo consiguieron.

Le da una palmada a Gajendra en el hombro y lo rodea con el brazo, como si hubieran defendido un desfiladero juntos contra un millar de hombres. Gajendra sabe que es teatro, pero se siente halagado de todas formas.

Con ademán ostentoso, Alejandro señala los rectángulos y las flechas que ha dibujado en los mapas.

—Antípatro no tiene experiencia en el combate contra los elefantes. Lo único que sabe es lo que ha oído contar a los soldados que lucharon con nosotros en la India. Creerá que haremos lo que hicimos en Cartago y que los pondremos contra la infantería.

Pero les dice que esta vez no harán eso.

—Cartago ha reclutado otro ejército en las colonias de la ciudad que se encuentran en el norte, y está a diez jornadas de marcha de aquí. Antípatro espera atraparnos entre los dos ejércitos pero lo hemos privado de ese placer. Los comandos de ataque que enviaron a hostigarnos eran *guggas*, como hemos averiguado por los prisioneros que hicimos.

»La caballería de Antípatro nunca se había enfrentado a los elefantes. Vosotros visteis lo que sucedió cuando los *guggas* nos atacaron con aquella línea de escaramuza: sus caballos rompieron filas y salieron de estampida. No pudieron acercarse. En una batalla darán media vuelta y echarán a correr.

Los veteranos curtidos permanecen con los brazos cruzados, con aire de estar hartos de todo aquello. Gajendra imagina que piensan: esta batalla, quizá una más, y todos volveremos a casa.

Pero para mí ésta es mi oportunidad, se dice. Éste es mi momento.

Oyen un murmullo a lo lejos, un rumor susurrante que avanza hacia ellos como una ola, como una onda en un lago. Un guardia entra corriendo.

—Nearco ha regresado, señor.

Y, en efecto, ha regresado. Al menos, lo que queda de él. Le han atado las manos a la silla de montar para que esté derecho, aunque en verdad sólo su orgullo lo mantiene sobre la montura. Su caballo sabe volver al campamento, y ahora varios de los guardias salen corriendo a echar mano a las riendas mientras otros lo bajan de la silla.

Gajendra lo mira y enseguida desvía la mirada. Morir en combate es una cosa, esto es algo en lo que nunca quiso pensar.

Mientras lo ayudan a apearse, piensa que Alejandro tal vez se inclinará para confortar a su antiguo favorito, pero se limita a soltar un suspiro y le da la espalda.

—Ahí está la respuesta a nuestra oferta de acuerdo, caballeros —dice, y vuelve a entrar como si tal cosa en la tienda.



—Tú sabes lo que andan diciendo —dice Ravi—. Que lo mandó sabiendo lo que harían. Que, como Nearco empezaba a gozar de demasiadas simpatías entre los hombres, quiso deshacerse de él.

—No pudo prever esa clase de barbaridad.

—¿Qué ponía en la carta que le dio? Nadie lo sabe, ¿verdad? Sólo Alejandro.

Gajendra piensa en la historia que le había contado Alejandro sobre su padre, Filipo. *A los hombres promételes el mundo, pero tus pensamientos te pertenecen a ti.* Se niega a creerlo.

—Es lo que hace siempre. Procura hacer un tratado primero.

—Bueno, para ti son buenas noticias. Todo el mundo lo dice ya. Su gente está cansada de combatir y él quiere que alguien joven, con energía y ambición, conduzca a sus elefantes. Ahora que Nearco está fuera de juego podrías ser tú. Si triunfamos contra Antípatro...

—Triunfaremos.

—... tú serás su nuevo favorito. Al menos hasta que se canse de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Tú sabes lo que quiero decir. Te utilizará, te cambiará, te incitará y te recompensará, y luego, cuando te haya sacado todo lo que necesita, tan pronto como le parezca que gozas de más simpatías que él entre los soldados, te hará lo que le ha hecho a Nearco.

—¡Él no se lo ha hecho! ¡Lo han hecho los griegos!

—¿Sabes lo que temo más, sin embargo? Que eso no suceda. Que en vez de eso te parezcas cada vez más a él, hasta que al final lamente incluso haber encontrado a aquel huerfanito que vagaba por el campamento del rajá y haberle dado la oportunidad de ser algo.

Gajendra le da un empujón a Ravi en el pecho. No pretende pegarle pero Ravi tropieza y se cae. Por un instante los dos se quedan demasiado sorprendidos como para decir nada.

Ravi menea la cabeza.

—¿Ves? —dice—. Ya empieza.

Capítulo 37

A estas alturas debería estar acostumbrado. A que lo saque bruscamente del sueño uno de los guardias de Alejandro, a patadas, en plena noche, y lo conduzca dando traspiés, medio dormido, por el campamento hasta su lujosa tienda. El campamento duerme, pero la familia de Alejandro está alborotada. Alejandro está sentado en un taburete y una de sus esposas lo consuela.

Gajendra oye la voz de Ravi: *Tú serás su nuevo favorito. Al menos hasta que se canse de ti.* Las lámparas de aceite que cuelgan de las lanzas metálicas atravesadas en la entrada proyectan largas sombras. El humo de los nudos de pino que arden en el brasero hace que le piquen los ojos.

Apenas reconoce a su general. Tiene un gesto de angustia y sentado allí, medio desnudo, ya no parece indestructible. Tiene un costurón morado en la pierna, donde una punta de flecha le hizo pedazos la tibia en Marakanda. Dicen que aún le salen esquirlas de hueso por la cicatriz de vez en cuando. Y, a la luz de la lámpara, ve la marca que le dejó en la cara una piedra que le arrojaron desde las murallas de algún fuerte. Durante un tiempo se quedó ciego y no pudo hablar.

Alejandro vuelve la cabeza hacia él.

—Muchacho, he soñado con tus elefantes.

¿Por eso lo ha sacado de la cama a esta hora? ¿Por un sueño? Gajendra se relaja y enseguida empieza a sentirse resentido.

—¿Qué visteis en el sueño, señor?

—Tu elefante, el grande...

—Coloso.

—Me hablaba.

Gajendra mantiene el rostro inmóvil.

—¿Mi elefante os habló?

—Me decía que me había extralimitado.

—¿Cómo es posible eso? —dice uno de los persas—. Un dios no se extralimita.

Todos lo miran para que muestre su acuerdo. Pero Gajendra no tiene intención de unirse a ellos. Con lo bien que estaba durmiendo, no he venido aquí a besarte el culo, Alejandro.

—¿El ele... Coloso dijo algo más?

—Que yo caería a los pies de Hércules.

—Pero si vos *sois* Hércules... —dice otro cobista desde las sombras.

Da la impresión de que esto no consuela demasiado a Alejandro.

Aparta de un empujón a su esposa. Está harto de que le frote el cuello y de tener sus pechos en la cara todo el tiempo, aquello lo molesta, igual que las moscas que dan vueltas.

Ptolomeo lanza una mirada a Gajendra. Mañana han de entablar batalla con el enemigo. No conviene que Alejandro se encuentre en este estado.

—Tener este sueño no es malo —dice Gajendra.

—¿Cómo puede no ser un mal sueño?

—En la India el elefante es una señal afortunada. Cuando soñamos con elefantes significa buena suerte.

—¿Vuestros elefantes de la buena suerte también os dicen que habéis ido demasiado lejos?

—Tal vez sólo sea una advertencia para que no forcéis las líneas de abastecimiento. Sólo significa que no debemos precipitarnos a la batalla, sino tomarnos nuestro tiempo a la hora de enfrentarnos al enemigo.

—Pero ¿y lo de Hércules?

Gajendra da un paso hacia él, con el alma en vilo. Teme estar a punto de extralimitarse él también.

—Vos no sois un dios.

La mirada de Alejandro no es hostil, sino más bien curiosa.

—No estaría bien que otros pensaran así.

—Los dioses desean que les hagáis un sacrificio, eso es todo. Para demostrarles que no sois una amenaza para ellos.

A Alejandro le brillan los ojos. No es un dios, piensa Gajendra, aunque muy posiblemente sea un loco. Pero con aquello basta. Alejandro se sacude la murria, olvida por ahora el infierno que lo aguarda en el sueño y en la muerte, deja atrás el terror a ser olvidado. Sonríe.

—¿Crees que sólo es eso?

—El elefante es una señal de que ganaréis. Haced un sacrificio a los dioses y todo saldrá bien.

—Sí, tienes razón. ¡Tienes razón!

Ptolomeo hace un gesto de irónica sorpresa al ver lo rápidamente que sube el ánimo del general. Alejandro da unas palmadas y pide vino. Está claro que nadie de su familia va a dormir ya.

Se pone de pie y se despereza, con la cara radiante. Luego rodea con un brazo los hombros de Gajendra y lo conduce adonde nadie los oiga.

De repente se le ha ocurrido una idea. Se besa las puntas de los dedos y las pone en la mejilla de Gajendra.

—¿Has visto lo que le han hecho a mi enviado?

¿Enviado? Yo creía que era tu amigo.

Añade:

—Necesito un nuevo elefantarca, alguien que dirija a mis elefantes mañana.

¿Crees que puedes hacerlo?

—¿Desde un caballo?

—¿Qué sabes tú de caballos? No, desde Coloso.

Los dedos de Alejandro juguetean con la túnica de Gajendra como los de un amante. Gajendra siente el tamborileo de su propio pulso. Todas las cosas están volviéndose posibles.

—Ayúdame a salir victorioso mañana —murmura Alejandro—, y te daré el mundo entero, todo lo que quieras.

Alarga una mano para que alguien le ponga en ella una copa de vino. Echa un buen trago y deja ver una amplia sonrisa, con los dientes rojos.

—No os fallaré —responde Gajendra.

—Claro que no. —Le vuelve la espalda tan de repente como lo había abrazado y hace una despreocupada seña con la mano dándole permiso para marcharse—. Todo me queda claro ya. Vete.

Los guardias lo hacen salir de nuevo a una noche encendida de hogueras, y Gajendra vuelve dando traspies a la paja. Por la mañana se preguntará si lo ha soñado.

Pero al día siguiente oye decir que Alejandro ha subido a la montaña justo antes del amanecer y ha hecho sacrificios a los dioses locales a la luz de las antorchas, para demostrarles que no supone ninguna amenaza.

No es que Alejandro se lo crea, pero nunca dejes que los dioses sepan lo que piensas.

Ravi lo busca a primera hora de la mañana siguiente. Parece muy asustado. Gajendra aún está en la paja, pensando en Alejandro. En el instante en que ve la cara de Ravi sabe lo que ha ocurrido.

—¡Gajendra! ¡Gajendra!

—¿Qué pasa?

Ravi lo pone en pie de un tirón y lo lleva adonde no los oigan los demás *mahavats*.

—Ese chico, Mara. Acabo de encontrarlo en los arbustos, en cuclillas. Para mear. ¡Es una muchacha!

—¿Te ha visto?

Ravi clava la mirada en él, estupefacto. El mundo se mueve.

—¿Tú lo sabías?

—Sí, lo sabía.

—¿Desde cuándo?

—No mucho.

—No estás beneficiándotela, ¿verdad?

—Lo pensé, pero no creo que me lo permitiera. O su guardaespaldas me mataría. Es una chica de alta alcurnia.

Ravi se queda mirándolo fijamente como si tuviera agua en los oídos. Esta escandalosa noticia no ha tenido la acogida que él imaginaba.

—¿Que no te lo permitiría? ¿Por qué no lo hiciste sin más? Es una esclava. ¿Y qué es eso que dices del guardaespaldas?

—Tenías razón. No es su tío.

—El enano... ¿es su guardaespaldas?

—¿Tú lo has visto pelear?

—No puedo creerme que no me hayas dicho nada.

—Cuanto menos sepas, mejor.

—Pero soy yo... Ravi. ¡Tu tío! Deberías habérmelo contado. ¿Quién es ella?

—Es una sacerdotisa de Tanit. Se cortó el pelo y se vistió con ropa de hombre para que no la reconocieran.

—¡Una sacerdotisa! Por el negro aliento del infierno, esto es mal asunto.

—Y hay algo peor.

Ravi no parece sorprenderse.

—Es la hija del general que se enfrentó a nosotros frente a Cartago.

Ravi se queda sin habla. Por fin dice:

—¿Y por qué sigues con esto? ¡Esa muchacha es un valioso rehén! ¡Alejandro te mandaría crucificar si supiera que lo has engañado!

—¿Ah, sí?

La pregunta deja pasmado a Ravi.

—¿De modo que ya crees que estás por encima de todos los demás?

—Déjame que calcule los riesgos.

—Pero ¿por qué vas a correr ningún riesgo? ¿Porque te da lástima de ella?

—Si alguien se entera, simplemente diré que no lo sabía. Tú eres el único que lo ha descubierto.

—¿Y cuánto tiempo vas a mantener esta farsa?

—Cuando ese bruto feo que la sigue a todos lados vuelva a andar, la ayudaré a escaparse.

Ravi meneaba la cabeza.

—Así que ni una palabra, ¿de acuerdo?

Ravi se queda un momento enfurruñado, luego responde:

—Si la hubiera encontrado uno de los otros *mahavats*, no habría tenido tanta suerte.

—Lo sé. Sólo es cuestión de tiempo. Por eso tengo que ayudarla a escaparse.

—No lo comprendo. ¿Por qué vas a ayudarla?

—Por ti.

—¿Por mí?

—¿Recuerdas cómo este hambriento huerfanito entró en tu campamento una vez, cuando estabas con el rajá? ¿Recuerdas que viste que unos soldados le daban patadas para divertirse? ¿Recuerdas que agarraste a uno de ellos por la oreja, aunque era el

doble de grande que tú, y le dijiste que yo era uno de tus aguadores, y que harías que tus elefantes los atacaran a todos ellos como no se largaran?

—Eso era distinto. Para empezar tú no eras una sacerdotisa.

—Estaba sin hogar e indefenso. Mi karma ahora es devolver lo que tú hiciste por mí.

—¿Estás seguro de que no es nada más? Porque si sólo quieres tirártela, te has tomado demasiadas molestias.

—Yo creía que era un chico. Entendería que pensaras así si yo fuese uno de esos griegos. Además, tú sabes a quién deseo.

—¡Otra vez con eso no! Si aquel día que te vi hubiera sabido cómo ibas a resultar, habría dejado que esos soldados hicieran lo que les diera la gana. Debería haberme marchado sin más, nos habría hecho a los dos un favor. Lo que vas a hacer ahora no es lo mismo. Acogerte no me planteaba ningún peligro. Necesitaba otro aguador. Pero una muchacha como ésa vale algo para alguien. ¡La hija de un general!

—Alejandro vencerá a lo que queda de Cartago, y a Antípatro también, sin rehenes.

Oyen el toque de diana. El campamento se despierta.

—Ahora ve a levantar a los aguadores. Tenemos trabajo que hacer.

Gajendra intenta dar un enfoque distinto. Como nuevo elefantarca, dirigirá desde el frente. En lugar de arqueros, Coloso llevará sobre el lomo, en el *howdah*, a un chico de señales con banderas que dará las instrucciones a los demás. Gajendra manda montarles unos grandes tambores en los costados para seguir mandando sus órdenes aunque se haya levantado una densa polvareda y los otros *mahavats* no vean los banderines.

Toda esa mañana los elefantes hacen instrucción. Únicamente la Caballería de los Compañeros de Alejandro se mantiene tan cerca de ellos, e incluso para eso han hecho falta muchos meses de adiestramiento. Algunos de los elefantes más jóvenes aún no dan la talla. Una y otra vez, cuando la caballería carga, unos cuantos jóvenes machos dan marcha atrás o se salen de la formación, presas del pánico, trastornando a los demás. A primera hora de la tarde Gajendra tiene los nervios hechos jirones y sus *mahavats* maldicen a los elefantes y se maldicen unos a otros. Ptolomeo, al frente de la caballería, está furioso. Parte para decirle a Alejandro que ha de cambiar sus planes.

Gajendra vuelve a hacer entrar a los elefantes en la línea. Lo intentan de nuevo.

A media tarde Mara encuentra a Gajendra en un olivar, de rodillas, rezando ante un pequeño dios de piedra. Él alza la mirada, enfadado porque lo molesten.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué es eso? —pregunta ella.

Gajendra ha rodeado la estatuilla con flores y unas aceitunas que ha arrancado del

árbol. El dios no se parece a ningún dios que Mara haya visto nunca. Tiene muchos brazos y la cabeza parecida a un elefante.

—Es Ganesha —responde él.

—Es un elefante. ¿Le rezas a un animal?

—Mira, tal vez sepa tu pequeño secreto, pero sigues siendo uno de mis galopines de estiércol, nada más. De modo que no creas que puedes hablar conmigo siempre que te apetezca.

Coge a su dios y lo oculta en una bolsa que lleva en el cinturón.

—¿Quién es? ¿Ese dios tuyo?

—¿No has oído lo que acabo de decirte?

—Es que me interesa. ¿No quieres decírmelo?

Gajendra menea la cabeza.

—Es el Señor de los Comienzos y el que coloca y quita los obstáculos.

—¿Hace las dos cosas?

—Te despejará el camino de tus deseos si se lo pides. Y también te pondrá obstáculos en él, si cree que, por tu bien, necesitas que se desbaraten tus planes.

—¿Qué obstáculos quieres que te quite?

—Si vas a hacer semejantes preguntas, deberías dejar que te crezca más músculo para aguantar todos los pescozones en la cabeza que vas a recibir.

—Es una pregunta razonable.

—Viniendo de una esclava, no.

Gajendra se pone en pie. Qué seguro de sí mismo está, piensa Mara. Mi esposo tenía ese mismo aire el día que subió a la nave que lo llevó a la muerte.

—Muy bien, te diré qué obstáculos quiero que me quite del camino. Quiero que el color de mi piel no sea impedimento para convertirme en uno de los generales de Alejandro. Quiero que el ejército de Antípatro no me impida conseguir mis esperanzas.

—¿Por qué deseas ser general?

—Porque quiero ser rico y que me teman, y quiero a la muchacha de mis sueños. Quiero el mundo. Ya está, eso es lo que quiero.

—¿Crees que será suficiente?

—Bastará para empezar.

—La muchacha de tus sueños. ¿Has hablado con ella?

Gajendra hace un gesto afirmativo.

—¿Y qué te dijo?

—Quiso devolverme mi dinero.

Mara se tapa la boca con la mano para tratar de contenerse, pero es inútil. Suelta una risilla en voz alta y el rostro de Gajendra se tiñe de un intenso color bronce. Parece que quisiera azotarla si tuviese una buena fusta a mano.

—¿Estás enamorado de una bailarina? La última vez que hablamos de esto el objeto de tus afectos era una princesa. Si me permites que te lo diga, no paras de

buscar fuera de tu esfera.

—¡Yo no estoy enamorado de una bailarina! Fui al templo en Babilonia y mi princesa estaba también allí, como era su deber para con la diosa. Le di mis monedas y fuimos al bosque detrás del templo, y entonces fue cuando se lo dije.

—¿Se lo dijiste?

—Que no quería pagar por ella. Que la quería para mí solo y que algún día haría que eso sucediese.

—¿Renunciaste a tu única posibilidad de acostarte con una princesa?

—¡Mi única posibilidad no!

—¿En qué pensabas? —pregunta Mara antes de poder evitarlo.

—Ocurrirá algún día, ya lo verás.

—Es una transacción muy sencilla. Ahí tienes a una bonita muchacha a la que acaso no vuelvas a ver. Dóblate aquí encima, guapa, toma una moneda para la diosa y una palmada en el trasero de mi parte como muestra de agradecimiento. Y luego sigues tu camino.

Gajendra soporta el sermón, blanco como el papel.

—¿Recuperaste las monedas?

Gajendra niega con la cabeza.

—Si le cuentas a alguien esto, vas derecha a la subasta... después de que os haya hecho papilla de una paliza, a ti y a ese enano tuyo.

—No se lo diré a nadie. ¿Quién iba a creerse semejante historia de todas formas?

—¿Qué es lo que resulta tan difícil de creer? Ya soy capitán de los elefantes. Mis colmilludos ganarán más victorias para Alejandro y seré el general más importante. Entonces podré pedirle la prenda que yo quiera.

—O quizá mañana mueras en una batalla o tal vez te pise uno de tus colmilludos. Si tienes una posibilidad de alcanzar el placer, debes aprovecharla. La vida termina muy pronto.

—¿Qué sabes tú de la vida? —le responde él con brusquedad.

—Sé que has puesto todo tu empeño en un espejismo. Cuando descubras que tu Zahara suda y tiene genio, vas a quedarte muy decepcionado por gastarte el crédito que te concede Alejandro en una fantasía.

Mara da media vuelta.

—Antes de que te vayas, deberías saber una cosa. Ravi te ha visto. Sabe que eres una chica.

Ella suspira y se apoya en el árbol que tiene más cerca. Bien, en cierto modo es un alivio. Sólo era cuestión de tiempo que la descubrieran. Al menos ha sido Ravi y no uno de los otros.

—Te vio en los arbustos. Tendrás que tener más cuidado.

Mara se deja caer en cuclillas, apoya la cabeza en las manos.

—Estoy muy cansada de esto.

—Me dijiste que te hiciste sacerdotisa porque estabas cansada de tu vida. ¿Qué

puede ser tan malo, si tu padre es general y lo único que tienes que hacer todo el día es estar tumbada en una bañera y escuchar a tus esclavas decirte lo hermosa que eres?

—Yo he vivido diez vidas comparadas con la tuya —contesta ella con amargura.

—Lo dudo.

Mara le lanza una mirada de odio. Cómo me encantaría borrarte ese gesto arrogante del rostro de una bofetada.

—Mi esposo tenía haciendas en Sicilia. Fue a visitarlas pero yo estaba demasiado enferma para acompañarlo. Estaba encinta de él y tenía náuseas todas las mañanas. Se ahogó tres meses antes de que naciera nuestra hija. Nuestro hijito iba con él en la nave.

—Oh.

Al menos tiene la delicadeza de quedarse avergonzado y bajar los ojos.

—¿Qué le pasó a tu pequeña?

—Murió de una fiebre. Yo la cogí también, pero sobreviví. Innumerables veces he deseado que no fuera así.

—Entiendo.

—Por eso no quería tener nada más que ver con la vida. Si alguna vez tienes una esposa a la que amas y un hijo que es parte de tu propia carne quizá lo comprendas. Tienes que perderlo todo para entender lo que es eso.

—¿De modo que sientes pena de ti misma?

Mara se levanta de un salto. Intenta pegarle con la mano pero Gajendra le coge la muñeca.

—¡Tengo derecho!

—Nadie tiene derecho. No debes rendirte. Da igual lo que ocurra, da igual lo difíciles que estén las cosas, no te rindas. Nunca sabes si hay algo justo a la vuelta de la esquina que vuelve a inclinar la balanza a tu favor y te devuelve tu vida.

Mara alarga una mano como para sujetarse.

—¿Ah, sí?

Sus dedos le acarician la suave piel de los hombros. Cruzan una mirada. Es un instante de manifiesta apreciación.

De pronto ella aparta la mano, da un gritito ahogado e intenta recobrar la calma, o toda la calma que puede fingir una sacerdotisa que finge ser aguador.

Él le toma la mano y vuelve a ponerla donde estaba. Mara le acaricia el liso músculo del pecho. Bueno, ya se ha dicho, y mejor que con palabras.

Hay una expresión extraña en los ojos de Gajendra. Es como si en realidad nunca hubiera pensado en aquello. Pone una mano sobre la cadera de Mara, la otra en su mejilla.

—Nunca había sentido esto por un aguador.

Mara le coge la mano, le besa las puntas de los dedos y responde:

—No te creo.

La blancura de su cuello lo atrae. Mete con cuidado los dedos por debajo de la

túnica buscando su desnuda carne. El mundo entero se mueve. De un lametón le quita el sudor de la mejilla y toma en la mano un pequeño seno. Ella hace un sonidito, un gemido, debatiéndose entre el anhelo y el horror ante su traición.

—No puedo —murmura.

Estaba sonriendo, su esposo, aquel último día en el muelle. Le tiraba besos. Ella tenía una mano puesta sobre la tripa y sobre el hijo de ambos que crecía dentro, y le devolvió un beso con la mano. Hacía un día radiante con un fresco céfiro, ni rastro de advertencia de la tormenta, ningún presentimiento en su corazón.

¿Cómo va a abandonarlo ahora? Él sigue allí, en la mar.

Gajendra se contiene, desconcertado. Mara quiere decirle que la abrace. Echa de menos el brazo de un hombre ciñéndole la cintura.

—Tienes que dejarlos ir —le dice Gajendra.

Ella niega con la cabeza.

—Él me ve.

—Tienes que dejarlo irse —repite Gajendra—. Tienes que dejarlos ir a los dos. Ya no puedes seguirlos y ellos no pueden seguirte a ti.

Pero Mara no puede dejarlos ir. Si lo hace, ha de reconocer que de veras han muerto.

Su esposo. Su hija.

Su hijo...

Cuando era un recién nacido se quedaba con la mirada clavada en él, se maravillaba al ver las cutículas tan diminutas de sus dedos, le olía el pelo como si fuera el más preciado perfume de Arabia. Asdrúbal se ponía detrás de ella, la abrazaba y la mecía con aquella relajada manera de ser suya, y se sentía segura. Pero el mundo no era seguro.

Siente el retumbo de los elefantes, y Coloso barrita en algún lugar allá junto al río. Apoya la cabeza en el hombro de Gajendra. Una parte de ella se muere por soltar. Otra sólo se esfuerza por agarrarse.

—Déjalos ir —repite Gajendra.

—Todavía no.

Él tiene razón, se han ido, como decía su padre. Si desea la vida, debe traicionar a los muertos.

No puede hacerlo. Gajendra la abraza de todas formas y Mara llora en su hombro, como una tonta, como un alfeñique. Si su padre la viese ahora, se avergonzaría.

Aunque también ha de dejarlo ir a él.

Capítulo 38

Mara había regresado una vez al tofet, el lugar donde le había devuelto su niña a Tanit. Se había quedado en el borde, escuchando el viento gemir por el pozo. Sonaba a desesperación.

Entonces sólo hacía tres meses que era sacerdotisa pero el aislamiento y la devoción no habían sanado ni siquiera una ínfima parte de su pena. Los mejores momentos de cada día eran los pocos instantes del despertar, antes de que recordara, y también esos últimos pocos momentos por la noche, cuando daba la bienvenida al olvido del sueño.

Sentía un constante dolor justo por debajo del esternón. Era como si hubiera comido algo repugnante. Le dolía en el interior todo el día, y no conseguía librarse de él. Cada vez que pensaba en Asdrúbal o en el olor de su nena, empeoraba.

De modo que fue al tofet pensando en huir de aquel dolor tirándose al pozo. Estuvo rondando por el borde del hoyo hasta que las piernas se le acalambraron, pero no pudo obligarse a saltar.

Piensa en lo que Gajendra le ha dicho: *Da igual lo que ocurra, no te rindas*. ¿Hay aún algo en ella que tenga esperanza, incluso ahora?

¿Por qué diría semejante cosa?

La vida no tenía sentido. Todos eran juguetes de unos crueles dioses que sacaban la muerte de un cielo azul para lanzarla sobre los confiados. No veía ninguna razón para nada de aquello. Hasta Tanit se reía de ella.

No te rindas jamás.

Pero ¿por qué no?

Si hubiera saltado, ahora no sería esclava en el ejército del hombre que había arrasado su patria y todo lo que ella conocía.

Pero, si hubiera saltado, no habría conocido a alguien como Gajendra, que intentaba convencerla de que acaso hubiera todavía un amanecer más luminoso.

Cátaro cojea pero ya no necesita la muleta que le han dado. La mira con gesto acusador, como solía hacer su padre. Mara no puede mirarlo a los ojos. Es como si supiera lo de su traición.

Está pálido. Ha sangrado tanto por ella últimamente, ha soportado tantas cosas, que debe de estar casi vacío de sangre. Su padre le dijo una vez que Cátaro era indestructible. Esta mañana no lo es tanto. Mara quiere decirle que se acueste, que descanse. Como si fuera a escucharla.

¿Por qué es tan fiel? Resulta inexplicable. Ni siquiera son parientes. Su padre le dijo que Cátaro procede de una isla balear, aunque otros dicen que surgió de repente de la tierra desde el Hades. Nada de eso explica esta constancia para con su padre.

—Estás pálida —dice Cátaro—. ¿Qué te ha pasado?

Mara hace un gesto negativo y se encoge de hombros.

—A partir de ahora no te apartarás de mi vista. Aún estás bajo mi protección.

—¿Cuántas heridas más aguantarás por mí, Cátaro?

—Todas las que haga falta para mantenerte a salvo.

—Pero ¿por qué?

Él no contesta, se limita a lanzarle una mirada furiosa, como si fuese el motivo de todos sus problemas. Y no resulta tan raro que piense así, porque lo es.

Mara cierra los ojos y se imagina a su padre vivo. Antes no soportaba su presencia. Ahora lo único que desea es verlo una vez más.

Escudos, lanzas y jabalinas están apilados ante las tiendas; los hombres, arrodillados en la tierra, juegan a los dados bajo el parpadeo de las lámparas de aceite. La puerta de la tienda de Alejandro se ha dejado abierta. Hay un guardia, pero hasta él gandulea. Una alfombra persa, un baúl de madera con asas de plata. La coraza está colgada de un palo central. Reluce al oscilante resplandor de una lámpara que pende de un caballete.

Alejandro está sentado ante una mesa de campaña. Escribe órdenes usando un estilo sobre una tableta de cera. Cuando Gajendra entra, no alza la vista. Hace tanto calor que la cera se desprende de la tablilla a cada trazo y las palabras resultan difíciles de leer. Qué concentrado está, qué inmóvil. ¿Sabe siquiera que estoy aquí? En ese instante Alejandro levanta un dedo para indicarle que debe esperar. Sí, lo sabe.

Mira cómo vive. Ahora que tiene que enfrentarse a tropas macedonias, ha decidido convertirse en macedonio otra vez. Sólo lleva puesto un peto de cuero labrado sobre la túnica. Hay una manta azul turquí extendida en el suelo a guisa de lecho. Vuelve a ser el perfecto militar, con un solo guardia en la puerta, nada más, y una manta enrollada por almohada. Si prohibieran la guerra mañana, estaría perdido.

Por fin Alejandro lo mira.

—¿Deseabais verme, señor?

Se pone de pie, estira la espalda para que Gajendra admire su achaparrado y rubio físico.

—¿Sabes que dicen que somos amantes?

Esto es algo inesperado.

—¿Quién lo dice?

—Los chismorreos. Llegan hasta mí de vez en cuando. Por lo visto, porque pasamos mucho tiempo juntos. Y porque soy griego, imagino. Pero tengo cosas más importantes que hacer que follar. ¿Es que no lo sabe la gente?

El niño asustado de la noche anterior ha desaparecido. Vuelve a mostrarse

engreído, un dios una vez más. Es la noche lo que mina su confianza. De día es el rey de todo.

—¿Están preparados los elefantes? Mañana iremos contra Antípatro.

—Estamos preparados.

—Te prometo que estarás en primera línea mañana. Eso es lo que quieres, ¿no? Estar en pleno centro de la batalla. Ponerte a prueba.

—Sí.

—Hemos de tener nuestra victoria. Aquel general *gugga*, Hannón, escapó de Cartago cuando la saqueábamos y huyó a Panormo, en el norte. ¿Sabes que el Consejo de la ciudad intentó negociar conmigo antes de que las murallas cayeran? Él iba a ser parte del trato. ¿Por qué iba yo a querer matar a un valiente? Ahora que están en el exilio han vuelto a contratarlo y a pagar a otro ejército. Éste es quien viene a enfrentarse con nosotros. Tenemos que derrotar a Antípatro deprisa, antes de que Hannón llegue aquí.

—Antípatro entretendrá el combate hasta que estén cerca, ¿no?

—Tal vez entiendas de batallas, elefantero, pero no sabes nada en absoluto de política. Antípatro querrá ganar esto sin los *guggas*. No se trata de unas tierras, se trata de la Corona de Macedonia y de quién es digno de llevarla. —Se pone delante de Gajendra, lo arregla, le endereza la túnica, como si fuese a mandarlo a que causara buena impresión en provincias—. Me han dicho que Cartago fue tu primera batalla.

—Estuve en el Hidaspes. Pero entonces no era más que un aguador. Estaba tras las líneas con el convoy del bagaje.

—¿Y matar? ¿De cerca, como tú y yo estamos ahora? El primero fue cuando los comandos de Hannón atacaron a tus elefantes, ¿estoy en lo cierto?

Gajendra asiente con la cabeza.

—¿Sueñas con él? ¿Con el hombre que mataste?

—Algunas veces.

—Al principio parece algo antinatural. Pero está en todos los hombres, esta... ansia. Cualquier hombre se convertirá en asesino si se le pone una espada en la mano, se le enseña cómo hacerlo y se le da un poco de destreza y confianza. Y cuanto más lo hacemos, a más batallas sobrevivimos; cuanto más matamos, más fácil se vuelve y mejores soldados somos. —Le da unas palmaditas en el brazo—. Hay mucha necesidad en ti, ¿verdad? Un desesperado anhelo. Me pregunto de dónde procede. ¿Cómo empieza? ¿Nace un hombre con ambición o sucede algo que lo induce a tenerla? ¿Qué opinas tú?

—Yo pienso que está en nuestra naturaleza.

—No. No lo piensas en absoluto.

Está muy cerca. Su aliento es pestilente. Gajendra se estremece pero procura no desviar la mirada.

—Estoy pensando en sustituirte.

—¿Sustituirme?

—Por alguien más capaz. Ptolomeo me dice que no podemos confiar en tus elefantes en lo más encarnizado de la batalla, que pasará lo que pasó en Cartago, sólo que esta vez no seremos tan afortunados. Opina que debería sustituirte, nombrar tal vez a alguien que lo desee más que tú. Alguien que sea ambicioso... por naturaleza.

Gajendra siente crecer el pánico.

—Nadie desea esto más que yo. ¡Me he adiestrado para esto, he hecho que mis colmilludos hagan instrucción una y otra vez! Nadie conduce esos elefantes como yo.

Alejandro hace un gesto negativo.

—Para mí tú eres secundario. Si necesito que se haga una cosa, quiero que se haga.

—Por favor. ¿Qué queréis de mí?

—Quiero saber quién eres, elefantero. Cómo has llegado a estar aquí. Necesito conocer a todos mis generales hasta el fondo de sus almas. ¿Entiendes?

Sí, Gajendra sabe lo que le pide. Vacila, aunque sabe que no puede permitirse pensárselo demasiado. Alejandro no tiene mucha fama de paciente.

—No recuerdo mucho.

—Otra mentira. ¿Será tal vez Ravi mi nuevo elefantarca?

—Os lo diré todo.

—¿Ves? Eso está mejor. Ya te has aclarado. Yo soy tu único amigo, elefantero. Tú y yo no deberíamos tener secretos. Ahora dime, ¿qué relación tienes con ese viejo *mahavat*?

—Ha sido bueno conmigo.

—¿Por qué?

—No sé. Me encontró medio muerto de hambre vagando por el campamento del rajá y decidió salvarme. Quizá nunca tuvo un hijo.

—¿Cómo llegaste a estar medio muerto?

Hacía una hermosa y cálida mañana cuando llegaron. Él estaba dentro, escuchando a su madre y a sus hermanas machacar el arroz. ¿Qué hacía dentro? ¿Por qué no estaba en los campos con sus hermanos? Ahora lo recuerda. Estaba enfermo.

Oyó a los dacoits gritar, sintió el golpeteo de los cascos de caballos en el suelo.

—Ah, ya empezamos a sacar algo en limpio. De modo que unos bandidos atacaron tu aldea. ¿Qué le pasó a tu familia? ¿No me digas que los bandidos los mataron a todos? Mírame a mí, elefantero, no al suelo. Si vas a contármelo, no veo por qué no me lo cuentas a la cara. Esos bandidos, ¿mataron a tu familia entera?

Los rostros se desvanecen ya. A veces está acostado por la mañana, en ese mullido lugar que existe entre el despertar y los sueños, y trata de imaginárselos. Pero es como tratar de agarrar humo. La cara de su padre casi ha desaparecido ya. Recuerda los dientes manchados de betel y las manos grandes y huesudas. La cara de su madre pervive, pero de sus hermanas, nada en absoluto.

—Estás recordando ya, ¿verdad?

—Mi madre trillaba arroz.

—¿Tú estabas allí? ¿Lo viste todo?

Gajendra se estremece. Oye gritos. Echa una mirada a su alrededor, creyendo que son de verdad.

—¿Qué hiciste?

—Corrí.

—¿Te escapaste?

—Hacia mi madre.

—¿Cuántos años tenías?

—Tenía ocho años, quizá nueve.

Sus dos hermanos mayores acuden corriendo desde los campos, agitando los brazos, diciéndoles a todos que huyan. Pero no hay tiempo de huir. Para cuando se dan cuenta de lo que pasa, es demasiado tarde.

—¿Qué hicieron?

—No pude detenerlos.

—Claro que no. Sólo eras un niño.

Uno de los dacoits entra a caballo en el campo y mata a sus hermanos como si cosechara el arroz. Dos, tres golpes de cimitarra y han muerto. Debieron de gritar. ¿Gritaron? No se acuerda. Aunque su madre sí que gritó.

—Todavía los oyes morir, ¿verdad? Los oyes ahora. ¿Los oyes por la noche también?

—A veces.

—¿Qué están haciendo? ¿Los bandidos?

—Tienen a mi madre y a mis hermanas. Están sujetándolas. Se ríen.

—¿Y qué hace mi pequeño elefantero?

—Les pego.

—¿Les pega? Qué valiente.

Es mentira. El niño se limita a mirar. Uno de los hombres se ríe cuando lo agarra por el pelo y lo hace arrodillarse de un empujón. Le dice que le dará la oportunidad de salvar a su madre y a sus hermanas.

—¿Intentaste salvarlas?

—Me obligaron a implorarles.

—¿Cómo lo hicieron?

—El que mandaba dijo que no las mataría si yo hacía una cosa por ellos.

—¿Qué te obligó a hacer?

Se arrastra, llora, suplica, con las manos extendidas. Al ver que ríen cree que les gusta lo que hace, de modo que sigue haciéndolo, más aún. Por primera vez en su vida tiene público, y, mientras su público ríe, su madre y sus hermanas aún están vivas.

Entonces ellos forman un círculo y se mean en él, sin dejar de reír.

Gajendra está temblando.

—¿Qué te obligaron a hacer?
—Mi madre gritaba.
—¿Le veías la cara?
—Le vi la cara.
—Y los hombres se reían. ¿Te tenían en el suelo?
—Se mean encima de mí.
—Mientras violaban a tu madre y a tus hermanas.
—Después.

Todos se han turnado para hacerlo, uno detrás de otro. Otros dacoits están robando las vacas, todo lo que encuentran. Al cabecilla también le llega el turno de meársele encima, y luego da una orden y les cortan el cuello a las mujeres. Después van a matarlo a él.

—*Dejadlo —dice el jefe.*
—¿Por qué no te mataron, elefantero?
—No lo sé.

Alejandro le acaricia la mejilla. Con ternura, dice:

—Eso te atormenta todas las noches, ¿verdad? ¿Por qué no me mataron? ¿Porque fui un cobarde o porque fui valiente? Querías morir con los demás, ¿no?

Gajendra hace un gesto afirmativo.

—Te horroriza, ¿verdad, elefantero? Te horroriza volver a ser débil. Te horroriza sentirte impotente. Por eso deseas esto tan desesperadamente. Así, tu madre y tus hermanas dejarán de gritar dentro de tu cabeza, ¿eso es lo que piensas?

—A lo mejor.

Alejandro suspira, y sonrío. Lo besa suavemente en los labios.

—Vas a ser un buen general. Bueno, ahora eres mi nuevo elefantarca. Gana por mí, Gajendra. Haz que resulte victorioso mañana.



Gajendra encuentra a Cátaro agachado en la paja mordisqueando un correoso mendrugo de pan y mirando fijamente las montañas. Alza la vista con gesto desconfiado al ver a Gajendra.

—Vas a llevarte a Mara de aquí.

Cátaro cree que es un engaño. Mastica y traga.

—¿Cómo?

—Puedes hacerlo, ¿no? Eso te corresponde a ti, ¿verdad?, protegerla.

Cátaro no dice nada. Alza la vista hacia él y lo mira fijamente con expresión malévola.

—Vas a llevársela de vuelta a su padre.

—Su padre ha muerto.

—No. Está justo al otro lado de esas montañas conduciendo a otro ejército hacia

acá.

Cátaro sospecha una traición. Gajendra le dice lo que sabe por Alejandro.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque no quiero que a Mara le pase nada. Pérdicas no os quiere aquí de todas formas, después del conflicto con los soldados. A mí me da igual una cosa u otra, así que más vale que escapéis de aquí mientras podáis.

—Panormo está muy lejos para ir andando.

—Os conseguiré caballos. Cuestión de pasarle unas cuantas monedas a uno de los sargentos del convoy de bagaje a cambio de un par de jamelgos viejos que ya no necesiten.

Gajendra se marcha sintiéndose mejor consigo mismo. Al menos, un poco mejor de lo que se sentía cuando salió de la tienda de Alejandro.

Capítulo 39

—Tu padre está vivo —dice Cátaro sin más preámbulos.

Mara murmura algo, entre asombrada e incrédula, y se sienta de golpe.

—Dicen que los Cien quisieron utilizarlo como trueque. Escapó a Panormo y esos cabronazos le han pedido que los defienda de nuevo. Está a tres jornadas al oeste de aquí, con otro ejército.

—¿Cómo sabes eso?

—Por ese muchacho indio. Nuestro patrón. Por lo visto, todo esto lo saben por el prisionero que cogieron. Alejandro lo ha mantenido en silencio. No quiere que los hombres sepan que tal vez tengan que librar dos batallas en dos días.

Mara se lleva las rodillas hasta el pecho. Demasiadas impresiones para una sola noche.

Uno que vuelve de entre los muertos, pues.

Había abandonado toda esperanza de volver a verlo, y le causaba tristeza que entre ellos hubieran quedado tantas cosas sin decir. Por encima de todo, desea su perdón. Esta noticia lo cambia todo. Ahora tiene una segunda oportunidad, ya no está tan ansiosa por morir.

—Me parece que el capitán está encaprichado de ti. ¿Sabe que eres una muchacha o le da igual? No parecen necesitar mucho a las mujeres por aquí.

—¿Gajendra?

—Me ha dicho que ya no somos necesarios y que, de todos modos, Alejandro sigue enfadado por los soldados que maté y quiere que se haga algo. Él lo ha arreglado para que escapemos. Sólo se me ocurre que le hayas pagado de alguna forma. ¿Lo has hecho?

—Claro que no. ¿Qué ha arreglado?

—Dos caballos. Jamelgos, dice, que ya sólo se usan para el bagaje, pero cree que nos llevarán adonde tenemos que ir.

Mara se imagina el reencuentro con su padre, dejarse crecer el pelo otra vez y quitarse la peste a elefante.

Eso le da un motivo para vivir de nuevo. La culpa la tiene aquel Gajendra. De un tirón la ha hecho retroceder del borde. La ha hecho elegir a los vivos antes que a los muertos.

Un mensajero llega de parte de Nearco. Quiere hablar con el capitán de los elefantes.

Su tienda está oscura. Está a punto de anochecer, pero no hay ni una vela

encendida. Gajendra arruga la nariz cuando le llega el olor a sangre vieja. Zahara está allí, pero al entrar él se aparta del lecho, y la gasa de su larga túnica le roza la piel al pasar. Su perfume es lo único agradable del aire.

Nearco yace en una cama, tras una cortina. Su rostro queda en sombra. Sólo se ve su brazo, que lo llama por señas.

Un frufnú de faldas y Zahara ya no está.

Hay un esclavo pendiente de Nearco con un abanico para que no se le posen las moscas. Gajendra oye respirar a su antiguo general desde el extremo opuesto de la habitación.

Ven y siéntate aquí, le dice. Parece un ganso graznando. Gajendra se acerca de mala gana. ¿Qué quiere de mí?

Observa el afanoso alzarse y bajar del pecho de Nearco. No puede mirarlo. Sus ojos se concentran en el techo de la tienda. Una mano aparece rápida y le agarra el brazo.

—¡Vaya! El nuevo querido de Alejandro. Debes de estar contento por cómo te han salido las cosas.

—Yo nunca te he deseado este sufrimiento.

—Sin embargo te ha venido bien. Ten cuidado, elefantero.

—¿Con qué?

—Con tu general y benefactor.

Nearco se ríe y la sangre sale burbujeando por la venda. Le han vendado la cabeza con lienzo, de manera que ya tiene la apariencia de los muertos.

—¿Te han dado láudano?

—Puedo soportarlo. Todavía necesito conservar la lucidez, y el láudano me la quitará. Te gusta ella, ¿verdad?

—Yo no soy quién para opinar sobre ella.

Nearco se ríe al oírlo.

—¿Por qué le parece a un hombre que puede babear mirando a la esposa de otro sin que nadie se dé cuenta? Alégrate, hijo, cuando yo muera quizá Alejandro te la regale.

Tanto olíbano arde en el incensario que a Gajendra le da vueltas la cabeza.

—No vas a morir.

—Eso es lo peor, ¿verdad? La muerte habría sido más amable. Estoy seguro de que Zahara opina así. Dame la mano, elefantero.

No hay más remedio que hacer lo que dice.

—Exacto. Siento la fuerza en ti. Necesitaré un poco de eso mañana.

De un tirón se lo acerca. Gajendra trata de resistirse pero lo tiene agarrado demasiado fuerte.

Nearco remeda a Alejandro:

—«¿Dónde está mi indio? Traedme a mi indio. Quiero que un elefante me guarde la tienda y otro para sentarme debajo cuando haga calor. ¡Id a por mi indio!». —Baja

la voz—. Ten cuidado con él. Hace frío en las sombras cuando el sol decide llevarse su calor a otra parte.

—Yo no he pedido que te ocurra esto.

—Pero eres el responsable. ¿Te ha metido ya en su cama? Lo hará.

—Soy algo más que un niño bonito, y no tardaréis en verlo todos.

—¿Debo culpar de esto a Antípatro, o debería echarle la culpa a Alejandro? No me enteré de lo que ponía en la carta hasta que la entregué.

—No puedes culparlo por la perfidia de otro hombre.

—Pero se puede escribir una carta de tal modo que la perfidia de un hombre te venga bien a ti.

—¿Por qué iba a hacerlo él?

—Estoy seguro de que darás con ello. Lleva buscando a alguien a quien amar de nuevo desde que Hefestión murió. Siempre creímos que sería un griego. Por lo visto se ha vuelto nativo en más de un sentido. Antes se limitaba a alistar soldados extranjeros, ahora recluta a los nativos para servicios particulares también.

—Eso no es cierto.

—Aún no. Pero lo será. Va a prepararte.

Deja caer el brazo.

—Yo creía que lo amabas —dice Gajendra.

—Yo creía que él me amaba. Pero el problema de Alejandro es que lo tiene todo, y el problema de tenerlo todo es que nunca es suficiente. Eso lo ha vuelto loco. Tiene cogido un león por la cola y, en cuanto lo suelte, el león se lo comerá. Te comerá a ti también.

—No tengo por qué escuchar esto.

Gajendra se pone de pie para marcharse.

—¿Sabes lo que pasó cuando estábamos en Egipto? Yo estaba con él el día que fuimos a consultar el oráculo de Zeus en el oasis de Siwa. Trescientas millas por el desierto recorrimos, nos perdimos una vez y los caballos estuvieron a punto de morir de sed. ¿Sabes lo que quería saber del oráculo? Preguntó si los dioses estaban satisfechos con el castigo dado a los asesinos de su padre. ¿Sabes por qué era tan importante para él que se lo dijera el augur?

Gajendra se lo figura, pero no quiere decirlo.

—A ese hombre le aterra morir. ¿Qué le hacen en el Hades a un dios que ha asesinado a su propio padre?

Una vez fuera, Gajendra aspira hondo el aire. El olor a excremento y a hogueras y a treinta mil hombres ahora le resulta casi fragante.

Capítulo 40

Está oscuro bajo los árboles en la Hilera de los Elefantes. Coloso mueve la trompa por el suelo al percibir el olor de Gajendra. Éste le frota la parte superior de la trompa, le da unas manzanas. Los elefantes sólo duermen un par de horas cada noche. Como yo, piensa Gajendra. Pero es que ellos están hechos así.

Esta noche se muestran intranquilos, tienen montado un incesante retumbo. Como si lo supieran.

—Mañana es nuestro día —le susurra—. Tienes que ser valiente y fuerte. Si ganamos mañana, Alejandro hará que seamos el corazón de su ejército. Para él su elefantarca será incluso más importante que los capitanes de su caballería. Organizará sus estrategias a partir de nosotros.

Siente la áspera piel temblar cuando la toca.

Un sonido tras él. Se vuelve, con un cuchillo en la mano. Mara da un grito ahogado cuando la finísima punta le saca un hilillo de sangre de la carne del cuello, suave y blanca.

—Soy yo —murmura.

Gajendra la aparta bruscamente.

—¿Qué haces aquí?

—Te buscaba.

—¿Por qué?

—Quería hablar contigo. —Le desliza la mano por el brazo—. La he visto hoy.

—¿Has visto a quién?

—A la muchacha más bella del mundo. Estaba con otras mujeres, las llevaban a la retaguardia para que estuviesen seguras. La vi con Nearco. Es ésa, ¿verdad?

—Sí.

—Tú me perdonarás, pero a mí me parece un poco... bovina.

—Si sólo le habrás visto los ojos.

—Pues quizá sean precisamente sus ojos. No hay luz en ellos. ¿No te has dado cuenta? Ésa irá adonde la lleven. Créeme, he conocido a muchas muchachas así, las huelo a una milla de distancia. Te aburrirías con ella al cabo de una semana.

—Me pasaría el resto de mi vida amándola.

—¿Has hablado con ella alguna vez? Aparte de la negociación del dinero, quiero decir.

—¿Por qué?

—Eres joven, Gajendra. ¿Alguna vez has gozado a una mujer a quien no hubieras

pagado?

—A muchas.

—Vaya. —Mara sonrío—. Creo que ambos sabemos que eso es una trola. —Le coge la mano y se ciñe con ella la cintura—. Cátaro me ha contado lo que has hecho por nosotros.

—¿Ésta es mi recompensa por salvaros?

—Habría tenido más sentido ofrecértelo antes de que nos buscaras los caballos, si lo piensas.

—Ayer te besé y me apartaste de un empellón.

Mara está tirándose del pelo otra vez. Gajendra se imagina que antes debía de tener unos rizos exuberantes, porque es una continua costumbre.

—Ravi me ha contado lo que te ocurrió.

—¿Ravi? Es un bocazas.

—Él te quiere. Te cuida. ¿Por qué no me lo contaste?

—¿Para que me tengas lástima?

—Yo dejé que tú me tuvieras lástima.

—Lo intentaste. Yo no acepté la invitación.

Mara le pone una mano en el pecho. Por encima de ellos las hojas susurran con el viento. La luna va dejando una filigrana de nubes negras.

—¿Por qué haces esto?

Gajendra siente su aliento en el cuello.

—Tú me dijiste que debía dejar ir el pasado para tener un futuro.

—Pero acaso yo esté muerto mañana.

—Entonces debería dejar ir el futuro, también, para tener un pasado. Si mueres, siempre me arrepentiría de no aprovechar este instante.

—¿Y tu esposo?

—Era un buen hombre, él no querría que yo dejara de amar. Estaba castigándolo, ¿sabes?

—¿Castigándolo?

—Lo culpaba por morirse. Quería que me viera sufrir aquí abajo. Me lo figuraba allá arriba con los dioses, llorando por mí.

Le ha levantado la camisa, le pasa la mano por la bronceada piel y encuentra el pezón. Frunce el ceño como si nunca hubiera visto tal cosa y lo toma en su boca. El efecto es sorprendente. Gajendra da un grito ahogado y araña la corteza del árbol.

Cuando recupera la respiración otra vez, pregunta:

—¿Y si está mirando ahora?

Mara niega con la cabeza.

—No está mirando. Lo he liberado. Es lo que tú dijiste que hiciera, ¿no? Es lo que querías decir.

—Sí —contesta él—. Es lo que quería decir.

La tiende en el suelo.

—Gajendra —susurra ella.

Su cuerpo se cimbreaba en torno a él. Este primer atisbo de su carne lo deja atónito. No la suponía tan hermosa. Le brillan los ojos. ¿Quién hubiera imaginado un instante así?

Está abrumado, la desea, toda ella, inmediatamente. Mara lo agarra por los hombros y lo aparta de un empujón.

—No soy una puerta para que me derribes a golpes. ¿Nunca has engrasado una cerradura? Se acaricia, Gajendra. Si algún día has de ser un buen marido para una mujer, tendré que enseñarte.

—Estoy dispuesto a aprender —responde él.

—Muy bien. Comencemos la clase.

Cuando Mara regresa, Cátaro está afilando el cuchillo en una piedra. Actúa con cautela. No conviene que nadie lo vea.

—¿Qué haces? —le pregunta Mara con voz crispada.

—Alejandro va a venir a inspeccionar los elefantes mañana.

Su rostro es la viva imagen de la concentración. Quiere que el cuchillo esté bien afilado cuando lo deslice entre las costillas de un dios viviente.

—Pero si nos vamos de aquí esta noche.

—Tú te vas. Yo me quedo. Cuando te hayas ido tendré libertad para dedicarme a lo mío en paz.

—Es una locura. Estará rodeado de su guardia personal.

—Eso no salvó a su padre y no lo salvará a él. Yo sé lo que me hago. No es la primera vez.

—Es un suicidio.

—Eso te dije yo, pero no sé cómo, hiciste que me pareciera razonable. Estoy convencido.

—Te crucificarán por esto, Cátaro.

—Lo haré y después me hincaré el cuchillo.

—¿Y si no te da tiempo?

—Mi vida no cuenta, comparada con lo que se juega aquí. Ahora descansa un poco. Tienes un largo viaje por delante.

Durante un rato Mara se queda allí tumbada, viendo las estrellas rodar encima de ella. Se figura que son los ojos de los dioses, observando.

—¿Dónde has estado esta noche? —pregunta Cátaro.

—En los matorrales. No me sentía bien.

—Estabas con el indio.

—No me interrogues, Cátaro. Tú no eres mi padre.

Un ruido le llega de Cátaro, un gruñido de irritación tal vez. Mara está encariñándose con él y no le agrada pensar que el día siguiente, a esta hora, estará muerto. Eso le preocupa más que cuando planeaba su propio final.

—¿Por qué no lo hiciste cuando tuviste ocasión?

—¿Hacer qué?

—Aquella noche que estuviste en la tienda de Alejandro llevabas mi cuchillo, y ahora me figuro que me lo cogiste para eso.

—Descubrí que no estaba en mi carácter.

—Estaba en tu carácter cuando creíste que iban a matar al indio. Entonces supiste manejar bastante bien un cuchillo.

—No es lo mismo hacer algo a sangre fría que cuando eres presa del pánico y no hay tiempo de pensar. Si no hubiera hecho lo que hice, Gaji estaría muerto.

—¿Ahora es Gaji? ¿También tienes un nombre cariñoso para él...?

Mara siente que le arden las mejillas en la oscuridad.

—Me recuerda a ti —dice Cátaro.

—¿A mí?

—Es arrogante, testarudo y joven. A veces es muy amable. Podríais ser mellizos.

¿Mellizos? Mara no comparte en absoluto esa opinión.

—Yo tal vez sea joven pero no soy arrogante.

Cátaro gruñe.

—Si tú lo dices, princesa...

No debes rendirte. Da igual lo que ocurra, da igual lo difíciles que estén las cosas, no te rindas. Nunca sabes si hay algo justo a la vuelta de la esquina que vuelve a inclinar la balanza a tu favor y te devuelve tu vida.

—No lo hagas, Cátaro. Cumple la promesa que le hiciste a mi padre y sal de aquí conmigo esta noche para ser mi guardaespaldas, como le prometiste que harías. Deja que sea otro quien libere al mundo de Alejandro.

—He tomado mi decisión —contesta él, y no vuelve a decir nada más del asunto.

Capítulo 41

Mientras se aleja con sigilo, Mara los oye en la Hilera de los Elefantes. El sonido que hacen no se parece a nada que haya oído nunca. Este retumbo parece surgir de lo más hondo de los animales, se propaga por el suelo y por el aire.

Están agrupados, enormes sombras grises en las tinieblas, y a medida que se le acostumbran los ojos a la oscuridad ve que han metido las trompas en las bocas de los otros, como si buscaran consuelo. Coloso barrita varias veces. Es un sonido escalofriante.

Mara comprende que tienen miedo y procuran asegurarse que todo saldrá bien. De algún modo, saben que la batalla se avecina y, como todos los soldados en otros sitios, piensan en el dolor y en la muerte.

Desde algún lugar muy próximo le llegan unos alaridos, y siente un escalofrío.

—¿Qué ha sido eso?

—Casandro —refunfuña Cátaro.

Los caballos están donde Gajendra ha dicho que estarían. Incluso en la penumbra Mara distingue que son unos ejemplares pésimos. Sin embargo tienen cuatro patas, y eso será mejor que ir andando.

—Sigue la estrella del norte por la noche y el Etna de día. Cuando estés cerca del volcán, ve hacia el interior. Los exploradores de Hannón te encontrarán antes de que tú lo encuentres a él.

—Ven conmigo, Cátaro.

Él la ayuda a subir al caballo.

—He servido a tu padre fielmente toda mi vida y jamás he puesto en cuestión ninguna orden que me haya dado. Pero alguien tiene que detener a este diablo y eso no se hará en el campo de batalla. Aunque vaya contigo y te lleve sin problemas hasta allí, ¿cuánto tiempo durará tu libertad, o la de tu padre? Ésta es la única forma.

No hay ninguna despedida, con Cátaro no. Le da una palmada a la grupa del caballo y desaparece en la oscuridad.

Alejandro lleva puesta su coraza antigua, un peto metálico atado con cordones a un espaldar de cuero. Tiene pulidas protecciones en las muñecas y grebas para las espinillas, un casco con tieso y rojo pelo de jabalí bajo el brazo. Cruza con paso majestuoso el barrido suelo. Parece el mismísimo Zeus descendido de los cielos.

Los aguadores están ocupados con sus botes de pintura roja y amarilla, dibujando círculos alrededor de los ojos de los elefantes y trazándoles dibujos en las trompas y

los costados. Alejandro se queda satisfecho al verlo y está de acuerdo en que las bestias parecen más temibles así. Otros chicos están sentados a horcajadas sobre los lomos, frotándolos con aceite de coco para fortalecer los nervios de las bestias.

Alejandro deambula por la fila, examinándolos uno por uno, tocando la afilada punta del protector de hierro que llevan en los colmillos, el fuerte cuero que les ponen para protegerlos los flancos, la nueva armadura segmentada de las patas. Hará falta casi un día para prepararlos. Los tienen a la sombra para que estén frescos mientras los *mahavats* y los aguadores hacen su tarea.

Los guardias de Alejandro van a la zaga. Para cuando llega al final de la Hilería de los Elefantes les cuesta seguirle el ritmo. Cátaro no deja de toquetear el cuchillo que se ha escondido dentro de la túnica.

Gajendra acompaña a Alejandro por la línea. Éste es un honor sin precedentes. Alejandro narra reminiscencias de Gaugamela: la primera vez que se topó con elefantes, la primera batalla en que combatió contra el rey persa, Darío. Está animadísimo. Le da una palmada a Gajendra en el hombro y le dice, para que lo oiga su séquito, que ningún ejército de la tierra puede enfrentarse a ellos.

A las bestias más temerosas les dan vino de arroz. Eso les enardecerá la sangre. Para Coloso no hay. Como le den vino de arroz ahora mismo, echará abajo el campamento antes incluso de que llegue al frente.

Los *mahavats* ríen. Es divertido ver a los elefantes borrachos, tambaleándose y arrojándose chorros de vino unos a otros, alegres, por ahora al menos. Aunque eso cambiará una vez estén en el campo de batalla y tengan los tambores y las flautas a su alrededor, con el ruido enloqueciéndolos, oliendo el miedo en el aire.

—¿Qué pasa? —le pregunta Alejandro.

—Estamos preparando a los asustadizos para ir a la guerra.

—¿Emborrachándolos?

—Son como los hombres. Si le metes algo de vino a un contable o un pastelero, se creará que es Hércules.

Uno de los elefantes brama, enfurecido, y carga contra uno de sus compañeros. Los *mahavats* gritan y le tiran de las cuerdas, emplean las aguijadas para volver a hacerlo entrar en la línea. Aquello ya ha comenzado.

Las bestias no tardarán en ponerse incontrolables. Gajendra les dice que aparten del vino a los colmilludos, que los lleven a las líneas de batalla, que monten los arqueros.

Alejandro se detiene delante de Coloso.

—¿Por qué no le dan vino a éste? ¡El pobre animal parece sediento!

Gajendra ve a Cátaro y por un instante se sorprende: ¿qué hace aquí? La noche anterior les proporcionó caballos y un modo de escaparse. Entonces advierte el centelleo del cuchillo, justo un momento, y antes incluso de calcular cómo ha sucedido, sabe lo que va a ocurrir.

Se coloca entre Cátaro y el general.

—No te quedes ahí pasmado —le dice—. Busca a unos cuantos y ve a por vino para Coloso.

Imagina que en ese instante Cátaro hace sus cálculos. Debe matarme para llegar hasta Alejandro. Aunque me mate y lo haga rápido, los guardias tendrán tiempo de intervenir y despacharlo.

Vacila.

—Rápido, tú y tú, id con Cátaro a traer el vino. ¡Vamos!

—Nos dijiste que éste no necesitaba vino —responde Cátaro, manteniéndose firme.

—Yo no tengo que explicarte nada a ti —dice Gajendra y lo abofetea fuerte en la cara.

Cátaro mete la mano en la túnica y por un momento Gajendra cree que lo hará de verdad. Pero al final se aparta y, tras dirigirle a Alejandro una última mirada llena de pesadumbre, se va con los otros.

Alejandro le da unas naranjas a Coloso y esta actividad parece divertirle. Alarga una mano pidiendo más. Los aguadores ríen en actitud sumisa mientras las tira a la boca de Coloso, convirtiéndolo en un juego. De nuevo la suerte del Rey del Mundo había resistido. Debería estar degollado ahora mismo.

Pero no tarda en cansarse del juego y se aleja con paso airado.

—Hoy te harás un héroe —le dice a Gajendra—. Te levantarán estatuas.

Estatuas. ¿Y qué falta me hace a mí una estatua?

Cátaro y los otros aguadores regresan con los cubos de vino de arroz. Están a punto de verterlo en la cuba que hay delante de Coloso, pero Gajendra los detiene.

—¿Qué hacéis? ¿Queréis que haga pedazos el campamento entero?

—Has dicho que le trajéramos vino —responde Cátaro.

—Yo sé lo que he dicho, dádselo a uno de los otros. A Siru. Necesita ánimos. No, deja que lo hagan los otros chicos. Tú ven conmigo. Vamos a llevar a Coloso al río.

—Pero si tiene la armadura puesta.

—No discutas conmigo, haz lo que te digo.

Bajan a Coloso hasta el río con su armadura de combate, lo llevan bajo la sombra de una higuera y Gajendra lo deja beber pero lo mantiene trabado con las cadenas. Cuando Cátaro se vuelve de espaldas Gajendra le mete la mano en la túnica, pero lo único que encuentra es un medallón de plata.

—¿Qué haces? —grita Cátaro, y retrocede de un salto.

Gajendra mira fijamente el medallón y luego a Cátaro. Se siente un estúpido. Está seguro de haber visto el destello de un cuchillo. Quizá la tensión de la batalla venidera lo afecte a él también.

—¿Qué es esto?

—Lo he robado. Es mío.

Cátaro se lo arrebató otra vez.

—¿Por qué sigues aquí? ¿Dónde está Mara?

—Se ha ido.

—¿La has dejado marcharse sola?

Cátaro menea la cabeza.

—¿Tú sabes quién es?

—No me has contestado: ¿por qué sigues aquí?

—No quiero volver a estar en el bando perdedor.

—¿Qué eres tú?

—Soy un mercenario. Veo por dónde van los tiros y no quiero regresar. Soy esclavo ahora, pero en su momento me irá mejor aquí que allá.

Gajendra no lo cree, pero las cornetas los llaman para formar las líneas. Ahora no tiene tiempo para esto. En tono crispado, da una orden y Coloso sale pesadamente de los bajíos, vestido para la batalla, entre un metálico entrechocar de hierros, con el cuero reluciente de agua.

—Esto no ha terminado aún —dice Gajendra.

Capítulo 42

Gajendra conduce a sus elefantes a través de las líneas. Los soldados de infantería están formados en falange, los sargentos de brigada gritan: «¡Tapaderas fuera, vamos a ello!», y los soldados quitan las fundas de las sarissas, hechas de borreguillo aceitado. Cada sarissa tiene la altura de tres hombres. Sólo formar para la batalla resulta peligroso allí abajo, con los afilados filos mortíferos en formación cerrada.

Resuenan con estruendo las cornetas, los mozos de cuadra dan impulso a los jinetes para que suban a lomos de los caballos. Usan el peso del cuerpo para impedir que las bestias echen a correr, pues están agitados y necesitan mano firme. El bosque de picas se alza de pronto en el aire cuando la infantería deja de hincar la rodilla y se pone en pie. Huele a sudor, a aceite y a hierro. Los caballos, nerviosos, orinan humeantes riachuelos amarillos en el suelo.

Gajendra mira a izquierda y derecha, ve a la falange dar una vuelta, formada en columna, y alinearse en silencio, como un solo hombre. La reluciente línea de lanzas oscila a la izquierda y luego a la derecha. Es un espectáculo aterrador. De repente los hombres dan golpes con las lanzas en los escudos y sueltan su grito de guerra:

—¡Alalalalai...!

El ruido hace añicos el silencio. Resulta escalofriante aunque estén en su bando. Gajendra no soportaría tener que enfrentarse nunca a ellos en el campo de batalla. Por mucho que Alejandro sea un genio, era la falange la que había conquistado Asia.

El problema para Alejandro es que Antípatro lo conoce demasiado bien: se anticipará a él. Pero Antípatro también tiene sus problemas. Es la primera vez que se enfrenta a los elefantes.

Antípatro ha decidido no ceder terreno. Su infantería pesada está en el centro, su caballería en las alas, ninguna innovación. Un ejército enorme, tres veces mayor que el de Alejandro, más los *guggas* que están de camino desde las montañas. Le corresponde a Alejandro mover a Antípatro o, si no, quedará aplastado en el llano.

Revelad y ocultad, les dice Alejandro. Le muestra a Antípatro un debilitado flanco derecho en oblicuo respecto al centro, donde está Ptolomeo, invitándolo a atacarlo por allí.

Alejandro cabalga por la línea, con las hombreras del peto sin ajustar. No piensa sujetarlas hasta que esté preparado en la línea. Les dice a todos: miradme, la pequeña escaramuza de ayer me deja totalmente tranquilo. El que haya tres de ellos por cada uno de nosotros no significa nada para un dios.

Lleva puesto un casco extraordinario, con dos grandes alas doradas. Tiene a su público habitual de pajes y oficiales de Estado Mayor apiñados en torno a él. Este despliegue no es sólo muestra de su gigantesca vanidad, aunque forma parte de ella. Quiere que Antípatro lo vea, que ponga a sus mejores regimientos de caballería a luchar contra él. De este modo controla los movimientos del enemigo como si él mismo estuviera dándoles las órdenes.

Se dirige a los sargentos por su nombre mientras recorre la línea, calma a los hombres más intranquilos con un gesto de la mano. Su enorme garañón está inquieto, cola en alto. La espuma del morro le salpica los flancos. Tiene los cascos del tamaño de cacerolas, el pecho acorazado, diecisiete manos de altura. Alejandro los anima a defender su causa, les recuerda a todos que, hagan lo que hagan esta mañana, lo hacen para la historia. Vais camino del destino, les dice. Nadie ha hecho lo que haremos nosotros, somos el primer ejército de hombres que conquista el mundo.

—¿Qué me importa a mí Macedonia? Vosotros combatís por los dioses, vosotros combatís por Zeus. ¡Yo soy Zeus!

Y no ofende a nadie al hablar de dioses extranjeros y griegos. Lo dice todo en griego, y así ninguno de los extranjeros que hay en su ejército lo entiende. Gritan de entusiasmo tan fuerte como los demás por el magnífico espectáculo que Alejandro les ofrece.

Allá a la izquierda Ptolomeo ha empezado a avanzar y se ha detenido. Invita a Antípatro a ver la patente debilidad, pero Antípatro conoce la táctica de Alejandro desde hace tiempo y eso no lo atraerá. Mensajeros de ambos ejércitos recorren veloces las líneas. Los sargentos se mantienen firmes delante de sus cuadros gritando instrucciones, conservando las líneas en orden.

De pronto Nearco sale de la nada, galopando solo desde la línea hasta el baldío que hay entre los dos ejércitos. El pañuelo del regimiento oculta su rostro desfigurado. Mientras galopa se arranca la prenda. No se le ve bien desde donde él está, pero Gajendra sabe lo que ahora queda al descubierto. La nariz y las orejas han desaparecido, y una costra de sangre seca ocupa su lugar.

Nearco levanta el brazo derecho. Le han cortado la mano a la altura de la muñeca. Entonces alza el estandarte de combate con la izquierda. Piensa cabalgar sin sujetar las riendas. Impresionante.

No lleva casco ni armadura, aunque la testera y el petral de su caballo están en su sitio. Sólo tiene una ligera silla de montar de combate.

—¿Qué hace? —grita Ravi.

Por un momento Gajendra piensa que Nearco ha venido a robarle la gloria. ¿Todavía cree que está al mando de mis elefantes? Pero Alejandro ha dejado claros sus deseos. Él es el elefantarca ahora, no Nearco.

Nearco retrocede hacia la línea y vuelve a levantar el estandarte en un saludo militar. Gajendra ya sabe lo que pretende hacer.

Los dos ejércitos se quedan en silencio. Nearco da media vuelta y cabalga

directamente hacia la línea enemiga. Los arqueros y los hoplitas esperan detrás de la estacada y lo dejan acercarse. Por fin una flecha describe una parábola desde la línea, y luego una oleada la sigue. Nearco no cae.

Se oyen gritos de su propia infantería. Algunos parecen creer que tal vez pase.

Otra lluvia de flechas y Nearco cae al suelo, así como el caballo. Pero sigue habiendo movimiento cuando el polvo se asienta. El caballo se levanta despacio y empieza a trotar de vuelta hacia la línea. Incrédulos, los hombres ven que Nearco se levanta también. Empieza a ir hacia la estacada, tambaleándose. ¿Se burlan de él o le rinden homenaje al dejar que se acerque tanto? Finalmente, una última lluvia de flechas y Nearco cae y se queda inmóvil.

Gajendra recuerda lo que Nearco le dijo: *Ten cuidado con él. Ahora eres su favorito, pero esto no durará.*

El caballo sin jinete vuelve a atravesar galopando las líneas. El sudor se le seca en la espalda a Gajendra. Siente un repentino escalofrío.

Las dimensiones del ejército de Antípatro son impresionantes. Somos una ola y están invitándonos a que nos estrellamos contra los escollos.

Gajendra está desesperado de sed. Los nervios y el polvo han convertido su garganta en un trozo de greda. Coloso abre las orejas, impaciente por atacar.

Gajendra mira a la izquierda: ocho escuadrones de caballería de los Compañeros que manda Ptolomeo, y los agrianos, detenidos en el llano. Los griegos deben de estar suplicándole a Antípatro que los deje atacarlo. Pero aunque la fuerza de Ptolomeo sea pequeña, Alejandro tiene protección: dos mil hombres de infantería ligera, especialmente adiestrados para luchar contra la caballería y con paga doble por hacerlo. No tienen corazas, sólo escudos de cuero y una pica de doce pies. Llevan adiestrándose desde Cartago para este momento.

Y ya ha llegado. Los griegos cargan contra el flanco derecho, Antípatro se ha visto atraído hasta él después de todo, o quizá sea un comandante que actúa por su cuenta. Aplastarán a Ptolomeo, sólo es cuestión de tiempo, pero Alejandro tiene pensado privarlos de eso.

Si bien lo que tiene pensado parece imposible.

Alejandro se pone de pie en los estribos y levanta la espada. Gajendra se vuelve y le hace señas con la mano al chico que está en el *howdah* y éste levanta las banderas.

Alejandro y su caballería pesada se desplazan a la parte delantera, es su maniobra falsa, como lo llamó cuando se reunieron en torno a los mapas de batalla. Gajendra lleva a su escuadrón tras ellos, dejando al descubierto la masa de infantería que está detrás, y luego se separa hacia la derecha. Dos movimientos, con los elefantes andando más rápido de lo que Antípatro podía imaginar. ¿Qué pensará Antípatro de esto?

Ahora son ellos los que tendrán los nervios de punta.

Como no conoce a los elefantes, Antípatro no espera que sean tan rápidos como

los caballos en distancias cortas. Mantener tal velocidad no es fácil. Gajendra mira hacia atrás y ve a los arqueros de los *howdahs* bien agarrados. Pero los elefantes continúan en formación, ninguno ha huido, siguen a Coloso en perfecto orden. Avanzan hacia la caballería del flanco izquierdo de Antípatro.

Se pregunta qué hará Antípatro. Está en un aprieto. Si se mueve para ocuparse de él, perderá la oportunidad de atacar el flanco más débil, y además aún tiene a Alejandro cargando contra su infantería por el centro. Sabe que los caballos no podrán contra una falange bien ordenada. Sólo tiene unos cuantos brevísimos instantes para adivinar el plan de Alejandro.

Gajendra se imagina que los nervios estarán al límite entre quienes rodean al viejo general. Tienen superioridad numérica, pero ya no tienen la iniciativa. Si Antípatro traslada a la infantería al otro lado para contener a los elefantes, Alejandro tal vez penetre en las defensas enemigas. En el caso contrario, ¿resistirá la caballería sola a los elefantes?

Antípatro dudará de sí mismo a cada paso. Alejandro podría ganar esta batalla sólo con la leyenda de su propia invencibilidad.

Desde aquí arriba la batalla suena como un terremoto. Mara no ve nada. Los ejércitos están demasiado cerca el uno del otro como para distinguir qué sucede. Gajendra le dijo que para un guerrero, incluso para un general, daba lo mismo, que las batallas sólo tenían sentido cuando se dibujaban después en la arena —si se lograba sobrevivir—, tras hablar con los compañeros y, a veces, con los prisioneros. O se estaba demasiado cerca o demasiado lejos, demasiado asustado o demasiado confundido para saber qué estaba ocurriendo. En ese momento todo era muy confuso, y el terror, la desesperación y el instinto actuaban juntos.

—Has vuelto —le dice Cátaro, y no parece sorprendido.

—Creí que encontraría a Alejandro en una pira funeraria y a ti en una cruz. ¿Por qué no lo has hecho?

—Ese Gajendra me descubrió. Estoy seguro de que vio el cuchillo que me escondí en la túnica. Incluso cuando se enfrentó a mí más tarde, sabía que estaba mintiéndole. Un muchacho extraño. Podía haber hecho que me cargaran de cadenas delante de Alejandro, pero optó por no hacerlo. Yo pensaba que lo entendía pero no logro comprenderlo en absoluto. ¿Y tú?

Mara hace un gesto negativo.

—Hay alguien más a quien no he logrado comprender tampoco. A ti, princesa. Creía que te habías ido ya hace mucho.

—Yo también.

—¿Has vuelto por el muchacho indio?

—No quiero morirme, Cátaro, ya no. Y me gustaría ver a mi padre otra vez y hacer las paces con él. Pero ¿qué sentido tiene si me dejo atrás precisamente al hombre que me ha hecho querer vivir de nuevo?

—Es una maldición este querer vivir. Debilita la decisión. —Se cruza de brazos—. Bueno, ya está. Ahora los dos estamos atrapados aquí. Será un largo día.

Las incontables filas de la caballería pesada brillan en la calima. Lo único que Gajendra puede hacer es esperar. Todo lo que tienen contra esos millares de soldados son estos cuarenta elefantes y, por una vez, Alejandro todavía no ha logrado abrir un hueco en la línea.

En este preciso momento ve que Alejandro interrumpe su avance, se vuelve con la Caballería de los Compañeros hacia la derecha y cruza la línea hacia ellos. Sus intenciones ya quedan claras. Pero si la caballería de Antípatro se mantiene en línea, están perdidos.

Aunque tienen el viento de espaldas, y esto será importante.

Gajendra los ve ahora, los escuadrones de la caballería pesada, con los banderines tremolando al viento, las apretadas filas de los hoplitas entre ellos, con sus yelmos, corazas y escudos, impenetrables hileras de erizado acero. Los arqueros están formando. Podrán disparar una lluvia de flechas antes de tenerlos encima.

Gajendra reza para que haya movimiento, y lo ve.

De pronto un caballo se espanta, luego otro. Parece una onda que se extendiera por el agua, empieza más o menos en el centro y avanza hacia fuera por toda la línea. Lo ha visto en los ejercicios de instrucción y en encuentros fortuitos: el pánico absoluto de un caballo al ver u oler a un elefante. Los oficiales tratan de contener a sus monturas y no pueden. La línea se rompe, despacio al principio, pero luego se desmorona a medida que más caballos salen de estampida, aterrorizando a sus compañeros.

La primera lluvia de flechas baja silbando. Los arqueros han calculado mal la velocidad de los colmilludos. Hay tres filas. La fila de delante lanza dos oleadas y la segunda una, pero para entonces la tercera fila ya ha escapado corriendo.

Los caballos se abren paso a empujones y coces al volver por sus propias filas, y cuando encuentran el camino bloqueado galopan por encima de los soldados que están apostados entre ellos. Una falange de infantería depende del orden y la disciplina para obtener resultados. Una vez se rompe, los soldados, individualmente, no pueden hacer nada. Presas del pánico, los caballos abren pasillos entre la tropa, y Gajendra se vuelve y señala con el dedo al encargado de las señales, que se agarra con determinación de los lados del *howdah*. *¡Todos tienen que seguirme a mí!*

Y eso hacen. En lugar de atacar todo el flanco, Gajendra dirige a Coloso por el hueco más ancho, pisoteándolo todo a su paso. Apenas encuentra resistencia en este punto de la línea. Los propios caballos del enemigo han provocado el caos al retroceder, y el escuadrón de Gajendra abre un agujero en el flanco izquierdo de Antípatro.

Vislumbra el famoso casco dorado cuando Alejandro los sigue con dos mil jinetes de caballería pesada que llegan detrás. Cruzan como un rayo por delante de ellos y

arremeten contra la desbandada.

Pero existe el riesgo de que, en el alboroto de la victoria, los elefantes avancen demasiado lejos entre las líneas. Si fueras Alejandro no importaría: Alejandro es inmortal. Pero Gajendra sabe que debe esperar a la infantería que lo sigue, o no habrá nadie que proteja a los elefantes si se quedan aislados del ataque. Se vuelve y da la orden de retirada al encargado de las señales que va en el *howdah*, pero es demasiado tarde.

Ravi tiene problemas.

Unos maces han rodeado a Ran Bagha. Deben de ser veteranos del río Hidaspes, supone Gajendra, porque saben cómo luchar contra un elefante. Apuntan primero al *mahavat*: uno de sus exploradores hace girar una honda por encima de la cabeza y derriba a Ravi de una pedrada. Los arqueros eliminan a los hombres del *howdah*.

Habría sido más fácil para Ran Bagha retirarse en ese momento y dejar a Ravi allí. En vez de eso se mantiene firme, con una enorme pata puesta a cada lado de su *mahavat*, y despliega las orejas, barritando en un gesto de desafío.

Dos de los soldados se enfrentan con él y uno queda partido limpiamente por su colmillo de hierro. Al otro lo agarra con la trompa y lo estampa contra el suelo. Pero un elefante aislado no puede durar mucho frente al ataque decidido de unos valientes. Lo han rodeado ya, y sólo es cuestión de tiempo.

Gajendra da una orden a Coloso, que se dirige hacia Ran Bagha bramando.

Sabe que llegará demasiado tarde. La infantería ligera de Alejandro, sus agujones que van detrás, no estarán lejos, pero no llegarán a tiempo hasta Ran Bagha. Hombres duros como estos maces, que luchan a muerte, no echarán a correr como un recluta o un mercenario. Están bien entrenados y saben lo que hacen.

Con su colmillo de puntera de hierro Ran Bagha coge a otros dos de sus torturadores, pero ya un tercero se ha colado detrás con un hacha de guerra y le ha cortado el tendón del jarrete. El animal brama y se tuerce para quedar de cara a su atormentador, sin abandonar en ningún momento el herido cuerpo de Ravi.

El hombre alza de nuevo el hacha y Ran Bagha se vuelve y, con la blindada trompa, lo aparta de un golpe, como se aparta una piedra del camino de un puntapié. El hombre no se levanta.

Pero ya hay otro que ha ocupado su lugar, y con el hacha de guerra vuelve a darle tajos sin parar en la desprotegida parte inferior de las patas. Un soldado está debajo del animal, y lo golpea hacia arriba con la lanza.

El elefante brama y sus patas traseras ceden, con lo que aplasta al soldado al tiempo que él mismo se empala más en la lanza. Pero, aun así, se sostiene con las patas delanteras. Si se cae del todo, Ravi quedará despachurrado.

Se vuelve de nuevo con la trompa y otro soldado sale dando vueltas de campana por el suelo.

Ahora lo atacan a los ojos y buscan los espacios entre las placas de la armadura. Pero Ran Bagha se resiste a caer. Debe de haber al menos una docena de maces

muertos o heridos a su alrededor.

Los soldados ven venir a Coloso y giran sobre sus talones para enfrentarse a él. Coloso arremete a toda velocidad contra ellos, y los hombres caen bajo sus patas, gritando. Está furioso y Gajendra no tiene que decirle lo que ha de hacer. Emplea los colmillos, la trompa y las patas. Gajendra se maravilla del valor de aquellos maces, pues intentan hacerle frente. Unos brutos, todos, pero no conocen el significado de la palabra derrota.

Cuando Coloso da media vuelta Gajendra utiliza los talones para ordenarle: *bájame*. Le parece que vacila un instante, pero está demasiado bien adiestrado como para desobedecer. Gajendra baja de un salto y se acerca corriendo a Ravi, lo agarra por los hombros y lo saca de un tirón justo cuando Ran Bagha se desploma. El suelo tiembla cuando un elefante se cae. Se nota en los pies.

Coloso continúa la matanza por sí solo. Es un guerrero a pesar de todas sus delicadezas con Mara. Por fin llegan los aguijones, que se acercan corriendo y acaban con lo que quedaba de la falange.

Gajendra se arrodilla junto a Ravi. Coloso ha dejado de pelear también y está pendiente de Ran Bagha, buscando vida con la trompa. Finalmente, levanta la cabeza y brama.

Ravi parpadea y abre los ojos. No sabe dónde está ni lo que ha ocurrido. En el casco tiene una abolladura del tamaño de un puño. Gajendra se lo quita. Le han hecho una brecha en la cabeza pero los sesos están todos dentro, ha recibido un buen traqueteo en el cráneo, nada más. Estaría muerto si no fuera por su elefante.

La batalla se acerca deprisa a ellos como una ola, la carnicería continúa en otra parte. Llaman a Gajendra desde el *howdah*. Ha de dirigir la línea o el ataque puede flaquear aún. Vuelve rápidamente junto a Coloso y le ordena al encargado de las señales que alce las banderas.

Acometen rápidamente a los restos de la falange por segunda vez. Entrevé a Alejandro allá lejos, por delante, en primera línea, rodeado por todas partes, infatigable a la hora de blandir la espada, riendo. Es la única vez que lo ve auténticamente feliz, cuando se entrega a la tarea de matar. Si lo salpican con la sangre de otro hombre, a su juicio le arrojan flores. Se siente fragante y dichoso.

Los galos que Antípatro llevaba consigo han dejado caer armas y corazas y han echado a correr. Sólo los maces y los griegos se mantienen firmes, pero las líneas están rotas y ya es una simple cuestión de masacrar. Al cabo de un rato matar no es más que un trabajo duro. Esta noche los soldados estarán agotados después de manejar las espadas todo el día. Los hombres de Antípatro mueren a millares. Algunos de los macedonios lucharon codo con codo con Alejandro en la India, pero es preciso hacerlo. Estos hombres han cambiado de lealtad una vez y no se puede confiar en que vuelvan a ser leales.

Entorpecidos por su propio convoy de bagaje, diezmados por su propia caballería que, al retroceder, se vuelve contra ellos, los miles de soldados de Antípatro no sirven

de nada. Cuando un soldado empieza a correr puede salvarse o morir, pero ya no hace daño. Muchos caen víctimas de la caballería de Alejandro y de la infantería ligera que va tras él.

Detrás del ejército las esposas, las rameras y la multitud en general se han visto atrapadas en la matanza, y el convoy de bagaje de Antípatro queda destrozado también. Las tiendas de campaña no son más que trapos, los carros, sólo leña. Las rameras deambulan dando tumbos, robando dinero de los soldados muertos y ofreciendo sus servicios a sus nuevos amos.

El día transcurre y la batalla degenera en regateo. Los soldados compran mujeres con anillos arrancados a los moribundos. A los prisioneros los arrastran detrás de los caballos por diversión. Los capitanes y los cabos se tambalean de acá para allá, cubiertos con túnicas y joyas de mujer, producto del pillaje.

En teoría ésta debía ser la gran batalla que decidiera el futuro del mundo. Al final se ha reducido a que un diestro combatiente agarre a un matón del pelo y lo arroje por la ventana.

Capítulo 43

Cuesta mucho trabajo quitarles la armadura a los elefantes heridos. Están angustiados y es una tarea peligrosa. La armadura de cuero que cubre los flancos de Coloso está erizada de flechas. Quién sabe cómo, una ha logrado atravesarla y la sangre le chorrea del cuello. El médico es el mismo que atiende a Alejandro. Trabaja a buen ritmo.

Se respira un aire de celebración. Los hombres nunca beben tanto ni ríen tan alto como cuando han engañado a la muerte. Se cuentan proezas. Las cuentan con incrédulos gritos hombres que procuran asegurarse unos a otros que es verdad que aún siguen vivos.

A los elefantes los premian con comida, montañas de comida que les llevan en carros y les amontonan delante para distraerlos mientras los médicos hacen su trabajo. Más tarde los bajan al río, donde los lavan para quitarles la mugre y la sangre.

Casi todos los días barritan y rocían agua por todas partes. Pero hoy los elefantes se muestran impacientes con sus cuidadores, incluso a varios de éstos los hieren sus malhumorados pupilos.

—Míralos —dice Mara.

—Han perdido a un camarada —responde Cátaro—. Son animales salvajes, pero me da la impresión de que a veces actúan como los hombres. Están enfadados con nosotros. Es pena, pura y simple.

—¿Dónde está Gajendra?

Cátaro se encoge de hombros. No lo sabe.

Mara se escabulle hacia el campo de batalla. Los milanos vuelan en círculo, chillando, sobre los cadáveres. Los soldados todavía intentan formar, o están empeñados en buscar una lanza que han dejado en las tripas de alguien, o bebiéndose todo el vino de las cantimploras.

Mara camina entre los muertos y moribundos, trata de no fijarse demasiado en lo que ve. Dos veces resbala en charcos de sangre. Se tapa las orejas con las manos para no tener que escuchar las cosas que oye. ¿Por qué nadie se compadece de estos hombres y los remata?

Ran Bagha no es difícil de encontrar, una enorme montaña de carne gris en la llanura. En torno a él ondean banderines que han puesto allí otros *mahavats*. Ravi está sentado solo y con las piernas cruzadas. No levanta la mirada cuando Mara se acerca.

Mara se sienta a su lado. Lloran juntos la muerte del colmilludo.

La sangre ha hecho que a Alejandro se le pegue a la mano la espada. Un médico está cosiéndole un tajo en el hombro con hilo, tiene una palangana llena de agua manchada de sangre junto a él. El general bebe otra copa de vino y parece ajeno a todo aquello. El cuerpo de Alejandro es un mosaico de costurones y cicatrices. Las cicatrices se amontonan unas encima de otras.

Tiene el rostro colorado por efecto de la gloria conseguida. La coraza está tirada en el suelo, embarrada en sangre. Ha perdido las dos hombreras del peto, y el revestimiento del peto está tan abollado que no distingue las górgonas que tan laboriosamente se cincelaron en el oro.

La túnica se ha desechado también, convertida en un harapo lleno de sangre y sudor. Tiene un corte en la cabeza que la sangre ha ennegrecido. El médico ahora trata de cerrárselo con grapas de cobre y puntos de sutura.

A Gajendra lo vitorean cuando entra. Todas las manos le dan palmadas en el hombro. Ya no es un elefantero. Es el héroe de Siracusa.

Por fin Alejandro consigue despegarse de su espada y se levanta a abrazarlo. Reina una euforia general. Los muertos están olvidados. ¿Cómo se les ha ocurrido la negligencia de expirar el día de una victoria tan absoluta? Está claro que si se pierden esta fiesta, ellos tienen la culpa.

Han sabido por los espías que tienen en Siracusa que Antípatro ya ha resultado incómodo para sus anfitriones y lo han asesinado. Los oligarcas piden la paz, y ahora, con la armada de Alejandro bloqueándoles el puerto, les costará muy cara. La rebelión está doblegada. Crátero volverá a tomar Macedonia. Lo siguiente para Alejandro es Italia, y luego el mundo es de ellos. Hasta los quejicas guardan silencio ya.

—Tus elefantes han triunfado —dice Alejandro, y le ofrece vino y un asiento junto a él.

Sigue chorreándole sangre del hombro, que se mezcla con el sudor y la suciedad. Está en su elemento. Respira hondo, saboreando el instante.

Gajendra ha encontrado su paraíso también. Nadie va a mearse en él, nunca más. Un elefantero se ha convertido en general.

Entonces, ¿por qué sólo piensa en Ravi y en su querido Ran Bagha? Se imagina que las moscas ya estarán trabajando. Pronto les tocará a las larvas y los gusanos. No era más que un animal salvaje, ni siquiera uno de los mejores guerreros. Puede comprar y adiestrar otro. Hay un millar de hombres muertos allá en el campo, ¿qué importa un colmilludo?

—¿Cuál va a ser tu premio? —le pregunta Alejandro—. Dime qué quieres.

—Zahara —se oye decir Gajendra.

La sonrisa desaparece. Los que están cerca se vuelven para escuchar.

Hasta Alejandro parece desconcertado.

—¿No le darás tiempo de llorar?

—No llorará por él. Para él no era más que un trofeo, como cualquier otro.

—Sin embargo sería mejor esperar.

—Me habéis preguntado qué deseaba como premio. Y os lo he dicho.

Un helado silencio se adueña de la habitación. Nearco se ha ganado una muerte heroica hoy y esto suena a falta de respeto. «Esto no está bien», oye que rezonga alguien. «¿Una esposa no debería ser viuda más de un día?».

Incluso a Gajendra le choca su propio atrevimiento. Pero quiere lo que se merece, aquello por lo que se ha arriesgado y por lo que ha trabajado, y lo quiere ya.

Alejandro sonríe.

—De modo que eres despiadado después de todo. El elefantero es un general.

—Eso parece.

—No va a gustarles —dice Alejandro mirando a los demás capitanes, los que han enronquecido a fuerza de aclamarlo hace unos momentos.

—Me da igual lo que piensen de mí.

Alejandro sangra más ahora. De nuevo el médico intenta terminar de coserle el brazo. Alejandro lo aparta de un empujón y palmotea a Gajendra en el hombro.

—¿Qué miráis todos? ¿No es el héroe de Siracusa? ¡Le daremos lo que es justo!

Están acostumbrados a que Alejandro los mangonee, aunque no tiene por qué gustarles. Lo único que recibe son miradas hurañas. Pero Alejandro se limita a reír y pide más vino. Es un dios. Puede hacer lo que se le antoje.

Capítulo 44

Alejandro ha bendecido la boda. Es él quien la costea.

Su lujosa tienda se ha adornado con flores y guirnaldas para el banquete. Hay incensarios encendidos para disimular el olor de las piras de los cadáveres, dispuestas más abajo en el valle. Algunos invitados incluso sangran todavía.

Tras los sacrificios rituales se retiran a la tienda para el festín. Se respira un aire de forzada alegría. Alejandro ha ordenado que sus propios músicos toquen para ellos. Ha decretado la felicidad general y está atento por si ve melancolía, igual que sus guardias están atentos por si ven asesinos.

Los hombres y las mujeres ocupan mesas distintas. Alejandro está despatarrado en el centro de la sombría fiesta, comiendo poco y bebiendo mucho. Tiene los labios húmedos, los ojos enloquecidos de insatisfacción. Sufre. Algo infame lo corroe.

Gajendra recuerda lo que le dijo Nearco. Entonces pensó que sólo era envidia, ahora se pregunta cuánta verdad habría en sus palabras. Sospecha que Alejandro está utilizando la boda como acicate, que ahora satisface sus prioridades particulares. A un dios no se le contradice. Afirmará aquí su voluntad por sí misma y expulsará a todos los escépticos.

Uno de sus jovencitos intenta ofrecerle una fuente de semillas de sésamo mezcladas con miel, pero Alejandro aparta la bandeja de un empujón. Agarra la muñeca de Zahara y la lleva a la fuerza al otro lado del cuarto junto a Gajendra.

—No tiene padre aquí, de modo que yo seré el padre.

Gajendra se pone en pie a trompicones, no se lo esperaba.

Alejandro le retira el velo a Zahara, le coge el brazo y se lo lanza a Gajendra.

—Te doy a esta mujer, así traiga hijos al mundo dentro de los lazos del matrimonio.

—Yo la acepto.

—Estoy conforme en ofrecerte con ella una dote de tres talentos.

—Acepto eso también... con mucho gusto.

—Ya está —dice Alejandro—. Se acabó.

Algunos muchachos de Alejandro forman el cortejo e indican el camino llevando antorchas. Otros se adelantan dando vueltas, bailando al compás de las flautas y los tamboriles. Hasta hay elefantes, aunque Coloso brilla por su ausencia.

Se oye mucho vocerío y muchas risas, pero los generales no intervienen. El alboroto de la música es tan ensordecedor que casi ahoga los gritos que salen de la tienda hospital. Gajendra sube en brazos a Zahara al carro ceremonial. Las mulas

emprenden el trote.

Alejandro encabeza los vítores. A regañadientes, los macedonios se suman a ellos. ¿Qué otra cosa pueden hacer?

Alejandro le ha concedido a Gajendra una lujosa tienda, como corresponde a su nuevo puesto de elefantarca. Antes pertenecía a Nearco, igual que los esclavos. Se acabó el dormir en la paja o con los colmilludos, se acabó el lavarse en el río.

Gajendra saca en brazos a su esposa del carruaje ceremonial y espera mientras los carpinteros arrancan el eje. Luego lo parten y se prepara una pira con astillas y salitre. A Zahara le pasan una tea para que la encienda. Es la tradición. Significa que ha tomado un nuevo hogar y no volverá al antiguo. Disimuladamente, los macedonios sonríen con satisfecho desdén. Pero ¿no es ésta la tienda de la que acababa de salir?

Alejandro dispone guardias a la puerta. Las mujeres se quedan fuera tocando tambores para ahuyentar a los espíritus del infierno.

Se ha cumplido hasta el último de los deseos de Gajendra. Éste es el día más grande de su joven vida.

Le gustaría que Ravi viera esto. Ravi, que decía que tales cosas no podían sucederle a un elefantero. Pero Ravi sigue allá en el campo de batalla, sentado con su colmilludo muerto, y no tiene intención de volver al campamento por ningún hombre.

Capítulo 45

Así es como será:

Ella dirá: ¿Recuerdas aquel día en el templo? Me prometiste que algún día estaríamos solos, y que yo sería tuya. Estuve a punto de reírme de ti, pero entonces vi la expresión de tus ojos y comprendí que hablabas en serio. Aunque nunca pensé que fuera a suceder.

Él dirá: Yo siempre supe que serías mía algún día.

Ella pronuncia su nombre. Gajendra...

Lo dice susurrando. Sale de su lengua de forma extraña, como una oración.

Ella lo rodea con los brazos y las piernas. Su cuerpo culebrea. Sus ojos relucen como diamantes en la oscuridad.

Con las puntas de los dedos él acaricia el pliegue de la larga túnica y la abre. Ella tiene el cuello tibio, perfumado y un poco húmedo de sudor. Él siente en los labios el salto de su pulso.

La luz de la vela resplandece en su piel. Su seno es moreno y aterciopelado al tacto.

Partiendo de la inexperiencia de su deseo, de la confianza en sí mismo y del anhelo, hará realidad lo que imagina. Gajendra sonríe en la oscuridad. Le brillan los ojos.

Así es como será.



Zahara se quita la ropa y se tiende bajo la sábana. Un atisbo de carne color de miel, la embriagadora fragancia a perfume de Arabia.

Gajendra echa atrás la sábana para mirarla fijamente. Su belleza es impresionante. Esto es perfecto.

Se acuesta junto a ella. Es sedosa, sumisa. Le permite que la bese. Él explora lo que lleva deseando tanto tiempo, hasta el último suave rincón, hasta la última curva, hasta la última deliciosa redondez de la carne. Espera a que ella responda.

Pero no puede esperar más. Ha de poseer lo que anhela. La ciñe con sus brazos y tira de ella hacia él. Quizá pueda sacárselo de un zarandeo. La monta, decepcionado y enfurecido.

Todo termina enseguida.

¿A esto se reducen los sueños?

Se aparta de ella y se queda tendido, completamente quieto, mientras el sudor se le enfría sobre el cuerpo y su respiración se hace más lenta y recupera el ritmo normal.

—¿Te acuerdas de mí?

—¿Acordarme de ti?

—El joven que fue al templo aquel día. Tú acudiste a ofrecerte a Astarté.

—¿Eras tú?

—¿Te acuerdas de lo que te dije?

—Me quedé demasiado sorprendida por lo que hiciste. ¿Qué dijiste?

—Ya no importa.

Se incorpora, enfadado consigo mismo, con ella, con el mundo.

—¿Quién es Mara?

—¿Cómo?

—Has dicho «Mara». Te he oído.

—¿Ah, sí? —Gajendra se pone la túnica—. ¿Cuándo?

—Cuando me amabas. Pronunciaste el nombre dos veces. ¿Adónde vas?

—Fuera.

—Pero ahora estamos casados. ¿No deberíamos compartir el mismo lecho esta noche?

—Está claro que tú no quieres que esté aquí.

—¿Por qué piensas eso?

Gajendra cree que Zahara habla en serio. Se muestra serena y decorosa. Es lo que se espera. ¿Cómo va a comprender que no ha cumplido con sus obligaciones? Quieres que suspire por ti como tú suspiras por ella, y, si se lo explicas, lo único que conseguirás será un remedo.

Ella no ha elegido este enlace. Lo has elegido tú.

—¿Sentías cariño por Nearco?

—¿Debería haberlo sentido?

—No, imagino que no. Qué tonto soy.

Sale, alza la mirada hacia la luna, sólo una astilla de luna en un cielo oscuro. ¿De veras había dicho el nombre de Mara?

Tiene a la mujer de sus sueños. Ha alcanzado la cúspide que él mismo se fijó, éste debería ser un momento de euforia. Entonces, ¿por qué está pensando en una muchacha que parece un chico y tiene boñiga de elefante bajo las uñas? Ha perseguido el sol cuando, en vez de eso, debería haber sentido su calor en la espalda. Cree que no conoce en absoluto su verdadera naturaleza.

Mira fijamente las estrellas. Tiene todo cuanto quería, todo lo que en otro tiempo le parecía imposible de obtener. Está colmado de gloria. ¿Cómo es que el triunfo absoluto sabe tan amargo?

Está tan absorto en dirigirse recriminaciones que no se da cuenta de que hay alguien en las tinieblas, observándolo.

Cuando ve la sombra alarga la mano para coger el cuchillo.

—Un poco tarde para eso —dice Mara—. A estas alturas podía haberte cortado el pescuezo, podía haberte desnudado y haberte metido en una tumba poco profunda. ¿Tan buena ha sido?

—Mara.

—Por fin tienes lo que siempre has deseado.

—¿Qué haces aquí?

—Creo que lo peor es que me hicieras empezar a sentir afecto de nuevo. Yo estaba bien antes. Estaba entumecida. Sé que pensabas que hacías lo correcto, pero las buenas intenciones son peligrosas. Cuando le muestras atención y cariño a una mujer que no te importa nada, es como si se te ocurriera utilizarla y pegarle y acabar de una vez.

—Eres una esclava, ¿lo has olvidado? ¿Quién te crees que eres?

—¡Yo no soy una esclava, chiquillo arrogante! Soy de alta cuna. Soy la hija de un noble de Cartago, y tú eres el hijo de un cultivador de arroz. Las circunstancias te han colocado por encima de mí, pero que no se te ocurra jamás volver a llamarme tu esclava. Haz lo que quieras pero no pienso dejar que me humilles más.

—¿Humillarte? Te he salvado la vida. ¿Y qué haces aquí? ¿Por qué has vuelto?

—Te odio.

Abofetearla, abrazarla, ¿qué debería hacer Gajendra?

—Yo no he hecho nada para que me odies.

—¿No? Me has hecho querer vivir otra vez y luego te has casado con esa furcia perfumada antes de que tuviese ocasión siquiera de enterrar a su esposo. ¡Aún tenías mi olor en ti! Ya es bastante malo que me traicionaras, pero ahora me has hecho despreciarte también.

Gajendra inspira bien hondo para tratar de controlar su enfado.

—Os daré otra oportunidad para que os vayáis de aquí, esta noche, tú y ese enano sanguinario. Así terminamos con esto.

—¿Cómo te ha ido esta noche? ¿Ha sido como tú soñabas?

—Tu padre está justo al otro lado de esas montañas. Volverás a tener tu libertad.

Mara da un paso hacia la luz. La luna baila en su rostro mientras pasa veloz entre las negras nubes.

—No comprendes nada, ¿verdad?

—¿Qué es lo que hay que comprender?

—Me has hecho querer vivir de nuevo y luego me has abandonado. Enciendes un fuego en el corazón de alguien y después te marchas sin más y te dices que le llevas calor al mundo, cuando lo único que haces es crear más cenizas. Estoy harta de que me abandonen. Mi marido. Mi hijito. Mi hija. Ahora tú.

Gajendra siente un escalofrío en la espina dorsal.

—Ellos no te abandonaron. La muerte se los llevó. No fue culpa de ellos.

—Me da igual de quién sea la culpa, el vacío sigue siendo el mismo. —Mara

acerca la oreja a la tienda—. No la oigo. ¿Está durmiendo? ¿No se queda despierta esperándote, trémula, en su noche de bodas? Sus hermanas aún tocan los tambores. ¿Saben que estás aquí fuera, o te has escabullido por otro lado?

—¿Qué quieres de mí?

—Quiero que retires todo lo que dijiste. Quiero que regreses a aquella noche en que te toqué y quiero que me des un manotazo para que aparte la mano, y que me digas que para ti no soy nada, sólo otro galopín de estiércol. Luego quiero que retrocedas más y que dejes que los soldados me peguen y me vendan en subasta, pues al menos entonces estaba entumecida y no me habría dolido tanto como esto.

—¿Cómo iba a ser distinto?

—¿Para ti sólo soy botín de guerra? Creía que éramos amigos.

—¿Cómo vamos a ser amigos?

—¿Cómo vamos a no serlo? Somos parecidos, tú y yo. Conocemos la pérdida. Entendemos a los elefantes. Tú me das esperanza, yo te doy consuelo. ¿No es eso lo que hacen los amigos?

—No entiendes nada.

—Déjame ver lo que no entiendo. No entiendo por qué estás aquí fuera en la oscuridad cuando la novia por la que suspiras desde Babilonia duerme sola en tu tienda. No entiendo por qué estás tan avinagrado cuando Alejandro te ha ascendido hasta admitirte en su círculo más restringido y sólo soñabas con eso. Tienes razón. No lo entiendo.

Mara se escabulle en las tinieblas. Gajendra no intenta seguirla.

Capítulo 46

En Taxila cuando a los elefantes no los necesitaban en una campaña o para el adiestramiento, los dejaban que encontraran alimento solos durante la noche. Por la mañana los *mahavats* salían a buscarlos por la selva. Las campanillas servían de ayuda. Pero Ravi nunca le había puesto una campanilla a Ran Bagha. Siempre parecía saber dónde encontrarlo. Era como si una voz interior le dijera dónde tenía que buscar.

Gajendra experimenta esa misma sensación esta noche.

No puede dormir. Va a la Hilera de los Elefantes pero no encuentra a Coloso. Faltan varios elefantes, y los aguadores mascullan respuestas incoherentes cuando exige saber dónde están. Al principio se deja llevar por el pánico. Como Alejandro se entere de esto, perderá su puesto de elefantarca tan rápido como lo ha conseguido.

Pero entonces comprende —presiente— lo que ocurre.

Ya lo había visto en la India. No sabía de ningún otro animal que lo hiciera salvo el elefante. Una joven elefanta había muerto después de que un tigre la atacara y la dejara malherida, y durante días los demás elefantes no la abandonaron. Y todos los años después de aquello volvían al mismo lugar buscando los huesos. Era como si lloraran su pérdida.

Ravi le había mostrado este curioso ritual. Se escondieron en la selva, donde la manada no los veía, a mirar. Para entonces casi todos los huesos ya estaban blanqueados o habían desaparecido.

—Es como si comprendieran lo que es la muerte —le había dicho en un susurro Ravi—. ¡Dime qué otro animal sabe lo que es una tumba!

Gajendra atraviesa el campo de batalla. La mayoría de los cadáveres los han desnudado y se los han llevado a rastras, pero en la hierba sigue habiendo restos tirados. Tropezaba con la hombrera de un peto en la oscuridad. Hay retazos de uniforme desechados por todas partes.

Oye a sus colmilludos antes de verlos. No barritan ni chillan. Es el retumbo de sus vientres lo que lo alerta de que están allí. Están reunidos alrededor de Ran Bagha.

Ravi está sentado con las piernas cruzadas junto a la cabeza del animal. Hay otras dos siluetas. Cuando la luna asoma desde detrás de las altas nubes, Gajendra reconoce a Mara y a Cátaro.

Se sienta a mirar. No hace ademán de ir a acompañarlos e imagina que ellos no lo han visto. Está en la dirección del viento, así que los elefantes no perciben su olor. Le

gustaría ir con ellos pero le parece que aquél no es su lugar.

Escucha a los elefantes y el susurrar del viento en la hierba. Reflexiona.

Una inmensa montaña gris yace entre los restos del campo de batalla. Hace mucho que los carreteros se han llevado a rastras los cadáveres, pero el elefante es otro asunto. Tal vez tengan que quemarlo donde está. Y tendrán que hacerlo pronto. Lleva ya dos días bajo el ardiente sol, y a medida que los gases se acumulan dentro del enorme cuerpo crece el peligro de que estalle.

Ravi no quiere abandonarlo. Está sentado allí al sol, cabizbajo, y si los aguadores no se turnaran para traerle agua del río habría muerto de sed. No ha comido. Apenas se ha movido.

Mara y Cátaro están con él. Nadie viene para ordenarles que vuelvan al campamento. Mara supone que Gajendra está demasiado ocupado con su nueva esposa como para castigar a sus aguadores. Además, él quiere que nos fuguemos. Va a darnos otra oportunidad.

Pero Mara no quiere dejar a Ravi. Y Cátaro no piensa dejarla a ella, ya ni siquiera se queja de ello.

Las moscas se arraciman en torno a la sangre seca del cuero cabelludo de Ravi. No quiere ir a los médicos para que le curen la herida. Se limita a estar sentado allí con las piernas cruzadas, a clavar la mirada en el gigantesco cadáver y a balancearse adelante y atrás.

Mara ve que un grupo de jinetes se acerca desde el campamento. La luz del sol se refleja en sus corazas y hace daño en los ojos. Sabe que son oficiales por el modo en que cabalgan. Cuando se acercan reconoce a Alejandro, que va en cabeza.

Alejandro desmonta de un salto y se queda con las manos en jarras.

—Vaya, sí que estamos bien. ¿Qué tenemos aquí? —Rodea a la bestia y luego baja la mirada hacia Ravi—. Empieza a oler, chico. Ya es hora de que te marches.

—Dio su vida por mí.

—Bien, pues lo recordaremos con cariño. Mientras tanto quiero que vuelvas al campamento. Necesitamos buenos indios para sustituir a los *mahavats* que perdí en el combate.

—¿Qué haréis con él?

—¿Qué quieres que haga? ¿Levantarle un mausoleo? —Ve a Mara y a Cátaro—. ¿Qué hacen éstos?

No parece preocuparlo el que no le respondan. En lugar de eso mira a Pérdicas, que observa desde el caballo.

—Quiero la pata —le dice.

—¿La pata?

—Necesitaré un escabel. He oído decir que el rey de Taxila tenía uno. Si eso vale para un indio, vale para mí.

—¿Vais a cortarle la pata? —pregunta Ravi, aturdido.

—No sólo la pata, cogemos el marfil también. ¡Por el negro aliento del infierno, cómo hiede!

Da media vuelta y se dispone a montar de nuevo en su caballo. De repente Mara sale de su aturdimiento, echa mano al cuchillo que Cátaro ha ocultado en su túnica y se abalanza sobre él. Alejandro la oye acercarse y se vuelve despacio para mirarla de frente. No muestra el menor signo de alarma, aunque ve que el cuchillo lanza destellos al sol. Un hombre que se ha pasado toda la vida batallando está habituado a que lo ataquen con cuchillos desenvainados.

Cuando Mara baja el arma, Alejandro, con ademán despreocupado, se hace a un lado y la tira al suelo de un puñetazo. En ese mismo instante le arranca el cuchillo de la mano y rechaza con un gesto a sus guardias, mostrando un mínimo asomo de irritación. No necesito nodrizas, parece decir su mirada.

Pero Cátaro es otro cantar. Alejandro no se lo espera. El hombrecillo se lanza corriendo contra él y lo golpea en las rodillas. Alejandro cae sin aliento y suelta el cuchillo. Cátaro lo agarra rápidamente y, sin transición, está a punto de darle un tajo en el cuello cuando uno de los guardaespaldas reacciona y lo derriba con su lanza. Cátaro da un grito y agarra el astil, que le ha destrozado el muslo; el mismo que le hirieron sólo días antes. Esta vez le hace pedazos el hueso. Un hombre, aunque sea tan valiente como él, no puede apoyarse en una pierna rota. Cátaro cae al suelo.

Alejandro se pone en pie al instante, saca la espada y la hunde en el pecho de Cátaro. Después se vuelve contra Mara. Ella trata de levantarse. Él la derriba de nuevo de una patada y le pone la espada al cuello.

—¡No le hagáis daño! ¡Es una muchacha! —grita Ravi antes de que le aseste la estocada mortal.

Alejandro se aparta frunciendo el ceño. Se acerca dando zancadas a Ravi y se sienta en cuclillas.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que no le hagáis daño, señor. No es más que una chica.

—¿Una chica?

Ravi asiente con la cabeza.

—¿Tu elefantarca sabía esto?

Ravi hace un gesto negativo, no, pero miente muy mal. Alejandro asiente con la cabeza y hace señas a los miembros de su guardia para que se lleven a la prisionera. Baja la mirada hacia el cuerpo sin vida de Cátaro, indignado. Mara sabe lo que está pensando: ¿cómo un tipo como éste ha llegado a saber manejar así un arma? Si no fuera por su guardaespaldas estaría desangrándose en el polvo ahora mismo.

Esto habrá que investigarlo.

Capítulo 47

Mara está tendida en el suelo a los pies de Alejandro. Le ha pegado, aunque no le ha dado una buena paliza, todavía no.

Alejandro alza la vista cuando Gajendra entra, y dice:

—¿Te has enterado de lo que tu elefantero me hizo? Sólo que no es elefantero sino elefantera, ¿verdad? ¿Tú lo sabías?

Gajendra piensa en mentir. Le da la impresión de que ya no tiene sentido. Asiente con la cabeza.

Alejandro lo golpea, sólo una vez, con el puño. Es como recibir la coza de un caballo. Gajendra se cae.

—¿Por qué me lo ocultaste? ¿Qué pasaba? ¿Te daba lástima?

Gajendra se levanta despacio.

—Me figuro que sí.

—No te la has tirado, ¿no? Te di una mujer. ¿No te bastaba? Una princesa te di. ¿Qué es esta raquílica desgraciada? ¿Qué atractivo puede tener?

Gajendra no responde.

—Entonces, ¿qué hacemos con ella? Me atacó con un cuchillo. Me parece que deberíamos crucificarla, ¿no crees? No conviene que nadie piense que puede ponerme a prueba con un arma y no sufrir las consecuencias.

—Por favor —dice Gajendra.

Alejandro, que en ese momento le da la espalda, se queda inmóvil y lo mira por encima del hombro.

—¿Qué has dicho?

—Dejadla vivir.

—¿Dejarla *vivir*? ¿Quieres clemencia para ella?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué te importa que sufra y muera?

—No lo sé. Le he cogido cariño, supongo.

—¿Le has cogido cariño? —Alejandro opta por echarse a reír. Es un chiste estupendo—. ¿Cuánto cariño le has cogido?

—Lo ha hecho sólo por el elefante.

—¿Por el elefante?

Gajendra ve que, tras los moratones, Mara alza la mirada hacia él. La desconcierta que abogue por ella.

—Ama a Coloso como vos amáis a vuestro caballo.

—Un caballo es distinto.

—Para ella no. Estaba enfurecida, estoy seguro. No pensaba haceros daño. Fue una locura momentánea.

—Pero si hubiera sido más rápida me habría clavado un cuchillo en la espalda, lo hubiera planeado o no. ¿Cuánto deseas mi benevolencia, elefantero?

—Dejadla vivir, os lo pido por favor.

—Entonces tumbate bocabajo.

Gajendra sabe lo que Alejandro está a punto de hacer, y sólo vacila un momento. Se ha comprometido. Se arrodilla y luego se tiende, con la frente rozando las alfombras. Desde aquí ve que las sandalias de Alejandro tienen manchas de sangre. Se pregunta si será de Mara o de Cátaro.

—Suplícame.

—... por favor.

—Dilo más fuerte. Dilo como si lo sintieras.

—Por favor, no le hagáis daño.

—Otra vez.

—Por favor, dejadla marchar. Os lo ruego, señor. Tened piedad de ella.

Alejandro se levanta la larga túnica y Gajendra siente su caliente chorro en la cabeza y los hombros. Oye a su madre y a sus hermanas gemir de nuevo.

Me encuentro impotente, no soy nada. Soy un gusano, y no puedo hacer nada para salvar nada de lo que amo.

—No te he oído. Dilo otra vez.

—Por favor, dejadla marchar...

Alejandro termina y se pone bien la túnica.

—Me has defraudado, elefantero. Creí ver algo en ti. —Se inclina y su voz se convierte en un susurro—. Apeistas a meado. Ahora todos te han visto arrastrarte. Nunca volverás a codearte con generales. Siempre serás una vil nulidad, nada más.

—Dejadla marchar.

Alejandro da un suspiro.

—Muy bien. Si eso es lo que quieres. Vete ya.

Pero mientras Gajendra se levanta como puede, sabe que esta promesa es una mentira. Arrástrate todo lo que quieras, elefantero, va a matarla de todos modos.

Una vez, de niño, había cogido una araña y se la había metido en la boca. Una de sus hermanas lo había desafiado a hacerlo. Le dijo que no se la comería, y él le juró que sí. En cuanto la tuvo en la boca, su hermana gritó y le rogó que se detuviera. Incluso se arrodilló y lloró.

La araña tenía un sabor repugnante, peor de lo que había imaginado, pero Gajendra lo hizo de todos modos. Sintió su picotazo cuando la masticaba. Aquella noche se le hinchó la lengua y no podía respirar. Su madre creyó que iba a morir.

Su hermana pensó que era culpa suya. Le rezó a Kali y le pidió que la castigara a

ella para que su hermanito viviera. Quizá Kali la escuchara. Unos días después llegaron los *dacoits*. Por eso estaba enfermo en la cama y no con los demás.

Así que era el responsable de lo que les había ocurrido a su familia y a él. Y todo por una araña.

O por su orgullo.

Capítulo 48

La noticia se difunde por el campamento: al héroe de Siracusa lo han destituido de su cargo.

Ravi lo encuentra sentado solo junto al río. Una neblina se eleva sobre el agua, pero el calor del nuevo día la consume y se ve Siracusa a lo lejos, con el Etna más allá. Una garza real pesca en los bajíos.

Rodea los hombros de Gajendra con un brazo, lo lleva hasta el río y le quita de encima a Alejandro con un buen lavado.

—Va a ejecutarla —dice Gajendra.

—Lo hará despacio para que tengas que mirar.

—¿Eso crees?

—Tú lo conoces mejor que yo. ¿Qué te parece a ti?

A Gajendra le tiemblan las extremidades. No puede detener el temblor, es como si pertenecieran a otra persona. Procura tensar los músculos para calmarlas. No quiere que nadie lo vea así, ni siquiera Ravi.

—Voy a sacarla de aquí.

—¿Cómo? ¿Vas a derrotar a todo el ejército de Alejandro?

Gajendra se queda quieto allí, chorreando agua. Se le ocurre una idea.

—No tengo que derrotarlos. Sólo tengo que distraerlos. ¿Me ayudarás?

—¿Cuándo he evitado yo que me metas en un lío?

—Lo único que tienes que hacer es conseguirme dos buenos caballos.

—Ah, vaya, entonces estupendo. Pensaba que a lo mejor me pedías que hiciera algo por lo que pudieran torturarme y matarme.

—Conozco a un fulano. Tú búscalos y págales, él sabrá lo que hacer. No es la primera vez.

—No es de extrañar que tengas problemas, Gaji.

—Caballos de carga servirán. Mientras tengan cuatro patas. ¿Lo harás por mí?

—Imagino que sí. Yo estaba encariñándome con ella también. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a prenderle fuego al campamento de Alejandro.

Sólo hay un guardia frente a la tienda donde tienen a Mara. No es más que una mujer después de todo, ¿y quién va a llevársela? Le ha tocado este servicio como castigo. Se lo ha impuesto su sargento de escuadra por dormirse en la guardia y ahora está despatarrado en el suelo, molesto.

Con todo, se pone de pie al oler el humo. Oye que los elefantes barritan en algún

lugar al otro lado del campamento, un alboroto de caballos. Al ver el resplandor naranja que sube por el cielo empieza a dejarse llevar por el pánico. ¿Qué ha de hacer con *ella*?

Entonces ve a Gajendra.

Conoce al capitán de los elefantes por su reputación y se pregunta qué hace aquí. Le han contado que Alejandro lo obligó a arrastrarse y luego se le meó en la cabeza al descubrir a la mujer. ¿Debe hacerle un saludo militar o mofarse de él?

No hace ninguna de las dos cosas.

—¡Hay un incendio, los elefantes se han escapado! —le grita Gajendra.

Ya oye bramar a los elefantes, oye gritos. Los colmilludos han salido de la Hilera de los Elefantes y, descontrolados, lo destrozan todo a su paso por el campamento. Pisotearán a los soldados y estarán a mitad de camino de vuelta a Cartago para cuando hayan apagado el incendio. Al resplandor del fuego la cara del soldado es la viva imagen de la confusión.

—Alguien les ha quitado los grillos —dice.

—Sí, he sido yo.

La aguijada golpea al chaval en la parte posterior de la cabeza, bajo el casco. Cae de cara en el polvo.

Gajendra coge una humeante antorcha y entra en la tienda. Mara está hecha un ovillo en el suelo, atada de pies y manos. El ojo donde le han pegado lo tiene cerrado de la hinchazón.

Se incorpora, sobresaltada, y retrocede hasta el rincón, imaginando que van a maltratarla de nuevo.

—Soy yo —le dice Gajendra.

No pierde tiempo explicándole lo que pasa. La levanta en brazos. Es ligera como un pájaro. Escapa con ella hasta perderse en la oscuridad.

Ravi espera con los caballos.

—¿Has tenido problemas? —le pregunta.

—Ese sargento intentó subirme el precio en el último momento. Tuve que ponerle un cuchillo al cuello para hacer que cumpliera nuestro acuerdo.

—¿Tienes un cuchillo? Trae, dámelo.

De un tajo, corta las ataduras de las muñecas y los tobillos. Mara da un gemido. La han amarrado fuerte, y las cuerdas se desprenden manchadas de sangre.

—Ayúdala a montar —le dice Gajendra a Ravi.

—¿Adónde vas?

—Ahora mismo vuelvo.

Echa a correr hacia las tinieblas. No le cuesta encontrar lo que busca, se limita a dejar que lo guíe el olfato. Es una idea peligrosa, pues lo que busca está colocado cerca de la lujosa tienda de Alejandro. Pero nadie lo vigila, como imaginaba, pues todos han acudido al incendio.

Casandro aúlla y gruñe dentro de la jaula. Gajendra se acerca y echa otra mirada.

A la luz de las antorchas ve que tal vez no sea una muestra de piedad el liberarlo. Está cubierto de llagas y toda clase de porquería, la barba le llega a la barriga y tiene los ojos desencajados como los de un loco. Gajendra no puede ni imaginarse qué será de él ahora.

Qué seguro parecía aquel día que se reunió con Oxatres, vestido con su manto rojo y su magnífica túnica.

¿Tienes manera de dárselo?

Mi hermano es el copero de Alejandro. ¿A ti qué te parece?

Pero esto se lo debe, al menos. Descorre el pestillo de la jaula y la abre de par en par. Al principio Casandro no se mueve. Se encoge, medroso, en el rincón, pensando que es una artimaña. Sólo al ver que Gajendra retrocede, la astucia vuelve a sus ojos. Cuando por fin toma la decisión de escapar es una sombra de azogue: está allí y, de repente, se ha esfumado en la penumbra.

En silencio, Gajendra le desea mejor suerte, una muerte rápida por lo menos. Cualquier cosa es mejor que morir siendo el juguete de un hombre.

Vuelve a dirigirse hacia el campamento. Los soldados corren por todas partes, inútilmente, sin saber qué hacer. El olor del humo es fortísimo. Sin embargo ya no oye a sus colmilludos barritar. Deben de haber huido. Tardarán días en reunirlos a todos de nuevo.



Ravi está esperando con los caballos, procurando mantener a Mara sobre la silla. Ella todavía no parece entender lo que pasa.

Gajendra monta en su jamelgo. No es ningún caballista pero ha cabalgado suficientes veces como para saber cómo se hace. Resulta extraño tener silla de montar y ni rastro de orejas a las que agarrarse. El caballo de Mara se tambalea, y ella se bambolea y está a punto de caerse. Hasta con su peso de gorrión en el lomo parece que le pidiesen al animal que llevara encima una máquina de asedio.

Bestias de carga los dos. Si el sargento no los hubiera vendido, habrían estado en la sopa antes de que acabase la semana.

—Ve con bien, amigo mío —dice Ravi.

—Hasta que volvamos a vernos.

Ravi le estrecha la mano.

—Estás haciendo lo correcto.

Por detrás de ellos reina la confusión en el campamento. Los hombres corren de un lado a otro, aterrados, unos intentan escapar del fuego, otros huyen de los elefantes. Nadie hace el menor caso de Gajendra y de Mara. Si se ven atrapados entre un elefante furioso y la posibilidad de convertirse en un buen asado, podrían estar llevándose la cabeza de Alejandro en un bote metida en vinagre y nadie se detendría a mirar, y menos a desenvainar la espada.

Se alejan al galope por entre las errantes nubes de humo. Gajendra ve que unos cuantos valientes corren en sentido contrario para ayudar a luchar contra el incendio. No son muchos.

Mara, débil por la paliza, apenas se mantiene erguida. Gajendra le sujeta las riendas y conduce su caballo detrás del suyo. Bueno, te dejé que te mearas en mi cabeza, Alejandro. Creíste que me habías derrotado. Pero sólo era una maniobra falsa, como tú lo llamas. Un amago. Has sido un buen maestro. He aprendido bien.



El incendio ha crecido más de lo que Gajendra pensaba. Ilumina la llanura y su resplandor naranja se refleja en el rostro de Mara. Se detiene para mirar hacia atrás. Mara parece haberse recuperado un poco. Ha vuelto a coger las riendas, por lo menos.

Mara le pone la mano en el brazo. Gajendra piensa que está a punto de darle las gracias. En lugar de eso dice:

—Tenemos que volver.

Gajendra clava la mirada en ella. Lo sabía, está loca.

—¿Volver?

—No puedo dejar que Cátaro se pudra al sol.

—Cátaro está muerto.

—Razón de más para salvaguardar su honor.

—¿Salvaguardar su honor? ¡Yo intento salvarte la vida!

—No tengo intención de dejarlo. Vete sin mí, si tanto deseas marcharte. ¡Pero mi padre no crió a una miserable que dejará que a su defensor se lo coman los cuervos carroñeros!

Gajendra la admira en ese momento, tanto como le gustaría bajarla del caballo de una bofetada. Acaso ella haga lo mismo por mí algún día. Yo también quisiera que alguien me salvara de las aves.

Supone que no hay más remedio que regresar.

En la oscuridad habría sido imposible encontrarlo. Con el resplandor del fuego extendiéndose por el cielo, el campo de batalla está iluminado como si fueran las primeras horas del día. Gajendra ve una enorme silueta cerca de la cima de una baja loma, lo que queda de Ran Bagha después de que los cuervos hayan estado trabajando. Cátaro estará muy cerca.

Pero coger el cuerpo de Cátaro no va a ser tan fácil. Alejandro ha apostado a dos hombres para proteger los colmillos de marfil, que aún no se han llevado.

Me crucificará si me atrapan, piensa Gajendra. Estaré muriéndome tres días por esta loca.

El aire apesta a elefante muerto y los guardias se han visto obligados a alejarse un

poco y a taparse las caras con pañuelos. Tal vez hayan estado dormitando, pero el incendio los ha despertado. Están demasiado asustados como para abandonar su puesto, de manera que permanecen allí, boquiabiertos, mirando, señalando los lugares donde las llamas se mantienen.

Sólo hay dos: ¿son veteranos o reclutas, maces o persas? El resultado no será el mismo.

Dejan los caballos a cierta distancia, en las sombras, atados a un solitario olivo. Se acercan arrastrándose.

—Bueno, Mara —susurra Gajendra—, ¿les decimos: buenos días, señores, sólo queremos este cadáver, disculpen la molestia, ya nos vamos? ¿Ése es tu plan?

Está claro que Mara no tiene ningún plan. Así que le toca a él. Para variar.

—Tendrás que distraerlos —le dice.

—¿Cómo?

Gajendra se encoge de hombros.

—¿Ahora quieres que me haga la furcia, cuando llevo todos estos meses convenciendo a todo el mundo de que soy un muchacho?

—Por la pinta, son griegos. Les dará igual lo que seas siempre que te muestres muy dispuesta.

Nota cómo tiembla. Si fuera de día no tendría en absoluto aspecto de seductora, y menos, con la cara hinchada y sangrando por las muñecas. Pero todas las mujeres son hermosas a oscuras, o eso es lo que dicen, y no hay más remedio. Esto ha sido idea de ella. Gajendra preferiría dejar a Cátaro donde está, pero si Mara insiste, tendrá que poner de su parte.

Gajendra espera en las sombras. Mara se pone de pie, inspira una buena bocanada de aire y empieza a andar hacia ellos. Finge un provocativo balanceo de caderas, la parodia de una prostituta callejera de Babilonia, que hace que Gajendra esté a punto de reír a carcajadas.

Aquellos hombres valen muy poco como guardias. Están los dos tan embelesados con el avance del incendio en el campamento que Mara casi se les echa encima antes de que se den cuenta de que está allí. Gritan alarmados cuando por fin la ven acercarse y corren a buscar sus armas.

Sinceramente, Gajendra no diría que Mara tiene dotes para la prostitución; el colmo de su arte es subirse un poco la túnica para mostrarles a los chicos lo que hay disponible y pedir un donativo de una moneda de oro. A Gajendra lo pasma que no reflexionen con más cautela, aunque, según su experiencia, cuando los hombres se ven en estas circunstancias las ilusiones se adueñan de todo. Los hombres suponen que Mara es una prostituta de las que siguen al ejército, tan falta de negocio que ha tenido que abandonar la comodidad de su tienda para encontrar trabajo. Cualquier idiota sabe que si tienes un ejército acampado a la puerta de tu casa, ni siquiera un perro está seguro.

Pero son jóvenes y están aburridos después de una larga noche sentados

demasiado cerca de un elefante en descomposición. Y son macedonios. En el pliegue tienen fama por el músculo y no por el seso.

Aunque les reconoce una cosa: actúan rápido. Para cuando Gajendra toma posiciones, uno ya está encima de Mara y el otro lo jalea. Han dejado las armas a un lado, a mano, junto con los cascos y algo de ropa. El que está atento a su amigo ni siquiera se da la vuelta. La primera noticia que tiene de la presencia de Gajendra es cuando el astil de su propia lanza lo golpea en la parte posterior de la cabeza, y allá que cae, inconsciente antes de llegar siquiera al suelo.

El segundo decide al instante levantarse como puede a buscar su espada, pero Mara lo rodea con los brazos y las piernas y entorpece sus deseos. Gajendra golpea otra vez, pero como el chico se revuelve y levanta rápidamente un brazo, hacen falta tres sopapos y un rodillazo en los bajos para que se amanse.

Cuando todo se termina, Mara se pone en pie de un salto y le propina otro puntapié, por si acaso. Luego da media vuelta y le suelta a Gajendra un bofetón en la cara también.

—¿Por qué has tardado tanto? ¡Casi me había violado!

Se ordena la ropa, de espaldas a él. Gajendra la oye sollozar. Le pone una mano en el hombro, creyendo consolarla, y Mara lo aparta bruscamente de un empujón.

—Coge a Cátaro —le dice.

Capítulo 49

El incendio raya de ocre los cuerpos de los dos soldados. Gajendra no cree que los haya matado. Espera no haberlos matado, sólo hacían su trabajo. Es la primera vez que ha peleado sin armas, y sin un elefante que compense lo que le falta de estatura.

Cátaro yace a la sombra del cadáver de Ran Bagha. El olor es insoportable y Gajendra no se entretiene en examinar el cuerpo. Le echa encima las mantas de uno de los soldados y lo coge. Lo sorprende cuánto pesa para ser un tipo tan bajo.

Lo pone atravesado en la silla de su caballo. Mara ya está montada y lista para partir. Tiene la túnica desgarrada y ha tenido que atarse un nudo en el hombro para sujetársela. Hay arañazos recientes en su brazo y en su cuello. Pero parece tranquila. Qué rápido vuelve a ser la hija del general, esperando que su defensor cumpla su voluntad.

Si alguna vez llego a casarme con ella, piensa Gajendra, será una esposa apasionada la que haya reclamado para mí. Al menos los elefantes abren las orejas para avisarte cuando van a cargar.

El resplandor del fuego ha ido atenuándose para cuando llegan a lo que Gajendra considera una distancia prudencial. La luna ha aparecido entre altas nubes que pasan rápidamente y oye el mar rompiendo en la orilla. Un tono rosado sube por el cielo hacia el sur. Aún no han apagado aquel incendio. Alejandro no estará loco de alegría.

Se detienen justo por encima de la playa a descansar. Gajendra saca en brazos a Mara de la silla de montar y la deja en la arena. La luna brilla lo suficiente como para distinguir las formas de las sombras.

Gajendra dice:

—Estamos seguros aquí. Buscaremos un lugar para enterrarlo en la arena blanda.

—No. Nos lo llevamos con nosotros de vuelta hasta Panormo si es preciso. Mi padre querrá ver el cuerpo.

Gajendra da un suspiro. Se figuraba que eso era lo que Mara diría.

—¿Por qué haces esto? —pregunta ella.

—No lo sé. Eres una inútil para limpiar y eres contestona. Hablas demasiado para ser un elefantero, y no digamos para ser una mujer.

—Tenías todo cuanto deseabas hasta que entraste en la tienda de Alejandro y le suplicaste que no me matara.

—¿De veras intentaste matarlo por un elefante?

—Quería su pata para hacerse un escabel. ¿Tú lo sabías? ¿Y no lo has visto? Se han olvidado del marfil pero le han cortado la pata para que Alejandro se divierta.

Gajendra se sienta en una roca. El entusiasmo que sentía antes se ha evaporado. Una pequeña victoria como ésta no es la salvación. Oye a Alejandro en su cabeza: *No pienses en ganar la batalla, piensa en ganar la campaña. No pienses en ganar la campaña, piensa en ganar la guerra.*

—Vuelvo a no ser nada. ¿Lo sabes? Cuando estaba con Alejandro no temía a nadie. Contenía los sueños.

—Sólo es miedo, Gajendra.

—¿Sólo miedo? Alejandro nunca tiene miedo.

—Claro que sí. Tiene miedo de que al otro lado de la muerte tal vez haya algo más grande que él. No puede llevarse a su ejército allá.

—¿De verdad lo habrías matado?

—Nunca he odiado tanto. No veía de rencor. Si no se hubiera vuelto en el último momento, le habría clavado aquel cuchillo hasta donde hubiera podido.

—Más vale que sigamos.

La ayuda a montar de nuevo en el caballo. Mara todavía sangra por donde le pegaron, pero no profiere ni una queja. Un elefantero sobre un caballo. La hija de un general luchando contra el adversario de su padre. Qué extraña pareja hacen.

Gajendra no se atreve a correr el riesgo de encender una fogata. Se acurrucan bajo las mantas buscando calor. Los ojos de Mara son dos puntas de aguja en la oscuridad.

—¿Qué harás ahora?

La envuelve con su cuerpo. Tiritando y asustada, Gajendra arde por ella; tibia y perfumada, Zahara lo dejaba frío. Le pasa la mano por el muslo.

Mara la aparta de un golpe.

—Me entregué a ti una vez en un momento de debilidad, ¿y ahora crees que eres mi esposo y puedes exigir posesión siempre que te plazca?

—Así entraremos en calor.

—Entonces yo era esclava, tenía que someterme. Ahora vuelvo a ser la hija de un general. Puedo hacerte esperar.

—Todavía no estamos en Panormo.

Mara se ríe en lo hondo de la garganta, pero le agarra las manos y se las aprieta.

—Abrázame.

El viento gime atravesando el valle. Gajendra se amolda al contorno de Mara.

—Echaré de menos a tus elefantes —dice en voz baja ella.

—No tanto como yo.

Mara vuelve la cabeza, lo besa por encima del hombro.

—¿Qué harás, Gaji? ¿Si encontramos a mi padre?

—No lo sé. ¿Y tú?

—Mi antigua vida ha desaparecido. Mi futuro es tan incierto como el tuyo.

—Encontraremos una forma de sobrevivir.

—Sí —murmura ella—. Sí, me figuro que sí.

Gajendra ha ascendido: de no terminar de ser el marido de Mara pasa a tener un lugar en su futuro. Hunde la cara en su nuca, en el agradable olor a humedad de su pelo.

Con las puntas de los dedos busca la carne desnuda. Mara tiene la piel fría, pero hay rincones cálidos y ella da un pequeño gemido. Aun cuando son fugitivos, ahora todas las cosas parecen posibles.

Han dormido hasta pasado el amanecer. El sol ha tirado una mancha color limón por encima de las colinas, hace frío y Gajendra tiene los músculos agarrotados y doloridos.

Nota el redoble de los caballos en la tierra antes de oírlos. Cree que tal vez sea ese sueño otra vez, y que está en Taxila, dormido en el suelo de la cabaña. Pero entonces despierta del todo y se da cuenta de que el ruido de los cascos es de verdad.

Se pone en pie de un salto y los busca en la penumbra de las primeras horas del día.

Levántate, le dice a Mara, y ella responde: aún es de noche, ya no soy tu aguador.

De un tirón la pone de pie, protestando. Gajendra los ve ya, recortados en el sol naciente. Se dirigen hacia el sur, pero ahora los han visto y cambian de dirección.

—Quizá podamos dejarlos atrás —le dice a Mara.

La empuja hacia el caballo. ¿Son hombres de Alejandro, desertores, bandidos? Con algo de suerte, nunca tendrán que averiguarlo.

—¿Qué haces? —le pregunta.

Mara trata de arrastrar el cuerpo de Cátaro hacia los caballos. ¿Está loca?

—No podemos dejarlo aquí.

—Claro que podemos. ¡Está muerto!

—No pienso dejárselo a los lobos.

Trata de apartarla. Mara se lo sacude de encima.

—¡No pienso abandonarlo!

Así pues, no hay más remedio que acercar a rastras a Cátaro hasta los caballos y echarlo atravesado sobre el caballo árabe de Gajendra. Éste se apresura a taparlo con una manta. Y, mientras tanto, los jinetes no dejan de acercarse.

Mara no es buena amazona, incluso es menos experta que Gajendra. Lleva las riendas demasiado tensas, se nota insegura en la silla de montar. Y los pobres jamelgos que montan no pueden competir con los buenos caballos de sus perseguidores, en particular sobrecargados con el peso de un cadáver. Gajendra mira por encima del hombro. Esto es imposible.

Son cuatro, bactrianos a juzgar por su aspecto, y saben lo que hacen. Se despliegan, listos para rodearlos.

Llegan a un riachuelo y eso los retrasa más, Gajendra se da cuenta de que no lo conseguirán. El caballo de Mara se echa atrás en el lecho del río. Pero da igual. Dos de los bactrianos ya han cruzado de un salto las orillas y van al trote hacia ellos, por

los bajíos, dejando ver una amplia sonrisa.

Capítulo 50

Cuando los tienen rodeados, los bactrianos se relajan. Ya no hay motivo para tener prisa.

El cabecilla es un hombre corpulento, con una nariz que hace que su caballo parezca hermoso. Una cara como una bolsa de cuero, llena de costurones y chirlos, y ni un solo diente que no esté cariado al menos en parte. Gajendra conoce a esa clase de personas: son de los que embisten de frente contra un muro sólo para conseguir un aspecto más espantoso.

—Bueno, ¿quiénes son estos guapos mozos? —dice el que manda, y acerca el caballo hasta ellos.

Nadie ha sacado un arma todavía. En una situación como ésta no hace falta.

Gajendra observa atentamente la chusma variopinta que lo acompaña. Si fueran simples bandidos sería más optimista, pero estos hombres parecen mercenarios, profesionales. Estarán muy contentos con tan inesperado regalo, porque este tipo de gente tiene metidos en el alma la violación y el asesinato, como el hierro oxidado dentro de una pared.

Son desertores, del ejército de alguien. Gajendra duda de que sea el de Alejandro, pues él los tiene bien pagados y bien alimentados. Acaso vengan de Siracusa con la esperanza de encontrar empleo en Panormo. Hablan algo de griego con mucho acento. Gajendra supone que hombres así ni siquiera hablan su propia lengua muy bien.

—¿Adónde vais? —les pregunta Cara de Caballo.

—A Panormo —contesta Gajendra—. Ésta es la hija del general Hannón. —Se detiene un instante—. Ofrecen una gran recompensa por devolverla sana y salva. Yo esperaba cobrarla —añade, corriendo un riesgo enorme.

Tras un instante de estupefacto silencio, todos los jinetes se ponen a golpear las sillas de montar con los puños y se ríen a carcajadas. Cara de Caballo asiente con la cabeza y uno de ellos le echa mano a Mara y la quita de la silla de un tirón.

—A mí me parece un chico —dice—, pero pronto lo averiguaremos.

—¡Déjala!

Gajendra trata de interponer su caballo, pero no tiene nada de caballista y sólo consigue perder el control de la montura. Cuando han terminado de reírse de él, uno de los hombres saca la espada, le da un golpe en la cara con la empuñadura y lo hace caer al suelo.

Se queda tendido sin aliento. No puede respirar. La boca y la nariz se le han

llenado de sangre, y tiene que volverse bocabajo para escupirla.

Aquello les hace gracia. Mientras tanto han desmontado a la fuerza a Mara.

—Vamos, chico, levanta —dice Cara de Caballo mofándose de Gajendra—. Veamos si plantas cara.

El bruto baja del caballo y le propina unas cuantas relajadas patadas. Gajendra oye que Mara grita, maldiciones fundamentalmente, aunque lo cierto es que aún no han intentado hacerle daño.

Cara de Caballo se queda de pie, con las piernas separadas, justo delante de él. Gajendra avanza arrastrándose, lentamente. No hagas caso de sus risas ni de que te desafíe a pelear como un hombre. Mantén la cabeza gacha.

Pobre Mara. Para ser la hija de un general le han dado muy mala vida este último año, y ahora se ve aquí, con cuatro hombres resueltos a violarla bien como muchacha o como muchacho, según se les antoje. Gajendra bloquea los gritos de Mara, que lo distraen.

Le parece que se ha roto unas cuantas costillas al caerse del caballo.

—Por favor, no nos hagáis daño —dice—. Llevaos nuestros caballos, llevaos lo que queráis, pero por favor, no nos hagáis daño.

A Cara de Caballo le gusta eso.

—¿Oís? Nos ofrece los caballos. —Otra patada—. Si los quisiéramos los cogeríamos, pero estos jamelgos no valen ni siquiera para descuartizarlos y echarlos a la cazuela. ¿Estáis seguros de que eso es una chica?

De pronto se quedan consternados al encontrar el cuerpo de Cátaro echado sobre la silla de montar de Gajendra. Es algo inesperado que los alarma. Una distracción perfecta.

Cuando tu adversario crea que ha ganado, es el momento justo de atacar, oye decir a Alejandro. Concentra toda su fuerza de voluntad en subir la rodilla con el fin de prepararse para saltar y luego invierte la forma en que agarra el cuchillo. Ahí está, a tiro de meada, si este tipo fuese un bandido.

En un instante se ha levantado, rompiéndole la nariz con la cabeza —no podía errar el blanco—, mientras que el cuchillo se le hunde hasta el puño debajo del esternón. Cátaro no lo hubiera hecho mejor.

Incluso antes de que Cara de Caballo haya terminado de morir, Gajendra tiene su espada en la mano y le ha cortado el brazo izquierdo al que tira del cadáver de Cátaro. No se entretiene en asestar un tajo definitivo. La experiencia le ha enseñado que un hombre que pierde una extremidad de forma tan drástica no tarda en perder también las ganas de luchar.

En su lugar se centra en los dos que intentan beneficiarse a Mara. Están cubiertos de arañazos. Les ha plantado cara bien. Mara agarra fuerte al soldado que tiene encima y no lo deja levantarse. Dos veces en un solo día. Esto está volviéndose una costumbre.

Mientras el otro busca a tientas su arma Gajendra le asesta un mandoble con todas

sus fuerzas, y el filo de la espada le parte el rostro desde el cuero cabelludo al mentón.

El de encima grita horrorizado y le da a Mara dos puñetazos en la cara tratando de escapar. Pero ella lo ha retrasado el tiempo suficiente. Gajendra no se atreve a blandir la espada por segunda vez por si le da a Mara. En vez de eso arremete con la punta. Aunque es inexperto, se la clava por el centro del pecho. Le pone un pie en el esternón para sacar la espada y después despacha al otro, que sigue tendido en el suelo, sangrando y llamando a su madre a gritos.

Nunca había conocido una cólera tan fría. Hasta lamenta que aquello haya terminado. Les mascaría los huesos con los dientes y escupiría el cartílago en el barro, si pudiera. Le dan ganas de mutilarlos una vez muertos, aunque eso no serviría de nada. No son los bandidos que violaron a su madre y a sus hermanas. Aunque bien podrían serlo.

De repente ahora recuerda cosas de aquel día. No estaba enfermo después de todo, el episodio de la araña había ocurrido meses antes. En realidad se había metido corriendo dentro y se había tapado los oídos cuando su madre y sus hermanas gritaban. Los hombres entraron después y volvieron a sacarlo a rastras. Para entonces ya estaban muertas. ¿Por qué no lo mataron también? Era eso lo que no había comprendido nunca. Lo arbitrario que era todo, salvajismo y clemencia por puro capricho.

Ahora se asombra de cómo podía haber olvidado aquel detalle revelador. Hasta ese momento, por lo visto, no soportaba pensar en ello.

Mara está de rodillas, escupiendo sangre y sollozando. Gajendra acude a consolarla, pero con un gesto de la mano ella le indica que se vaya. No quiere que la toque nadie, ni siquiera su salvador.

Gajendra vacila, y luego alarga la mano por segunda vez. Mara cede, hunde la cara en su hombro y se aferra a él. Tiene sangre en el rostro. Mira lo que le han hecho.

Un pensamiento cruza por su cabeza: ¿qué habría sido de él si los *dacoits* no hubieran llegado aquel día? Imagina que estaría arando un campo con un carro de bueyes.

Pero está aquí.

Quita el tapón de un odre de agua y le limpia la sangre de la cara lo mejor que puede. Como si no le hubieran pegado bastante. Su padre pensará que se lo ha hecho él, si es que la reconoce siquiera.

—Todo saldrá bien —le dice en un susurro.

Quizá salga bien. ¿Quién sabe? Todavía no se ha dado por vencido.

Baja la vista para mirarse. Él también está cubierto de sangre, suya en parte. Igual que Alejandro. El elefantero ha aprendido bien las lecciones del maestro. Y ahora tienen cuatro caballos de refresco y pueden dejar los dos jamelgos.

De pronto Mara se agarra a él como si estuviera ahogándose y rompe a llorar

entre alaridos.

Capítulo 51

Hannón sale dando zancadas de su tienda. Los exploradores han traído a dos prisioneros y al principio se figura que son desertores, muy posiblemente del ejército de Antípatro. Ya le ha llegado la noticia de la victoria de Alejandro en Siracusa.

Observa el lento acercarse de los caballos. Un capitán conduce la escolta pendiente arriba. Los dos cautivos van sin coraza. Uno es un joven de aspecto persa, que viste una basta túnica de cuero con costras de sangre seca; el otro es un muchachillo envuelto en harapos, desplomado sobre la silla de montar, con rozaduras de cuerdas en las muñecas y los tobillos. Le han dado una buena paliza según parece.

Sus hombres lo bajan de la silla. No se mantiene en pie por sí solo y dejan que se caiga en la hierba. El otro prisionero acude a ayudarlo, le abraza la cabeza y pide agua.

—¿Quiénes sois? —pregunta Hannón.

El asiático alza la mirada y se dirige a él sin ceremonias.

—¿Tú eres Hannón?

Le entran ganas de darle una bofetada por su impertinencia, pero en esta escena hay algo que lo llena de inquietud. Sus peores temores se confirman cuando sus soldados arrastran un cadáver desde uno de los caballos y lo destapan.

—Cátaro —dice Hannón en voz baja.

Pero esto no puede ser. Vuelve a mirar al asiático, que hace un gesto afirmativo.

—Mara —susurra entonces, al darse cuenta de que el sangrante desgraciado que tiene a los pies es su hija.

¡Su pequeña! Un ojo está cerrado de la hinchazón. Tiene la boca desgarrada e hinchada, el cabello hecho una pena, una abultada y carnosa magulladura en la mejilla, del tamaño de una naranja.

No está bien que sus hombres lo vean llorar. Se lleva la mano a la espada. ¿A quién mataría para dar rienda suelta a esta furia?

—Alejandro —dice.

Se inclina a coger a Mara y, al tiempo que llama a gritos a su médico, la mete en brazos en la tienda. A Gajendra le permiten ir detrás. Alguien le pasa un odre de agua. Bebe con ansia, agradecido, y cae de rodillas de puro agotamiento.

Capítulo 52

Hannón es un hombre corpulento que, en este primer momento al menos, logra parecer muy pequeño y muy pálido. El inesperado reencuentro con su hija lo ha afectado. Si fuese un caballo, se diría que lo ha hecho trabajar demasiado un hombre aficionado en exceso a usar la fusta.

Acaba de volver de enterrar a Cátaro. Le encendieron una pira. Ahora el general está agradecidísimo a este indio que ha salvado a su hija, aunque probablemente haya sido a costa de seducirla.

Este año ha irritado los nervios incluso de un hombre paciente.

—Mara dice que he de agradecerte el que haya llegado con bien aquí —le dice.

—Sí.

—Nada de falsa modestia por tu parte, ¿eh?

—Maté a cuatro hombres por Mara. Como no estoy adiestrado para semejante cosa, creo que es algo extraordinario y pienso llevarme todo el mérito. Anoche tuve sueños desagradables. Matar no me resulta fácil. Lo hice por ella.

—¿Cuatro hombres?

—Se confundieron conmigo, ¿sabes?

Hannón se muestra de acuerdo.

—Prometo no hacer lo mismo.

—Tu criado Cátaro era el tipo más valiente que he visto jamás. Espero que le levantes una estatua en alguna parte. Murió intentando matar a Alejandro por ti.

—Ojalá lo hubiera conseguido.

—Bueno, hizo todo lo que pudo. He visto a veteranos con treinta y siete años de servicio con menos cicatrices que tu criado.

Hannón va a la palangana y se echa agua en la cara.

—¿Qué eras con Alejandro?

—Yo era su elefantarca.

—¿Y eso qué es?

—Era el jefe de los elefantes.

—¿Un oficial?

—¿Te sorprende porque soy indio?

—Me sorprende porque eres muy joven.

—Alejandro era más joven que yo cuando logró su primera victoria.

Hannón se acerca.

—¿Puedes decirme cómo derrotar a Alejandro?

—Sí.

Hannón frunce el ceño. No esperaba una respuesta tan rotunda.

—¿Por qué ibas a hacer semejante cosa?

—Si no te enseño a hacerlo, me costará la vida. Alejandro nunca olvida un desaire, y el que lo haya dejado sin su prisionero lo considerará un insulto mortal. Eso, y que le prendí fuego a su campamento.

—¿Fuiste tú?

Por primera vez desde que empezaron a hablar, algo parece divertir a Hannón.

—No lo hice por maldad. Tenía que provocar una distracción.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

—Pregúntale a tu hija.

Decir aquello es una osadía. Por un instante parece que Hannón quisiera apretarle la cabeza dentro del puño hasta estrujársela como una ciruela. En vez de eso decide sonreír.

—Si alguna vez le haces daño, te arrancaré las pelotas de raíz y se las daré de comer a mi caballo.

—No tendrás que hacerlo.

Hannón gruñe. No acaba de estar convencido.

—Tu llegada aquí ha causado mucho debate.

—Me lo imagino.

Hannón se rasca la barba.

—Unos te llaman espía, otros creen que podrías cambiar nuestra suerte.

—¿Esto es todo tu ejército?

—Como sabes, Cartago no es tierra de guerreros. La mayor parte de nuestro ejército eran mercenarios, y los mercenarios, por naturaleza, cuestan dinero. Cartago ya no es sino unas cuantas plazas fuertes y unas cuantas colonias al norte de esta isla. Hasta reclutar un ejército de este tamaño es probable que nos lleve a la bancarrota a todos.

—Bueno, supongo que la cantidad no importa tanto si se utiliza la táctica correcta.

—Antes de que llegais, mis generales preferían que nos replegáramos de nuevo en las montañas, en la seguridad de nuestra barrera de fortalezas.

—Si yo fuera uno de tus generales y reconociera mis deficiencias, haría lo mismo. A Hannón le hace gracia el comentario.

—¿De veras? ¿Ya eres general?

—Estoy casi preparado para serlo —responde Gajendra, con tal sinceridad que Hannón se queda sorprendido—. Ahora que me tienes aquí, tal vez ganes la campaña, si no la batalla.

Hannón se apoya en la mesa.

—¿Dónde has aprendido tanta presunción?

—De Alejandro. Si no estuviera tan seguro de sí mismo, no habría llegado tan

lejos, y en eso, al menos, somos parecidos. Sé lo que él piensa, general. No hay nadie fuera de su círculo más íntimo que lo sepa mejor. Puedo cambiar las cosas aquí.

—Como dices, este ejército no es gran cosa. Tenía uno mucho mayor en Cartago y Alejandro lo diezmó.

—Le hiciste el juego.

—No tengo la menor intención de volver a hacerlo. Vinimos aquí a instancias de Antípatro, que deseaba coger a Alejandro en una trampa. Pero Antípatro se movió antes de que estuviéramos listos. Quería toda la gloria para sí.

—Quizá. Pero es que Alejandro le apretó bastante las clavijas. Si Antípatro no hubiera salido a su encuentro, lo habría acorralado dentro de Siracusa mientras se ocupaba de ti. Entre sus generales se debatió mucho aquello. De todas formas, lo hecho, hecho está. Ya ha llegado la hora de engañar al gran embustero.

—¿Qué es lo que deseas, Gajendra? —le pregunta Hannón, llamándolo por su nombre por primera vez.

—Antes habría respondido esa pregunta con precisión. Ahora me daré por satisfecho si vivo lo suficiente para ver a Alejandro muerto.

—Debes de desear algo más que eso. Todo hombre tiene un precio.

—Podría decirte que quiero que me des a tu hija en matrimonio, que quiero ascender a la nobleza, que quiero una villa, una hacienda, un viñedo. Puedo imaginarme una buena vida, si quiero. Pero, por lo visto, el mañana tiene la costumbre de venir a encontrarnos. Por ahora busco tu gratitud y tu favor, y ya calcularé después qué hacer con eso. Si es que vivo.

—Si es que vivimos todos.

Hannón sonrío. Después de este año de exilio, de desesperación, ahora ve una esperanza. Ve, asimismo, un lugar en la historia si es él quien, por fin, derrota al invencible. El brillo vuelve a sus ojos.

—Bien. Dime cómo puede hacerse.

La despierta el murmullo de los insectos, su padre hablando en susurros fuera. Está acostada en un catre de campaña, vendas de lino le rodean las muñecas y los tobillos, la cara le da punzadas de dolor. Se lleva la mano al rostro pero no parece suyo. Tiene el labio hinchado hasta el doble de su tamaño normal, un ojo cerrado, no soporta ni rozarse la mejilla.

Unas mujeres entran, se deshacen en atenciones con ella. Les dice que se vayan.

Fuera oye que su padre somete a un interrogatorio al médico. ¿Mara sufre dolores? ¿Va a ponerse bien? ¿Tiene huesos rotos? ¿Le han saltado dientes?

El pobre hombre apenas puede responder tantas preguntas.

¿Le has dado láudano? ¿Por qué no? ¿Qué quieres decir con eso de que no quiere tomárselo?

Así que su padre no se ha sosegado, piensa Mara. La puerta de la tienda se abre de golpe y aparece allí, recortado sobre el fondo del volcán. Alarga las manos hacia

ella, con las palmas hacia arriba, como si dijera: perdona, todo esto es culpa mía.

—Creí que no volvería a verte. —Ha perdido peso. Antes era un hombre corpulento. Ahora sólo parece muy alto—. Ya todo va a salir bien. Voy a enviarte a Panormo.

Como si eso arreglara la situación de Mara, la de él. Mara no piensa ir a Panormo ni a ningún otro sitio, y se arma de valor para la pelea. Lo ha echado muchísimo de menos estos últimos meses. Unos pocos momentos en su presencia y le entran ganas de volver corriendo junto a Alejandro y la ejecución.

—¿Quién te ha hecho esto?

—¿Importa?

—El asiático, ¿te ha tratado bien?

—No. Deberías mandar ejecutarlo. Mira lo que me hizo. —Extiende las manos para mostrarle la porquería amarilla que tiene bajo las uñas—. Tengo ampollas. Las uñas sucias. Y *callos*. Todo es culpa suya.

Hannón no entiende que está haciendo un chiste malo. Se queda desconcertado.

Se arrodilla junto a la cama. Por primera vez a Mara le parece viejo. Repara en las canas de su barba, en las arrugas en torno a los ojos.

—Y bien, ¿quién es este Gajendra?

—Alejandro estaba a punto de ejecutarme. Él me salvó la vida.

—¿Por qué? ¿Qué es él para ti?

—Nos hemos hecho íntimos amigos.

—¿Amigos?

Hannón aprieta los labios hasta que se le ponen blancos. Mara se imagina lo que está pensando. Ya es bastante malo que un extranjero haya violado a su hija, ahora tiene que agradecerse.

—El chico afirma ser el elefantarca de Alejandro. Una palabra imponente. El chaval la dice como si fuera el rey de Persia. ¿Qué es semejante cosa? Nunca he oído hablar de eso.

—No es un chico, o por lo menos no creíste que lo fuera cuando sus elefantes derrotaron a tu falange delante de Cartago. Digo yo que no era un chico cuando mató a cuatro hombres para traerme con bien aquí.

—Entonces, ¿no exagera?

—Tal vez parezca joven, pero también lo parece Alejandro. Gajendra es un guerrero, padre, como tú.

Hannón va y viene por la tienda dando zancadas, inquieto. De pronto se arrodilla de nuevo, le toma una mano y se la lleva al corazón. Empieza a llorar. Mara no había visto a su padre llorar nunca y se queda demasiado estupefacta como para hablar. Es como ver a uno de los dioses de mármol del templo bajar del pedestal y empezar a pasearse de acá para allá.

Mara le acaricia el pelo, nota la humedad de sus lágrimas en el brazo. No se imaginaba que sintiera tanto cariño por ella.

Por fin Hannón se pone de pie y se aparta de su lado, avergonzado por semejante despliegue de emociones.

—Hemos entregado a Cátaro a las llamas con todo honor.

—Bien. Era lo menos que se merecía.

—Lo que hiciste fue un acto valeroso y honorable. Traerlo de vuelta. —Se pasa una mano por la cara, dominándose de nuevo—. ¿Fue un buen final?

—Fue rápido.

Hannón asiente con la cabeza.

—Entonces está bien. Sin duda había sufrido bastante, a juzgar por las cicatrices que tenía. Había heridas recientes en los muslos y en el pecho. El hombrecillo era un verdadero mosaico de heridas.

—Todas las recibió en mi nombre y a tu servicio.

—¿Cómo murió?

—Trataba de defenderme. Alejandro lo despachó con su espada.

Hannón baja la cabeza, intentando no imaginárselo de forma demasiado vívida.

—¿Qué había entre vosotros? —le pregunta Mara—. ¿Por qué te era tan fiel?

El padre se sienta, vuelve a levantarse. Parece como si estuviera a punto de contárselo, pero va a la palangana que hay en el rincón de la tienda y, en vez de eso, se echa agua en la cara.

—Algunas cosas es mejor no saberlas —responde por fin.

—A lo mejor eso era verdad antes. Ahora me parece que merezco una respuesta.

—No es fácil de explicar. No estoy seguro de que lo entiendas.

—Ponme a prueba.

Hannón suelta un suspiro y le da la espalda otra vez.

—Tú sabes, desde luego, que tu madre no fue la única mujer que ha habido en mi vida.

—Lo suponía. —Se produce un largo silencio—. ¿Era mi hermano?

—¿Parecía tu hermano?

—Tendido en el suelo podría haber sido el hermano de cualquiera.

—Bien, pues no era el tuyo. Pero su madre fue una de mis queridas. Murió de la misma fiebre que se llevó a tu madre, hace muchos años. Cátaro era su hijo, lo había tenido con otro hombre que la dejó al ver el hijo deforme que le había dado. A ella siempre le preocupó qué sería del hombrecillo si moría, y yo le juré que cuidaría de él. En ese aspecto cumplí mi promesa.

—¿Cuántos años tenía entonces?

—Sólo era un crío.

—Sin embargo yo nunca lo vi.

—Por supuesto que no. Lo crié en otro lugar.

—¿Lo adiestraste también?

—Bueno, mandé que lo adiestraran. A él le pareció muy bien. Tenía instintos de guerrero y, al crecer —o al no crecer—, se convirtió en el candidato perfecto para

hacerse cargo de muchas de esas exigencias del poder que es preciso realizar sin autorización oficial. ¿Quién sospecharía que un hombrecillo de aspecto tan inofensivo fuera mortífero? Me amaba, creo, porque le cumplí lo prometido. Me figuro que me consideraba su padre o algo parecido, lo más parecido que había llegado nunca a conocer.

—Pues correspondió a tu amabilidad.

—Hizo su trabajo y ahora me aseguraré de que tú estés a salvo.

—Eso no puedes hacerlo.

Hannón debía haber sabido que su hija diría esto. Hincha el pecho.

—Encontraré un modo de vencer a Alejandro.

—No pienso ir a Panormo.

—Te lo he ordenado. Asunto concluido.

—Me quedo aquí.

—Eso es imposible.

—Aquí están los dos hombres que amo. Si tú mueres aquí, o si muere Gajendra, ¿qué me queda en Panormo? Necesito estar cerca de los hombres que me importan.

—¿Tanto significa él para ti?

—Significáis los dos.

Hannón parece desinflarse.

—Llevas razón, no puedo vencer a Alejandro. Tiene el mejor ejército del mundo y el doble de efectivos que nosotros. No sé qué hacer. Si nos retiramos, se limitará a perseguirnos a su conveniencia. No podemos escapar... ya estamos en el exilio.

—No debes rendirte —contesta ella—. Pase lo que pase, por muy difíciles que estén las cosas, no te rindas. Nunca se sabe si hay algo justo a la vuelta de la esquina que vuelve a inclinar la balanza a tu favor y te devuelve tu vida.

—¿De verdad lo crees así, Mara? —Hannón se sienta en la cama y la abraza, con suavidad. Después le da un beso en lo alto de la cabeza—. No puedo creer que vuelvas a estar conmigo. Muy bien. Ocurra lo que ocurra, ahora viviremos o moriremos juntos.



Los generales están reunidos alrededor del mapa que han puesto sobre un banco. Clavan la mirada en Gajendra cuando entra. Supone que habría rostros de expresión más cordial en su propia ejecución. Lo lee en sus caras: es demasiado joven, demasiado indocto, demasiado extranjero para que les sea de utilidad.

—¿Quién es éste? —pregunta uno de ellos.

Hannón se apoya en la mesa.

—Es mi consejero.

Gajendra observa a sus antiguos enemigos. Ellos lo observan a él. No se causan muy buena impresión. Aquello parece una reunión de cuervos esperando a que su

presa deje de moverse de un lado a otro para escoger los trozos jugosos que van a cenarse.

Alejandro no habría hecho esto, piensa Gajendra, él no era de los que se apartan y dejan que otros hombres insulten a las personas que están a su cargo. Él me rodearía con el brazo, se plantaría justo delante de ellos, los retaría a ser groseros.

La autoridad de Hannón no está tan segura.

Gajendra estudia el mapa, los preparativos que están previstos. Los generales lo miran con los brazos cruzados. Supone que esperan un plan brillante, como si sólo eso fuera a derrotar a Alejandro. Pero él sabe que, hagan lo que hagan, Alejandro se adaptará.

Gajendra lleva unas piedras en el puño, las suelta y va colocándolas en los puntos estratégicos.

—Aquí está Alejandro, aquí su caballería, aquí su infantería pesada, aquí sus elefantes, así es como se enfrentará a nosotros. Pero contad con que esto cambie casi en cuanto comience la batalla.

Ha agotado prácticamente todo el montón de piedras y todavía no ha dispuesto las posiciones de ellos. Para eso no necesita tantos guijarros, ni mucho menos.

—¿Tantos soldados tiene? —pregunta Hannón.

—Los mercenarios que sobrevivieron a la desbandada de Siracusa se han pasado a sus filas.

—Pues estamos jodidos —dice alguien.

Gajendra hace un gesto afirmativo.

—En una batalla convencional, ya puestos, podríais caer sobre vuestras espadas y ahorrarles el trabajo a los maces.

Unas cuantas risillas. Algunos valoran su franqueza por lo menos.

—Lo primero que debéis hacer es mostrarle que queréis ganar. Porque él piensa hacerlo.

Varios miran a Hannón, y uno pregunta:

—No seguirás queriendo ir contra él sin Antípatro, ¿verdad?

—He enviado mensajeros a Antípatro y a los oligarcas de Siracusa, pidiéndoles que vuelvan al campo y lo ataquen en un movimiento de tenaza coordinado, aliados con nosotros.

—¡Pero si Antípatro está muerto! ¡Mandaron ejecutarlo!

—¡Alejandro ha pactado condiciones con Siracusa!

—Él no sabe que nosotros lo sabemos —responde Hannón—. He ordenado a los mensajeros que deserten, o que finjan desertar. Sin duda Alejandro habrá arreglado que recibamos una misiva de Siracusa, con el sello de Sótrato, accediendo a tomar parte en un ataque conjunto. Alejandro pensará que nos ha engañado. Si cree que puede aplastarnos aquí, eso le ahorrará el coste de una larga campaña en el oeste de la isla.

Les sonrío, frunciendo los labios. La estratagema ha sido idea de Gajendra.

—Hay un par de cosas más que debemos hacer —dice Gajendra, y todas las cabezas se vuelven de nuevo hacia él.

Ahora tienen el ceño fruncido al verse involucrados en algo con lo que no quieren tener nada que ver: una contienda justa.

—Necesitaremos que alguien ocupe el lugar de Hannón en el campo de batalla. Un señuelo.

—¿Que ocupe mi lugar? —pregunta Hannón.

De eso no se había hablado.

—Ese hombre ha de vestir tu armadura, cabalgar con tu estandarte y ocupar tu puesto tras la línea, como hace la mayoría de los generales.

—¿Por qué? —pregunta alguien.

—Es un cebo para hacer caer a Alejandro en una trampa. Lo último: necesitaremos cerdos.

Todos clavan la mirada en él con un gesto de absoluta incredulidad.

—¿Cerdos?

—Todos los que consigáis.

Se produce un pasmado silencio. El viento azota la tienda.

Ni siquiera los maces mostraron nunca tanta animadversión por un indio corriente. De repente empiezan a darle a Hannón su opinión sobre él y sobre sus proyectos a voz en grito. ¿Cómo van a fiarse de este chico? Probablemente se haya pasado los dos últimos años dejándose dar por el culo por el Rey de Macedonia, y eso es lo más cerca que ha estado nunca del sanctasanctorum de Alejandro.

¡Y además nadie puede luchar contra los elefantes! Todo el mundo lo sabe. Hasta Alejandro estuvo a punto de perder una batalla contra ellos en la India. Atravesaron nuestra infantería en Cartago y ahuyentaron a la caballería de Antípatro hace sólo una semana.

¡Y cree que podemos derrotarlos con unos cuantos cerdos!

No hay que fiarse de los asiáticos. Venderían a sus propias madres si sacaran beneficios de ello. ¡Mi peso en oro a que es un espía!

Los generales se amontonan y vociferan compitiendo por hacerse callar unos a otros. Si ésta es la talla de los hombres de los que Hannón se rodea, no es de extrañar que les ganaran tan fácilmente en Cartago. Le gustaría recordárselo a todos, pero piensa que no es prudente hacerlo. Guarda silencio y espera.

Hannón deja que se queden roncós de tanto gritar y, cuando se han agotado, levanta la mano pidiendo silencio. Pero uno de ellos aún ha de tener la última palabra.

—¿Por qué estamos escuchándolo? ¡Es el espía de Alejandro!

Hannón hace que Alejandro parezca un histérico. Mantiene los brazos cruzados y el rostro inmóvil. Nada revela lo que está pensando. Echa rápidas ojeadas a los presentes. A Gajendra le recuerda a un halcón, con esos enigmáticos ojos negros. Son lo único de su cara que se mueve.

Hannón le hace una señal con la cabeza, le da permiso para hablar de nuevo.

—Si vuelves corriendo a Panormo —le dice Gajendra, haciendo caso omiso del resto de aquella chusma—, tú sabes lo que sucederá. No se olvidará de vosotros. Regresará cuando le convenga con un ejército mejor, derribará las murallas de vuestras fortalezas, crucificará a todo el que sobreviva y se llevará a vuestras mujeres y a vuestros hijos como esclavos. Tú lo sabes.

—Ya tiene un ejército mejor —responde otro oficial.

—¿Por qué no nos esperó Antípatro?

¿Por qué siguen hablando de Antípatro?, se pregunta Gajendra. ¿Acaso no está muerto Antípatro, como ellos mismos reconocían? Gajendra, el elefantero, está perdiendo la paciencia con los altos y los poderosos. Qué gente tan estúpida son.

—Lo que Antípatro hiciera o no hiciera ya no es asunto nuestro. Lo único que tenemos son nuestras actuales circunstancias. Y si huis de él ahora, no conseguís nada. Aquí tenéis una ventaja. Podéis elegir las condiciones de la batalla.

—Nadie puede vencer a Alejandro —interviene otro intrépido desde la parte de atrás del ignominioso corrillo.

Gajendra no los mira. Él mira a Hannón.

—Yo sí —dice.

—¿Con cerdos?

—Sí, con cerdos. Los desplegaremos aquí. Harán falta soldados que los pastoreen. Tenemos que dirigirlos hacia el lugar apropiado.

—No se puede derrotar a Alejandro con cerdos.

—No, vais a derrotarlo en combate singular, por la gracia de los dioses. Lo único que harán los cerdos será desestabilizar sus planes iniciales.

—No lo entiendo —comenta otro ilustre personaje. Al menos es sincero en eso.

—Tenemos que hacer algo con los elefantes. Vuestros hombres no podrán enfrentarse a ellos, carecen del adiestramiento y la disciplina necesarios, y vuestros caballos saldrán de estampida. Así que meteremos a los cerdos entre los elefantes para dispersarlos. A los elefantes los aterrorizan los cerdos. Eso tendrá una doble utilidad. En primer lugar dejará a Alejandro sin una de sus mayores armas, y en segundo lugar lo obligará a aprovechar la oportunidad de avanzar que le presentaremos. Entablaremos esta batalla con *nuestras* condiciones y no con las suyas. Cuando los elefantes den media vuelta, eso provocará el pánico, y hemos de dar la impresión de que ésta es nuestra estrategia principal. Daremos indicaciones falsas, jugaremos al despiste. Rompemos nuestra línea, lo atraemos, y ésta, buenos varones de Cartago, será la mejor posibilidad que tendremos de librar al mundo de Alejandro.

—¿Y si los elefantes no corren?

—Correrán.

—Pero ¿por qué iba una bestia tan gigantesca a tenerle miedo a un cerdo?

—¿Por qué a algunos hombres les dan miedo las arañas? ¿Importa eso? Les dan miedo y ya está. Es una táctica que nunca se ha empleado contra ellos. Por eso

funcionará.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo era el general de sus elefantes.

Y estas palabras por fin los hacen callar.

Capítulo 53

Qué distinta parece. Lleva puesta una diáfana túnica larga y tiene damas que la atienden, mientras que sus guardias se mantienen a una respetuosa distancia. Lleva brazaletes en las muñecas y un aro de oro al cuello. Lleva puesta una peluca, con tirabuzones rubios. Sigue estando flaca, aunque un poco más redondeada al menos, y huele a pachulí en lugar de a elefante.

Los moratones de su rostro van curando, aunque tardará un tiempo en estar tan bonita como cuando no era más que un galopín de estiércol. A pesar de todo, la transformación es sorprendente.

—¡Ahí estás!

Mara da permiso a su séquito, que la espera a la puerta del templo, para que se retire. Le coge la mano con la familiaridad de una esposa y se lo lleva adonde nadie los oiga.

—Esta mañana mi padre no podía sentarse a la mesa sin que algún oficial entrara hecho una furia para condenarte por charlatán. Los oía gritar aunque mi tienda está a unos centenares de pasos de la suya. ¿Qué has hecho ahora?

—Les he dado unos cuantos consejos sobre tácticas militares. Sus expertos en combate le dicen que huya a esconderse. No les gusta que yo les haya dicho que hasta podrían ganar una batalla. Sus conocimientos bélicos no van más allá de la retirada táctica.

—Bueno, cuando Alejandro es el general contrario, todos los hombres vacilan.

Han encontrado un templo abandonado. Las hojas susurran por el mármol y entre las grietas crecen los hierbajos.

—¡Qué guapa estás! —exclama Gajendra. Finge examinarle las uñas por si tienen boñiga de elefante—. Esto está mejor. Se acabó el vendarse los pechos, según veo. ¿Y qué es esta túnica? ¿Intentas seducirme?

—Podrías ser mi esclavo, ¿sabes? Una palabra al oído de mi padre y confirmo las peores sospechas de sus oficiales sobre ti. Necesito un chico que me prepare el baño.

—Éste se metería dentro contigo.

Los dedos de Mara le acarician la mejilla. Cruzan una mirada.

—¿De veras puede vencer el elefantero al dios de la guerra?

Las sombras de las nubes suben veloces la colina hacia ellos. Son rápidas como comandos de ataque montados. La lluvia estalla con inesperada fuerza en las losas de mármol como un aluvión de piedras. Cruzan corriendo el patio delantero del templo hasta el tabernáculo para cobijarse mientras la tormenta corre valle arriba. La

vaporosa túnica se ciñe al cuerpo de Mara. Gajendra mira más allá de las puertas, donde los soldados y las damas se han refugiado bajo los árboles.

Tira de ella hacia dentro. El todopoderoso Zeus ni se inmuta, tumbado en el suelo de su tabernáculo, roto, con un brazo extendido.

Las ratas corren tras los altares y el patio está sembrado de escombros.

—Dicen que su padre no era Filippo, sino Antípatro —dice Gajendra—. Tendrías que quedarte sorprendida.

—Yo nunca lo he venerado como tú.

—¿Venerarlo? ¿Eso es lo que hacía yo?

—Si yo fuera un dios y quisiera acabar con un hombre, ¿sabes lo que haría? Mandaría que todos los demás se inclinaran ante él.

—Nearco me contó que Alejandro estaba tras la conjura para matar a su padre. Habían discutido y Filippo dio a entender que lo repudiaría. Se casó con otra mujer y tuvo un hijo con ella, y luego le dijo a Alejandro que el niño sería el siguiente rey. Como indirecta no parece gran cosa, ¿verdad? Alejandro decía que su padre auténtico era Zeus, pero casi todos pensaban que era Antípatro. Tanto si tu esposa te engaña con un dios como con otro hombre, me figuro que sigue siendo un engaño.

Pero a Mara ya ha dejado de interesarle la historia de Alejandro. Franquea el umbral y mira a su alrededor.

—¿Qué le ha pasado a este templo?

—Le cayó un rayo, o eso dicen. La gente de aquí lo tomó como una señal y se largó. Es su símbolo, ¿sabes?, el rayo. En esta región Zeus es el dios del trueno.

En ese preciso instante un luminoso destello que tiembla por las lejanas montañas ilumina desde atrás el tabernáculo.

Es una luz verdosa. Mara se pone de puntillas y, en un susurro, pregunta:

—¿Cuándo te diste cuenta de que yo no era un muchacho?

—Era imposible saberlo. Había poquísimos indicios. Cuando lo descubrí, fue toda una desilusión.

Intenta besarla y ella le muerde el labio. Gajendra se aparta, riendo.

—Cuando todo esto acabe, volverás a mí, ¿verdad, elefantero?

Él le desliza una mano dentro de la túnica. Ella contiene la respiración y retrocede para apoyarse en la pared.

—Si concibo aquí, diré que el padre es Zeus.

—Que se quede él con la culpa siempre que yo me quede con el placer.

Los pechos que antes Mara procuraba mantener ocultos ahora empujan hacia delante, invitando a la caricia.

—Oye —dice ella—, un día así el mundo entero está mojado. ¿Dónde encontrar un sitio seco?

Gajendra inclina la cabeza y se asoma. Desde aquí, por encima del hombro de Mara, ve el patio delantero. Los sirvientes siguen apiñados bajo los árboles de fuera. Mientras llueva así, nadie los verá.

—Más vale que te des prisa, elefantero —susurra Mara—. Este aguacero no durará siempre.

A Gajendra le llega el olor a lluvia recién caída. La piel de Mara brilla a la luz de la tormenta. Tiene un hombro descubierto, y lo besa.

—Basta. Nada de ternura hasta que hayas derrotado a Alejandro. No lo soportaría. Prométeme que vencerás.

—Eso depende de los dioses, Mara.

—No pienso perder hasta la última cosa que he amado.

Gajendra empuja hacia dentro con las caderas y ella abre mucho los ojos. Luego le pone los dedos en los labios para calmarlo.

—¿Tienes miedo?

—Claro que sí.

—No parece tener miedo. Estás muy tranquilo.

—Los hombres tienen miedo a distintas cosas. A algunos les da miedo el dolor, a otros las heridas que desfiguran. Otros le tienen miedo a la muerte.

—¿Y tú?

—Yo tengo miedo de no parecer valiente delante de otros hombres. Temo a mi propia cobardía.

Mara le acaricia el pelo.

—A mí me da miedo que tú no vuelvas.

—Te traeré su pierna para que te hagas un escabel.

—Nada de trofeos. Vuelve a mí, Gaji, nada más. A mí no me importa que no seas valiente. Tú regresa. Por lo visto me he encariñado un poco contigo.

Capítulo 54

Hannón se le acerca a caballo. Lleva el casco bajo el brazo. Se ha puesto una coraza lisa, nada que lo distinga de cualquier otro oficial de caballería. Es Gajendra quien tiene el casco empenachado, el manto rojo, el árabe pisador con arcos de plata. Otro sueño que cumple, aunque no como se lo imaginaba en su día.

Todo el campo de batalla se mueve. El ambiente está cargado. Si el miedo se condensara en el aire, no se podría respirar. Se ve en los ojos de los soldados, incluso de los caballos. A un soldado se le cae el arma, un caballo se alza sobre las patas traseras, un hombre mea sin moverse del sitio.

Todos piensan lo mismo: es contra Alejandro contra quien luchamos. Estamos condenados al fracaso.

Los soldados de infantería clavan el extremo inferior de las picas en el suelo y ponen una rodilla en tierra, con los escudos de bronce y roble colgados delante del pecho. Los muchachos entran y salen corriendo de las líneas con zaques de vino. Junto a los hoplitas están los iberos con sus tachonados escudos de madera y sus jabalinas. En cuanto a coraza, cuentan con poco, sólo unos borregués y un manto de lana. No va a serles de mucha ayuda si tienen que habérselas con las sarissas de los macedonios.

—Esto es una locura —dice uno de los generales de Hannón.

No piensan olvidarse del asunto, estos hombres. Demasiado tarde para que nadie cambie de opinión, y todavía se quejan de ello.

—Id a vuestros puestos —les dice Hannón, que no admite más discusión. Mira a Gajendra—. ¿Crees que funcionará?

—Eso depende de los dioses. No podemos ganar la batalla, ¿entiendes eso? Esta jornada sólo tiene un propósito.

—Lo sé.

Otra tormenta se acerca desde el mar. Gajendra siente que el suelo tiembla con el siguiente retumbo del trueno. Imagina lo que pensará de ello Alejandro.

¿Puede haber más oscuridad? Centenares de hombres de Hannón han desertado durante la noche, aunque no tantos como él había supuesto. A veces los mercenarios son más leales que los reclutas. Tienen una especie de orgullo profesional, mientras que los reclutas piensan en la oportunidad óptima.

Alejandro ha formado a su ejército en la llanura de abajo. Gajendra ve las puntas de lanza relucir un momento cuando el sol aparece por alguna contada abertura de las nubes. La hierba, de un verde esmeralda, resplandece empapada por la lluvia. Está

bonita. Pronto no lo estará.

Hannón acerca el caballo hasta ponerse a su lado.

—Quiero darte las gracias, Gajendra.

—¿Por qué?

—Por traer de vuelta con bien a mi hija. Me ha contado todo lo que hiciste para ayudarla. Siempre estaré en deuda contigo.

Gajendra sonrío.

—Tal vez te arrepientas de decir eso si alguna vez te demando el pago.

—Bueno, me parece que hoy mis acreedores han de estar más preocupados que mis deudores. Adiós, Gajendra.

—¿No deberías decir hasta después de la batalla?

—Lo más probable es que uno de nosotros, o los dos, acabe muerto. ¿No crees? No nos pongamos a animarnos. Sabemos lo que es preciso hacer.

—¿Y tus mensajeros?

—Han hecho su trabajo. Alejandro los mandó azotar por su deslealtad y luego les pagó con cinco monedas de oro y una garantía de clemencia para que volvieran aquí y me contaran que los oligarcas de Siracusa habían aceptado mis condiciones.

Los porteadores de estandartes y el cuerpo de señales se apiñan alrededor. Hannón se pone el casco, liso, de bronce, con barberas parecidas a una barba. Todos sus oficiales lo llevan.

—No conseguirás ningún mérito después. La Historia sólo se acuerda de los generales, aunque vayan disfrazados.

—Oh, creo que la Historia se acordará de mí de algún modo si esto nos es favorable hoy —responde Gajendra, y deja ver una amplia sonrisa.

—Ten cuidado, hijo. Mi hija parece tenerte cierto aprecio.

Hannón se aleja. Rodeado y agobiado de guardaespaldas y mensajeros por todas partes, Gajendra jamás se ha sentido tan solo.

Capítulo 55

Alejandro se ha presentado como Gajendra pensó que haría. Los elefantes —sus elefantes— están en el centro, con los aguijones en medio de ellos, la falange en la retaguardia. La caballería está en los flancos, en oblicuo, por supuesto, aunque no estática. Alejandro nunca mostrará al enemigo una línea estática. Ya avanza, su caballería ligera se cruza hacia la derecha, debilitando más el otro flanco e invitando a atacar.

Ocultos en algún lugar de las colinas habrá infantería ligera, agrianos, iberos. Habrá una o dos trampas guardadas.

Ahí está, un destello de oro. Alejandro, con su magnífica coraza, baja por la línea, seguido de los portadores de banderas y sus oficiales a caballo, y pasa revista a las líneas, lisonjeando, dando ánimos. Estará en la gloria. Gajendra nunca lo ha visto de mal humor antes de una batalla. Sin la guerra, Alejandro no existiría. Su único temor, le dijo una vez Nearco a Gajendra, era llegar al fin del mundo y que todos se le hubieran rendido.

Ocurra lo que ocurra hoy, Gajendra lo echará de menos. Aunque era como estar demasiado cerca del sol: o te achicharras o te congelas.

«Atacad siempre», les dijo en cierta ocasión Alejandro a sus generales, cuando estaban reunidos en torno a su mesa antes de que derrotaran a Antípatro. «El ataque hace a los hombres audaces, la defensa los hace timoratos. Atacad siempre, incluso cuando os superen en número y tácticamente. Siempre».

Así que ahora yo te muestro mi defensa, Alejandro, pero es un amago, una maniobra falsa. ¿Ves lo bien que he aprendido?

¿Sabe que estoy aquí? Lo sospechará. Pero sigue creyéndome un elefantero. Si yo fuera Pérdicas o Ptolomeo, sería más prudente, pero sólo soy un asiático, un inferior, y me subestimaré.

Cree que nos mantenemos en el valle esperando a Antípatro. Cree que confiamos en que los abrojos que hemos desperdigado delante de nuestra infantería debiliten su ataque. Cree que nos hipnotizará con los elefantes.

Las sombras de las nubes pasan deprisa por la hierba. Otra hora y la tormenta se les echará encima. Estarán librando esta batalla en el barro. A Coloso le gustará. Aunque eso también disminuirá la velocidad de la caballería de Alejandro. Vaya, en este caso el dios del trueno tal vez no sea un presagio tan bueno para sus propósitos.

Gajendra concentra su mente en los dioses: aplazad la lluvia sólo un poco más. Dejad que él venga corriendo hasta nuestro centro. Nosotros lo abrazaremos, lo

envolveremos. Traed vuestra daga y vuestro empuje aquí, mi rey. Moriremos juntos.

Amagamos, provocamos.

¿Cómo los provocará él hoy? El amago de Gajendra había sido hacer creer a Alejandro que Hannón no sospechaba de Siracusa, que no estaba al tanto de ningún acuerdo secreto entre los oligarcas y Alejandro. Alejandro pensaba que Hannón no espera enfrentarse a su ejército entero.

Los provocará primero con su maniobra en oblicuo. Aquí está, llevando en masa a su caballería hacia la derecha, invitándolos a atacar su flanco izquierdo. Gajendra no lo había visto nunca, al estar con él, y se da cuenta del blanco tan tentador que resulta.

Todo el campo de batalla está en movimiento ya. Los elefantes se acercan, la clave es el ruido. La infantería lo notará en los pies, oirán los gritos de combate y la sincronía de la marcha, y sentirán la vibración hasta dentro de los huesos. Gajendra lo percibe incluso a través del caballo. Son un espectáculo aterrador, estos macedonios. Han hecho instrucción hasta el punto de que podrían librar esta batalla dormidos.

Gajendra distingue a Coloso en cabeza de la línea de batalla. Sonríe al pensar en él. ¡Mira lo orgulloso que está de ir por delante! Lleva la cabeza alta, sus enormes patas delanteras bajan y hacen temblar la tierra. Parece duplicar su tamaño a cada zancada. Lanza un último chillido de advertencia, enrosca la trompa entre los colmillos y luego continúa en silencio.

Gajendra debe salir airoso hoy sin hacerles daño a sus elefantes. Procurará que no les pase nada a sus chicos, a ninguno de ellos.

Alejandro dijo una vez: *Con cada uno de nuestros golpes debemos preguntarnos cómo responderá nuestro enemigo. Todas nuestras tácticas procurarán provocar una penetración en su línea.*

Aquí reside la respuesta. Gajendra no ha de pensar en lo que Alejandro hace ahora o en lo que hará después. Se trata de lo que hará dentro de una hora, dentro de dos, cuando el campo de batalla tenga un aspecto muy distinto. Ha de pensar con muchos movimientos de antelación. Ésa fue la lección del maestro. La jornada de hoy demostrará si el alumno es bueno.

Se precipitan sobre ellos como una ola. No es la falange de los Escudos de Plata, ni la caballería, ni los elefantes. Son los vendedores y las prostitutas que siguen al ejército los que salen en tropel a millares. Un grito ahogado recorre las apretadas filas de los hoplitas tras las estacadas. ¿Qué están haciendo?

Nadie le pregunta a Gajendra qué ocurre, pero si lo hicieran, él se lo diría. Quizá sea el único a este lado de las líneas que se espera aquello. Se lo espera porque Alejandro le ha contado que esto es lo que haría si alguna vez se presentaba esta situación.

Tras la batalla de Cartago, Gajendra le había hecho precisamente esa pregunta:

—¿Y si, en lugar de afiladas estacas de madera, hubieran sembrado el frente con esas bolas metálicas de pinchos, esos abrojos, para obstaculizar la marcha de nuestros elefantes?

—Respondería con la codicia —le contestó Alejandro.

—¿Con la codicia?

—Enviaría un hombre a la retaguardia, donde están las rameras, los cocineros, los carpinteros y los parásitos, y les ofrecería una moneda de plata por cada abrojo que le llevaran en mano a mi intendente.

—¡Nadie arriesga la vida por unas cuantas monedas!

Alejandro se rió al oírlo.

—Mira que eres joven. Resulta casi conmovedor lo inocente que eres.

Había esbozado una sonrisa. Tenía la boca fea. A Gajendra siempre lo sorprendía lo fea que era su sonrisa, cuando el resto era tan hermoso.

Hannón observa lo que sucede desde una colina situada por encima del templo de Zeus, allá lejos en la retaguardia. Gajendra manda a un correo para que retroceda a pedir órdenes. La reacción, por lo tanto, es demasiado lenta para ser eficaz. Cuando mandan a los arqueros que se ocupen de aquellas fuerzas no regulares, la mitad del campo ha quedado despejada.

Lo sorprende lo valientes que son las rameras y los cocineros. Incluso cuando se clavan las primeras flechas y quienes tienen al lado empiezan a caer, siguen allí, recogiendo montones de aquellas pelotas con pinchos metálicos, bien en sacos o en los brazos. Unos cuantos huyen. Tras la segunda oleada huyen muchos más. Pero incluso entonces algunos se quedan, y un puñado de los que se habían dado a la fuga cambia de opinión y regresa a coger tan sólo una más.

Únicamente después de la cuarta andanada, cuando alrededor de un centenar de furcias y barberos yace entre temblores en la hierba, el campo vuelve a estar vacío. Para entonces casi todos los abrojos han desaparecido. Si los elefantes avanzan ahora, no hay prácticamente nada entre ellos y la estacada.

Durante un rato el silencio se impone. Los truenos reverberan en los puertos de montaña. El viento azota la ropa de los muertos y de los heridos que yacen delante de la empalizada de madera.

Gajendra admira el magnífico aspecto que presentan sus elefantes. Coloso es digno de su nombre: es inmenso. Gajendra nunca había estado con la infantería frente a un escuadrón de elefantes, y ahora comprende por qué los soldados están tan aterrados.

Se figura a Ravi sobre las paletillas de Coloso. Algo se revuelve en su interior. Debería ser yo el de allá arriba.

Ravi empieza a llevarlos hacia delante. ¿Lo ha nombrado Alejandro nuevo elefantarca? Toda la línea se mueve, disciplinada, en oblicuo. Gajendra ve que los aguijones corren entre ellos, ágiles y de piel morena. Siente una oleada de orgullo.

Los ha adiestrado bien.

El viento le lleva el olor de los animales. Allá en los flancos los caballos también perciben su olor y se agitan, nerviosos, sin moverse del sitio.

Gajendra confía en que Hannón recuerde todo lo que le ha dicho y no se aparte del plan. Tiene unos oportunistas cobardes en su Estado Mayor. Gajendra supone que si al ejército lo escoge un Consejo, has de trabajar con lo que tienes. Pero si Hannón deja que se entrometan, aquello será una sangrienta desbandada y ninguno de ellos saldrá de ésta con vida.

La hueste se les echa encima. Ya han trabado combate y nada los salvará si no son las estratagemas de Gajendra. Unas estratagemas que, a medida que se acerca el momento, parecen cada vez más endebles; incluso se lo parecen a él.

Hay movimiento en las filas delanteras. Los hombres cruzan corriendo las líneas con antorchas encendidas y con lanzas. A Alejandro no le gustará esto. Va a enfrentarse a lo inesperado en el campo de batalla. Y él prefiere tomar la iniciativa.

Aquí llegan los cerdos. Traen centenares de ellos con cadenas, al trote. Cruzan corriendo la falange, y sólo los sueltan cuando están más allá de las estacadas. Los aguijan con las lanzas y con las antorchas para hacerlos correr. Salen por el campo hacia los elefantes. A algunos los han embreado y les han prendido fuego para que corran más rápido. Eso no lo había ordenado Gajendra. No le pareció necesario.

Durante unos instantes no pasa nada. Los cerdos corren, ambos ejércitos observan. Algunos cochinos dan vueltas, otros se vuelven por donde venían, confusos. Pero ése es el motivo de que Gajendra especificara que debía haber tantos. Sólo necesita que parte de ellos vayan a toda velocidad directos hacia los elefantes para que sean eficaces. Y eso es lo que ocurre.

Y se desata el caos.

El barritar de los elefantes es ensordecedor. Alzan las trompas y chillan, aterrorizados, y la línea de Alejandro se desmorona y se rompe por el centro. Los elefantes reculan al principio, a pesar de los desesperados esfuerzos de los *mahavats* por mantenerlos a raya, luego dan media vuelta y cruzan a toda velocidad sus propias líneas, aplastándolo todo a su paso. Los *howdahs* caen y quedan despachurrados bajo las patas de los colmilludos que corren detrás. La infantería se dispersa.

Gajendra oye los gritos de los hombres en el viento.

Le dan pena los *mahavats*. Cuando un elefante pierde el juicio no hay nada que hacer. Se conseguiría más ordenándole a la marea que retroceda, o mandándole a una avalancha que se detenga en seco en la ladera de una montaña. Los animales dejan tras ellos un rastro de caballos desbocados, infantes pisoteados y banderas hechas trizas.

Cartago lanza vivas de entusiasmo. Presienten la victoria.

Lo que sucede a continuación es algo completamente previsible. Justo cuando los

hoplitas dan su grito de combate y pasan a toda velocidad por las estacadas, Gajendra piensa por adelantado en la maniobra que seguirá a la próxima. Un general de menor valía que Alejandro sería presa del pánico. En vez de eso, Alejandro estará poniéndose rápidamente el casco y planteándose cómo sacar ventaja de este revés.

Toda la línea está en movimiento ya, la infantería corre por el terreno abierto hacia el hueco irregular que han abierto los elefantes al irse. La desbandada de los colmilludos ha dejado una gran brecha en la línea, y tirados en el suelo por todas partes hay montones de ensangrentados harapos que antes eran hombres.

Los cuadros de la falange se han dispersado. Si fueran griegos o persas tal vez hubieran dejado caer las armas y hubieran huido, y aquello habría degenerado en una carnicería. Pero estos hombres son los Escudos de Plata de Alejandro, veteranos de Issos, Gaugamela y el río Hidaspes, llenos de costurones; algunos tienen cincuenta o sesenta años y lo han visto todo. Rápidamente, vuelven a formar. Para cuando lleguen los hoplitas, los encontrarán sin escarmentar por este contratiempo y listos para matar.

El caballo se mueve, nervioso, debajo de él. Si fuera Coloso, Gajendra sabría tranquilizarlo, pero esta bestia le resulta tan ajena como si montara en un camello. Un caballo debe ser más listo que su jinete, decían los maces, pero no has de dejar que él lo sepa.

Bueno, a éste no hay que decírselo. Ya lo sabe.

Los hoplitas llegan ante la falange de Alejandro y se ven frente a una apretada fila de sarissas de dieciocho pies de largo. No pueden replegarse y tampoco pueden penetrar en las defensas enemigas. A los capitanes de la línea la fácil victoria de hace sólo unos instantes ahora les parece un grave error de apreciación. En lugar de dirigir una aplastante derrota los detienen las puntas de las lanzas macedonias, y además han dejado una abertura detrás, en la línea.

Alejandro manda que Ptolomeo y su caballería pesada entren en liza con los nómadas de la izquierda, y él mismo carga a través de la brecha con su propia caballería. Ya ha visto el estandarte de Hannón, en realidad no buscaba otra cosa.

Gajendra piensa: entre él y yo sólo hay un escuadrón de caballería de la guardia personal. Y como cree que soy Hannón, éste es el momento que esperaba.

Aunque contaba con el ataque de Alejandro, es la rapidez y la ferocidad lo que lo asombran. Lo ha visto hacer esto en Cartago y en Siracusa, pero si estás detrás de él, resulta imposible apreciar lo desmoralizador que resulta ver cómo su caballería pesada se precipita directamente sobre ti.

La escolta sale para enfrentarse con él, pero el impacto de la carga rompe las filas casi al instante. Ve a Alejandro con claridad ya, el empenachado casco, la hermosa coraza dorada. Luchan como las Furias, estos maces. No puede evitar admirarlo, al tiempo que desea verlo muerto.

La caballería de Hannón trata de contenerlos, pero no tarda en quedar claro que

no son suficientes. Llegan los primeros rezagados a todo galope. No hace falta mucho para ganar una batalla. Cuando un ejército da la vuelta es como si apareciese una grieta en el muro de un castillo. Después todo se concentra en ese punto concreto, y, tras meses de asedio, todo acaba en cuestión de horas.

Tan pronto se está en la retaguardia como en primera línea.

Hasta ahora Gajendra ha estado quieto, no quiere retirar el señuelo demasiado pronto. Pero ahora comprende que el señuelo corre peligro de que se lancen sobre él antes de lo que pensaba. Da media vuelta y ordena la retirada. El estandarte y algunos escoltas lo siguen. No sabe qué es de los demás. Se los traga el tumulto.

Ojalá Hannón y sus generales estuvieran aquí, le gustaría gritarles a la cara: *¿Veis?, os dije lo que Alejandro haría.*

Claro que tal vez ellos le respondieran a gritos: *Sí, puedes atraerlo, pero ¿puedes detenerlo? ¿Puede detenerlo alguien?*

Resulta aleccionador ver lo rápido que la caballería pesada diezma a la infantería si no está correctamente ordenada. Estos hoplitas griegos que él tiene no son la falange macedónica, y los celtas y galos, sencillamente, no pueden competir, a pesar de todas sus pieles de oso, sus tatuajes y sus barbas. Gritan y mueren junto con todos los demás.

No pueden competir.

En cuanto a Alejandro, sólo tiene un centro de interés. Ha visto los estandartes de combate de Hannón y quiere enfrentarse a él en persona. Para Alejandro en una batalla no se dirime sólo la victoria, se trata de la gloria personal. Está decidido a que esta vez Hannón no se le escape. Dirige la carga desde delante. Siempre ha dicho que un general no podía ensalzar el valor ante sus hombres si él mismo se quedaba tras las líneas sobre un espléndido caballo y con un criado sosteniendo una sombrilla. No es que haya sentido nunca la tentación de ser esa clase de rey.

Gajendra se queda espantado al ver aquella armadura dorada tan cerca, tan pronto. El petral del caballo de Alejandro tiene varios boquetes, y al animal le falta un trozo de los cuartos traseros que sería un filete lo bastante grande para tres hombres. Lleva el pecho y las patas delanteras duros, apelmazados por la sangre. Sin embargo sigue avanzando, enloquecido por el dolor y por la furia, y Alejandro no parece menos loco que él.

Gajendra encabeza la retirada, con los desordenados restos de la guardia personal de Hannón a la zaga. Ve el templo que está arriba en la loma, y por un instante la trémula luz del sol brilla en la armadura de un soldado situado en algún lugar de la cresta que queda por encima. Espera que Alejandro no lo vea también.

—¡Hannón!

Sube con gran estruendo al collado de la cima que queda bajo las ruinas del templo, oye que Alejandro lo llama. Hace dar la vuelta al caballo para quedar de cara a él. La batalla ya ha degenerado en un montón de combates singulares, pero es éste

el que conseguirá el triunfo. Gajendra tira la jabalina, que golpea el escudo de Alejandro y sale despedida sin causar daños. Alejandro responde con la suya. Da en el peto de Gajendra y se parte, pero el impacto basta para dejarlo sin aliento y hacerlo caer del caballo. Queda bocarriba en la hierba.

Se pone en pie con dificultad, mientras se pregunta por qué Hannón no está aquí para ayudarlo. Saca la espada y busca a Alejandro. Alejandro se lanza contra él, pero no emplea la espada, lo aporrea con el escudo hasta que Gajendra se cae de nuevo.

Sabe que no está a la altura, pero lo defrauda no hacer mejor papel. Claro que no cree que haya muchos intrépidos que puedan jactarse de haber salido victoriosos tras combatir con este demonio.

Alejandro no lo despacha enseguida. En vez de eso se inclina a arrancarle el casco, pues se muestra clemente con cualquier hombre que se lo pida, si ha luchado con valor.

Es la única vez que Gajendra ve a Alejandro desconcertado.

—¿Elefantero? —dice.

Capítulo 56

El momento de confusión de Alejandro brinda a Gajendra una momentánea tregua para darse la vuelta y vomitar. Es la primera vez que ha combatido desde el lomo de un caballo. Estos maces hacen que parezca muy fácil. Está aturdido, agotado. Escupe sangre. ¿De dónde sale? Caerse de un caballo con la coraza completa es una experiencia iniciática.

Llega Ptolomeo y se inclina en la silla de montar con parecido gesto de perplejidad.

—¿Qué hace éste aquí?

Gajendra intenta apartarse a rastras. Alejandro le pone el pie sobre el cuello para detenerlo.

Le parece que pretende ahogarlo, pero no. Alejandro sólo está dándose permiso para pensar, para atar todos los cabos de lo que está ocurriendo. Ahora Gajendra sabe que debe faltar a la promesa que le hizo a Mara. Va a morir y no se puede hacer nada. Piensa en lo resentida que se quedará. Por algún motivo que sólo ella conoce, lo ama, y, como ella misma dijo, todo lo que ama acaba muriéndose.

Aunque cuando muera se alegrará de salir de esta coraza. Está demasiado cansado para seguir luchando. La caída del caballo le ha machacado el espíritu. Le duele todo.

Alza la mirada hacia la loma y desea con todas sus fuerzas que Hannón haga su entrada ya. El consejo que le dio fue aguardar hasta que Alejandro estuviera confiado del todo. ¿Cuánto más ha de confiarse un hombre que ha desmontado del caballo y está rascándose la cabeza, desconcertado, junto a los estandartes de combate de su enemigo?

—¿Qué has hecho, elefantero?

—No lo he hecho sólo por mí, lo he hecho por Nearco.

—¿Por Nearco?

—Él me advirtió. Tenía que haberle hecho caso. Él tenía que haber hecho caso de sí mismo.

—Por el negro aliento del infierno, ¿de qué está hablando? —grita Ptolomeo—. Mávalo, Alejandro, y vámonos de aquí. ¡No es momento de bajarse del caballo a regañar a este lunático!

Alejandro vuelve a darle una patada a Gajendra. Le ve sentido a lo que Ptolomeo ha dicho. Alza la espada.

—Bien, elefantero, quieres arreglar cuentas con los dioses, y vas a arreglarlas.

En ese preciso instante oye gritos que llegan desde la cumbre de arriba y levanta

la mirada. Ve que Hannón y su caballería bajan en tropel la cuesta. Eso le proporciona a Gajendra un momento para apartarse con dificultad hasta ponerse fuera de su alcance. Alejandro parece levemente irritado por este giro de los acontecimientos. Señala con la espada a Gajendra.

—Enseguida ajusto las cuentas contigo.

Recoge una jabalina del suelo y se la arroja al primer jinete de la caballería de Hannón. El arma le da en el peto y rebota, pero la puntería es tan perfecta que derriba al hombre del caballo y lo hace caer al suelo.

Gajendra menea la cabeza, asombrado. Aquel hombre no es humano. Tal vez sea un dios después de todo. ¿Nunca falla un tiro?

Sin alterar el paso, Alejandro vuelve a montar de un salto, y él y Ptolomeo van a hacer saltar la trampa.

Las dos filas de caballos chocan. El entusiasmo de Alejandro por la contienda no ha disminuido. Uno de los oficiales de Hannón hace dar la vuelta a su caballo y lo ataca desde detrás. Vira con violencia y el golpe de su espada está a punto de aplastar el casco de Alejandro. Éste se hunde en la silla, pero se sobrepone. Ya Pérdicas está allí y su lanza desmonta al atacante.

Alejandro sacude la cabeza como un perro mojado. Su cabeza debe de ser de hueso macizo. Es cierto, pues. No se puede matar a este hombre.

El cuerpo de Gajendra está atormentado por el dolor, pero concentra su fuerza de voluntad en ponerse de pie y prepararse para el segundo enfrentamiento con Alejandro. Sólo uno de nosotros saldrá andando de este campo de batalla hoy, y le he prometido a Mara que seré yo. Tambaleándose, se levanta y busca su espada, cualquier espada.

La lluvia cae de pronto, cegándolo. Mientras los relámpagos trazan arcos en el cielo, ve que los hombres de Hannón se retiran y que Alejandro todavía está en la silla. Su plan ha funcionado, pero Alejandro, el dios, es más grande que su plan. Zeus ha hablado. El presagio era cierto después de todo.

Gajendra está de pie, pero se balancea. Le cuesta respirar y ve borroso. Pero ha encontrado una espada y una rodela, y de nuevo ha puesto una rodilla en tierra para cobrar fuerzas. Cuando Alejandro se acerca, se endereza y se pone en pie.

El que lo haga parece irritar al gran rey. Éste da un fuerte mandoble en la rodela de Gajendra y de nuevo hace que se arrodille.

—Te traté como a mi propio hijo. Te habría dado el mundo si lo hubieras querido. ¡Lo único que te pedía era lealtad!

Gajendra trata de levantarse, pero Alejandro vuelve a darle un golpetazo con la espada y lo obliga a arrodillarse una vez más. Gajendra se levanta a medias y retrocede tambaleándose hacia el templo. Se imagina a Mara besándolo a la luz de la tormenta. Parpadea para apartar la imagen, procura concentrarse. Alejandro puede matarlo cuando quiera. Pero antes, por lo visto, desea dejar las cosas bien claras.

Alejandro se quita el casco y lo arroja al suelo para manifestar su indignación.

—¿Por qué has hecho esto? —pregunta.

—No pienses en ganar la batalla... piensa en ganar la campaña. No pienses en ganar la campaña, piensa en... ganar la guerra.

—¿Esto ha sido un plan tuyo?

—Cuando tú mueras, los griegos volveréis a luchar entre vosotros y nos dejaréis en paz.

—¿*Los griegos volveréis?* ¿Para quién luchas tú ahora?

La espada golpea el escudo de nuevo. A este paso lo hundirá en la tierra como un clavo. Acaba con esto de una vez, Alejandro.

Retrocede dando tumbos hasta las puertas del templo.

—Esto no será por una mujer, ¿no?

—Te measte en mi cabeza.

—¡*Es por una mujer!*

Gajendra retrocede mientras Alejandro le pega con la espada una y otra vez. Por fin Gajendra se harta y, tras reunir las fuerzas que le quedan, golpea con la rodela el rostro de Alejandro y le asesta una estocada con la falcata, que atraviesa las capas del peto y encuentra la carne que está entre las costillas y la parte interior del brazo izquierdo.

Alejandro da unos pasos atrás, tambaleándose. En su cara se pinta una expresión airada al ver que un elefantero se atreve a tratar de apuñalar al monarca. Mete la mano bajo la coraza y cuando la saca está cubierta de sangre. Clava la mirada en ella con gesto de incredulidad.

Gajendra cruza corriendo el patio, resbala en la piedra mojada y vuelve a caerse. La caída del caballo le ha dañado algo dentro. El dolor parece estar en todas partes. Le cuesta respirar. Se pone de lado y vomita.

Alejandro sacude el brazo izquierdo. Parece que echara a un lado la herida del costado, como si fuera un insecto descarriado.

—Vaya soldado eres —dice a Gajendra—. No tienes ni una marca y ruedas por el suelo como si estuvieras muriéndote. Vamos, elefantero, levántate y luchemos como es debido.

Gajendra no se siente los brazos y ya no oye la voz de Alejandro. La espada le pesa como un caballo. Alejandro lo vigila. Sus labios se mueven, de modo que debe de estar diciendo algo. Tiene los dientes negros de sangre y de tierra.

Alejandro da una brusca estocada hacia abajo, aunque no es un golpe mortal, todavía no ha acabado de hablar. A Alejandro le gusta hablar y tiene mucho que decir cuando quiere. La batalla ha terminado. Lo que hay que dejar sentado aquí es la cuestión más importante de por qué no lo aman como es debido.

Gajendra se retuerce cuando penetra la punta de la espada. Su general se retira y él se aparta rodando. De todos los momentos decisivos de su vida, ¿es con éste como va a acabar, aquí en el suelo de nuevo, como un gusano, como una serpiente?

Vuelve la cabeza de lado y ve a Zeus tendido allí con él. Si me pasa a mí, parece estar diciendo Zeus, puede pasarte a ti.

Yace en un charco de sangre, pero no parece ser sólo suya. Aquí dentro se han librado otros combates hoy. Uno de los oficiales de Hannón yace, las piernas y los brazos extendidos, con su lanza a los pies. Es una lanza corta y punzante con una punta de hierro de cuatro caras.

Gajendra centra toda su voluntad en arrastrarse hacia ella. Muy despacio, vamos, no te preocupes por lo que diga de ti. Cuando tu enemigo cree que estás derrotado es cuando eres más peligroso. ¿No es ésa otra de sus lecciones? Alejandro sigue vociferando, ahora lo pone bocarriba con el pie para que oiga mejor el resto de su discurso sobre la lealtad.

Los dedos de Gajendra se cierran en torno al roto astil de la lanza.

Ahora, mientras Alejandro levanta la espada para asestar el golpe mortal, se arma de valor para un último esfuerzo. Sujeta la lanza y empuja hacia arriba, buscando la carne vital bajo el borde del peto. Pero no tiene energías para hacerlo, y Alejandro agarra la lanza con la mano izquierda y se la quita de un tirón, cogiendo el astil tan arriba que sus puños se rozan.

Es entonces cuando el mundo se vuelve negro.

Cuando abre los ojos reina el caos. La puerta de piedra se quiebra con estrépito y oye un elefante barritar. Coloso está en el patio, con las orejas desplegadas, claramente muy enfadado. Quién sabe cómo, ha perdido a su *mahavat* y los arqueros del *howdah* chillan y se agarran con todas sus fuerzas.

De este modo, Alejandro tiene que aplazar la tarea de matar a su elefantero.

—¿Qué tenemos aquí? —dice, al tiempo que se da la vuelta—. ¿Has venido a aplastar a mis enemigos o a proteger a tu pequeño elefantero?

Sólo Alejandro permanecería con la cabeza descubierta delante de un elefante enfurecido, sin nada más que una espada y una rodela. Sus soldados acudirían a ayudarlo pero se encuentran demasiado lejos, y su guardia personal está ocupada con los hombres de Hannón, que se han reorganizado para un segundo ataque.

Por el momento el Rey de Macedonia está solo.

Coloso levanta la trompa y se lanza a la carga.

Alejandro alarga la mano para coger la jabalina que acaba de arrancarle a Gajendra y la sopesa con la mano derecha. Apunta al ojo de Coloso.

Gajendra se vuelve de lado, busca el puñal que lleva en el cinturón y lo clava en la pantorrilla de Alejandro. Éste da un grito y la jabalina cae muy desviada del blanco. Luego se vuelve y da una estocada hacia abajo con la espada por segunda vez. Gajendra grita de dolor.

Coloso lo coge con la trompa y lo arroja al otro lado del patio. Alejandro se estrella contra la pared del templo. Un hombre de menos valía habría muerto. Pero Alejandro,

el dios, el inmortal, se queda inmóvil durante unos instantes eternos, y tras estremecerse, se pone en pie, aturdido, y busca la espada.

Coloso ataca una segunda vez. Vuelve a golpearlo y lo manda rodando por el mármol hasta que va a dar contra su ídolo caído, Zeus.

Ningún hombre corriente sobreviviría a semejante castigo. Pero Alejandro no es un hombre corriente. Está tendido bocarriba, y su mano derecha tantea el suelo para encontrar la espada. Renuncia a la búsqueda, se vuelve de lado y comienza el lento ascenso para ponerse de rodillas. En el mármol queda una mancha de sangre.

Coloso lo coge por tercera vez, cargando con los colmillos enfundados en sendas vainas de hierro. La fuerza de la carga basta para que la punta de un colmillo traspase la armadura dorada de Alejandro y lo atraviese hasta clavarlo a la pared del tabernáculo. Coloso sacude la cabeza como un perro que hubiera atrapado una rata y Alejandro cae sobre el altar, dejando grumos de sangre en el austero mármol.

Ptolomeo es el primero en llegar al lugar y expresar a gritos su consternación. El rey está muerto. Hasta los hombres de Hannón dejan de pelearse y se quedan mirando, incrédulos. Es una escena tan improbable que nadie acaba de creérsela.

Ptolomeo entra a caballo en el templo para intentar recuperar el cuerpo, pero Coloso no piensa consentirlo. Se lanza a la carga y Ptolomeo retrocede. Pero ni siquiera eso le basta, porque ahora arremete contra la Caballería de los Compañeros y los dispersa. En unos momentos ha despejado el campo. Da la vuelta y, despacio, retrocede penosamente hasta donde Gajendra yace herido. Le da un ligero empujón con la trompa, haciendo rodar su cuerpo, buscando un rastro de vida.

Los rayos chasquean por la montaña.

Hannón baja del caballo. Sabe que la batalla está perdida, pero han hecho lo que Gajendra había prometido, han matado al hombre que se llamaba a sí mismo Rey del Mundo. Esto es un aplazamiento temporal. La caballería de Alejandro se reorganizará. El ejército de Cartago está en desbandada. Sólo la tormenta y la confusión que, de forma inevitable, seguirá a la muerte de Alejandro los salvarán ahora y permitirán que algunos de ellos escapen con vida.

Sus hombres tratan de rescatar el cuerpo de Gajendra, pero el gigantesco elefante no los deja acercarse. Vacilan y vuelven la mirada hacia Hannón esperando órdenes. Bueno, no tiene intención de dejar al muchacho aquí. Gajendra no dejó a Cátaro y él no dejará a Gajendra.

¿Intenta matar al elefante ya?

De repente Mara aparece de la nada. Debería estar en el campamento al otro lado de la montaña, con la reata de los pertrechos. Al padre no lo sorprende que haya desobedecido sus órdenes para acudir aquí. Llega a caballo hasta las puertas del templo, o lo que queda de ellas después de que Coloso haya terminado de arrasar con todo. Desmonta de un salto y, a empujones, aparta a los hombres de Hannón.

Va derecha hacia el elefante loco.

—¡Matadlo! ¡Matad al monstruo enseguida! —grita el padre.

Sus hombres alargan la mano para coger las jabalinas, los dos más valientes corren a enfrentarse al animal con las espadas.

Capítulo 57

Mara resbala en la sangre acumulada que hay en el suelo. Se levanta y corre hacia Coloso que separa las orejas y la mira bramando.

—*Ida!* —le grita—. *Ida!* ¡Hazte a un lado!

La trompa se adelanta y comprueba su olor. Coloso baja las orejas para hacerle saber que no hay peligro y retrocede.

Mara se arrodilla a sus pies y toma la cabeza de Gajendra en los brazos. Tiene sangre por todas partes, en las manos, en el vestido. Una vez más está junto al hoyo. Ve que la diosa alarga los brazos para cogerlo, toda sangre negra y glotonería, pero la hace retroceder de un empujón. Éste es mío, le dice. Lo reclamo para mí.

Dejan al coloso griego donde ha caído. Sus generales vienen a buscarlo ya, Mara oye el estruendo de sus caballos. Que se peleen por lo que queda en la tierra. Ella se conforma con esta sencilla victoria sobre Tanit, con hijos de nuevo, y con un esposo para su lecho. No es mucho comparado con lo que había conquistado Alejandro, pero hoy es él quien yace en el mármol, frío y muerto, y ella será la que se vaya, limpiándose la sangre de las manos y sonriendo.

Capítulo 58

Panormo

Está tendido al sol, en una litera. Lo han sacado aquí porque ella ha dicho que necesita el sol. Le llega el olor del mar. El patio de la fuente está lleno de la fragancia de los lirios, y una fuente borbotea en el centro. Hay jaulas con pájaros de vivos colores.

Una sombra le tapa el sol. Entorna los ojos.

—Mara.

—Has mejorado mucho.

—Es un suplicio hasta respirar.

—¡Y te llamas a ti mismo guerrero! Un arañacito y te pasas días quejándote. — Mara examina las vendas. Es el primer día que no hay sangre reciente—. ¿Necesitas algo?

—Me temo que no tengo fuerzas para eso.

—Me refería a agua. O fruta.

—Ah.

Mara manda a un criado que vaya corriendo a por ambas cosas. Luego le acaricia la mejilla.

—Tu elefante no hace más que comer. Sería más barato dar alojamiento a un regimiento de celtas.

—¿Está bien?

—Lánguido. A su manera me parece que pregunta por ti.

Gajendra tose y hace una mueca de sorpresa.

—¿Qué pasa por el mundo?

—Están construyendo un mausoleo para Alejandro en Egipto. Ptolomeo ha llevado el cuerpo allí, y Pérdicas ha aprovechado la situación para tratar de volver el ejército contra Crátero. ¿Ves?, ya ha empezado. Se han olvidado por completo de nosotros. Estamos a salvo aquí hasta que todo se haya resuelto.

—No se resolverá nunca.

—Lo sé. Por eso mi padre quiere formar otro ejército.

—¿Con qué intención?

—Para retomar Cartago.

—Lo que queda de ella.

—Lo que está derribado puede volver a construirse. Mientras los generales de Alejandro se pelean entre sí, nosotros nos haremos fuertes. No podemos pasarnos la vida encaramados en este peñasco esperando que el mundo se olvide de nosotros.

Algún día nuestros enemigos vendrán a buscarnos otra vez, cuando hayan elegido un nuevo rey.

Gajendra se incorpora apoyado en un codo.

—Los ejércitos se consiguen mediante las alianzas adecuadas. Cartago siempre ha utilizado mercenarios.

—Lo que necesitamos es algo que la próxima vez influya en las batallas a nuestro favor.

—¿Elefantes?

—Y alguien que sepa adiestrarlos, dirigirlos. ¿Tú conoces a alguien?

Gajendra hace un gesto negativo.

—El único que conozco no tiene esposa. Es importante, ¿sabes?, que un general tenga esposa. Adiestrar elefantes es una tarea solitaria. Me ha dicho que no quiere saber nada de la guerra hasta que no domine las artes amatorias. Me parece razonable.

—¿Y suponiendo que eso pueda arreglarse?

Gajendra oye un bramido que llega de muy cerca.

—¿Ése es Coloso?

—Cada día está más rebelde. Más vale que te pongas bien pronto.

—Tal vez esté en el frenesí del cielo. Deberíamos buscarle una esposa también. Si quieres un ejército de elefantes, estaría bien empezar por ahí.

Le acaricia la mejilla con el dorso de la mano.

—Creí que me había matado, que me había robado este momento.

—Tenemos un destino que cumplir, Gajendra. Igual que nuestros hijos y sus hijos después. El imperio de Alejandro no será nada comparado con el de ellos.

Se inclina y lo besa en la mejilla.

—¿Y eso por qué?

—Por no abandonarme. Si hubieras muerto, jamás te habría perdonado.

Gajendra consigue sonreír, haciendo que el esfuerzo parezca mayor de lo que es.

—Te tendré hecha una perfecta matrona en cuestión de meses.

Ella le da un tortazo en la mejilla.

—Cuidado, elefantero, mira con quién estás hablando.

Y se va, con un exagerado vaivén de las caderas que resulta de lo más prometedor.

Epílogo

Como en todas las obras de ficción, los acontecimientos narrados en este libro no ocurrieron nunca. Pero cuando se escribe ficción histórica sobre personas auténticas, las líneas se difuminan. Todos los libros de historia les dirán a ustedes que Alejandro Magno murió en Babilonia en junio del año 323 a. C. No atacó Cartago ni invadió Sicilia, aunque sí que pensó en una campaña semejante antes de su muerte.

La mayoría de las novelas históricas se basan en acontecimientos ficticios que se recubren con hechos reales. Por eso *Coloso* tal vez no pueda considerarse una novela histórica, sino sólo un relato de lo que acaso hubiera sucedido de haber vivido Alejandro. Pertenece a uno de los universos paralelos que los físicos cuánticos nos dicen que existen junto al nuestro.

Aunque esto no quiere decir que sea completamente inventado. He utilizado varias fuentes con el fin de hacerme una idea de ese mundo alternativo. Para quienes deseen saber más del hombre que fue Alejandro, recomiendo el excelente *Alexander of Macedon* de Peter Green. Si quieren saber más sobre la historia auténtica de Cartago pueden consultar *Carthage Must Be Destroyed*, de Richard Miles. John M. Kistler escribió un libro fascinante sobre la historia de los elefantes de combate, y *The Tyrants of Syracuse*, de Jeff Champion, les explicará más sobre la política de Sicilia mucho antes de que se hiciera famosa sólo por ser la cuna de la familia Corleone. Todas las novelas son conjeturas. Mi visión de Alejandro es personal, y se basa en una interpretación de su vida, y no en la pura imaginación.

Desde luego resulta muy discutible el hecho de que Alejandro Magno hubiera centrado su atención en el norte de África, de haber vivido. Sólo estoy seguro de una cosa: si llega a rebasar el año 323 a. C., sus historiales médico y mental descartan la posibilidad de que hubiese alcanzado una edad avanzada.